

---

# ¡NADIE NOS TRANCARÁ EL PASO!

Contribución a la historia del Movimiento Campesino Revolucionario (MCR)  
en la provincia de Cautín (1967-1973)

---

CRISTIAN ANDRÉS SUAZO ALBORNOZ

---

COLECCIÓN  
**PASADOPRESENTE**

**Londres 38**  
espacio de memorias



---

# ¡NADIE NOS TRANCARÁ EL PASO!

Contribución a la historia del Movimiento Campesino Revolucionario (MCR)  
en la provincia de Cautín (1967-1973)

---

CRISTIAN ANDRÉS SUAZO ALBORNOZ

---

COLECCIÓN  
**PASADOPRESENTE**

**Londres 38**  
espacio de memorias

## **¡Nadie nos trancará el paso! Contribución a la historia del Movimiento Campesino Revolucionario (MCR) en la provincia de Cautín (1967-1973)**

Santiago de Chile, septiembre de 2018

### **Cristian Andrés Suazo Albornoz**

Londres 38, espacio de memorias

**¡Nadie nos trancará el paso! Contribución a la historia del Movimiento Campesino Revolucionario (MCR) en la provincia de Cautín (1967-1973)** Es un trabajo de investigación histórica, convocado por Londres 38, espacio de memorias, a través de un concurso público. El historiador Cristián Suazo presenta este ensayo iluminando la historiografía reciente. En este analiza el contexto y clima político que favoreció la conformación del MCR en la provincia de Cautín, el vínculo con el Movimiento de Izquierda Revolucionario (MIR), la experiencia comunitaria en el campo, el rol de la Iglesia y los medios de comunicación locales y cómo se llegó a la estrategia política de la “corrida de cerco” ejercicio aplicable tanto a la tierra como a la recuperación de la memoria histórica.

RPI N°294186

ISBN 978-956-9209-09-3

### **Edición**

Javiera Herrera

### **Comisión Editorial**

Alexandra Benado, Gloria Elgueta, Lissette Fossa, Erika Hennings, Claudia Marchant, Andrea Ocampo.

### **Mesa de Londres 38, espacio de memorias**

Felipe Aguilera, Leslie Araneda, Miguel Ávila, Alexandra Benado, Daniela Cornejo, Gloria Elgueta, Lissette Fossa, Erika Hennings, Juan Ilaraza, Claudia Marchant, Andrea Ocampo, Daniela Paredes, Macarena Silva, Viera Stein.

### **Producción**

Londres 38, espacio de memorias

### **Diseño**

AjíColor

### **Diagramación**

Daniela Gaule

### **Fotografías recopiladas por**

Cristian Suazo Albornoz

### **Foto de portada interior**

Campamento Lautaro, Lautaro, 1971. Fuente: Archivo Histórico de L'Unitá

### **Impresión**

Andros Impresores

Londres 38, espacio de memorias

Santiago de Chile

[londres@londres38.cl](mailto:londres@londres38.cl)

(56)228001898

Esta publicación ha sido financiada parcialmente con aportes del Estado de Chile, a través del Fondo Nacional de Fomento del Libro y la Lectura, línea Apoyo a Ediciones en su convocatoria 2018.







# ÍNDICE

<b>Agradecimientos</b> .....	9
<b>Prólogo</b> por Igor Goicovic .....	11
<b>Introducción</b> .....	19
<b>Capítulo 1. Raíces históricas del MCR en la Araucanía.</b> Ocupación político-militar chilena del territorio mapuche, conformación de la propiedad agraria y conflictos territoriales (1860-1960).....	23
<b>Capítulo 2. Antecedentes históricos inmediatos a la conformación del MCR en Cautín</b> .....	41
<b>2.1</b> Análisis de la estructura social de clases en los campos de Cautín (hacia 1970).....	43
<b>2.2</b> El MIR desde su origen hasta las primeras inserciones en las comunidades mapuche de Cautín y Malleco (1965-1969).....	47
<b>2.3</b> El movimiento mapuche de recuperación de tierras en las provincias de Cautín y Malleco durante la segunda mitad del gobierno de Eduardo Frei Montalva (1967-1970).....	52
<b>Capítulo 3. Dos cauces se juntan. Proceso de formación del MCR en la provincia de Cautín</b> .....	57
<b>3.1</b> La inserción de los miristas en las comunidades mapuche de Cautín (1967-1970).....	59
<b>3.2</b> Las primeras corridas de cercos en Cautín (mayo - septiembre de 1970).....	70
<b>3.3</b> Nacimiento y organización del MCR en la provincia de Cautín (septiembre de 1970).....	88

<b>Capítulo 4. Desarrollo político del MCR en la provincia de Cautín. Desde el triunfo electoral de Salvador Allende hasta el golpe militar</b> .....	95
<b>4.1</b> El MCR durante los primeros meses del gobierno de la Unidad Popular (septiembre de 1970 - marzo de 1971).....	97
<b>4.2</b> El MCR durante 1971: agudización de la lucha de clases en Cautín. Desde el repliegue de las movilizaciones hasta la reorganización patronal (abril - diciembre de 1971).....	113
<b>4.3</b> El MCR, la insurrección de la burguesía agraria y el golpe militar (1972 - 1973).....	124
<b>Conclusiones</b> .....	139
<b>Anexos</b> .....	145
<b>Bibliografía</b> .....	163



## AGRADECIMIENTOS

El presente libro es el resultado de un largo proceso que comenzó en 2011, cuando me propuse hacer mi tesis sobre la historia del Movimiento Campesino Revolucionario (MCR) en la provincia de Cautín. Luego de obtener el título de profesor en Historia y Geografía en la Universidad de Concepción, decidí seguir con la investigación en el marco del magíster en Historia de la misma universidad, mejorar el estudio con nuevas fuentes y publicar un libro.

Durante la primera etapa, conté con la guía del historiador y académico del Departamento de Historia y Ciencias Sociales Danny Monsálvez y, durante la segunda, con el apoyo del sociólogo y académico de la Facultad de Ciencias Sociales Claudio González, quien, durante sus años universitarios, formó parte de la historia que relata este libro.

A mediados de 2015, Londres 38 convocó a un concurso de investigación sobre «Experiencias de poder popular, organización política y militancia revolucionaria en Chile entre la década de 1960 y la actualidad», el cual contemplaba la publicación de los trabajos seleccionados. Felizmente, el estudio que yo estaba desarrollando fue uno de los ganadores y, agradecido por la posibilidad que me daba este espacio de memorias, comencé a trabajar con la Comisión de Investigación, principalmente, con Karen Glavic y Andrea Ocampo. Terminé de redactar el texto a fines de 2017 e iniciamos el proceso de edición y diseño que dio como resultado este libro. El trabajo riguroso y de gran calidad que realizaron la editora Javiera Herrera y la diseñadora Daniela Gaule merece ser reconocido, por lo que hago público mi agradecimiento a ellas.

Este libro no hubiese sido posible sin la buena disposición de algunos de sus protagonistas, especialmente, Gustavo Marín, Víctor Gavilán, Roberto Moreno y Juan Saavedra, dirigentes del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) que fueron actores protagónicos de la historia que aquí se reconstruye. Tampoco hubiera sido posible sin los aportes de los dirigentes mapuche del MCR Víctor Molfinqueo, que me abrió las puertas de su hogar en Loncoche, y Rafael Railaf, con quien logré conversar y compartir en Lautaro, gracias a la mediación de su hija Rosario.

También debo agradecer a mi madre, Alicia Albornoz; mi padre, Juan Suazo, y mi hermana, Nicolle Suazo, por el apoyo que me brindaron durante todo el proceso para conseguir este objetivo, y, especialmente, a mi amada compañera, Paulina Aguilera, tanto por el empuje y apoyo emocional que me dio en los momentos de cansancio y estancamiento como por sus reflexiones y sugerencias, que enriquecieron y acompañaron desde un comienzo este trabajo.

Son muchas personas a las que no he nombrado, pero que también hicieron un aporte significativo: compañeras y compañeros de universidad, amigos y amigas de la vida, académicos y académicas, profesionales de las ciencias sociales, entre varios más. A todos ellos van dirigidos mis agradecimientos.

Por último, quisiera dedicar este trabajo a todas y todos los protagonistas de esta historia, que lucharon por una vida más digna para los pobres del campo y sacrificaron la propia por un futuro mejor.

**Muchas gracias,**  
Cristian Suazo A.



---

# PRÓLOGO

---



La irrupción, en 1965, del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) en la vida política del país pasó prácticamente inadvertida. En sus inicios, se trató de una pequeña organización revolucionaria, asentada de forma precaria entre pobladores de la zona surponiente de Santiago (en especial, la población Santa Adriana), trabajadores municipales y de la salud de filiación trotskista, y estudiantes universitarios de la zona de Concepción<sup>1</sup>. No obstante, el MIR inició un lento pero sostenido proceso de crecimiento a partir de 1967.

La llegada a la dirección del núcleo castro-guevarista liderado por el médico penquista Miguel Enríquez Espinoza le imprimió un nuevo dinamismo a la organización. A partir de su III Congreso, realizado el año 1967, el partido diseñó un nuevo modelo organizacional, articulado en torno a los denominados grupos político-militares (GPM), que eran estructuras orgánicas intermedias que articulaban bases de masas, operativas y de técnicas e infraestructura (redes de apoyo). Concordante con este diseño, la política de reclutamiento se hizo más rigurosa y se aplicaron criterios de selectividad en la perspectiva de construir un partido de cuadros, a la par que se dio inicio (1969) a una política de acciones armadas (principalmente recuperaciones financieras), que apuntaban a fogear a las unidades especiales y a desarrollar la estructura de aseguramientos.

En el plano de masas, el MIR aprovechó la agudización experimentada por la lucha de clases en el período 1967-1970 para penetrar en los sectores más radicalizados del movimiento popular y articuló una línea de frentes intermedios: el Frente de Trabajadores Revolucionarios (FTR), el Movimiento Universitario de Izquierda (MUI), el Frente de Estudiantes Revolucionarios (FER), el Movimiento de Pobladores Revolucionarios (MPR) y el Movimiento Campesino Revolucionario (MCR)<sup>2</sup>. De acuerdo con las orientaciones estratégicas del partido, estas organizaciones estaban destinadas a sistematizar las demandas populares y conducir sus luchas. En este plano, se produjo un crecimiento cualitativo entre los sectores estudiantil, poblacional y de campesinos mapuche. Pero, si bien la bibliografía sobre el MIR (en especial la testimonial), ha sido voluminosa, muchos aspectos su historia continúan siendo desconocidos. Este es el caso, precisamente, de los frentes intermedios y su contribución al ascenso de las luchas populares en el ciclo 1967-1973.

La experiencia de los pobladores y su vínculo con los miristas desplegados en las periferias urbanas ha sido analizada por Boris Cofré y, de manera más tangencial, por Mario Garcés, mientras que la inserción del mirismo entre los trabajadores urbanos ha sido tratada por Sebastián Leiva y Fahra Neghme, Franck Gaudichaud, y Hugo Cancino<sup>3</sup>. Pero es casi una paradoja que,

1- Marco Álvarez, *La constituyente revolucionaria. Historia de la fundación del MIR chileno*. Santiago: LOM Ediciones, 2015, pp. 77-81.

2- Igor Goicovic, *Trabajadores al poder. El Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) y el proyecto revolucionario en Chile, 1965-1994*. Concepción: Ediciones Escaparate, 2016, pp. 119-120.

3- Véase al respecto, Boris Cofré, *Campamento Nueva La Habana. El MIR y el movimiento de pobladores, 1970-1973*. Concepción: Ediciones Escaparate, 2007; Mario Garcés, *Tomando su sitio. El movimiento de pobladores de Santiago, 1957-1970*. Santiago: LOM Ediciones, 2002; Sebastián Leiva y Fahra Neghme, *La política del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) durante la Unidad Popular y su influencia sobre los obreros y pobladores de Santiago*. Tesis de Licenciatura en Historia, Universidad de Santiago de Chile, 2000; Franck Gaudichaud, *Poder popular y cordones industriales. Testimonios sobre el movimiento popular urbano, 1970-1973*. Santiago: LOM Ediciones, 2004; y Hugo Cancino, *Chile: La problemática del poder popular en el proceso de la Vía Chilena al Socialismo, 1970-1973*. Copenhague: Aarhus University Press, 1988.

siendo el MIR una organización rotulada como eminentemente estudiantil, en la práctica no existan monografías dedicadas al MUI o al FER. En efecto, estas organizaciones han sido tratadas solo de forma circunstancial cuando se aborda la vida de algunos de sus dirigentes más emblemáticos. Este es el caso de la biografía de Miguel Enríquez, escrita por Mario Amorós, o del trabajo recopilatorio de Martín Hernández sobre Bautista van Schouwen<sup>4</sup>, así como de las trayectorias estudiantiles y su relación con el MIR, que han sido relatadas por Guillermo Rodríguez y Enrique Pérez<sup>5</sup>.

Pero ¿qué tenemos sobre la rica experiencia acumulada por el MIR entre los trabajadores rurales del país? Muy poco hasta el momento. El tema fue abordado de manera muy general por el responsable del MCR ante la Comisión Política del MIR, Roberto Moreno, en una entrevista publicada en 2015<sup>6</sup>. Sin embargo, no obstante los importantes antecedentes que reporta, subsisten muchas preguntas que no fueron formuladas y, por ende, tampoco respondidas. A contrapelo, una de las experiencias más y mejor abordadas se refiere al Complejo Maderero y Forestal Panguipulli, donde se imbricaron las trayectorias del MIR con las del MCR y el FTR. En este caso, los testimonios de los protagonistas de las luchas obreras siguen siendo la principal fuente de información<sup>7</sup>. En la misma línea, cabe situar el reciente trabajo de Cristóbal Bize, que, a partir de una amplia recopilación documental y de fuentes orales, reconstruye la experiencia de poder popular desarrollada en el Complejo<sup>8</sup>.

Mientras que la conflictividad campesina e indígena de la zona de la Araucanía durante el período 1967-1973 cuenta con un importante volumen de investigaciones académicas y testimonios de sus protagonistas, el rol del MCR en dicho proceso carecía, hasta el momento, de un trabajo de conjunto. Este es, sin duda, el principal aporte que hace Cristian Suazo Albornoz con *¡Nadie nos trancará el paso! Contribución a la historia del Movimiento Campesino Revolucionario (MCR) en la provincia de Cautín, 1967-1973*<sup>9</sup>. En este libro, organizado en cuatro capítulos y sólidamente construido a partir de fuentes documentales impresas y testimonios orales, el autor recrea los principales ciclos del conflicto político en la Araucanía, instalando en el centro a las comunidades indígenas y campesinas y, junto con ellas, al MIR y su organización de masas en el mundo rural: el MCR.

4- Mario Amorós, *Miguel Enríquez. Un nombre en las estrellas*. Santiago: Ediciones B, 2014, pp. 45-62; Martín Hernández, *El pensamiento revolucionario de Bautista van Schouwen, 1943-1973*. Concepción: Ediciones Escaparate, 2004, pp. 15-25.

5- Guillermo Rodríguez, *De la brigada secundaria al cordón Cerrillos*. Santiago: Editorial Universidad Bolivariana, 2007, pp. 5-26 y Enrique Pérez, *La búsqueda interminable. Diario de un exiliado político chileno en Suecia*. Santiago: Mosquito Editores, 1996, pp. 40-63.

6- Cristián Pérez y Rafael Berástegui, *Memorias militantes. La historia de Roberto Moreno y el MIR*. Santiago: Ventana Abierta Editores, 2015, pp. 121-128.

7- Véanse las memorias de José Bravo, *De Carranco a Carrán. Las tomas que cambiaron la historia*. Santiago: LOM Ediciones, 2012, y de Pedro Cardyn, *Sangre de baguales. Epopeyas mapuches y obreras en tiempos del Complejo Maderero Panguipulli. Un efecto mariposa inconcluso*. Santiago: LOM Ediciones, 2017.

8- Cristóbal Bize, *El otoño de los raulíes. Poder popular en el Complejo Forestal y Maderero Panguipulli (Neltume, 1967-1973)*. Santiago: Tiempo Robado editoras, 2017.

9- La literatura existente sobre el tema se encuentra ampliamente referida a lo largo del libro que prologamos. No obstante, en el plano historiográfico, me parece que se deben destacar, en especial, los trabajos de Jorge Pinto, Florencia Mallon, Jesús Redondo y Ovidio Cárcamo.

En el capítulo 1 («Raíces históricas del MCR en la Araucanía»), el autor analiza el proceso de ocupación de las tierras indígenas iniciado a mediados del siglo XIX, poniendo de manifiesto la concurrencia simultánea del despojo territorial, la represión militar y la imposición de un nuevo orden jurídico-institucional. No obstante, también destaca las diferentes formas de resistencia adoptadas por los mapuche, desde las rebeliones armadas del período 1862-1883 hasta la preservación de la cultura y las tradiciones ancestrales, pasando por la inserción de sus *lonkos* y dirigentes en los espacios institucionales que brindaba el Estado chileno. Este capítulo, si bien constituye una síntesis muy apretada de la conflictividad vivida en la región, resulta de gran relevancia para situar el objeto de análisis y establecer la relación entre los problemas estructurales de la región y las dinámicas históricas de su conflicto político. De esta manera, se comprende mejor que el problema de fondo en la Araucanía no proviene, en ningún caso, de la tendencia al violentismo de algunos grupos o sujetos aislados (como intentan hacernos creer los medios de comunicación al servicio de la burguesía), sino que es el resultado de la construcción histórica de un sistema de despojo, dominación y exclusión que ha afectado históricamente a las comunidades mapuche de la región.

El segundo capítulo de esta entrega («Antecedentes históricos inmediatos a la conformación del MCR en Cautín») aporta información interesante respecto de la estructura de clases en la Araucanía hacia las décadas de 1950 y 1960. De acuerdo con el autor, la gran propiedad de la tierra les permitía a los terratenientes ejercer la hegemonía rural y mantener a las mayorías campesinas marginadas y empobrecidas, una realidad que ninguna reforma aislada sería capaz de transformar.

Esta gran burguesía agraria cohabitaba con los medianos propietarios agrícolas, y ambos aplicaban sobre los pequeños productores y el proletariado rural mecanismos de expoliación y explotación. No es extraño, por lo tanto, que los procesos de radicalización experimentados por la sociedad chilena desde mediados de la década de 1950 se extendieran hasta la zona de la Araucanía y adquirieran, en ella, rasgos particulares. Al dictarse la Ley 16640/1967, de Reforma Agraria, durante la administración de Eduardo Frei Montalva, tanto el campesinado pobre, como las comunidades mapuche de la Araucanía se encontraban en un estado de agitación y movilización. Es en ese proceso donde se inserta el MIR.

El tercer capítulo («Dos cauces se juntan. Proceso de formación del MCR en la provincia de Cautín») ofrece una de las contribuciones más notables de este libro. Primero, porque releva el proceso temprano de asentamiento de los militantes del MIR entre las comunidades indígenas de la región. En esta fase, destaca el autor, los miristas fueron capaces de despojarse del estricto acervo ideológico que portaban (la gran mayoría eran estudiantes universitarios) y comenzaron a construir sobre la base de «hacer» en lo cotidiano: conocer y aprender de las nuevas realidades y sujetos que iban contactando, especialmente, de los mapuche, sus memorias colectivas y sus identidades». Lo notable, en ese sentido, no fue la imposición de un modelo de acción política, sino más bien la construcción de una síntesis dialéctica entre teoría revolucionaria y tradiciones de organización y lucha popular. Las denominadas «corridas de cerco», inauguradas a comienzos de la década de 1970, se convirtieron en la materialización de esta síntesis dialéctica. Expresaban, por una parte, el anhelo histórico de las comunidades

mapuche de recuperar las tierras que les habían sido usurpadas y se convertían, a su vez, en la estrategia política que debía conducir a la escalada revolucionaria que culminaría en la conquista del poder.

Un aspecto interesante que aborda este texto es la discusión que se dio en torno al nombre que tendría la nueva organización, episodio que se produjo en septiembre de 1970 y culminó con la formación del MCR. Cristián Suazo señala que, aunque la elección estuvo motivada por el deseo de incluir a los campesinos y trabajadores rurales pobres de origen *winka*, la decisión de no hacer referencia explícita a los mapuche también se debió a la debilidad del sentido de pertenencia al mundo indígena que tenían muchos de los militantes del MIR y del MCR. Ello, evidentemente, devela que las condiciones históricas de las luchas sociales son la fuente principal de provisión de adscripciones identitarias y, por ende, de autorrepresentaciones culturales.

Cierra este libro el capítulo 4 («Desarrollo político del MCR en la provincia de Cautín. Desde el triunfo electoral de Salvador Allende hasta el golpe militar»), en el cual el autor recrea los principales acontecimientos que jalaron el conflicto político en la Araucanía entre 1970 y 1973. Aquí se establece claramente que la presencia del MIR en la región operó como un catalizador del conflicto político. Pero ello en un contexto general de acumulación de tensiones y demandas de larga data histórica. Desde esa perspectiva, las reivindicaciones históricas de las comunidades indígenas y el campesinado pobre se vincularon con los requerimientos de profundización y aceleración de la reforma agraria, y estos a su vez se articularon con la extensión de las corridas de cerco como formas de acción directa. De acuerdo con el autor, «en este contexto, el MCR comenzó a superar y desbordar el programa agrario de la Unidad Popular, promoviendo, mediante las acciones directas, una reforma agraria alternativa y revolucionaria».

Destacan en el relato de este capítulo, la aceleración y masificación de la movilización mapuche, el creciente grado de crispamiento en las relaciones entre el MIR y el Gobierno de la Unidad Popular y la acentuación de la conflictividad étnica y de clase entre los trabajadores movilizados y la burguesía agraria de la región. El punto más alto de esta conflictividad se produjo en octubre de 1971, cuando al interior del fundo El Chesque fue asesinado el dirigente del MIR Moisés Huentelaf.

Siguiendo el relato del autor, se hace evidente que a partir de 1972 se produjo una disminución en la movilización popular que, en el caso del sur de Chile, derivó de la intensificación de la resistencia armada de los patrones y la extensión de la política reformista agraria del Gobierno de la Unidad Popular. Lo anterior explica el hecho de que la represión contra el MIR y los comuneros mapuche se iniciara en Cautín antes del golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973, con allanamientos a los predios ocupados, golpizas y detenciones a los comuneros, y una intensa campaña de desinformación en la prensa local y nacional respecto de las demandas y movilizaciones rurales. No obstante, a partir de la asonada golpista la represión se intensificó y adquirió no solo el carácter anticomunista que la caracterizó en todo Chile, sino que además una evidente impronta racista. De ella no solo fueron responsables los militares y carabineros que dirigieron las operaciones represivas, sino también los agricultores que habían sido expropiados durante la Unidad Popular y desencadenaron una política revanchista contra los mapuche, asentada en un intenso odio social y racial. No es extraño, por lo



tanto, que la región de la Araucanía ostente uno de los indicadores represivos más altos del país (ejecutados, desaparecidos, torturados, encarcelados, expatriados, etc.) para la fase de instalación de la dictadura.

Por todos los antecedentes recopilados y rigurosamente analizados, este libro se convierte en una lectura necesaria. Es más, en una lectura obligatoria, tanto para aquellos que cultivan la disciplina de la historia como para los que desde las diferentes trincheras sociales y políticas se plantean, hoy día, la reconstrucción del proyecto revolucionario en Chile.

**Igor Goicovic Donoso**

*Departamento de Historia, Universidad de Santiago de Chile*



---

# INTRODUCCIÓN

---



El Movimiento Campesino Revolucionario (MCR) fue un movimiento de acción directa que surgió a fines de 1970 en Lautaro, provincia de Cautín. Su objetivo fue aprovechar el proceso de reforma agraria que se dio en los gobiernos de Eduardo Frei Montalva y Salvador Allende para recuperar las tierras que colonos chilenos y extranjeros le habían usurpado al pueblo mapuche amparados por el Estado de Chile. El movimiento estuvo constituido esencialmente por comuneros y campesinos mapuche que, además de pertenecer a los sectores rurales más pobres producto del despojo territorial, sufrían la explotación y la discriminación étnica en los fundos agrícolas donde vendían su mano de obra para subsistir. También integraron el MCR algunos campesinos chilenos sin tierras que vieron en el movimiento una posibilidad de salir de la pobreza. Estos actores se organizaron, coordinaron y articularon masivamente en un proceso político de movilización social contra el latifundismo y el poder rural. Mediante las ocupaciones de terrenos (corridas de cercos y tomas de fundo), participaron y aceleraron el proceso de reforma agraria en la provincia de Cautín por fuera del sistema de partidos políticos oficiales, la institucionalidad estatal y el sistema económico imperante. El MCR surgió asociado al Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), partido marxista-leninista extraparlamentario, al cual pertenecían los militantes que participaron de la organización inicial del movimiento junto con los dirigentes mapuche de las comunidades involucradas, algunos de los cuales se incorporaron a la estructura orgánica-regional del partido establecida en la provincia y asumieron su conducción.

El ejercicio historiográfico que realiza esta investigación aborda cuidadosamente el fenómeno intersubjetivo y recíproco de politización que se dio entre un movimiento social indígena y un partido político revolucionario de izquierda, para contribuir a la reconstrucción de la historia de un movimiento mapuche-campesino revolucionario que transformó el agro durante el periodo 1967-1973. Se trata de un capítulo importante de la historia del pueblo mapuche en el siglo XX, particularmente, del movimiento político de recuperación de tierras en la Araucanía, aunque también forma parte de la historia del movimiento campesino pobre de Chile en general y su lucha contra el sistema latifundista.

El objetivo principal de esta investigación es contribuir historiográficamente a la reconstrucción de la historia del MCR en la provincia de Cautín entre los años 1967 y 1973. Específicamente, se busca interpretar su conformación como movimiento sociopolítico mapuche-campesino considerando las experiencias de sus protagonistas (principalmente, familias y comunidades mapuche y militantes del MIR); narrar analíticamente su desenvolvimiento histórico desde la segunda mitad del gobierno de Eduardo Frei Montalva hasta el golpe civil-militar liderado por Augusto Pinochet, que puso fin al periodo de la Unidad Popular (UP) y, en consecuencia, al MCR, y, finalmente, comprender su relación con el contexto social de la reforma agraria en el cual se materializó históricamente. Para lograr tales objetivos, la investigación se estructura en cuatro capítulos que buscan exponer de forma sistemática el tema de estudio, encauzando una comprensión histórica adecuada y lo más concreta posible de la experiencia del MCR en la provincia de Cautín.

El primer capítulo consiste en un análisis de las raíces históricas de larga duración del MCR y considera la ocupación político-militar chilena del territorio mapuche, la conformación de la propiedad agraria y los conflictos territoriales en la Araucanía entre 1860 y 1960. En el segundo capítulo se analizan los antecedentes históricos inmediatos que influyeron en la gestación del

MCR en la zona: la estructura social de clases reinante en los campos de Cautín, el desarrollo histórico del MIR desde su origen hasta las primeras inserciones en comunidades mapuche (1965-1969) y el movimiento mapuche de recuperación de tierras en la provincia durante la segunda mitad del gobierno de Eduardo Frei Montalva (1967-1970). El tercer capítulo aborda el proceso político formativo del MCR e incluye la inserción de miristas en algunas comunidades mapuche de Cautín durante el periodo 1967-1970, las primeras corridas de cercos en la zona, entre mayo y septiembre de 1970, y la fundación y estructuración orgánica inicial del movimiento en septiembre del mismo año. Finalmente, el cuarto capítulo comprende el desarrollo histórico del MCR desde el triunfo electoral de la Unidad Popular (septiembre de 1970) hasta el golpe militar de septiembre de 1973, momento en el cual la insurrección de la elite agraria y las fuerzas militares acabaron con su existencia. En este capítulo se establecen tres fases: el MCR durante los primeros meses del gobierno de la Unidad Popular (septiembre de 1970-marzo de 1971); el año 1971, cuando se produce una agudización de la lucha de clases en Cautín, desde el reflujó de las movilizaciones hasta la reorganización patronal (marzo 1971-1972), y la situación del MCR frente a la reacción patronal y el golpe civil-militar (1972-1973).

# CAPÍTULO 1

---

**RAÍCES HISTÓRICAS DEL MCR EN LA ARAUCANÍA**  
OCUPACIÓN POLÍTICO-MILITAR CHILENA DEL TERRITORIO  
MAPUCHE, CONFORMACIÓN DE LA PROPIEDAD AGRARIA Y  
CONFLICTOS TERRITORIALES (1860-1960)

---





La rebelión del Movimiento Campesino Revolucionario (MCR) forma parte de la histórica lucha de reivindicación territorial del pueblo mapuche frente al colonialismo del Estado chileno durante el siglo XX en la Araucanía. Su antecedente histórico de larga duración es el proceso de ocupación político-militar impulsado por la naciente República de Chile sobre el territorio mapuche a partir de la segunda mitad del siglo XIX. El proceso de invasión, colonización y conquista desplegado entre 1860 y 1883, que se conoce como «ocupación de la Araucanía» significó el despojo de las tierras, la desestructuración del sistema de relaciones sociales y la alteración de las formas de organización de los mapuche<sup>1</sup>. Por mucho tiempo, la historiografía tradicional chilena denominó a este periodo «pacificación de la Araucanía» para encubrir el verdadero «despojo territorial, robo de ganados, de platería, aniquilamiento de la población mapuche y violación a los acuerdos políticos firmados entre la elite política mapuche y los jefes de la república chilena, una vez que se derrumbó el castillo hispano»<sup>2</sup>. Efectivamente, la elite criolla —recientemente emancipada del yugo español— reconoció la soberanía territorial del pueblo mapuche durante el gobierno de Ramón Freire, en el Parlamento de Tapihue, celebrado en 1825. En dicha instancia, el Estado ratificó los acuerdos previamente establecidos entre las autoridades coloniales españolas y la dirigencia mapuche sobre el límite entre ambas sociedades, estableció que la frontera norte del territorio indígena sería el río Biobío y reconoció la autodeterminación política, económica y social de su pueblo hasta las proximidades del río Toltén por el sur. Sin embargo, como plantea Pairican, este acuerdo fue violado hacia 1860, cuando el Estado de Chile inicia su expansión sobre las tierras de la Frontera y desconoce la independencia que el pueblo mapuche había mantenido desde la primera mitad del siglo XVII, mediante acuerdos y tratados con la Corona de España para lograr una paz que era constantemente interrumpida por los intentos de ocupación del Ejército español<sup>3</sup>. A pesar de que muchos mapuche apoyaron al bando español durante la guerra de Independencia (1810-1823), producto de una política de alianzas que respetaba el espacio fronterizo y la desconfianza que les merecían las promesas del bloque dirigente criollo, las autoridades del naciente Estado chileno decidieron no intervenir la Frontera hasta mediados del siglo XIX<sup>4</sup>. De acuerdo con Jorge Pinto, el periodo 1823-1850 corresponde a la primera fase de la historia de las relaciones entre el Estado de Chile y el pueblo mapuche, y se caracterizó por el afán del primero de integrar a los indígenas a la naciente sociedad chilena:

Concluida la Independencia y hasta 1850, los dirigentes que manejaron el Estado no intervinieron en la Frontera. Vacilantes respecto de lo que el país tenía que hacer en el sur, respetaron la condición de «pueblo» de los mapuche, concediéndoles una cierta soberanía que impuso una actitud de respeto inspirada por los valores que se les atribuyó y que habían sido pilares de la Independencia. Se los trató de integrar a la nación con respeto, sin violentar su territorio y sus derechos. Fue la época en que se recurrió a dos viejos mecanismos coloniales para su relación con ellos: la misión y los parlamentos<sup>5</sup>.

1- Igor Goicovic, «Campos conceptuales, perspectivas de análisis y ciclos históricos en el estudio del movimiento mapuche (1870-1990)», en Jorge Pinto (editor), *Conflictos étnicos, sociales y económicos: Araucanía. 1900-2014*. Santiago: Pehuén Editores, 2015, p. 20.

2- Fernando Pairican, «*Weuwañ*: la invención de la tradición en la rebelión del movimiento mapuche (1990-2010)», en Pinto, op. cit., p. 187.

3- Fernando Pairican, *Malon. La rebelión del movimiento mapuche. 1990-2013*. Santiago: Pehuén Editores, 2016, pp. 33-35.

4- Carlos Ruiz, «Síntesis histórica del pueblo mapuche (siglos XVI-XX)». Disponible en <http://www.rebellion.org/docs/74335.pdf> p. 5; Goicovic, «Campos conceptuales...», op. cit., p. 29.

5- Jorge Pinto, «Los orígenes del conflicto Estado-pueblo mapuche en el siglo XX», en Pinto, op. cit., p. 79.

A este periodo de respeto de la soberanía territorial mapuche, le siguió una etapa de colonización que rápidamente adquirió el carácter de ocupación y conquista político-militar, pues el verdadero interés de los criollos era ocupar las tierras indígenas, fértiles y de gran potencial económico para el capital agrario que se estaba expandiendo desde la zona central en busca de nuevas fuentes de riquezas. Las autoridades del naciente Estado chileno, señala Carlos Ruiz, «siguieron el camino de los conquistadores y cuando los políticos y empresarios chilenos decidieron ocupar las tierras mapuche para repartirlas entre colonos y latifundistas e integrarlas a la economía mundial agroexportadora, reemprendieron la invasión»<sup>6</sup>. Con esto, se inicia la segunda fase de las relaciones entre el Estado de Chile y el pueblo mapuche, según la periodización de Jorge Pinto (1850 y 1910):

En ese momento, el interés por las tierras indígenas desató la ocupación de La Araucanía mediante acciones que sobrepasaron todo lo que un «pueblo civilizado» podía o debía hacer. A juicio de los positivistas, que impulsaron estas acciones, fue la lucha de la «civilización» contra la «barbarie», correspondiéndole a Chile la «noble» tarea de incorporar a los indígenas a la primera, aunque fuera con violencia. Como dijo el historiador Diego Barros Arana, se trataba de «indios malos en tierras buenas», que estorbaban el camino de Chile hacia el progreso<sup>7</sup>.

«La ocupación de La Araucanía fue una ruptura total en nuestra historia», sostiene Fernando Pairican, un momento de fractura estructural para los mapuche como pueblo nación independiente, con el que se abrió una nueva era «marcada por la adaptación en la resistencia frente al despliegue del sistema político, económico y social de la república criolla»<sup>8</sup>. Esta fase de expansión territorial y embestida militar del Estado oligárquico chileno implicó un recrudecimiento de la violencia colonialista sobre el pueblo mapuche<sup>9</sup>, cuyo objetivo era «disolver al mapuche en la chilenidad, extinguirlo a través de su incorporación al pueblo chileno» y, en condición de pobreza, marginalidad y subordinación, hacerlo desaparecer<sup>10</sup>.

La guerra contra los mapuche se dio simultáneamente al este de la Cordillera de los Andes. Mientras el Estado chileno avanzaba en la conquista del Gulumapu (el territorio mapuche del oeste), el Estado argentino realizaba su campaña militar para someter a los mapuche del Puelmapu (el territorio mapuche del este). Ambas repúblicas se propusieron rodear a los mapuche y conquistar de una vez el Wallmapu (país mapuche). La historiografía tradicional argentina denominó este proceso «campaña del desierto», a pesar de que las tierras que ocuparon los militares no estaban desiertas, sino habitadas por los mapuche que las habían poseído durante siglos<sup>11</sup>.

El proyecto de ocupación del Estado chileno fue diseñado por el político y militar Cornelio Saavedra, general del Ejército e intendente de la provincia de Arauco. Saavedra promovió la ocupación progresiva del territorio mapuche mediante la fortificación de líneas defensivas y

6- Ruiz, op. cit., p. 5.

7- Pinto, «Los orígenes...», op. cit., p. 79.

8- Pairican, «Weuwaiñ...», op. cit., p. 188; Pablo Mariman, «Los mapuche antes de la conquista militar chileno-argentina», en Pablo Mariman et al., *¡...Escucha, winka...! Cuatro ensayos de historia nacional mapuche y un epílogo sobre el futuro*. Santiago: LOM Ediciones, 2006, pp. 76-77.

9- Goicovic, «Campos conceptuales...», op. cit., p. 29.

10- Pinto, *Conflictos étnicos...*, op. cit., p. 15. Introducción.

11- Ruiz, op. cit.; Pairican «Weuwaiñ...», op. cit., p. 187.

la consolidación de los poblados, y la avanzada chilena al sur de la Frontera se fue concretando, con avances y retrocesos, según este plan. La invasión militar culminó entre 1862 y 1883 con la ocupación definitiva de la Araucanía:

Así, una vez refundado Angol, en 1862, se fortifica la línea del río Malleco, en 1864; luego, en los años 1867 y 1868, son ocupadas por la milicia las localidades de Purén y Lumaco, como también la costa de Arauco hasta Tirúa; hacia 1870 la línea de frontera se fija —por el sur— en Toltén, por el avance desde Valdivia y desde aquí se incorpora la costa hasta Queule, subiendo por el río San José hasta Mariquina. En el año 1874, se avanza desde Lumaco a Traiguén; en 1881 y 1882 se establece la línea militar en el río Cautín, desde la cordillera de Curacautín o Sierra Nevada hasta la desembocadura del río en el mar; y, finalmente, en 1883, se lleva la línea de ocupación a la cordillera de Villarrica y Pucón, Lonquimay y el Alto Bío-Bío<sup>12</sup>.

Cabe señalar que, desde la refundación de Angol en 1862 hasta la de Villarrica en 1883, existió en la Araucanía un ambiente bélico caracterizado por el uso desatado y masivo de la violencia. Las tropas del Ejército chileno llevaron a cabo una verdadera «guerra de exterminio», no solo contra los guerreros mapuche, sino contra todo su pueblo. Como señala José Bengoa:

La guerra, sin embargo, involucraba no solo a los guerreros y al ejército mapuche, sino también a la «población civil». Se incendiaban las rucas, se mataba y capturaba mujeres y niños, se arrebata con los animales y se quemaban las sementeras. Estamos ante una de las páginas más negras de la historia de Chile<sup>13</sup>.

Los abusos y atropellos fueron combatidos con fuerza por los mapuche, que, liderados por Mañil y Kilapán<sup>14</sup>, consiguieron mantener en jaque al Ejército hasta 1871 y derrotarlo en varias batallas, entre las cuales destacaron las insurrecciones de 1869 y 1881. En palabras de Igor Goicovic, se trató «de una guerra de movimientos que perseguía debilitar al enemigo para provocar el abandono por parte del Estado chileno de la política de ocupación»<sup>15</sup>.

De esta manera, la resistencia indígena logró detener parcialmente la ofensiva militar chilena y estabilizar la guerra, demostrándole al Estado que no permitiría la ocupación de su territorio. Así, a la paralización de la guerra del Malleco en 1871, que marcó la culminación de la primera etapa de la ocupación de la Araucanía, le siguió un periodo de estabilización de la lucha por la tierra que duró aproximadamente diez años (1871-1881).

No obstante, durante este periodo, se produjeron dos hechos que condicionaron la derrota de los mapuche y la ocupación final de sus tierras. Primero, el Ejército chileno fortaleció y consolidó la línea fronteriza del río Malleco (1871-1880), lo que favoreció la ocupación definitiva de las zonas de Arauco y Traiguén, y facilitó la colonización —principalmente extranjera—, gracias al avance del ferrocarril<sup>16</sup>. De acuerdo con Goicovic, «la modernidad capitalista, embarcada en

12- José Bengoa, *Historia del pueblo mapuche (siglo XIX-XX)*. Santiago: LOM Ediciones, 2000, p. 205.

13- Ídem.

14- Pinto, «Los orígenes del conflicto...», op. cit., p. 79.

15- Goicovic, «Campos conceptuales...», op. cit., p. 30.

16- Para analizar la importancia del ferrocarril en el proceso de colonización y ocupación de la Araucanía, véase Jorge Pinto, *La formación del Estado y la nación, y el pueblo mapuche: de la inclusión a la exclusión*. Santiago: Ediciones de la DIBAM, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2003, pp. 197-202.

los vagones del ferrocarril e informada a través del telégrafo, fluyó sobre las tierras mapuche, modificando en profundidad el espacio económico y la vida social»<sup>17</sup>. Segundo, el Ejército chileno aumentó su poder armamentista en la guerra contra Perú y Bolivia (1879), y adquirió una ventaja militar que le permitió derrotar a la resistencia mapuche. Los militares chilenos venían triunfantes desde el norte, en masa y con armamento moderno, perfeccionado y profesionalizado. Además, regresaban comprometidos con las políticas expansionistas del Gobierno, es decir, encuadrados en la misión de ocupar totalmente el territorio mapuche para responder a sus intereses geopolíticos. Chile recientemente se había extendido por el norte y, con la anexión de la Araucanía, lograría hacerlo por el sur y convertirse en uno de los Estados más fuertes del Pacífico. A esto se sumaba la necesidad económica de incluir las extensas y fértiles tierras habitadas por los mapuche en la producción agrícola nacional<sup>18</sup>.

El 5 de noviembre de 1881, la guerra volvió a desatarse. Por primera vez, todas las agrupaciones militares mapuche se unieron en un solo alzamiento general para detener el avance del Ejército chileno, instalado en el fuerte de Temuco. La insurrección quedó en la memoria colectiva del pueblo como un hito en la historia de la resistencia<sup>19</sup>. El 15 de noviembre, el Ejército derrotó a la ofensiva indígena en los alrededores de Temuco y continuó fundando fuertes y ciudades hasta alcanzar el objetivo final, Villarrica. El 1 de enero de 1883, ocupó el último bastión de la resistencia mapuche<sup>20</sup>.

Comenzó así una nueva etapa para el pueblo mapuche: la constitución de la propiedad agraria en la Araucanía<sup>21</sup>. La colonización, la reducción de los territorios, la repartición de la tierra, el arrinconamiento de sus integrantes a reservas y el avance del ferrocarril fueron algunos de los mecanismos de opresión cultural, política, social y económica que utilizó el Estado chileno a partir de entonces:

La sociedad mapuche fue oprimida a partir de 1883. La pérdida de la base material (la tierra) no era tan solo económica, era social, política y cultural. La tierra, en sí misma era el componente que aglutinaba la totalidad del ser mapuche, es decir, el soporte de la tradición<sup>22</sup>.

La ocupación político-militar del territorio mapuche respondió directamente al interés de la burguesía comercial y terrateniente por incorporar la Araucanía a la producción agrícola y ganadera. El ritmo económico que imponían las clases dirigentes de la zona central requería que la actividad agrícola se modernizara para responder a las demandas de los mercados externos. Para concretar sus anhelos, el Estado chileno declaró las tierras ocupadas como propiedad fiscal y las remató entre los colonos. Asimismo, promovió la instalación de agricultores europeos y chilenos como parte de un programa modernizador que incluía la estructuración de la gran propiedad agraria. La población mapuche que sobrevivió a la guerra también pasó a formar parte de este proyecto. Para ella, se establecieron las mercedes de tierra, pequeñas propiedades que eran generalmente las menos productivas:

17- Goicovic, «Campos conceptuales...», op. cit., p. 31.

18- Bengoa, *Historia del pueblo mapuche...*, op. cit., pp. 249-251.

19- *Ibíd.*, p. 285.

20- *Ibíd.*, pp. 285-324; Goicovic, «Campos conceptuales...», op. cit., p. 32.

21- Bengoa, *Historia del pueblo mapuche...*, op. cit., pp. 249-251.

22- Pairican, «*Weuwaitiñ...*», op. cit., p. 188.

Efectivamente, la población mapuche se reduce: miles mueren; su territorio y sus tierras se reducen. Su sociedad y su cultura son reducidas. Se transforma por la fuerza a los mapuche en ciudadanos chilenos, en indígenas que pueden vivir en tierras entregadas como merced y no casualmente llamadas reducciones<sup>23</sup>.

Además de sufrir la guerra y la desposesión territorial, el pueblo mapuche tuvo que adaptarse a las nuevas condiciones de vida impuestas por el sistema de tenencia de la tierra que el Estado chileno implantó en la región, es decir, «junto con la invasión militar se llevó a cabo un proceso sistemático de expropiación de tierras indígenas, posteriormente transferidas a los colonos que las cercaron y pusieron en explotación»<sup>24</sup>.

Las tierras ancestrales de los mapuche —las más fértiles de la zona— pasaron a integrar la mediana y gran propiedad (latifundio). A cambio, el Estado les entregó pequeños retazos poco productivos, que solo les permitieron desarrollar una economía campesina de subsistencia. De ahí, el nombre de reducción, «como se le llamó al proceso de despojo territorial y posterior entrega de pequeños espacios de tierras para que los sobrevivientes de la conquista de La Araucanía habitaran»<sup>25</sup>. La reducción también respondió a un objetivo declaradamente colonialista de «chilenización» y «campesinización» forzada de la sociedad mapuche, con el fin de que «asumiera las normas, educación, cultura y proyecto de mundo criollo»<sup>26</sup>.

La desposesión territorial del pueblo mapuche implicó la pérdida de cinco millones de hectáreas, ubicadas en las actuales provincias de Arauco, Biobío, Malleco, Cautín y Los Lagos. Esto «significó el empobrecimiento de sus habitantes, radicados en reducciones de tierras, y la pérdida de miles de cabezas de ganado, caballos y joyas en platería»<sup>27</sup>. La radicación de la población mapuche en reducciones se extendió desde 1884 hasta 1929, y es considerada una de las etapas más duras y amargas de su historia:

La acción civilizadora y el progreso que el Estado llevaría a la Frontera se convirtieron, tempranamente, en la amenaza más seria que conoció el pueblo mapuche en el curso de su historia. La ambición por sus tierras y el discurso antiindigenista que justificó los atropellos cometidos en su contra generaron un ambiente de tensión que se agravó durante el siglo XX [...]. La política reduccional, la usurpación de tierras, las compras fraudulentas y la incapacidad de algunos sectores de la sociedad nacional para entender la cultura indígena tuvo un impacto muy negativo en la sociedad mapuche, transformando su economía, de una economía en expansión, en otra de subsistencia en el siglo XX<sup>28</sup>.

Para concretar la constitución de la propiedad territorial mapuche, el Estado chileno utilizó tres procedimientos. El primero se aplicó entre 1873 y 1880, y consistió en establecer colonias indígenas en la Alta y Baja Frontera (Angol, Nacimiento, Lebu y Arauco) para radicar a la población mapuche que se había desplazado hacia lugares donde ahora había fundos particulares. El segundo, usado entre 1875 y 1882, consistió en radicar a los mapuche fuera de

23- Alejandro Saavedra, *Los mapuche en la sociedad chilena actual*. Santiago: LOM Ediciones-Universidad Austral, 2002, p. 57.

24- Goicovic, «Campos conceptuales...», op. cit., p. 30.

25- Pairican, «Weuwaiñ...», op. cit., p. 189.

26- Ídem.

27- Pairican, *Malon...*, op. cit., p. 35.

28- Pinto, «Los orígenes del conflicto...», op. cit., p. 49.

sus dominios ancestrales mediante sentencias de la Corte de Apelaciones de Concepción y el Juzgado de Letras de Angol, que otorgaron solo diez dominios (títulos de merced), todos en la zona de Angol. Por último, el procedimiento más utilizado fue la radicación de las familias mapuche en una parte de los territorios que habían ocupado ancestralmente mediante títulos de merced otorgados directamente por el Estado a un jefe de familia o representante de varias familias. Los títulos de merced fueron los dominios que utilizó el Estado para reconocer la propiedad de los mapuche sobre la tierra, mediante un criterio que solo incluía el hogar y su entorno inmediato, pero dejaba fuera los lugares donde desarrollaban su economía expansiva (pastoreo, ramoneo, extracción de leña y recolección de frutas). Con esto, el Estado redujo la vida material y cultural mapuche a pequeños espacios de subsistencia: las denominadas reducciones. Entre 1884 y 1929, se otorgaron 2.318 títulos de merced en toda la Araucanía: 2.038 en Cautín, con un promedio de 5,29 hectáreas por persona radicada, y 280 en Malleco, con un promedio de 8,56<sup>29</sup>.

Así, mediante los títulos de merced, el Estado chileno determinó arbitrariamente lo que era el espacio territorial mapuche y, con ello, el tipo de sociedad que su pueblo debía formar. Las familias fueron divididas y agrupadas en reducidos predios comunitarios para convertir a sus miembros en pequeños agricultores e incorporarlos al nuevo engranaje capitalista del mercado agrícola bajo condiciones de pobreza y marginalidad:

Fue una verdadera intervención explosiva la que hizo el Estado chileno en la sociedad mapuche. No sólo les quitó las tierras, sino que los agrupó en forma arbitraria y, así, los obligó a convivir de un modo por completo artificial [...]. Rompió profundamente la sociedad mapuche [...], partió en pedazos las solidaridades y propugnó la división al interior de las familias<sup>30</sup>.

Al arrinconar a su población, el Estado chileno desestructuró la sociedad tradicional mapuche y restringió su soberanía, transformando radicalmente su organización política, económica y cultural, en un proceso que Alejandro Saavedra ha calificado de etnocidio:

El proceso histórico de reducción de la población mapuche, iniciado con la invasión de sus territorios ancestrales, continuado con su derrota militar y culminado con su sometimiento como indígenas radicados en las reducciones, constituye un etnocidio [...] porque el proceso histórico al que nos estamos refiriendo no fue sólo, ni principalmente, un «despojo» de tierras. Se trató de un proceso de destrucción de las sociedades mapuche autónomas y de las principales bases de sustentación de su cultura<sup>31</sup>.

Las reducciones obligaron a los mapuche a transformarse en campesinos pobres funcionales al latifundio, sistema de tenencia de la tierra que modificó radicalmente el espacio rural en la Araucanía:

El paisaje en la región había cambiado. Arrinconados los mapuche en sus reducciones, campesinizados algunos y obligados a vivir en los arrabales de las nacientes ciudades, paulatinamente los cronistas de la época fueron dando cuenta del triunfo de la «civilización» contra la

29- Martín Correa et al., *La Reforma Agraria y las tierras mapuches. Chile 1962-1975*. Santiago: LOM Ediciones, 2005, pp. 42-52.

30- José Bengoa, *Historia de un conflicto: el Estado y los mapuches en el siglo XX*. Santiago: Editorial Planeta Chilena, 2002, p. 54.

31- Saavedra, op. cit., p. 60.

«barbarie». Sin embargo, había aparecido la pobreza, un invitado de piedra que complicaba impensadamente las cosas<sup>32</sup>.

Es necesario señalar que, hasta la ocupación de su territorio, la principal actividad económica de los mapuche era la ganadería expansiva, pues, si bien cultivaban la tierra, no habían desarrollado una agricultura intensiva y a gran escala. Su sustento económico dependía del comercio ganadero, por lo que la radicación en pequeños espacios les dejó una única alternativa de subsistencia a la que no estaban acostumbrados. Esta campesinización forzosa tuvo un impacto en la forma de vida mapuche, pues «la familia extensa tiende a nuclearse en la familia directa, destinando su poca tierra al cultivo de cereales, chacras y a la crianza de ganadería menor (ovino, caprino, porcino) en baja escala»<sup>33</sup>.

La pérdida de animales y la reducción de la tierra provocaron el empobrecimiento y la pauperización de la sociedad mapuche. A su conversión forzada en pequeños agricultores se sumó la pobreza. Campesinización y empobrecimiento pasaron a formar parte de la realidad cotidiana mapuche:

El mismo inicio de los mapuche como campesinos estuvo marcado no sólo por la imposición de una actividad nueva sino que además por formas ajenas y precarias de tenencia de tierras escasas y por la extrema carencia de recursos propios para asumir esta actividad<sup>34</sup>.

El Estado impuso la «civilización» sobre un pueblo supuestamente «bárbaro» e inferior que debía ser reducido e incorporado a la fuerza al proyecto nacional de la república chilena. El proceso de radicación constituyó un proyecto eminentemente colonial y, como destaca Héctor Nahuelpan, no es casual que la terminología utilizada por el Estado («título de merced, reducción, cacique) fue la misma que la usada por el gobierno colonial español en los siglos XVI y XVII, para referirse a la reorganización y reubicación de la población indígena en otras de sus colonias»<sup>35</sup>. De acuerdo con Fernando Pairican, «la reducción incubó la violencia de la colonización»:

El andamiaje de la república intentó resocializar, a través de sus instituciones y las escuelas, las mentalidades de los sobrevivientes de la ocupación; castigó con golpes en la boca a los que hablaban mal el castellano. Prohibió el hablar de la tierra (*mapuzungun*) y se burlaba de las ceremonias espirituales de nuestros abuelos. Las leyes impuestas permitieron nuevos despojos de tierras al interior de las mismas reducciones y comenzó un gradual éxodo hacia los centros urbanos para sobrevivir ante la pobreza estructural de la dominación. Así se fue gestando una «cadena de relaciones de dominación colonial», en que la sociedad criolla blanca y mestiza se fue superponiendo a nuestra morenidad<sup>36</sup>.

Mediante una serie de dispositivos de disciplinamiento social —prácticos y discursivos—, entre los cuales el trato racista y la construcción del imaginario de «raza inferior» fueron

32- Pinto, *La formación del Estado...*, op. cit., p. 223.

33- Mariman, op. cit., p. 121.

34- Saavedra, op. cit., p. 66.

35- Héctor Nahuelpan, «Formación colonial del Estado y desposesión en Ngulumapu», en *Ta iñ fijke xipa rakizuameluwün. Historia, colonialismo y resistencia desde el país mapuche*. Temuco: Ediciones Comunidad de Historia Mapuche, 2012, p. 131.

36- Pairican, «*Weuwaiñ...*», op. cit., p. 189.



«uno de los símbolos más desgarradores»<sup>37</sup>, el Estado de Chile hizo que los mapuche fueran internalizando el «complejo de inferioridad». La violencia colonial continuó reproduciéndose en la Araucanía, sobre todo a partir de la instalación de colonos chilenos y extranjeros que recurrieron a la fuerza para acumular y explotar tierras. Entre 1880 y 1930, el ambiente en la región estuvo marcado por una violencia estructural que se manifestó económica, simbólica y políticamente, e involucró al Estado y sus aparatos, a los colonos chilenos y extranjeros —ricos y pobres— y a los mapuche, quienes fueron víctimas de engaños, maniobras fraudulentas, expulsiones, altos impuestos, explotación laboral y racialización de la mano de obra en los grandes fundos, campesinización forzada, racismo, extirpación de prácticas religiosas y culturales, resocialización en la cultura hegemónica capitalista y cristiana, indefensión frente a los ataques de los grupos dominantes, asimilación a través del sistema escolar, destrucción de la base cultural, maltratos, humillaciones, asesinatos individuales y colectivos, etc.<sup>38</sup>. Todas estas vejaciones respondieron, de una u otra forma, a la existencia de jerarquías sociorraciales que situaron al mapuche en el nivel más bajo de un sistema concebido desde la dicotomía civilización (raza superior) versus barbarie (raza-inferior)<sup>39</sup>. En un periodo marcado por la lucha por la tierra, los mapuche fueron acosados por quienes, sintiéndose racialmente superiores, ambicionaron las suyas, principalmente colonos de otros lugares y hombres ricos de la zona:

Los primeros [mapuche] defendían lo que el Estado y los particulares les quitaron; los segundos [colonos], tierras que les asignaron u ocuparon sin saber si eran particulares o fiscales; los últimos [grandes propietarios], por acumular en un momento en que nada era claro respecto de los títulos de propiedad. Una de las primeras fallas del Estado fue no haber resuelto esta situación. La especulación y los abusos fueron el punto de partida de una serie de desencuentros en los que afloraron los sentimientos más perversos de hombres y mujeres<sup>40</sup>.

Precisamente, en esta dinámica de conflictividad y violencia, se fue constituyendo una nueva clase de propietarios, la burguesía agraria, compuesta por colonos extranjeros y nacionales que se instalaron en la Araucanía, emprendieron económicamente y se beneficiaron con la expropiación mapuche: una «nueva elite dirigente, ideológicamente racista y políticamente reaccionaria»<sup>41</sup>. El origen de este sector se encuentra en el proceso de formación de la propiedad particular en la Araucanía (1866-1930), que se llevó a cabo mediante tres canales jurídicos: los remates, las concesiones de colonización y la formación de colonias de chilenos y extranjeros. El remate de tierras fue el mecanismo de enajenación territorial más utilizado por el Estado para formar tanto la gran propiedad particular como la pequeña y mediana propiedad agrícola<sup>42</sup>. Efectuados principalmente en Santiago, los remates formaron parte de un sistema legal de expropiación que tuvo como respaldo la ley del 4 de diciembre de 1866, que estableció que los terrenos ubicados al sur del río Biobío eran fiscales y autorizó el reparto y la subasta pública del territorio mapuche, entre otros mecanismos de usurpación. Si bien señaló que cada hijuela (unidad territorial) subastada no debía superar las quinientas hectáreas, la ley no especificó la cantidad de hijuelas que podía adquirir cada persona. Producto de este «vacío legal», se remataron hijuelas adyacentes, situación que aprovecharon los terratenientes adinerados que

37- Pairican, *Malon...*, op. cit., pp. 34-35. Nahuelpan, op. cit., p. 151.

38- Goicovic, «Campos conceptuales...», op. cit., pp. 36-37.

39- Nahuelpan, op. cit., pp. 128-150.

40- Pinto, *Conflictos étnicos...*, op. cit., p. 15. Introducción.

41- Goicovic, «Campos conceptuales...», op. cit., p. 20.

42- Correa et al., op. cit., p. 27.



venían de la zona central y la Frontera para concentrar y acaparar gran cantidad de tierras, dando vida a los latifundios. Mariman se refiere a la violencia que acompañó la ocupación de los terrenos rematados:

Mediante subastas públicas, realizadas en Santiago se iban desgajando más componentes del territorio Mapuche, lo que fue conformando grandes fundos. La violencia que acompaña este proceso queda reflejada en la prensa de la época y en la memoria Mapuche, pues muchos de quienes recibieron los títulos de parte del Estado (colonos chilenos, extranjeros, militares, plutócratas, etc.) una vez en terreno presionaron por sacar a quienes vivían ahí sin papeles y documentos que los pudieran afirmar como propietarios<sup>43</sup>.

Por su parte, Jorge Pinto se refiere al carácter esencialmente fraudulento de los remates, el medio más eficaz para constituir el latifundio en la Araucanía:

Los remates de tierras también fueron motivos de quejas, no sólo por los fraudes que se cometían contra los mapuche, sino porque se aprovechaban para concentrar la propiedad agrícola en muy pocas manos. En 1892, *La Igualdad* de Temuco denunciaba el desencanto de más de tres mil campesinos que acudieron a rematar tierras fiscales sin conseguir un solo pedazo por la acción de «banqueros y millonarios» que hicieron subir artificialmente los precios<sup>44</sup>.

El segundo canal jurídico que utilizó el Estado chileno para constituir la propiedad particular fue entregarles considerables porciones de tierra a empresas que se dedicaban a trasladar extranjeros (principalmente, alemanes e italianos) para que desarrollaran el sistema agrícola industrial. Las denominadas concesiones de colonización comenzaron en la segunda mitad del siglo XIX y prepararon el escenario para el desarrollo de la agricultura capitalista moderna. A pesar de que un porcentaje considerable quedó en manos de los grupos que controlaban las concesiones y no en el de las familias que se asentaron, estas recibieron territorios suficientes para conformar fundos extensos<sup>45</sup>.

Entre 1901 y 1911, se transfirieron 203.063 hectáreas a los empresarios que establecieron colonias en la Araucanía y 25.000 a los migrantes que realizarían el trabajo. La provincia de Cautín concentró 94.575 de las hectáreas concesionadas, de las cuales solo el 10 % quedó en manos de las 211 familias de colonos que se radicaron en el lugar. El resto del territorio pasó directamente a las empresas de colonización, tanto de sociedades comerciales, ganaderas e industriales como de compañías particulares, con lo que se consolidó el régimen de la gran propiedad rural de carácter privado en la Araucanía<sup>46</sup>.

Finalmente, la Agencia de Colonización Gubernamental del Ministerio de Tierras, Relaciones Exteriores, Culto y Colonización impulsó la inmigración de chilenos y extranjeros a la Araucanía. A diferencia de lo que sucedió con las empresas de colonización, esta vez el Estado se involucró activamente en el emplazamiento de los extranjeros y les entregó parte de los

43- Mariman, op. cit., pp. 120-121.

44- Pinto, *La formación del Estado...*, op. cit., p. 220.

45- *Ibidem*, p. 37.

46- Para conocer de forma detallada a los actores involucrados en las concesiones de colonización en la provincia de Cautín, la cantidad de hectáreas entregadas y distribuidas en cada localidad, así como también las irregularidades del proceso, véase Correa et al., pp. 37 y 39.

territorios que había declarado fiscales, mediante la Oficina de Colonización. Entre 1883 y comienzos de 1900, se instalaron 291 familias extranjeras en la provincia de Cautín, las que se distribuyeron en cinco colonias y recibieron 19.872 hectáreas en total. Esto contribuyó a la formación de fundos en las zonas de Lautaro, Temuco, Galvarino, Imperial y Gorbea, entre otras localidades<sup>47</sup>. Asimismo, entre 1898 y 1910, 1.719 familias nacionales se establecieron en la Araucanía, ocupando un total de 110.314 hectáreas<sup>48</sup>.

La distribución de la tierra entre 1866 y 1930 fue tan desigual que, de los 3,2 millones de hectáreas que había en la Araucanía, un 12,8 % fue otorgado a las familias mapuche y un 87,2 % utilizado para constituir la propiedad rural particular y fiscal<sup>49</sup>. Pero, como advierte Martín Correa, no solo la distribución de la tierra fue perjudicial para los mapuche, sino también el trato que recibieron del Estado una vez que se instalaron en ella:

A los colonos el Estado entregó los «terrenos baldíos» en hijuelas que alcanzaban a 70 cuadras y 30 más por cada hijo varón de más de 10 años, pasajes gratuitos desde el puerto de embarque hasta Chile, tablas, clavos, una yunta de bueyes, vaca con cría, arado, carreta, máquina desmenuadora, pensión mensual durante un año y asistencia médica por 2 años. Los mapuche, en cambio, fueron reducidos y no se les entregó apoyo estatal alguno, condenándolos a vivir en la miseria<sup>50</sup>.

A pesar de ello, las familias mapuche lograron resistir y conservar su cultura replegándose «hacia adentro», en espacios territoriales mínimos. En condiciones de miseria y pobreza, lograron mantener vivas las tradiciones, historias, lengua y cosmovisión propias de su identidad. En palabras de Pairican, esta resistencia político-cultural triunfó sobre el «intento de negar la humanidad a nuestros antepasados durante las primeras décadas del siglo XX», pues este no logró «el efecto que esperaban los conductores de la república criolla. A pesar de que algunos sobrevivientes blanquearon sus nombres, otros negaron su morenidad, los mapuche mantuvieron sus costumbres en silencio en los fogones de las *rukas* de las reducciones»<sup>51</sup>.

Esta capacidad de adaptación y supervivencia cultural también permitió que el pueblo mapuche se proyectara hacia el ámbito de la política institucional chilena, especialmente a partir de comienzos del siglo XX, en lo que Goicovic define como el periodo de «resistencia al interior de la institucionalidad»:

El ámbito de la política se convirtió en el escenario privilegiado para desplegar una nueva estrategia de resistencia cultural. El objetivo era interpelar sistemáticamente al estado a objeto de impedir la atomización del territorio mapuche y conservar su base social y cultural. Para ello aprendieron la lengua del conquistador, comenzaron a asistir a sus establecimientos educacionales, se formó una nueva élite intelectual mapuche y se constituyeron sus primeras organizaciones sociales y políticas<sup>52</sup>.

47- *Ibíd.*, pp. 40-41.

48- Correa et al., *op. cit.*, pp. 41-42.

49- *Ibíd.*, pp. 52-55.

50- Martín Correa y Eduardo Mella, *Las razones del illkun/enojo. Memoria, despojo y criminalización en el territorio mapuche de Malleco*. Santiago: LOM Ediciones, 2010, pp. 65-66.

51- Pairican, «*Weuwaiñ...*», *op. cit.*, p. 190.

52- Goicovic, «Campos conceptuales...», *op. cit.*, p. 33.

En este nuevo contexto histórico, la sociedad mapuche posreduccional del siglo XX surgió en el plano de la acción colectiva con una serie de reclamos, mitines, manifestaciones y movilizaciones que denunciaron «la tierra usurpada, la violencia ejercida, la discriminación, la marginalidad; esto es, la nueva condición que ha adquirido el mapuche»<sup>53</sup>. Aparecieron también los primeros dirigentes y organizaciones que denunciaron los abusos que cometía el Estado y los colonos en la Araucanía, y exigieron sus derechos sobre la tierra y la cultura, y el respeto para su pueblo<sup>54</sup>.

En 1910, se fundó la Sociedad Caupolicán Defensora de La Araucanía, primera organización política mapuche del periodo posreduccional, que marca el inicio de la tercera etapa de la periodización establecida por Jorge Pinto: 1910-1927. Su líder fue el destacado dirigente Manuel Manquilef, profesor normalista e integrante de una de las familias tradicionales del pueblo mapuche. La Sociedad Caupolicán defendió a los indígenas que habían perdido las tierras reconocidas por los títulos de merced producto de las usurpaciones de los colonos.

Esta asociación propuso que los mapuche sobrevivientes de las reducciones recibieran educación pública y adquirieran los conocimientos necesarios para defender las escasas tierras que conservaban y resolver los graves problemas que sufrían<sup>55</sup>. Fue una táctica integracionista que respondió a los intereses y la condición social de los miembros del grupo fundador, que no provenían de las comunidades empobrecidas, sino que pertenecían a los mapuche letrados, en su mayoría, profesores de instituciones educativas chilenas (escuelas y liceos) y descendientes de los caciques que habían establecido alianzas con el Ejército chileno durante la ocupación de la Araucanía.

Los dirigentes de la Sociedad Caupolicán Defensora de La Araucanía estaban convencidos de que las transformaciones se debían realizar mediante la educación y la participación política institucional. Este indigenismo moderado concitó el apoyo de algunos partidos políticos, como el Partido Demócrata, que tenía una presencia importante en Cautín y llevó las reivindicaciones mapuche al Parlamento, donde pronunció públicamente sus demandas. Terminar con las tropelías e injusticias y concluir las radicaciones fueron algunas de las exigencias de la Sociedad Caupolicán instaladas por el Partido Demócrata en el aparato estatal chileno para frenar el descontrol de las usurpaciones<sup>56</sup>.

A pesar de que una comisión parlamentaria visitó la Araucanía para conocer directamente la situación, los abusos no se acabaron y la violencia continuó reproduciéndose<sup>57</sup>. Durante la primera mitad del siglo XX, «casi un tercio de las tierras concedidas originalmente en mercedes,

53- Bengoa, *Historia del pueblo mapuche...* op. cit., p. 377.

54- Saavedra, op. cit., p. 70.

55- Pairican, «*Weuwañ...*», op. cit., p. 190.

56- La intención de este apartado no es narrar la historia de la Sociedad Caupolicán, sino más bien contextualizar su importancia en el proceso de reivindicación territorial del movimiento mapuche. Para conocer más acabadamente su trayectoria, véase Rolf Foerster y Sonia Montecinos, *Organizaciones, líderes y contiendas mapuches (1900-1970)*. Santiago: Ediciones del Centro de Estudios de la Mujer, 1988, pp. 18-33.

57- Pinto, «Los orígenes...», op. cit., pp. 79-80.

fueron usurpadas por particulares. En 1929, de 2173 comunidades de Cautín, había en la Corte de Temuco 1709 juicios con particulares»<sup>58</sup>.

Otra organización que apareció durante este periodo fue la Sociedad Mapuche de Protección Mutua, encabezada por Aburto Panguilef. Fundada en Loncoche en 1916, en 1922 se transformó en la Federación Araucana con el propósito de unir a todos los mapuche para lograr que el Estado chileno reconociera sus costumbres ancestrales y terminara con las tropelías que sufrían constantemente. A diferencia de la Sociedad Caupolicán, la Federación reivindicó las prácticas socioculturales mapuche y se opuso a que se integraran en la estructura chilena mediante la educación. Surgió de esta manera lo que el historiador Sergio Caniuqueo denomina una nueva visión política mapuche, de clara tendencia nativista y radical:

La Federación Araucana basó su práctica política en la institucionalidad mapuche, a través del *fūxa xawūn* (grandes parlamentos), empleando el *Pentukun* o saludo ritual por medio el cual se interiorizaban de las condiciones de existencia espiritual y material de las personas y comunidades; y el *Nūxamkawūn* o conversación, las que actuaban en el contexto de una situación dialógica previa a los grandes discursos (*weupitun*) de los líderes. La legitimación del *xawūn* y sus resultados utilizaba los *perimontun* (visiones) y *pewma* (sueños)<sup>59</sup>.

La Federación Araucana estableció una política de alianzas con el Partido Democrático, el Partido Comunista y la Federación Obrera de Chile para lograr sus aspiraciones<sup>60</sup>. Asimismo, intentó crear una normativa jurídica que garantizara la protección de las reducciones mapuche, propuso discutir sobre los antiguos límites del territorio y exigió la restitución de las tierras usurpadas por la ocupación de la Araucanía<sup>61</sup>.

La tercera organización mapuche importante del periodo fue la Unión Araucana, fundada en 1926 por las misiones capuchinas de la Iglesia católica para contrarrestar la influencia de la Sociedad Caupolicán y la Federación Araucana, y frenar la reivindicación de la religiosidad mapuche y las alianzas con los comunistas. Los padres capuchinos planteaban la necesidad de cristianizar, civilizar y asimilar a los mapuche a la sociedad chilena para que salieran del sometimiento y la marginación en que se encontraban. Además, fueron sumamente críticos respecto a la influencia de la izquierda en el movimiento mapuche, pues consideraban que incitaba a la subversión y la violencia. Por este motivo, la Unión Araucana orientó sus demandas al bienestar económico, intelectual, moral y social de los mapuche, con el objeto de erradicar una serie de «males», como la ignorancia, el alcoholismo, la poligamia, la desposesión territorial, el atraso agrícola y la desunión. Bajo esta lógica moralizante, propició la creación de escuelas para que los mapuche se imbuyeran de la cultura occidental.

**58-** Bengoa, *Historia del pueblo mapuche...* op. cit., pp. 367-368. Para analizar más detalladamente las causas de los conflictos territoriales suscitados en el periodo de constitución de la propiedad agraria (1866-1930), véase Correa et al., op. cit., pp. 56-57. Asimismo, para conocer específicamente algunos de los conflictos de tierra entre 1910 y 1930, impregnados de sangre y violencia, véanse Bengoa, *Historia del pueblo mapuche...* op. cit., pp. 369-372; Pinto, «Los orígenes del conflicto...», op. cit., pp. 56-71.

**59-** Sergio Caniuqueo, «Siglo XX en Gulumapu: De la fragmentación del Wallmapu a la unidad nacional mapuche, 1880 a 1978», en Marimán et al., op. cit., p. 176.

**60-** Parte de la historia de la Federación Araucana ha sido analizada detalladamente en Foerster y Montecino, op. cit., pp. 33-52.

**61-** Pairican, «*Weuwaiñ...*», op. cit., pp. 190-191.

Al margen de las posturas políticas que asumieron sus organizaciones, la recuperación de las tierras siguió siendo la demanda central de todo el movimiento mapuche. La Unión Araucana, por ejemplo, denunció los abusos que cometían los terratenientes y las autoridades locales chilenas, y presionó para que se radicara a los indígenas que habían quedado sin tierras, se aumentara el suelo de las familias que habían recibido menos de seis hectáreas y se solucionaran los litigios pendientes. No obstante, producto de las rencillas internas que se suscitaron entre los padres capuchinos y algunos dirigentes mapuche, la Unión Araucana cedió a la influencia de la Iglesia católica y abandonó la lucha por la tierra, priorizando sus tradicionales planteamientos civilizadores e integracionistas por medio de la educación misionera<sup>62</sup>.

A partir de 1927, aparecieron nuevas organizaciones mapuche y algunos de sus dirigentes llegaron al Congreso. La violencia bajó de intensidad y, de acuerdo con Jorge Pinto, se inició la cuarta fase de la historia de las relaciones entre el Estado chileno y el pueblo mapuche, un periodo marcado por la subdivisión de «las tierras comunales con el propósito de transformar la propiedad privada en un mecanismo de superación de la pobreza»<sup>63</sup>. Esta iniciativa fue liderada por Manuel Manquilef para finiquitar el proceso de radicación. Él, «al igual que muchas personas en esa época, consideraba que este era el medio más adecuado para lograr la rápida integración del indígena a la sociedad chilena»<sup>64</sup>. La Ley 4169/1927, de División de las Tierras Comunales, se propuso terminar con la radicación de los mapuche y estableció la subdivisión de las comunidades con el objetivo de otorgarles tierras como propiedad privada. La Sociedad Caupolicán, dirigida por Arturo Huenchullán, y la mayoría de las organizaciones mapuche deslegitimaron a Manquilef por no haberlas consultado antes de elaborar el proyecto, y se opusieron a la dictación de la ley en el Congreso Araucano, realizado en Ercilla a fines de 1926. En la instancia, destacó el dirigente Manuel Aburto Panguilef, cercano en ese momento al Partido Comunista y la Federación Obrera de Chile.

La promulgación de la Ley 4169/1927 inauguró una segunda etapa en el proceso de pérdida de las tierras y generó conflictos internos en las comunidades<sup>65</sup>. De hecho, perfeccionada por su sucesora de 1930, disminuyó considerablemente las hijuelas que poseían los mapuche, situación que se mantuvo hasta 1972 (cuando se promulgó la Ley 17729/1972). Entre 1930 y 1972, los juzgados de indios encargados de dividir las comunidades permitieron la usurpación particular al interior de los títulos de merced y la enajenación de las tierras resultantes de la división:

Los Juzgados de Indios autorizaron la división de 832 comunidades mapuches con Títulos de Merced y, a la vez, permitieron la enajenación de las hijuelas resultantes de la división, existiendo un periodo —que va entre los años 1941 a 1947— en que no hubo restricciones para la venta de tierras mapuches. Las autorizaciones para enajenar comprometieron, en la mayoría de los casos, una parte del antiguo Título de Merced y, en otras situaciones, a la totalidad de las tierras de radicación de la comunidad<sup>66</sup>.

El rechazo a la ley de 1927 se transformó en la reivindicación más importante de las organizaciones mapuche y, en 1931, tanto la Sociedad Caupolicán como la Federación Araucana apoyaron

62- Para conocer más detalladamente el desarrollo de la Unión Araucana, véase Foerster y Montecino, op. cit., pp. 52-67.

63- Pinto, «Los orígenes del conflicto...», op. cit., p. 80.

64- Bengoa, *Historia del pueblo mapuche...* op. cit., p. 383.

65- Pinto, «Los orígenes del conflicto...», op. cit., pp. 71-73.

66- Correa et al., op. cit., p. 62.

la candidatura de Arturo Alessandri con la esperanza de modificarla. Sin embargo, la falta de resultados hizo que el liderazgo de la Sociedad comenzara a debilitarse y los jóvenes decidieran tomar el control del movimiento mapuche. En 1938, una nueva generación de dirigentes, como Venancio Coñoepan, Esteban Romero, José Cayupi y Arturo Huenchullán, crearon la Corporación Araucana, organización que le dio un giro estratégico a la acción colectiva<sup>67</sup> del movimiento y jugó un rol fundamental en la defensa de las comunidades<sup>68</sup>. La Unión Araucana y la Federación Araucana se sumaron al nuevo proyecto y, a pesar de sus diferencias, dieron origen «a una de las organizaciones más poderosas del movimiento mapuche, hegemonizando el espacio público durante toda la década del cuarenta y cincuenta»<sup>69</sup>.

La Corporación Araucana estableció una alianza electoral con el Partido Conservador Unido, que llevó a su dirigente Venancio Coñoepan a ser nombrado ministro de Tierras y Colonización por Carlos Ibáñez del Campo en 1952. Asimismo, Romero y Cayupi fueron elegidos diputados, y varias gobernaciones de la Araucanía quedaron en manos de dirigentes de la Corporación<sup>70</sup>. Estas conquistas políticas contribuyeron a que las demandas de los mapuche encontraran respuestas durante el segundo gobierno de Ibáñez. Una de las más significativas fue la creación de la Dirección Nacional de Asuntos Indígenas (DASIN) en 1953, institución que le permitió al movimiento mapuche gestionar desde el aparato estatal las transformaciones necesarias para mejorar las condiciones materiales y culturales de su pueblo, como impedir la división de las propiedades y modificar la relación con el Estado<sup>71</sup>.

Si bien su bloque dirigente se relacionó directamente con la institucionalidad chilena, la Corporación Araucana no renunció a su autonomía y siempre se desarrolló en la escena político-electoral como tal:

Las organizaciones mapuche plantearon la idea que para solucionar sus problemas era necesario formar un movimiento indígena autónomo, que alcanzara un poder propio. Con esto se habría producido una suerte de «modernización» de estas organizaciones (Sociedad Caupolicán, Unión Araucana, Frente Único Araucano) [...]. Junto con el problema de la tierra, aparece la dignificación y unificación de la etnia y el deseo de lograr un reconocimiento de las autoridades y partidos políticos, lucha a la que se suman las mujeres mapuche, dando forma a las primeras organizaciones femeninas<sup>72</sup>.

Todo este proceso social y político coincide con el inicio de la quinta fase propuesta por Jorge Pinto (1940-1973). Producto de los avances alcanzados por el movimiento mapuche, hacia 1950 los intentos de asimilación-extinción se vieron reducidos. A partir de ese momento, el Estado flexibilizó su postura y optó por integrar a los mapuche al proceso de modernización económica, con el propósito de transformarlos en productores campesinos que pudieran colaborar más eficientemente con el progreso del país. Para ello, era necesario modernizar sus unidades productivas<sup>73</sup>, propósito que coincidía con los objetivos de la Corporación Araucana, que

67- Goicovic, «Campos conceptuales...», op. cit., p. 38.

68- Pinto, «Los orígenes del conflicto...», op. cit., p. 74.

69- Caniuqueo, op. cit., p. 179.

70- Bengoa, *Historia de un conflicto...*, op. cit., pp. 110-114.

71- Pinto, «Los orígenes del conflicto...», op. cit., pp. 74-75.

72- *Ibíd.*, p. 74.

73- *Ibíd.*, p. 76.

«buscaba revertir la pobreza y la ignorancia campesina para lograr una explotación racional de los recursos y la conservación de las formas comunitarias de posesión de la tierra»<sup>74</sup>.

En 1953 se realizó el Primer Congreso Nacional Mapuche en Temuco, instancia de convergencia que dio origen a la Asociación Nacional de Indígenas de Chile, que se comprometió orgánica y políticamente con el Partido Comunista. Como muchos de sus dirigentes tenían filiación partidaria, se transformó en la primera organización mapuche de orientación netamente político-partidista.

Si bien la Asociación estableció una serie de demandas significativas para el movimiento mapuche (territoriales, infraestructurales, tecnológicas, económicas, educacionales, de salud, organizacionales, etc.), su contribución más importante fue utilizar la reforma agraria como herramienta para la recuperación territorial. De acuerdo con Bengoa, «esta organización mapuche ligada a la izquierda y al Partido Comunista pone en el centro de su preocupación la defensa de la tierra, inaugurando una perspectiva que será característica en las décadas siguientes»<sup>75</sup>. La organización también comprendió que la situación del pueblo mapuche era producto de un sistema nacional, y que las soluciones a sus problemas dependían de que fuesen resueltas las grandes dificultades del país. Asimismo, reconoció que los mapuche eran campesinos y, por lo mismo, debían articularse con la clase trabajadora para luchar a favor de la reforma agraria y en contra de la injusticia que aquejaba a todo el «pueblo» (chileno y mapuche)<sup>76</sup>.

La devolución de las tierras usurpadas, tanto las ancestrales como las consignadas en los títulos de merced, no fue un simple reclamo o exigencia de los mapuche al Estado chileno, sino una propuesta racionalmente organizada. Su sistematización en el proyecto de reforma agraria demostró la capacidad que habían desarrollado las organizaciones mapuche para articular sus demandas. Como señala Sergio Caniuqueo, de «1939 a 1953, el movimiento mapuche comienza a complementar sus resistencias y denuncias con la elaboración de propuestas»<sup>77</sup>. La Asociación Nacional Indígena tuvo una gran repercusión en la escena política y la opinión pública del momento, y fue un actor protagónico en el movimiento mapuche entre 1953 y 1962, año de promulgación de la primera ley de reforma agraria (15020/1962). Cabe destacar que, en 1961, la organización pasó a formar parte de la Federación Nacional de Campesinos e Indígenas de Chile, lo que, de acuerdo con Rolf Foerster y Sonia Montecino, concretó su anhelo de articular a los mapuche y los campesinos chilenos<sup>78</sup>.

Sin embargo, la voluntad política de las autoridades estatales y empresariales continuó siendo la integración forzada del mapuche a la «chilenidad» y la extinción de su condición de pueblo nación. Los intereses de la burguesía comercial y terrateniente siguieron enfocados en las tierras, cuyos medios de explotación pretendían modernizar para ponerlas al servicio del mercado, lo que implicaba terminar con las comunidades mapuche. A pesar de que estas expresiones colonialistas fueron públicamente denunciadas por los dirigentes mapuche, el Estado chileno no las condenó:

74- *Ibíd.*, pp. 76-77.

75- Bengoa, *Historia de un conflicto...*, op. cit., p. 136.

76- *Ibíd.*, pp. 136-137.

77- Caniuqueo, op. cit., p. 170.

78- Foerster y Montecino, op. cit., pp. 259-260.



Correspondió a los diputados José Cayupi y Esteban Romero encabezar esta corriente en momentos en que de nuevo la clase política chilena unida a empresarios locales presionaban al gobierno para que pusiera a su disposición las tierras que aún conservaban las comunidades<sup>79</sup>.

La ausencia de cambios sustanciales provocó que las alianzas electorales fueran cediendo espacio a una incipiente estrategia «que buscó distanciarse del Estado y que se fortalecerá años más tarde a través de la demanda por autonomía y control territorial»<sup>80</sup>. Producto de la derrota en las elecciones parlamentarias de 1957, la corriente política representada por la Corporación Araucana comenzó a debilitarse. Este hecho fue el reflejo de la crisis política que atravesaba la tendencia liderada por Venancio Coñoepean, que «subordinó las demandas históricas de los mapuche a sus intereses de corto plazo (elección de representantes mapuche en el Congreso y estímulo a los emprendimientos capitalistas)», convirtiendo a los mapuche «en clientela política de la derecha conservadora»<sup>81</sup>.

A partir de 1958, el Estado abordó la cuestión mapuche como un problema del minifundio y dejó fuera toda consideración étnica y cultural<sup>82</sup>. Las demandas históricas fueron incluidas dentro del problema estructural de la tenencia de la tierra, en el marco legal de la reforma agraria y la conformación de nuevas fuerzas y clientelas políticas:

El viejo caciquismo de la Corporación y de los *lonkos* como Coñoepean, cedió terreno frente a la emergencia de la Asociación Indígena de Chile, vinculada al Partido Comunista (PC); la Nueva Sociedad Lautaro, relacionada con la Democracia Cristiana (DC); y más tarde el Movimiento Campesino Revolucionario, relacionado con el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR)<sup>83</sup>.

Hacia 1960, el problema del despojo se convirtió en el eje central de la lucha política mapuche, y la devolución de las tierras, en el objetivo estratégico de sus organizaciones. A partir de 1962, aunque el movimiento mapuche aprovechó la implementación de la reforma agraria para instalar sus demandas, no encontró respuestas durante el gobierno de Jorge Alessandri, «que mantuvo inalterada la situación de todos los latifundios, incluidos aquellos sobre los que pesaban reivindicaciones mapuches de larga data como consecuencia de actos de usurpación de tierras»<sup>84</sup>. Esta tendencia continuó durante los primeros años del gobierno de Eduardo Frei, en un contexto sin grandes movilizaciones mapuche. Pero, desde la promulgación de la Ley 16640/1967, el aumento progresivo de las expropiaciones coincidió con el alza y la radicalización del movimiento indígena<sup>85</sup>. Fue en este escenario de efervescencia política que emergió el movimiento mapuche de acción directa que antecedió al MCR.

79- *Ibíd.*, p. 88.

80- *Ídem.*

81- Goicovic, «Campos conceptuales...», *op. cit.*, p. 40.

82- Pinto, «Los orígenes del conflicto...», *op. cit.*, p. 89.

83- Goicovic, «Campos conceptuales...», *op. cit.*, pp. 40-41.

84- Correa et al., *op. cit.*, p. 97.

85- *Ibíd.*, pp. 97-98.



## **CAPÍTULO 2**

---

### ANTECEDENTES HISTÓRICOS INMEDIATOS A LA CONFORMACIÓN DEL MCR EN CAUTÍN

---



## 2.1 ANÁLISIS DE LA ESTRUCTURA SOCIAL DE CLASES EN LOS CAMPOS DE CAUTÍN (HACIA 1970)

Comprender la conformación del MCR y la lucha sociopolítica que impulsó requiere un análisis exhaustivo de las relaciones de poder y la estratificación social que existían en la provincia de Cautín producto de la distribución de la tierra. Este ejercicio permitirá conocer tanto las características de las clases sociales implicadas como las de aquellos grupos que, aunque no participaron directamente en los acontecimientos, formaban parte de la cuestión agraria.

En primer lugar, está la gran burguesía agraria, compuesta por los propietarios de enormes extensiones de tierra que dirigían la agricultura en la zona. Esta clase social dominante no estaba formada por latifundistas feudales orientados a la acumulación de tierras para aumentar su prestigio y nobleza, sino por grupos capitalistas que destinaban lo que producían al mercado interno y, principalmente, externo. En un estudio realizado el segundo semestre de 1972, José Antonio Fernández señaló lo siguiente:

Los terratenientes puros apenas si existían. Los terratenientes chilenos eran y son empresarios capitalistas en la agricultura, en la banca, en la minería, en la industria o en el comercio o conjuntamente en varias ramas. La agricultura era dirigida de acuerdo a las necesidades del desarrollo capitalista dependiente de Chile y desde hace tiempo no ha habido contradicciones significativas entre burguesía agraria e industrial, financiera o comercial<sup>1</sup>.

Sin embargo, esto no se tradujo en un desarrollo productivo de la agricultura de la zona, pues los grandes propietarios no aprovechaban socioeconómicamente sus predios, sino que invertían su capital en la industria nacional, el gran comercio o las finanzas. De acuerdo con Enrique Astorga, hacia 1970, la realidad de los campos de Cautín se caracterizaba por los siguientes elementos:

El abandono de tierras [...], por la nefasta influencia y control mercantil que efectúan las ciudades agrícolas, por la formación de un empresariado campesino conformando una nueva capa social que reproduce los métodos y formas de operar de la sociedad agraria tradicional [...], por la formación de un mercado clasista, por la persistencia del burocratismo y de un estado escindido en su operar diario, etc.<sup>2</sup>.

Producto de esta situación, y de la concentración de la propiedad en pocas manos, se estableció un latifundio improductivo que utilizó parcialmente el recurso de la tierra. Como consecuencia de un largo proceso de acumulación del territorio, la gran burguesía se transformó en el representante del poder rural y frenó los intentos por reformar el agro. La hegemonía rural se sustentaba en la gran propiedad de la tierra, la cual «daba a la “élite” terrateniente una alta cuota de poderes sociales, políticos e institucionales que le permitía mantener una estructura social rígida y sin oportunidades para las mayorías campesinas<sup>3</sup>». Por esto, «ninguna medida que se adoptara en forma aislada originaría una respuesta importante en el desarrollo del sector»<sup>4</sup>. Debido a que los terratenientes no toleraban ninguna perturbación en este esquema

1- Solon Barraclough y José Fernández, *Diagnóstico de la Reforma Agraria chilena*. México DF: Siglo XXI Editores, 1974, pp. 4-5.

2- Enrique Astorga, *Consejos campesinos y revolución*. Santiago: ICIRA, 1973, p. 7.

3- David Alaluf, «Consideraciones sobre la política agraria 1965-1969», en David Alaluf, *Reforma Agraria: Seis ensayos de interpretación*. Santiago: ICIRA, 1970, p. 22.

4- Ídem.

y habían impedido «durante décadas, la organización del campesinado utilizando todas las posibilidades legales para detener todo movimiento»<sup>5</sup>, era necesario modificar la estructura social del campo en su conjunto.

De acuerdo con los datos del censo de 1970, la gran burguesía rural poseía cuatrocientos once propiedades de más de quinientas hectáreas en la provincia de Cautín, las que se distribuían de la siguiente manera<sup>6</sup>:

CANTIDAD DE HECTÁREAS	NÚMERO DE PROPIEDADES
500-999	250
1000-1999	117
2000-4999	37
5000 Y MÁS	7

El segundo sector social de la estructura de clases de Cautín eran los medianos propietarios agrícolas, quienes, al igual que los grandes terratenientes, formaban parte del empresariado capitalista. Este grupo destinaba su producción hacia el mercado, explotaba el trabajo asalariado y tenía como principal objetivo la acumulación de excedentes, es decir, la ganancia. De acuerdo con la información del mismo censo, en 1970, este sector era dueño de 2.177 propiedades de entre 100 y 499 hectáreas<sup>7</sup>:

CANTIDAD DE HECTÁREAS	NÚMERO DE PROPIEDADES
100-199	1332
200-499	845

A pesar de sus grandes extensiones de tierras, los medianos propietarios se encontraban en una situación de dependencia con respecto a quienes detentaban la hegemonía rural. La gran burguesía agraria no solo acumulaba más terrenos, sino que sus vínculos con el capital industrial, financiero y comercial generaban un monopolio que les impedía controlar los excedentes de su producción. Por una parte, la ausencia de formas de financiamiento seguras y baratas obligaron a la pequeña burguesía agraria a recurrir a capitalistas financieros, quienes se apropiaron de sus ganancias mediante elevados intereses. Por otra parte, los grandes capitalistas monopolizaban los canales de distribución y comercialización, y determinaban los precios de los productos que los medianos propietarios podían ofrecer. Asimismo, el aparato estatal, que

5- David Alaluf et al., «El sector agrario en el gobierno de la Unidad Popular», en *La economía chilena en 1971*, Santiago: Instituto de Economía y Planificación, Universidad de Chile, 1972, p. 487.

6- Datos extraídos de «Pan, tierra y socialismo», *Punto Final*, Santiago, año V, n.º 121, 5 de enero de 1971, p. 28.

7- Ídem.

representaba los intereses de los grandes burgueses, expropiaba sus excedentes por medio de los impuestos que establecía el sistema tributario para el sector agrícola<sup>8</sup>.

A pesar de estas diferencias, grandes y medianos propietarios formaban parte de la burguesía agraria de la provincia de Cautín (14.928 personas según las cifras del censo de 1970). Aunque las ganancias de estos últimos no cumplían con sus aspiraciones, proyectaron sus intereses de clase «hacia arriba» y siguieron el camino trazado por sus «hermanos mayores» para definir el funcionamiento capitalista de la agricultura. Si bien no lograban acumular cuantiosos capitales, el sistema de tenencia de la tierra les permitía gozar de privilegios sociales a los que no estaban dispuestos a renunciar. Por lo mismo, si bien entre ambos sectores existieron elementos contradictorios, estos no se tradujeron en antagonismos. De hecho, en épocas electorales o de conflictividad sociopolítica, los medianos propietarios no dudaron en posicionarse junto a la gran burguesía rural, sobre todo cuando los movimientos mapuche-campesinos amenazaron sus intereses «desde abajo», pues muchos de sus fundos provenían de tierras usurpadas y fueron reivindicados por el MCR.

Los pequeños propietarios representaban el tercer sector de la estructura socioeconómica de Cautín. A esta categoría, pertenecía el campesinado pobre de la región, tanto chileno como mapuche, que alcanzaba las 184 675 personas y equivalía al 85,25 % de la población rural total (216 638 habitantes). De acuerdo con los datos del censo de 1970, 134 629 eran comuneros mapuche y 50 046, campesinos chilenos<sup>9</sup>. Es decir, los pequeños propietarios constituían el sector más numeroso de la provincia y, dentro de este sector, los mapuche casi triplicaban a los chilenos<sup>10</sup>.

Los pequeños propietarios empleaban la pequeña explotación familiar de subsistencia en superficies de tierra reducidas y de muy bajo rendimiento. Esto, sumado a la utilización de técnicas rudimentarias y tecnología atrasada, generaba una situación desfavorable que condenaba al campesinado a la pobreza. En general, la explotación a pequeña escala «es un modo de producción estancado, los sectores que dependen casi exclusivamente de él, como los mapuches, alcanzan los índices mayores de subdesarrollo»<sup>11</sup>.

En este contexto, las condiciones estructurales para desarrollar las fuerzas productivas de sus pequeñas explotaciones eran inexistentes y las posibilidades de acumular excedentes y obtener plusproducto de su propio trabajo, casi nulas. En palabras de Barraclough, este campesino

8- *Ibíd.*, pp. 27-28.

9- *Ibíd.*, p. 27.

10- Como bien señaló Alejandro Saavedra en un estudio sobre la población mapuche en 1966, era difícil determinar la cantidad exacta porque existían notables contradicciones entre las distintas estimaciones. Los datos censales subestimaban a la población mapuche (no se visitaban todas las casas y no se distinguía entre mapuche y no-mapuche fuera del ámbito de las reducciones, entre otras falencias). A juicio del autor, a pesar de ser aproximaciones, los datos de la Dirección de Asuntos Indígenas (DASIN) eran los más precisos y estimaban que la población mapuche rural era de 326.066 personas en 1966. (Alejandro Saavedra, «La cuestión mapuche», en *Cuadernos de la Realidad Nacional*, n.º 5, septiembre de 1970, Centro de Estudios de la Realidad Nacional, Universidad Católica de Chile, pp. 80-82). El ministro de Agricultura, Jacques Chonchol, señaló en un simposio organizado a fines de 1971: «En la provincia de Cautín, que es una de las provincias importantes de Chile, con 500 mil habitantes, de los cuales 250 mil son rurales, una porción del 70 % del campesinado es mapuche [...]. De cada 10 campesinos, 7 son indígenas». (Jacques Chonchol, «La Reforma Agraria y la experiencia chilena», en Lelio Basso et al., *Transición al socialismo y experiencia chilena*. Santiago, CESO-CEREN, 1972, p. 159).

11- Barraclough, op. cit., p. 8.

«no sólo no contrata fuerza de trabajo, sino que tiene que vender la suya, ya que los limitados recursos que controla le impiden trabajar permanentemente en sus explotaciones. Su producto ni siquiera alcanza para el autoconsumo y mantiene condiciones de vida misérrimas»<sup>12</sup>.

Los mecanismos de compra y venta que establecía la estructura del intercambio mercantil permitían que intermediarios, patronos, comerciantes de pueblos y ciudades, usureros, y toda clase de especuladores se apropiaran del plusproducto que podían generar los pequeños propietarios, que terminaron transformados en «un depósito social de mano de obra barata para abastecer a los fundos»<sup>13</sup>. En efecto, este pequeño propietario puede ser definido «como aquel que posee una mínima cantidad de tierra y que es objeto de expropiación del plusproducto de su propio trabajo por comerciantes, usureros, intermediarios y otros»<sup>14</sup>.

Todos estos elementos, sumados a los mecanismos de usurpación y despojo de tierras, contribuyeron a la precarización de este sector social y, en el caso de los mapuche, a la configuración de un campesinado indígena empobrecido. Las relaciones productivas del agro penetraron las comunidades mapuche «rompiendo en mil pedazos sus normas ancestrales y de enclave social, incorporándolas de lleno a las frías y rígidas relaciones del mercado capitalista»<sup>15</sup>. A las condiciones de explotación, había que sumar el trato racista que recibían cuando se empleaban en los fundos, tanto de parte de los colonos-latifundistas como de los campesinos pobres y trabajadores agrícolas chilenos<sup>16</sup>.

Completaban la estructura socioeconómica de la provincia de Cautín los asentados, trabajadores que se establecieron en el marco del régimen de asentamiento impulsado por el Gobierno de Eduardo Frei (0,3 %); los asalariados, trabajadores que habitaban en viviendas miserables, recibían bajos salarios y en su mayoría no estaban sindicalizados (1,4 %); los arrendatarios, campesinos precarizados que padecían el incumplimiento de las leyes laborales y los contratos de arrendamiento de tierras (1.266 personas); los medieros, obreros agrícolas que vivían en condiciones extremadamente desfavorables (1.571 personas), y los allegados, personas o familias que trabajaban para pequeños propietarios y sobrevivían en condiciones similares a las de los medieros (s/i)<sup>17</sup>.

Si bien las condiciones descritas en este apartado determinaron la marginación, explotación y opresión del campesinado pobre mapuche, también posibilitaron la emergencia de un sujeto colectivo potencialmente revolucionario, capaz de dinamizar masivamente un movimiento de recuperación de tierras sin precedentes en el siglo XX.

12- *Ibíd.*, p. 188.

13- Astorga, *op. cit.*, p. 13.

14- «Pan, tierra y socialismo», *op. cit.*, p. 27.

15- Astorga, *op. cit.*, p. 14.

16- Saavedra, «La cuestión mapuche», *op. cit.*, p. 78.

17- «Pan, tierra y socialismo», *op. cit.*, p. 29.

## 2.2 EL MIR DESDE SU ORIGEN HASTA LAS PRIMERAS INSERCIONES EN LAS COMUNIDADES MAPUCHE DE CAUTÍN Y MALLECO (1965-1969)

El propósito de este apartado es comprender la proyección política y social que tuvo el MIR en los sectores populares entre los orígenes del partido y el fin del gobierno de Eduardo Frei Montalva, a través de un análisis histórico de los vínculos que establecieron algunos de sus miembros con integrantes del movimiento mapuche de Cautín, fenómeno que influyó en el surgimiento del MCR en el espacio rural de la provincia.

El MIR fue el producto de la confluencia de organizaciones y militantes con distintas tendencias y orígenes revolucionarios (trotskistas, maoístas, anarcosindicalistas, socialcristianos de izquierda, disidentes socialistas y expulsados del Partido Comunista), que se distanciaron de la izquierda tradicional (partidos Comunista y Socialista) y decidieron construir una alternativa a la política electoralista y pacifista de aquellas agrupaciones<sup>18</sup>. Durante este proceso, iniciado en 1961, sus protagonistas se propusieron formar un nuevo partido para hacer la revolución en Chile, objetivo que los condujo a realizar el Congreso de fundación del MIR, el 15 de agosto de 1965 en Santiago<sup>19</sup>.

La fase de unificación de la izquierda rupturista (1961-1965) se desarrolló en un contexto internacional estimulante para la constitución de organizaciones revolucionarias. Las luchas de liberación nacional en África y Asia, los movimientos nacionalistas europeos, la consolidación del socialismo en China y la Revolución cubana, entre otros procesos, impactaron en la conciencia colectiva de los revolucionarios chilenos. Indudablemente, el más importante fue la Revolución cubana de 1959, la primera revolución de carácter socialista que triunfaba en América Latina. Respecto a la influencia que tuvo este hecho en el continente, el historiador Julio Pinto sostiene: «La victoria de los guerrilleros cubanos en 1959, en efecto, pareció sacar a la revolución social del ámbito de los horizontes utópicos, instalándola como una propuesta inmediata y viable para los pueblos de América Latina»<sup>20</sup>.

El contexto nacional también contaba con elementos políticos y sociales que influyeron significativamente en la conformación del MIR. Los grupos revolucionarios chilenos consideraban que los lineamientos táctico-estratégicos implementados por la izquierda tradicional hasta ese momento eran ineficientes para transformar radicalmente la sociedad. Las reformas al sistema de dominación, la vía pacífica-electoralista y la política de colaboración de clases obstaculizaban, según ellos, la emancipación de los explotados, cuyas luchas sociales y políticas estaban en ascenso. El MIR surgió, entonces, a partir de una ruptura con la izquierda tradicional, a la cual le disputó la conducción del movimiento popular.

**18-** Para conocer las organizaciones y militantes que convergieron en la fundación del MIR, véase Luis Vitale, *Contribución a la historia del MIR (1965-1970)*. Santiago: Ediciones del Instituto de Investigación de Movimientos Sociales Pedro Vuskovic, 1999, pp. 16-17. Disponible en [http://mazingher.sisib.uchile.cl/repositorio/lb/filosofia\\_y\\_humanidades/vitale/obras/sys/bchi/h.pdf](http://mazingher.sisib.uchile.cl/repositorio/lb/filosofia_y_humanidades/vitale/obras/sys/bchi/h.pdf). Para conocer en detalle los orígenes del MIR (actores y trayectorias individuales y colectivas), véanse Eugenia Palieraki, ¡La revolución ya viene!: El MIR chileno en los años sesenta, capítulos 1 y 2. Santiago: LOM Ediciones, 2014, e Igor Goicovic, *Movimiento de Izquierda Revolucionaria*. Concepción: Ediciones Escaparate, 2012, pp. 16-17.

**19-** Vitale, *Contribución...*, op. cit., p. 8.

**20-** Julio Pinto, «Hacer la revolución en Chile», en Julio Pinto (coordinador-editor), *Cuando hicimos historia. La experiencia de la Unidad Popular*. Santiago: LOM Ediciones, 2005, p. 9.

La síntesis entre el impacto de los acontecimientos internacionales y la situación social y política chilena de la década de 1960 generó el escenario propicio para que brotara una izquierda inspirada en el marxismo-leninismo, que, promoviendo la insurrección popular armada, propuso derrocar al sistema capitalista en Chile por medio de una revolución socialista. De acuerdo con el historiador Mario Garcés, hay que situar el nacimiento del MIR en la siguiente confluencia:

Una revolución triunfante versus una estrategia poco eficiente de la izquierda chilena de entonces. La operación fundacional del MIR parecía de este modo sencilla: afirmar el componente militar de la lucha revolucionaria, lo que por cierto hizo al igual que muchos grupos revolucionarios de América Latina que se propusieron seguir el camino cubano, pero la verdad completa, es que el MIR no solo afirmó la cuestión militar sino que resucitó en Chile a los clásicos del marxismo, y en particular al Lenin revolucionario de principios de siglo [...] y rechazó la tradición estalinista y soviética de mediados de siglo, partidaria de la coexistencia pacífica. Es decir, el MIR no solo afirmó la necesidad del componente militar de la lucha revolucionaria, sino la cuestión de la formación de un partido revolucionario que acometiera la tarea, de una vez por todas, de hacer la revolución en Chile<sup>21</sup>.

Los fundamentos teóricos y políticos del MIR fueron sistematizados en su *Declaración de principios*, documento redactado en septiembre de 1969 por Luis Vitale. A partir de entonces, el MIR se definió como un partido revolucionario que se organizaba «para ser la vanguardia marxista-leninista de la clase obrera y capas oprimidas de Chile que buscan la emancipación nacional y social», y tenía como objetivo el «derrocamiento del sistema capitalista y su reemplazo por un gobierno de obreros y campesinos, dirigidos por los órganos de poder proletario, cuya tarea será construir el socialismo y extinguir gradualmente el Estado hasta llegar a la sociedad sin clases»<sup>22</sup>.

El fundamento histórico de la lucha que impulsaba MIR era el enfrentamiento entre las clases sociales antagónicas: el proletariado y la burguesía. En este sentido, consideraba que el proletariado chileno era la vanguardia revolucionaria que debía ganar para su causa a los campesinos, intelectuales, técnicos y miembros de la clase media empobrecida. El partido conduciría intransigentemente la lucha contra los explotadores, evitando cualquier tipo de conciliación que contribuyera a amortiguar el conflicto<sup>23</sup>.

A partir de los fundamentos teórico-políticos plasmados en la *Declaración de principios*, el MIR estableció que los sectores populares debían movilizarse, al menos, en pos de dos tareas programáticas: la liquidación del imperialismo y la revolución agraria. En cuanto a lo primero, proponía la nacionalización —sin indemnizaciones— de las empresas que estaban en manos de la burguesía internacional (cobre, salitre, hierro, etc.), de las grandes casas comerciales y de los bancos extranjeros. Asimismo, consideraba necesario romper los pactos con Estados Unidos y desconocer la deuda externa contraída con ese país. La revolución agraria, en tanto, consistiría en expropiar, sin indemnizaciones, las tierras que estaban en poder de los

21- Mario Garcés, “Prólogo” en Pedro Naranjo et al. (editores), *Miguel Enríquez y el proyecto revolucionario en Chile. Discursos y documentos del Movimiento de Izquierda Revolucionaria, MIR*, Santiago: LOM Ediciones, 2004, p. 10.

22- *Declaración de principios. Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR)*, en Naranjo et al., op. cit., p. 99.

23- Ídem.



latifundistas para entregárselas a los campesinos que trabajaban en ellas, pues eran estos los llamados a concretar la reforma mediante las ocupaciones<sup>24</sup>.

En su programa, el MIR sostenía que la participación protagónica de las clases explotadas a través de la movilización y la lucha de clases (huelgas, ocupaciones de tierras, fábricas y terrenos, grupos de autodefensa, etc.) era fundamental. El documento afirmaba: «El programa planteado solo podrá realizarse derrocando a la burguesía e instaurando un gobierno revolucionario dirigido por los órganos de poder de obreros y campesinos»<sup>25</sup>.

Pero el accionar del MIR durante su etapa fundacional<sup>26</sup> no solamente estuvo caracterizado por su posición crítica frente a la izquierda tradicional (PC y PS), sino también por dificultades internas para llegar a un consenso respecto a la política y estructuración del partido. Se trataba de una definición urgente si quería convertirse en la vanguardia marxista-leninista del proletariado y las capas oprimidas de Chile. De acuerdo con Sebastián Leiva, esto hizo que «los esfuerzos de la organización se concentraran en la homogeneización política y en la estructuración orgánica»<sup>27</sup>. Entre 1965 y 1967, la presencia del MIR aumentó al interior del sector popular, especialmente a nivel poblacional, universitario y sindical. En este sentido, como aclara Luis Vitale, para comprender concreta y cabalmente el quehacer del MIR en este periodo, es necesario considerar tanto la situación política que experimentaba la sociedad chilena como el estado del movimiento popular:

Después de que Frei promulgara su mediatizada «chilenización del cobre» y su menguada Reforma Agraria, los trabajadores del campo y la ciudad —que se habían esperanzado en las promesas de la DC— comenzaron a radicalizarse, junto a las bases y el ala izquierda democristiana, promoviendo un proceso de luchas sociales [...] en el cual se insertaron los militantes y la política concreta del MIR y del ala izquierda socialista que alcanzó acuerdos revolucionarios en el Congreso de Chillán<sup>28</sup>.

Las diferencias internas no fueron superadas, la conflictividad entre los distintos grupos que formaban parte del MIR se agudizó y tanto su crecimiento orgánico como su inserción en los espacios populares se estancaron<sup>29</sup>. Esta situación comenzó a cambiar luego del Tercer Congreso, realizado en diciembre de 1967, donde los miristas optaron por un recambio político y generacional de la dirección nacional del partido. Miguel Enríquez asumió el liderazgo y la organización aumentó sus acciones armadas, tanto propagandísticas como directas. Entre las

**24-** Programa del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), en Naranjo et al., op. cit., pp. 103-105.

**25-** *Ibíd.*, p. 105.

**26-** Utilizamos el criterio establecido por Mario Garcés para periodizar la historia del MIR: «La historia del MIR debiera entonces considerar al menos estas tres etapas, que hemos insinuado: los años sesenta, que constituye su etapa fundacional; la Unidad Popular, que representa el momento de mayor crecimiento e impacto en la política chilena; y los años de la dictadura, que combinan iniciativas radicales de resistencia junto con la represión que terminó prácticamente por destruir al MIR como “vanguardia revolucionaria”». En Naranjo et al., op. cit., p. 10.

**27-** Sebastián Leiva, *Revolución socialista y poder popular. Los casos del MIR y PRT-ERP. 1970-1976*. Concepción: Ediciones Escaparate, 2010, pp. 50-51.

**28-** Vitale, *Contribución...*, op. cit., p. 12.

**29-** Marcelo Casals, *El alba de una revolución. La izquierda y el proceso de construcción estratégica de la «vía chilena al socialismo» 1965-1970*. Santiago: LOM Ediciones, 2010, p. 217.

denominadas «acciones directas», destacaban los asaltos a bancos para «recuperar» el dinero que sería destinado al trabajo revolucionario en los sectores populares<sup>30</sup>.

Pero, aunque habían ganado presencia tanto en dichos sectores como en la escena política nacional, y la cantidad de sus militantes se había incrementado, los problemas orgánicos se mantuvieron. Las contradicciones internas se agudizaron y un grupo de militantes se enfrentó con la nueva dirección respecto al problema de la lucha armada y la posición del partido frente a los procesos electorales de 1969 (parlamentarios) y 1970 (presidenciales)<sup>31</sup>. La tensión derivó en que varios militantes se marginaron voluntariamente, lo que produjo una crisis interna que terminó por fraccionar definitivamente al MIR a mediados de 1969.

Inmediatamente después de esta crisis, el partido entró en un proceso de reorganización que buscaba, por una parte, proyectar la política revolucionaria hacia las clases populares y, por otra, intensificar la política de acciones armadas —principalmente los asaltos a bancos—, que consolidarían el carácter político-militar del MIR<sup>32</sup>. Entre fines de los sesenta y comienzos de los setenta, el MIR aprovechó el ascenso de las movilizaciones y la intensificación de la lucha de clases para introducirse y participar activamente en la dinámica social popular. Sobre estos fenómenos, Pedro Naranjo sostiene:

Desde 1967 había comenzado en Chile un proceso de ascenso y extensión de las movilizaciones de masas, los primeros en activarse fueron el movimiento estudiantil en torno a la reforma universitaria, luego surgió la acción de los pobladores en su lucha por la vivienda y otras reivindicaciones, después los mapuche en la zona sur y su demanda por la tierra, para después extenderse a otras zonas campesinas; con posterioridad el proceso de activación se expresó en los trabajadores de la pequeña y mediana industria, en los empleados y trabajadores del sector público, y culminó ya muy próximo al gobierno de Allende con la clase obrera sindicalizada de la gran industria<sup>33</sup>.

Influenciados por la coyuntura electoral de 1970, muchos miristas se distribuyeron por todo el país y se insertaron en los sectores más activos y radicales del movimiento de masas, principalmente, en las zonas urbanas y rurales marginadas, a cuyos habitantes definieron como los «pobres de la ciudad y del campo». Los pobladores, campesinos y mapuche, ignorados durante mucho tiempo por el Estado, representaron para el MIR sectores estratégicos para

30- Cristián Pérez, «Historia del MIR. “Si quieren guerra, guerra tendrán”», en *Estudios Públicos* 91. Santiago, Centro de Estudios Público, 2003, p. 14.

31- Según los planteamientos de Sebastián Leiva, las diferencias entre la dirección conformada en el Tercer Congreso y los marginados respecto de la cuestión militar se produjeron porque los primeros criticaban que «desde 1965 en adelante no se había impulsado efectivamente el accionar armado, quedándose el planteamiento de la lucha armada sólo en el discurso, cuestión que los marginados respondían señalando que aquellas acciones debían iniciarse sólo una vez que la organización se asentara en mayor grado en el movimiento social, con lo cual implícitamente daban cuenta de los aún embrionarios vínculos con éste». Las diferencias relativas a los procesos electorales, en tanto, se debían a que «los marginados planteaban la necesidad de discutir la posible participación de la organización en ambos procesos electorales, máxime cuando la dinámica que estaba desarrollando el movimiento popular apuntaba a vincularse a este proceso. En contraposición, el sector mayoritario del partido se planteaba absolutamente en contra de la alternativa electoral». Leiva, op. cit., p. 51.

32- La reestructuración del partido y su nuevo modelo organizacional se encuentran explicados en Igor Goicovic, «El Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) y la irrupción de la lucha armada en Chile, 1965-1990», en Pablo Pozzi y Claudio Pérez (editores), *Historia oral e historia política. Izquierda y lucha armada en América Latina, 1960-1990*. Santiago: LOM Ediciones, 2012, p. 165. También en Leiva, op. cit., p. 52.

33- Naranjo et al., op. cit., p. 60.

proyectar su línea de acción y acumular la fuerza social, política y militar que les permitiría desarrollar su estrategia revolucionaria. El partido se comprometió con sus reivindicaciones e incluso contribuyó a masificarlas y radicalizarlas. Asimismo, potenció las «acciones directas de masas», irrupciones colectivas de los grupos marginados que tomaban en sus manos la solución de sus demandas. Este tipo de acciones, principalmente las tomas de terrenos en las zonas periféricas urbanas y rurales, «pasaron a ser vistas por los pobladores y campesinos como el medio más eficaz y más rápido para resolver el problema del alojamiento o de la tierra, frente a las lentas gestiones administrativas de incierto resultado»<sup>34</sup>. El MIR aprovechó esta disposición para expandirse, arraigarse en los sectores populares y generar adhesiones que aumentaron la militancia a partir de 1969, fenómeno que Eugenia Palieraki describe con precisión:

El MIR participó en las ocupaciones de terrenos precisamente en el momento en el que los pobladores y campesinos estaban más decepcionados con el gobierno demócratacristiano. El MIR concebía, a través de su prisma ideológico, las ocupaciones como las premisas de una explosión social. Por este motivo, los pobladores y campesinos, llevados por la decepción, multiplicaron las ocupaciones de fundos y fueron respaldados por el MIR. Las acciones se radicalizaron con la esperanza de obtener resultados frente a un gobierno que había incumplido una buena parte de su programa social<sup>35</sup>.

Es importante señalar que, como sostiene Pedro Naranjo, el MIR «no creó estas formas de lucha, sino las recogió de sectores avanzados de las masas, después las impulsó como una línea de acción general y sistemática orientada a poder romper la legalidad burguesa»<sup>36</sup>. A mediados de 1970, se organizaron los «frentes de masas» o «frentes intermedios», que tenían como propósito sistematizar las reivindicaciones de los sectores populares y conducirlos por caminos políticamente revolucionarios. Estos frentes surgieron al calor de las demandas populares, particularmente, durante las acciones directas que se venían generando desde la segunda mitad de 1969 y se intensificaron en el transcurso de 1970 (tomas de terrenos rurales y urbanas, corridas de cercos y tomas estudiantiles de facultades universitarias). Los frentes intermedios más destacados fueron el Frente de Trabajadores Revolucionarios (FTR), el Frente de Estudiantes Revolucionarios (FER), el Movimiento Campesino Revolucionario (MCR) y el Movimiento de Pobladores Revolucionarios (MPR)<sup>37</sup>.

El MIR logró insertarse eficazmente en la Araucanía por medio de militantes que recorrieron los campos y entraron en contacto con las comunidades mapuche. Ellos proyectaron la política del partido al interior de un sector social que históricamente había luchado por recuperar sus tierras. A partir de estas primeras relaciones, se fue tejiendo una red articulada de contactos (estudiantes y profesores miristas, dirigentes campesinos, jóvenes mapuche, etc.) que sentaron las bases de la convergencia política que daría forma al MCR en Cautín.

34- Palieraki, op. cit., p. 276.

35- Ídem.

36- Íbidem, p. 61.

37- Igor Goicovic, «El Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) y la...», op. cit., p. 165. Un análisis histórico del desarrollo de los frentes en el movimiento de masas se encuentra en la obra de Leiva, op. cit., pp. 52-124.

### 2.3 EL MOVIMIENTO MAPUCHE DE RECUPERACIÓN DE TIERRAS EN LAS PROVINCIAS DE CAUTÍN Y MALLECO DURANTE LA SEGUNDA MITAD DEL GOBIERNO DE EDUARDO FREI MONTALVA (1967-1970)

Como ya señalamos, si bien las reivindicaciones de las comunidades mapuche por la recuperación de las tierras usurpadas habían experimentado una escalada a partir de 1960, será en torno a la dictación de la Ley 16640/1967, de Reforma Agraria, que estas se traducirán en acciones concretas para recuperar los predios que estaban en poder de los latifundistas. Organizaciones, comunidades y familias mapuche vieron en esta ley un escenario propicio para instalar sus históricas demandas territoriales y exigir soluciones concretas:

[Desde 1967] los mapuches comienzan un proceso creciente de ocupaciones de fundos históricamente demandados por las comunidades, recuperando «de hecho» las tierras usurpadas dentro de los Títulos de Merced [...]. Bajo esta modalidad los mapuches presionan por la expropiación de las tierras y su transferencia a las comunidades demandantes, aplicando las normas de la Ley de Reforma Agraria 16.640<sup>38</sup>.

Pero, a pesar de las posibilidades que entregaba la reforma de Frei para la recuperación territorial y la presión que ejercieron las comunidades, el problema de la tierra no se solucionó. Uno de los motivos fue la lentitud con que se aplicó la ley en la Araucanía, cuestión que fomentó el descontento mapuche y desencadenó la conflictividad rural. Además, la participación mapuche en la discusión parlamentaria había sido casi nula, lo cual se expresaba en «la poca incidencia que la demanda mapuche tenía, al menos, en la formulación normativa de la Reforma Agraria»<sup>39</sup>.

Por otra parte, aun cuando los campesinos mapuche formaban parte del extendido minifundio que la reforma agraria pretendía combatir, la Ley 16640/1967 no reconoció su condición de pueblo originario y, en este sentido, los dejó al margen. Sus demandas territoriales fueron interpretadas a partir de lógicas modernizantes que limitaron las soluciones al mejoramiento de sus condiciones materiales a través del apoyo crediticio y la asistencia técnica<sup>40</sup>. Tal como sostienen los historiadores Carlos Ruiz y Augusto Samaniego, «no hubo un diagnóstico acertado acerca de la realidad del pueblo mapuche por parte de los funcionarios y tecnócratas del gobierno de Frei, lo que impidió que se formulase una política realmente acorde con las aspiraciones mapuches»<sup>41</sup>.

Esta discordancia no solo se debía a la falta de voluntad política del Gobierno, sino también a la naturaleza reduccionista de la ley, que consideraba a los mapuche única y exclusivamente como campesinos pobres. El carácter esencialmente «campesinista» de la reforma agraria de Frei hizo que fueran los inquilinos chilenos los más favorecidos con las expropiaciones de predios en la Araucanía. Ellos vivían y trabajaban en los fundos como empleados, a diferencia de los mapuche, que residían en sus comunidades, pues las tierras de esos fundos les habían sido arrebatadas en el periodo de radicación. Esto «ponía en contradicción el lema de

38- Correa et al., op. cit., pp. 100-101.

39- Ibídem, p. 105.

40- Ídem.

41- Carlos Ruiz y Augusto Samaniego, «Gobierno de Eduardo Frei Montalva. Cuestión mapuche entre 1967-1970», CEME. Disponible en <https://bit.ly/2HkpJgn>.

la Reforma Agraria “la tierra para el que la trabaja”, con “la tierra para sus dueños ancestrales”, la demanda mapuche»<sup>42</sup>.

En este sentido, la nueva ley no reconoció la historicidad de la cuestión territorial y dio cuenta de «la incapacidad institucional del Estado para hacer frente a la demanda mapuche y del desconocimiento de la situación socioeconómica e histórica de estas comunidades»<sup>43</sup>. Por ello, fueron las propias familias, comunidades y organizaciones mapuche las que, mediante la movilización y la acción directa, incorporaron la «cuestión territorial mapuche» al proceso de aplicación de la reforma agraria<sup>44</sup>. A las ocupaciones de fundos, sumaron las «corridas de cercos», método político de acción directa y colectiva que consistía en desplazar los cercos que rodeaban sus terrenos hasta los límites establecidos en los títulos de merced para recuperar las tierras que los dueños de los predios contiguos les habían usurpado. Con estas acciones, promovieron su propia reforma agraria, más dinámica, profunda y radical, y, sin dejar de aprovechar el marco legal para legitimar sus reivindicaciones, exigieron la aplicación de «la Ley de Reforma Agraria o bien la restitución de tierras usurpadas al interior de los Títulos de Merced»<sup>45</sup>. Entre 1967 y 1970, esta presión influyó directamente en el carácter que posteriormente asumió la transformación del agro en los campos de Cautín y Malleco durante el periodo 1970-1973, cuando Allende se vio en la obligación de «adoptar y adaptar los mecanismos de la Reforma Agraria para resolver» la demanda indígena:

Será el movimiento mapuche el que se «tome» ya no solo los fundos, sino también la normativa de la Reforma Agraria para la resolución de sus reivindicaciones, obligando al Estado chileno a considerar la particularidad, especificidad y complejidad que tiene la situación territorial mapuche y la insoslayable necesidad de darle respuesta en el marco de reestructurar la propiedad agrícola de la Araucanía<sup>46</sup>.

El proceso de recuperación de tierras se inició en 1967 en las comunas de Lumaco y Ercilla, por iniciativa de las comunidades mapuche vinculadas a la Confederación Nacional Campesina e Indígena de Malleco. Estas comunidades protagonizaron las primeras ocupaciones de tierra en la Araucanía y lograron recuperar los fundos Reñico y Didaico de la Sucesión Moena, en Lumaco, y los fundos Chiguaihue y El Carmen, en Ercilla<sup>47</sup>.

El caso de Lumaco representa un hito tanto para el movimiento mapuche como para el proceso de reforma agraria, debido a que fue la primera vez que el Gobierno de Eduardo Frei, mediante la Corporación de la Reforma Agraria (CORA), aplicó la Ley 16640/1967 para responder a una demanda territorial mapuche. El conflicto de Lumaco se resolvió el 16 de octubre de 1969, con la expropiación de 5.074,2 hectáreas de los fundos de la Sucesión Moena. Las tierras pasaron a ser propiedad de la Cooperativa Lautaro de Lumaco, gracias al artículo 3 de la ley, que definía como terrenos expropiables aquellos que superaban las ochenta hectáreas de riego básico, y al artículo 75, que exigía a los beneficiarios la constitución de una cooperativa de reforma

42- Correa y Mella, op. cit., p. 161.

43- Correa et al., op. cit. p. 101.

44- Correa y Mella, op. cit., p. 161.

45- Correa et al., op cit., p. 107.

46- Correa y Mella, op. cit., p. 161.

47- Correa et al., op. cit., p. 108.

agraria para recibir las tierras<sup>48</sup>. El hecho representó una «experiencia de lucha exitosa y abrió las conciencias sobre la problemática mapuche»<sup>49</sup>.

Los acontecimientos del fundo Chiguaihue inauguraron el procedimiento que utilizarían para reivindicar sus tierras ancestrales: primero, exigirles a las autoridades que respondieran a sus demandas y, posteriormente, asumir la función resolutive a través de la acción directa<sup>50</sup>. La comunidad Reque Lemun ocupó las tierras que formaban parte del fundo Chiguaihue el 27 de agosto de 1969, luego de haberle exigido al Gobierno que se las entregara el 4 de marzo de 1968, por medio de una carta presentada con otras comunidades. Las doscientas familias que participaron en la toma del predio habían argumentado que sus tierras estaban mal explotadas, uno de los criterios de expropiación que establecía la Ley de Reforma Agraria. También habían solicitado que se ampliara la superficie en que vivían sus miembros, debido a que su tamaño les impedía sembrar y pastorear animales. No obstante el procedimiento legalista y las conversaciones que sostuvieron con autoridades gubernamentales y ejecutivos de la CORA, los predios no fueron expropiados<sup>51</sup>.

A medida que se desarrollaron los hechos en la provincia de Malleco, la agitación social se expandió rápidamente por toda la Araucanía, el proceso de reforma agraria sobrepasó la iniciativa política del Gobierno demócratacristiano, y su voluntad se vio superada por la presión que el movimiento mapuche ejercía simultáneamente sobre la institucionalidad jurídico-estatal y el latifundio local. En este contexto, aparece otro actor político relevante: los propietarios de los predios reivindicados, que vieron sus intereses de clase directamente afectados y se organizaron para defender la propiedad particular y resistir el avance del movimiento mapuche y la aplicación de la reforma agraria. Cientos de propietarios provenientes de Traiguén, Victoria, Collipulli, Angol y Los Ángeles llegaron el 30 de agosto de 1969 a la entrada del fundo Chiguaihue, organizados en el Sindicato de Empleadores Agrícolas. Esta demostración de fuerza fue un antecedente directo de la oposición violenta que protagonizarían los grupos de defensa y retoma durante la Unidad Popular, organizaciones que junto con los militares llegaron a reprimir y asesinar a los mapuche movilizados de la Araucanía<sup>52</sup>.

Aproximadamente un año antes, los conflictos se habían desatado en la provincia de Cautín. La reacción del Estado chileno se hizo sentir con fuerza en contra de los dirigentes de las comunidades mapuche asociadas a la Confederación Campesina e Indígena Ranquil que estaban en proceso de movilización. En septiembre de 1968, fuerzas especiales de la policía allanaron la vivienda de la familia Catalán Lincoleo, ubicada en el sector Huerqueco (a 12 kilómetros de Lautaro). Los uniformados violentaron a menores de edad y apresaron a algunos integrantes de las familias Catalán y Millalen, acusándolos de abigeato sin ninguna prueba. En realidad, se trató de una persecución política, pues la familia Catalán participaba activamente en la movilización mapuche por la recuperación de las tierras ancestrales. El hecho represivo quedó registrado en la prensa de la época:

48- *Ibíd.*, pp. 108-113.

49- Correa y Mella, *op. cit.*, p. 162.

50- Correa et al., *op. cit.*, p. 113.

51- *Ibíd.*, pp. 113-118.

52- *Ibíd.*, pp. 118-120.

Lautaro. – Mientras en esta localidad aumentan los rumores de una intervención policial contra la familia Catalán de la reducción indígena Millalen, sector Huerqueco, ubicada a 20 kilómetros suroeste de Temuco, se iniciaron las investigaciones del Fiscal Militar, Comandante Lautaro Montalvo, que instruye el proceso a raíz de los incidentes del sábado pasado. En esa oportunidad un fuerte destacamento de carabineros invadió la propiedad de Lorenzo Catalán sin exhibir ninguna orden, procedieron a detener al dueño de casa en medio de las protestas de sus familiares. Su hija, Ana Ester Catalán, de 11 años, recibió correazos en las piernas y cara, y a su esposa Luisa Prangol, le arrancaron de las manos una tijera de podar con la cual su esposo se encontraba trabajando. Como resultado de los incidentes provocados por la acción de carabineros, Lorenzo Catalán fue rescatado del jeep policial, el que debió devolverse a Lautaro. Otros detenidos ese mismo sábado, los hermanos Millalen, que estaban almorzando, fueron dejados en libertad el lunes después de comprobárseles ninguna participación en un robo de animales que se investigaba<sup>53</sup>.

Este acontecimiento fue un precedente del nivel de conflictividad social que alcanzó la provincia de Cautín en la última etapa del gobierno de Frei. Las comunidades y organizaciones mapuche de la comuna de Lautaro aumentaron sus acciones a partir de la segunda mitad de 1970, cuando implementaron las corridas de cercos para restablecer los límites originales de los títulos de merced y recuperar las tierras usurpadas por los fundos colindantes. Para entonces, ya había miristas insertados en los campos de Cautín y Malleco que habían sido aceptados por las comunidades mapuche. Ellos establecieron los contactos y generaron la confianza necesaria para sumarse a la lucha de recuperación territorial, participaron directa y activamente en las primeras corridas de cerco, e impulsaron, con ello, el surgimiento del MCR en septiembre de 1970.

---

53- Diario *El Siglo* de Santiago, 25 de septiembre de 1968, p. 5. Citado en Correa et al., op. cit., p. 120.





## **CAPÍTULO 3**

---

### **DOS CAUCES SE JUNTAN** PROCESO DE FORMACIÓN DEL MCR EN LA PROVINCIA DE CAUTÍN

---



### 3.1 LA INSERCIÓN DE LOS MIRISTAS EN LAS COMUNIDADES MAPUCHE DE CAUTÍN (1967-1970)

Para comprender a cabalidad la formación del MCR es indispensable considerar la labor desempeñada por los primeros militantes del MIR que se instalaron en los campos de la Araucanía, tanto los que llegaron desde Concepción y Santiago como los que estaban radicados en Temuco y sus alrededores. El análisis de este proceso requiere considerar algunos aspectos de la política del MIR referidos al pueblo mapuche.

En su *Declaración de principios* (1965), el MIR no se refirió explícitamente a las comunidades indígenas como sector social ni a la histórica lucha del pueblo mapuche<sup>1</sup>. El principio político-ideológico del marxismo-leninismo que orientó el pensamiento revolucionario de los máximos dirigentes e intelectuales del partido para interpretar la lucha de clases en Chile definía al proletariado como el sujeto revolucionario de vanguardia y dejaba al pueblo mapuche fuera de todo análisis. Julián Bastías, mirista y estudiante de Sociología en la Universidad de Concepción, realizó un trabajo político de inserción en las zonas rurales de Cautín y retrata esta situación:

En los primeros años de nuestro Partido, por lo menos en lo que nos concierne a nosotros, el MIR de Concepción [...] era utópico y casi del orden de una hazaña el pensar realizar un trabajo político con los mapuches [...]. En nuestras reuniones de base, en donde estábamos todos reunidos, no recuerdo ni una sola vez que hubiésemos tenido un debate ideológico político sobre el papel que los mapuches pudiesen jugar en la lucha revolucionaria<sup>2</sup>.

Roberto Moreno, profesor de Economía en la sede de la Universidad de Chile en Temuco y secretario regional del MIR en la zona desde 1967, también recuerda la ausencia de una propuesta política dirigida particularmente hacia el pueblo mapuche:

En Temuco donde yo llegué a vivir, eran seis o siete jóvenes, la mayoría de ellos universitarios, conversaban sobre la revolución, pero no tenían inserción, algo en la universidad, poco, pero en ninguna otra parte, y el mundo mapuche era absolutamente ajeno a sus preocupaciones<sup>3</sup>.

Moreno entrega algunos elementos que permiten observar cómo la concepción político-revolucionaria del MIR no había incorporado la lucha histórica del pueblo mapuche en su diseño estratégico ni siquiera en la zona de Temuco, que estaba cerca de los campos y comunidades mapuche:

La gente que estaba en Temuco, porque también estaba el PC, la Democracia Cristiana, la Izquierda Cristiana, había gente que estaba pensando la revolución, pero tampoco iban al campo, y la visión que tenían los comunistas era que había que hacer sindicatos, porque no había que desarrollar ni potenciar el campesinado. Ellos eran estalinistas, el campesinado era reaccionario, entonces, no es raro que el MIR tampoco lo viera<sup>4</sup>.

1- Vitale, *Contribución...*, op. cit., p. 10.

2- Julián Bastías, *Chile-Memoria Histórica: MCR (Movimiento Campesino Revolucionario)*. Disponible en <https://bit.ly/2Jb4vHA> (sin enumeración de páginas).

3- Entrevista con Roberto Moreno, Santiago, marzo de 2016.

4- Ídem.

Por su parte, Víctor Gavilán (cuyo nombre político era Camilo Tokicura), militante del MIR en Temuco desde 1966 y estudiante de Servicio Social en la sede local de la Universidad de Chile, reconoce que el partido en ese tiempo «no tenía una definición de una política clara para los mapuche», aludiendo a un cierto dogmatismo marxista presente en la izquierda tradicional (de la cual el MIR no se sentía parte), a partir del cual era imposible visibilizar la identidad política de los mapuche en tanto pueblo originario:

En una estructura absolutamente marxista claro que sí, nosotros habríamos tenido serios problemas, que pudo haber sido los problemas de la izquierda tradicional, porque los partidos de izquierda también eran marxista-leninistas; los comunistas, los socialistas en esa época, aplicaban una línea «científica» del marxismo, el problema de las nacionalidades, el problema de los grupos étnicos ¿cómo lo vas a tratar?, no eran proletarios [...]. Si nosotros nos vamos a meter en el marco teórico de un marxismo ortodoxo, objetivamente no habríamos tenido dónde ubicar a los mapuches pobres. Burgueses y proletarios tendrían que ser los únicos grupos sociales que estarían en contradicción, pero nosotros teníamos medieros, trabajadores temporales, mapuche que un día cultivaban su propia tierra, pero también trabajaban en algún fundo la mitad del tiempo<sup>5</sup>.

Pero la ausencia de una propuesta política específica con respecto a los mapuche no fue un impedimento para que universitarios miristas decidieran conocer su realidad socioeconómica. Motivados por convicciones más bien humanitarias, estudiantes de la Universidad de Concepción organizados en un grupo proindigenista llamado Ayllu recorrieron los campos de Arauco a partir de 1966 compartiendo, fraternizando y solidarizando con los campesinos mapuche al interior de las reducciones. Aunque estos estudiantes militaban en el MIR, no les resultó fácil politizar los primeros contactos en términos revolucionarios. Al respecto, Julián Bastías sostiene: «Esas primeras experiencias expresan la inmadurez de una relación que no era aún política. Nuestras convicciones humanitarias descubrieron la miseria del pueblo mapuche y estos últimos escucharon con desconfianza y curiosidad nuestros ideales revolucionarios»<sup>6</sup>.

El MIR comenzó a recibir una retroalimentación de estas inserciones cuando a las actividades humanitarias se sumaron las investigaciones sociológicas impulsadas por estudiantes y profesionales penquista. Esta vez, las interpretaciones sobre la realidad socioeconómica de las comunidades mapuche de la provincia de Arauco estuvieron explícitamente guiadas por convicciones políticas, pues el propósito era verificar las necesidades de estos grupos para elaborar programas reivindicativos. Por medio de encuestas sociológicas, los estudiantes aspiraban a conocer científicamente la realidad social que se habían propuesto transformar. Estos estudios traerían resultados fructíferos para el MIR, ya que, a partir de ellos, se generaron contactos estratégicos que posteriormente facilitaron la introducción de la política revolucionaria del partido y, más tarde, el surgimiento del MCR<sup>7</sup>.

Aunque la acción directa formaba parte de los lineamientos estratégicos del MIR desde sus orígenes, en 1967, sus militantes todavía no se vinculaban concreta y políticamente con el movimiento mapuche que las utilizaba para recuperar sus tierras en la Araucanía. En Concepción, el MIR era una fuerza social y política importante, principalmente en la Universidad, pero en

5- Entrevista con Víctor Gavilán, Lebu, marzo de 2015.

6- Julián Bastías, *Memorias de la lucha campesina. Cristiano, mestizo y tomador de fundo*. Santiago: LOM Ediciones, 2009, p. 8.

7- Bastías, *Chile-Memoria Histórica...*, op. cit.

Temuco su presencia era reducida en todos los ámbitos. La verdadera influencia política en la zona se la disputaban el Partido Comunista y la Democracia Cristiana<sup>8</sup>: «La penetración en el ámbito rural para realizar la “revolución agraria” [uno de los objetivos estratégicos del MIR] se veía poderosamente obstaculizada por la gran influencia que los partidos tradicionales de izquierda tenían en las federaciones campesinas»<sup>9</sup>.

En diciembre de 1967, se realiza el Tercer Congreso del MIR<sup>10</sup>, instancia donde la cuestión mapuche comienza a aparecer en los planteamientos y propuestas tácticas. Luis Vitale describe la discusión que se dio en el encuentro de la siguiente manera:

Recuerdo que en el debate sobre la táctica para aplicar coyunturalmente la tesis insurreccional a la situación política que vivía nuestro país, Miguel defendió el papel revolucionario que podían eventualmente jugar los pueblos rurales, con el fin de aumentar el número de campesinos que podían entrar al proceso insurreccional [...]. Comenzó así por primera vez a discutirse el papel que podían jugar los mapuches, problema sobre el cual no se tenían informaciones precisas por la falta de inserción que tenía el MIR en la comunidad mapuche. Estas sugerencias pusieron de manifiesto la necesidad de agilizar la penetración en el campo<sup>11</sup>.

En este proceso, es necesario destacar el rol político que cumplió Miguel Cabrera (Paine), quien a los quince años participó en la fundación del MIR en Temuco (octubre de 1965). Junto con Marcos Zambrano y Víctor Gavilán, desde 1966, recorrió las zonas rurales para insertarse en las comunidades e introducir la política revolucionaria del MIR entre los mapuche. Víctor Gavilán reconoce la importancia de Paine en la estructuración del MIR en Temuco:

Nosotros tuvimos la suerte de tener a Miguel Cabrera «Paine» que había sido de la Juventud Socialista y tenía muchos contactos socialistas en el campo entre los mapuche, entonces yo y él viajamos a todos esos lugares y tomamos contacto con esa gente, y les explicamos cuál era la nueva onda y la onda era hay que recuperar la tierra, entonces ese hecho de decirle a los mapuche yo tengo un método y te voy a proponer este método cómo recuperar la tierra<sup>12</sup>.

Hasta mediados de 1967, el MIR tenía una sola estructura orgánica regional en la zona sur del país, que comprendía desde Concepción hasta Puerto Montt. Esto cambió cuando el partido decide separar el regional Concepción de las orgánicas de Temuco, Osorno, Valdivia y Puerto Montt, que se agrupan en el Regional Sur, a cargo de Roberto Moreno hasta septiembre de 1967. La Federación de Estudiantes de la Universidad de Concepción (FEC), liderada por el MIR entre 1968 y 1972, cumplió un rol fundamental en la llegada de estudiantes a los sectores

**8-** Cristián Pérez y Rafael Berástegui, *Memorias militantes. La historia de Roberto Moreno y el MIR*. Santiago: Ventana Abierta Editores, 2015, p. 119.

**9-** Estas federaciones eran la Confederación Campesina e Indígena Ranquil, asociada a los partidos Comunista y Socialista; la Confederación Triunfo Campesino, vinculada a la Democracia Cristiana, y la Confederación Nacional Sindical Campesina Libertad, relacionada con la Iglesia católica. Ovidio Cárcamo, «Juventud rebelde, campesinado indígena y la instalación del discurso de clases en los campos de Cautín. Movimiento Campesino Revolucionario. (Chile 1967-1973)», *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, volumen 19, n.º 1, 2015, p. 136.

**10-** Para conocer en profundidad el contenido político del Tercer Congreso del MIR, véase Matías Ortiz, «El tercer congreso del MIR: Giro generacional, re-estructuración orgánica y cambios en la militancia, 1967-1969», en *Tiempo Histórico*. Santiago: Universidad Academia de Humanismo Cristiano, n.º 6, 2013.

**11-** Vitale, *Contribución...* op. cit., p. 19.

**12-** Entrevista con Víctor Gavilán, Lebu, marzo de 2015.

rurales. Sus escuelas de verano favorecieron el crecimiento del partido en la zona y la inserción de sus militantes en los campos y comunidades mapuche. Juan Saavedra, dirigente de la FEC y militante del MIR en esos años, da cuenta de la importancia de este proceso de vinculación, especialmente con el campesinado mapuche:

A las cercanías de Temuco, que estaba convulsionado por las ocupaciones de tierras, corridas de cerco y demás sucesos, también llegamos con las Escuelas de Verano. Nosotros sembrábamos la semilla de la rebelión, pero nadie hablaba del MIR ni de nuestros dirigentes partidarios; era tan sólo la acción de la FEC y de sus dirigentes. Los indígenas y campesinos intuían, sin embargo, que había política detrás<sup>13</sup>.

En septiembre de 1967, se crea el Comité Regional Cautín en la ciudad de Temuco, el cual reunió a los primeros dirigentes miristas de la zona en un espacio orgánico común: Víctor Gavilán, con experiencia en el trabajo político estudiantil-universitario y de pobladores; Miguel Cabrera, estudiante secundario con experiencia de inserción en Cautín y Malleco; Roberto Moreno, profesor universitario; Marcelo Salinas, con experiencia en la política estudiantil-universitaria; Ana Salinas, trabajadora de la salud; Ambrosio Badilla (Flaco Ariel), empleado del Banco del Estado, y Luis Almonacid (Hippito), estudiante de Servicio Social en la Universidad de Chile de Temuco, fueron algunos de los jóvenes que constituyeron la expresión orgánica del MIR en la provincia.

A partir de 1967, los miristas profundizaron su inserción en la provincia de Cautín para generar contactos con los campesinos mapuche. El objetivo era involucrarse en sus luchas y acumular fuerza social para sus fines estratégicos, un desafío que implicaba convivir con ellos y asimilar sus dinámicas cotidianas. El MIR elaboró una definición concreta con respecto a las demandas indígenas, a partir de las relaciones intersubjetivas o interpersonales que sus militantes establecieron con los campesinos mapuche. Según Víctor Gavilán, «el problema de la tierra, de los insumos, de los créditos, y la salud y la vivienda eran las reivindicaciones principales de su programa», y, para encontrar respuestas, los miristas «habían definido que la acción directa de las masas podría devolver la tierra usurpada a los mapuche»; por eso «decidieron irse directamente a la comunidad mapuche y aprender de la realidad»<sup>14</sup>.

Los miristas de Cautín optaron por irse a vivir y militar en los campos. Gustavo Marín (José Peralta) era un estudiante de Sociología de la Universidad Católica de Santiago que se instaló hacia 1969 en Loncoche producto del contacto con Ricardo Muñoz, un dirigente campesino de la Confederación Nacional Triunfo Campesino (dirigida por la Democracia Cristiana). Muñoz vivía en el fundo Casahue, colindante con la reducción Pindapulli y le presentó a Víctor Molfinqueo, que luego se integraría al MIR y sería un destacado dirigente del MCR. De acuerdo con Marín, Muñoz necesitaba ayuda para redactar un boletín propagandístico de su confederación «y no sabiendo cómo hacer ese boletín, pensó que los estudiantes de Sociología de la Universidad Católica podrían ayudarlo»<sup>15</sup>. Ricardo Muñoz invitó a Gustavo Marín a participar en la toma del fundo Casahue del latifundista Óscar Schlayer en la zona rural de Loncoche, que terminó siendo expropiado por la CORA. Marín regresó a Santiago con el anhelo de volver a Loncoche, pues quería conocer más profundamente la realidad del campesinado mapuche y participar

13- Saavedra, *Te cuento otra vez esa historia tan bonita*. Santiago: Editorial Forja, 2010, p. 75.

14- Víctor Gavilán, *La Nación Mapuche*. Puelmapu ka gulumapu. Santiago: Editorial AYUN, 2007, p. 138.

15- Gustavo Marín, *Relatos de José Peralta*. Santiago: Editorial Tiempo Nuevo, 2003, pp. 23-24.

de sus luchas. Volvió a contactar a Ricardo Muñoz y este le planteó la necesidad de levantar una escuela de educación y formación política dirigida a los campesinos del sector, y Gustavo Marín se transformó en profesor de la escuela que se organizó a fines de 1969 en Caburgua. Al terminar la escuela, Gustavo Marín regresó a Santiago para seguir estudiando, pero sus planes se vieron nuevamente interrumpidos: «Atraído por el sur y por la necesidad de vincularme cada vez más con la realidad de los campesinos y de los mapuches, regresé un día a Loncoche»<sup>16</sup>. Allí se reencontró con Víctor Molfinqueo y conoció su hogar, las pobres condiciones en que vivía su familia, la escasez de tierras y las dificultades que compartía con la gran mayoría del campesinado mapuche de la zona<sup>17</sup>.

Pronto, Gustavo Marín entró en contacto con jóvenes del naciente MIR de Temuco y pasó a ser militante, sumándose a la emergente fuerza orgánica de la zona:

En esos mismos momentos, empecé a ponerme en contacto con los miristas en Santiago y en Temuco. En la Universidad de Chile, en Temuco, y en el hogar universitario de la misma universidad ya había una primera célula mirista animada por el Pelado Moreno; en ella militaba también el Gavilán que era dirigente del hogar universitario. Cuando iba a Temuco, me alojaba en ese hogar. Me ofrecían una cama, había una sopa, aprovechaba para lavarme, limpiarme, lustrar mis zapatos, viajar a Santiago, volver y participar en las primeras reuniones del grupo del MIR en Temuco. Éramos no más de diez militantes en esa época<sup>18</sup>.

La juventud y la convicción política caracterizaban el perfil de los integrantes del grupo que emprendió el proceso de inserción en los campos de Cautín. Ellos se fueron a vivir a las comunidades mapuche y estaban presentes cuando germinaron las primeras acciones directas:

Los miristas de Cautín éramos un grupo donde el promedio de edad era 19-20 años, seamos realistas, yo llegué a Cautín a los 19 años. El Paine tenía unos años menos que yo, el viejo era el Víctor Gavilán, pero tendría cuánto, 25 años. El tata sería el Pelao Moreno que tendría en ese momento 30 y que sería el intelectual del grupo [...]. Entonces ese grupo no se caracterizaba por ser un grupo de intelectuales, se caracterizaba por ser un grupo de activistas, pero en ese momento en vez de activistas le llamábamos militantes revolucionarios, y lo que lo caracterizaba, lo que le dio un rasgo político singular es que todos nos fuimos a vivir al campo con los mapuche, es decir todos, casi todos los que estuvimos en el momento de las «corridas de cercos» de la toma del fundo, eran el Paine, yo, el Chivo y el Titín, y otros<sup>19</sup>.

Víctor Gavilán enfatiza la importancia que tuvo la militancia práctica tanto para diseñar el lineamiento político-táctico del partido en la zona rural como para acumular la fuerza social necesaria para cumplir los objetivos estratégicos del MIR:

Yo creo que el MIR, a pesar de ser un partido marxista-leninista desde el punto de vista de la teoría, en la relación con los campesinos y los mapuche, nosotros logramos romper ese esquema

16- *Ibíd.*, p. 28.

17- *Ibíd.*, pp. 29-30.

18- *Ibíd.*, p. 30.

19- Entrevista con Gustavo Marín, Santiago, febrero de 2015. Chivo era el apodo de Jaime Muñoz, en ese momento estudiante de Administración de Empresas en la U. de Chile de Temuco. Titín era Jacinto Hidalgo, joven obrero de Tomé que en 1969 se instaló en Mañío Manzanal (Nueva Imperial). Información facilitada por Víctor Gavilán vía correo electrónico, 21 de junio del 2017.

mental que decía «no hay revolución sin teoría revolucionaria», entonces, se elaboraba primero la teoría y después nos íbamos al campo. Nosotros invertimos la situación [...]. Yo era también de esa misma línea junto con el Paine y otros compañeros que dijeron esa discusión es antigua [...]. Entonces, nosotros dijimos «invirtamos la cosa, por qué no partimos de la práctica inmediatamente y, a partir de esa práctica concreta, vamos a empezar a elaborar una teoría». Eso yo creo que nos resultó porque no perdimos tiempo en empezar a elaborar una teoría de cómo tener que ingresar allá [...]. Y eso fue muy importante para nosotros porque en corto tiempo logramos descubrir que los mapuche lo que querían era recuperar sus tierras, ese era el eje central para ellos. Para nosotros, era acumular fuerza social, política y transformarla en fuerza militar para el objetivo estratégico que el MIR tenía de una guerra popular<sup>20</sup>.

**Gustavo Marín recuerda que, más que de contenido ideológico-teórico, la inserción mirista estaba cargada del sentimiento de «hacer» en lo cotidiano: conocer y aprender de las nuevas realidades y sujetos que iban contactando, especialmente, de los mapuche, sus memorias colectivas y sus identidades:**

No tenía idea de las lecturas teóricas, por lo tanto, no hicimos un análisis de la estructura de clases y de las contradicciones secundarias y principales. No, por eso nuestra inserción era social, humana, cotidiana y donde el objetivo principal era, repito, luchar contra la injusticia. Ahora, luchar contra esa injusticia porque estábamos viviendo en una zona con gente en condiciones de extrema pobreza, no sólo pobre, sino que extremadamente pobre [...]. Nosotros hicimos una inserción puramente intuitiva ante la realidad de la injusticia [...]. Uno va descubriendo un pueblo y no solo un campesinado cuando está viviendo con ellos, porque ese pueblo tiene nombres y apellidos particulares, habla en una lengua particular, tiene prácticas religiosas particulares, tiene lógicas familiares particulares<sup>21</sup>.

**Dos fueron las localidades en las que se asentó inicialmente el MIR para materializar sus propuestas y aprender de la realidad mapuche: Mañío Manzanal y Vega Redonda. Desde ahí, empezó a crecer en términos orgánicos y a ramificarse socialmente por el campo y las ciudades de la provincia de Cautín. Víctor Gavilán recuerda los siguientes lugares de establecimiento:**

1. Mañío Manzanal, en la comuna de Nueva Imperial y cuyo contacto inicial fue el profesor Santibáñez-Quinchavil. Allí el MIR reclutó a sus primeros militantes mapuche. El radio de acción fueron las comunidades de Pichihue, Lincay, Checura, Pidumallín, Cudecahuel, Mañío Rucanan y Cudico.
2. Vega Redonda, al este de la ciudad de Lautaro y cuyo contacto original fue el pastor Conejeros, de la Iglesia pentecostal del sector. Allí se trabajó en un área bastante extendida que comprendía Vega Redonda y la Calle del Medio. Un vasto territorio mapuche con tierras usurpadas por los grandes fundos colindantes. La comunidad Catrileo y Dollinco fueron la residencia de Paine y Tokicura. El fundo La Rinconada de propiedad de don Fernando Schultz, se había enclavado en medio de la comunidad mapuche<sup>22</sup>.

**A comienzos de 1971, Gustavo Marín asumió el cargo de secretario regional del MIR en Cautín, cuando Roberto Moreno fue incorporado a la Comisión Política del partido y tuvo que**

20- Entrevista con Víctor Gavilán, Lebu, marzo de 2015.

21- Entrevista con Gustavo Marín, Santiago, febrero de 2015.

22- Gavilán, op. cit., pp. 138-139.



trasladarse a Santiago<sup>23</sup>. En la medida en que el MIR fue ramificando su presencia en los campos y al interior de las comunidades, los jóvenes mapuche comenzaron a incorporarse al partido. Uno de ellos, Víctor Molfinqueo (Alejandro Manque), recuerda la influencia que tuvo Marín en el despertar político de los habitantes de la zona rural de Loncoche:

La particularidad del MIR es que sus militantes llegaron a la zona, hicieron política con la gente y construyeron el ánimo de lucha y de cambio de la sociedad con la gente de abajo. Quizá fue una de las hazañas del MIR poder llegar de esa manera a la gente humilde, la gente pobre [...]. Gustavo Marín logró captar algunos jóvenes, el caso de Huentelaf, el caso de varios jóvenes que logró captar en tanto que militante mirista. Pero nosotros no sabíamos que era militante del MIR, tampoco sabía que existían distintos partidos, ni que había una lucha entre partidos, y que había posiciones diferentes entre grupos tampoco sabíamos. A lo mucho se sabía, en tanto jóvenes mapuche, que el presidente de la época era demócratacristiano y se llamaba Eduardo Frei Montalva, más no se sabía. Entonces, el hecho de que Gustavo hablara de la cuestión del Estado, del gobierno, de las luchas, todo eso era novedad para nosotros. En el caso de acá fue él<sup>24</sup>.

Gustavo Marín se estableció en el Hogar Universitario de la sede de Temuco de la Universidad de Chile, espacio de encuentro estudiantil mirista: «[Ahí] se hacían generalmente las reuniones del Comité Regional del MIR de Cautín. El Pelao Moreno era el dirigente y nos reuníamos Gavilán, Titín, el Chivo, Paine, Alarcón, después llegó Horacio, Julián Bastías»<sup>25</sup>.

Como ya se dijo, entre los jóvenes que Gustavo Marín logró reclutar al interior de las comunidades, destaca Víctor Molfinqueo, futuro líder del MCR. Ambos cumplieron un rol trascendental en la generación de redes de contacto en los campos y comunidades mapuche de Loncoche, base social que rápidamente se convirtió en la fuerza política del movimiento de recuperación de tierras que comenzaba a gestarse: «Con Víctor recorrimos todas las reducciones de la región de las comunidades en torno a Pindapulli y Ancahual: Carrillanca, Briceño, Molfinqueo, Huentelaf. Pasamos semanas haciendo reuniones, conversando con los jóvenes, con los viejos, con las mujeres»<sup>26</sup>.

Este proceso de socialización política se reprodujo en distintos sectores rurales de Cautín, y la incorporación de jóvenes mapuche al MIR comenzó a incrementarse considerablemente. Respecto a la labor de Miguel Cabrera en la comuna de Lautaro, Víctor Gavilán recuerda: «En Lautaro, Vega Redonda, Paine había reclutado a varios mapuche para las filas del MIR. Entre otros, destacan Rafael Railaf, las hermanas Traipe, Angelito, Rosa Painevilu, el chico Colipi, los Paine, Juan Huillipan y muchos más»<sup>27</sup>. Lucy Traipe, que se involucró activamente en las corridas de cercos y tomas de fundos a los dieciséis años e ingresó al MIR durante la formación del MCR, vivía entonces en la comunidad Manuel Chavarría y recuerda a Miguel Cabrera, el discurso guevarista y la influencia de la Revolución cubana:

23- Marín, op. cit., p. 14.

24- Entrevista con Víctor Molfinqueo, Loncoche, octubre de 2015.

25- Testimonio de Gustavo Marín, en Rafael Railaf et al., *A desalamburar. Historias de mapuches y chilenos en la lucha por la tierra*. Santiago: Editorial AYUN, 2010, p. 76. Horacio era el nombre político que utilizaba Julián Bastías al interior del MIR.

26- Ídem.

27- Gavilán, op. cit. p. 139.

Llegó la noticia de las corridas de cerco cuando llegaron las gentes del MIR. Se hablaba de «los chascones», la gente de pelo largo. Ellos levantaron los carteles del Che Guevara. La gente empezó a preguntar quién era el Che Guevara, obvio, ¿quién iba a saber quién era el Che Guevara? Entonces se habló, se hicieron reuniones donde se explicaron esas cosas, se habló en asambleas bastante grandes y la gente los escuchaba detenidamente a los del MIR. Me acuerdo del Paine. Tenemos un recuerdo de él porque así como fueron pasando los tiempos él se fue quedando allá y se quedó con nosotros [...]. Empezamos a preguntar y de ahí supimos que existía un país que se llamaba Cuba donde este hombre que se llamaba Che, porque venía de Argentina, había luchado, y que su nombre era Ernesto. De ahí ya fuimos familiarizándonos con él. Queríamos parecernos a la lucha que se dio ahí en Cuba<sup>28</sup>.

Traipe destaca la presencia de las mujeres no solo a nivel de las bases, sino también en determinadas tareas orgánicas de conducción: «Éramos dos mujeres que liderábamos la milicia de mujeres. Vivíamos en la comunidad y participábamos en el movimiento en forma clandestina, nadie sabía que estábamos en la organización»<sup>29</sup>. Asimismo, señala que tanto en la sociabilidad mapuche como al interior del MIR había machismo:

En nuestra cultura existe el machismo y lo veía, lo notaba en la forma en cómo se trataba a la mujer [...]. Y al igual como digo que era machista mi cultura, también diría que eran machistas los miristas, porque ¿qué mujer lideró? Fue un tiempo corto, obviamente, pero no se vio una mujer hablando, haciendo discursos como los hacían Luciano Cruz, Miguel Enríquez<sup>30</sup>.

Lucy Traipe se rebeló frente al patriarcado y llegó a ser una de las dirigentes más importantes de las acciones directas que se llevaron a cabo en Lautaro: «Creo que mi primera rebeldía fue mostrar que era capaz de hacer cosas tal cual como las hacía el hombre que estaba al lado»<sup>31</sup>.

Respecto a los «los viejos mapuche», Rafael Railaf señala que los estudiantes universitarios de Santiago, Concepción, Temuco y Valdivia que se introdujeron en las comunidades tuvieron que lidiar con algunas dificultades para hacer llegar sus propuestas, pues los mayores desconfiaban de los agentes externos que portaban la política partidaria chilena y no querían ser guiados por culturas ajenas<sup>32</sup>. Sin embargo, pronto se dieron cuenta de que las intenciones de los miristas eran funcionales a la recuperación de las tierras. La lucha revolucionaria que impulsaba el MIR podía ayudar a resolver las demandas y reivindicaciones que los dirigentes mapuche habían hecho llegar por largo tiempo a las autoridades e instituciones (como el Juzgado de Indios), sin lograr respuestas ni soluciones. Por lo mismo, los viejos y dirigentes mapuche terminaron por aceptar las convicciones y formas de hacer política de los militantes del MIR, proceso al que ayudó la confianza que les tenían a algunos de ellos, como Paine. Eso sí, es preciso señalar que los miristas no convencieron a los viejos mapuche directamente, sino a través de los jóvenes —sus hijos—. Gustavo Marín recuerda cómo se dio esta situación en la zona rural de Loncoche:

28- Testimonio de Lucy Traipe, en Railaf et al., op. cit., p. 43.

29- Ibídem, pp. 42-43.

30- Ídem.

31- Ibídem, p. 42.

32- Testimonio de Rafael Railaf, en Railaf et al., op. cit., pp. 54-55.

Nosotros conversábamos con los hijos. Víctor era hijo de don Guillermo Molfinqueo, Félix era hijo de don Belisario Huentelaf, Ignacio era hijo de don José Luis Carrillanca, otro líder de la región. Todo eso fue generando una nueva relación padre-hijo, un diálogo, una interpelación<sup>33</sup>.

Con Víctor Molfinqueo empezamos a recorrer en la zona de Loncoche las casas de los jóvenes mapuches e hicimos numerosas reuniones donde los jóvenes decían: «Ustedes tienen que ayudarnos a recuperar la tierra, tenemos que reivindicar un derecho histórico. Esta tierra nos pertenece». Los viejos iban al Instituto Indígena de Temuco, también a Santiago y pedían el título de propiedad que había sido entregado por el gobierno chileno a comienzos de siglo y en donde estaban claramente marcados los límites. Se veía nítidamente como los fundos de los colonos se habían constituido sobre las tierras de los mapuches. Es decir, eran producto de la usurpación<sup>34</sup>.

En este sentido, el rol que jugaron los jóvenes mapuche en el proceso de recuperación territorial fue determinante, pues ellos hicieron un trabajo cotidiano para convencer a sus familias y comunidades. El joven comunero Félix Huentelaf reproduce un diálogo que sostuvo con su padre en esos años:

Claro, hubo que convencer a la familia, a los ancianos: hablaron todos los comuneros en una reunión grande. Allí el finado papá, como jefe de la comunidad tenía que dar el paso. Yo, como hijo, entonces le dije: «Ya, don Beli —se llamaba Belisario—, ¿qué dice usted? Si usted quiere dar el paso, no importa que usted no vaya, vamos nosotros y la tierra la vamos a recuperar para todos». Habrá pensado: «Me está hablando mi hijo». Yo le insistía: «Ya, don Beli, diga que sí». Respondió: «¡Háganlo!». Por eso la idea de la recuperación de la tierra ya venía en la mente de la gente<sup>35</sup>.

Como ya señalamos, los primeros estudiantes miristas que viajaron a la comuna de Lautaro llegaron al sector de Vega Redonda. Luego de cruzar el río Muco, se instalaron en Vega Larga y entraron en contacto con los comuneros mapuche de la zona. Miguel Cabrera y Víctor Gavilán se establecieron en el hogar de Juan de Dios Coliqueo y se quedaron aproximadamente un año. Ahí conocieron a los jóvenes de las comunidades cercanas, como Rafael Railaf. Gracias a estos contactos, pudieron familiarizarse con la realidad de su pueblo y se ofrecieron a contribuir en la recuperación de sus tierras a través de la lucha revolucionaria. Así recuerda Rafael Railaf una de las primeras reuniones a las que asistió:

Yo fui a escuchar y ahí decidí entrar a la pelea. En esa reunión estaban los estudiantes del MIR. Ellos preguntaban qué era lo que nos aquejaba. Para nosotros, lo central era el asunto de las tierras, que las habían quitado, entonces había que luchar. De esa forma nos organizamos, pero costó dos años para estar discutiendo. Les pedimos a los estudiantes que fueran ellos a buscar los títulos de propiedad, que estaban en el archivo de asuntos indígenas en Temuco. Y ellos se preocuparon de eso<sup>36</sup>.

33- *Ibíd.*, p. 74.

34- Marín, *op. cit.*, p. 32.

35- Testimonio de Félix Huentelaf, en Railaf et al., *op. cit.*, p. 24.

36- Testimonio de Rafael Railaf, en Railaf et al., *op. cit.*, p. 56.

Como señala Railaf, durante el proceso de integración en Cautín, los miristas asesoraron legalmente a los mapuche en varias ocasiones para que recuperaran sus tierras usurpadas. De acuerdo con Julián Bastías, esta función también sirvió para legitimarlos en las comunidades:

La continuidad de nuestra permanencia permitió a los camaradas mapuches convencerse de que estábamos allí para conocer sus problemas y ayudarles con nuestros conocimientos, con nuestros contactos con profesionales, con la institucionalidad y con el manejo de las leyes chilenas, que ellos descubrían. Durante un tiempo viajábamos a menudo con los dirigentes de las reducciones hasta la ciudad; nos entrevistábamos con abogados, funcionarios del Juzgado de Indios y otros miembros de la burocracia estatal. Empleamos todos los mecanismos institucionales posibles para recuperar legalmente la tierra usurpada. En unos se iban a repetir los trámites de decenas de años anteriores. Dirigentes mapuches fueron asesorados principalmente por Camilo, José Peralta y Paine<sup>37</sup>.

Los factores subjetivos e intersubjetivos de los primeros contactos fueron de gran importancia para legitimar el discurso mirista, unificar criterios para la acción política colectiva y, finalmente, crear organización y movilización. Estos avances también favorecieron el ingreso de nuevos jóvenes mapuche al MIR de Cautín, como los hermanos Rudecindo y Luis Quinchavil, de la comunidad Mañío Manzanal. Ubicada en las cercanías de Nueva Imperial, la comunidad recibió al militante Jacinto Hidalgo (conocido como Titín entre los miristas y como Héctor o Huantrif entre los mapuche), quien desarrolló un trabajo político profundo y significativo desde 1969, que influyó en la formación político-ideológica de jóvenes comuneros y, posteriormente, jugó un rol decisivo en la planificación y orientación de las corridas de cercos en la zona<sup>38</sup>. Rudecindo Quinchavil recuerda los inicios de su hermano en el partido:

Mi hermano, el Lucho, fue el primero que ingresó al partido, al MIR [...]. Él tomó contacto con un par de compañeros de estos que andaban en «las arrancás». En el 67 o 68 en el campo andaban algunos compañeros que les decíamos «los de las arrancás», porque después de las acciones arrancaban. Así llegó un compañero y se contactó con mi hermano. Mi hermano fue el primero que militó en el MIR, el primero que tuvo contacto con el MIR, que trabajó y que protegió a un par de compañeros que llegaban a la comunidad que se llama Mañío Manzanal, a mi casa [...]. A través de mi hermano yo conocí a los compañeros de él, a los amigos, a los compañeros de partido y así fue el proceso hasta que yo llegué al MIR<sup>39</sup>.

Las memorias de Julián Bastías destacan la importancia de la fase de integración de los primeros miristas y la convivencia en las reducciones mapuche. Bastías recuerda que su segunda estadía en el campo tenía como objetivo crear «redes de apoyo clandestinas para la guerrilla y actividades de concientización política del campesinado de la precordillera de Cautín, en los alrededores de Cunco y Melipeuco»<sup>40</sup>. La labor política ejercida por este mirista tuvo

37- Bastías, *Memorias de la lucha campesina*. Cristiano..., op. cit., p. 97.

38- Información extraída del documento «En memoria a Luis Quinchavil», redactado por su hermano Rudecindo Quinchavil a propósito de la ceremonia de inauguración del monumento en homenaje a su hermano, el 19 de febrero de 2016, en la comunidad mapuche Mañío Manzanal (lugar de la primera «corrida de cerco»). En este documento, Víctor Gavilán, que llegó con Paine a la comunidad en 1968, afirma que Luis Quinchavil fue el primer mapuche mirista de Cautín. Disponible en <https://bit.ly/2Jc8PWO>.

39- Testimonio de Rudecindo Quinchavil, en Railaf et al., op. cit. pp. 27-28.

40- Julián Bastías, *Memorias de la lucha campesina*. Tomo II. *Mapuches, mestizos y estudiantes*. Santiago: LOM Ediciones, 2016, p. 11.

resultados fructíferos, tanto para el partido como para las comunidades mapuche que posteriormente recuperaron parte de las tierras usurpadas. Su relato testimonial describe algo de su experiencia entre 1969 y 1970:

Las acciones directas en Cautín no habían empezado aún. Llegábamos a una docena de comunidades en donde vivíamos por periodos. En ellas formábamos nuestros primeros militantes mapuches y organizábamos reuniones o asambleas abiertas a todos los campesinos pobres del lugar [...]. Yo vivía en el campo en Cautín, en diversos lugares. A veces me quedaba dos días en Temuco por reuniones [...]. Yo recorría los campos entre Huerere, Quechurehue, Cunco y Melipeuco buscando nuevos contactos y reuniones con campesinos empobrecidos [...]. Estábamos a algunos meses de la elección presidencial de 1970. Hacía ya un año que yo estaba instalado en la región precordillerana de Cautín. Otros tres activistas se encontraban en comunidades de la costa o alrededor de Temuco. Habíamos ya creado nuestro Comité Regional Cautín y contábamos con algunos militantes y bases partidarias campesinas [...]. Yo bajaba de vez en cuando de la precordillera de Cunco y Melipeuco para reuniones de nuestro Comité Regional a Temuco y descendía hacia la costa para ayudar al trabajo en terreno de Aldo, Marcos y otros camaradas [...]. Imperial, Carahue, Puerto Saavedra eran pueblos que atravesábamos rápidamente para frecuentar las comunidades mapuches en donde habíamos logrado ser aceptados<sup>41</sup>.

En síntesis, la presencia del MIR en Cautín se explica por la inserción temprana de militantes, en su mayoría universitarios, que establecieron contacto con jóvenes mapuche desde 1967 y conocieron directamente las condiciones de vida de sus comunidades. Gracias a esta experiencia, aprendieron que la pobreza en que vivían tenía su origen en la usurpación de las tierras ancestrales que ahora formaban parte de los grandes fundos de la región. Una vez aceptados por las comunidades, los miristas comenzaron a proponer reuniones y asambleas para conocer de manera más precisa y cercana sus problemas. Por lo tanto, la legitimidad del MIR se construyó «desde abajo», gracias a que sus militantes supieron hacer una interpretación concreta de la realidad en la cual estaban inmersos. El testimonio de Julián Bastías refrenda esta afirmación:

Nuestra vivencia en las reducciones nos ayudó a relativizar nuestra doctrina y a comprender la realidad social como fuente de toda política adecuada. Debíamos interrogar la realidad y a sus actores sin prejuicios. Ahora dialogábamos con los campesinos sobre sus condiciones de vida y sus posibilidades de resolver sus necesidades vitales. Era nuestra tarea política el llegar a descubrir con los propios trabajadores de la tierra sus prioridades de lucha<sup>42</sup>.

Como se señaló, los jóvenes miristas no aplicaron dogmáticamente el marxismo-leninismo que inspiraba teóricamente al partido ni emplearon un programa político derivado de la dirección que promoviera un trabajo particular con el pueblo mapuche. Por el contrario, en palabras de Gustavo Marín: «El objetivo era impulsar la lucha en el campo partiendo de los propios intereses de los campesinos y mapuche. Teníamos claro que no debíamos imponer nuestra propia estrategia, sino escuchar lo que reclamaba la gente»<sup>43</sup>.

La prioridad era entonces contribuir a desencadenar la lucha por la recuperación territorial a partir de las convicciones y motivaciones de los propios mapuche. La dinámica del movimiento

41- Bastías, *Memorias de la lucha campesina. Cristiano...*, op. cit., pp. 68-97.

42- *Ibidem*, p. 98.

43- Testimonio de Gustavo Marín, en Railaf et al., op. cit., p. 76.

indígena iba en ascenso, los miristas aportaron con sus herramientas políticas —interpretación de la realidad local, formas de organización, propuestas de lucha—, las adaptaron al ritmo de la movilización y las desarrollaron en la convergencia con las comunidades, en el marco de la intensificación de las acciones directas. Así lo explica Rudecindo Quinchavil en su testimonio sobre su incorporación al MIR:

Lo importante del MIR era que nos daba elementos para interpretar la realidad, para poder explicarme como estaba el mundo, para poder entender mejor la situación política y en función de ese entendimiento hacer las cosas, que eran prácticas de lucha. [...]. Porque no estaba en el centro ideologizar a la gente, entregarle ideología, sino que el movimiento popular era tan intenso que no habían muchos momentos para teorizar mucho en lo político sino más bien en el accionar y si el accionar era correcto uno no se ponía a discutir si había que hacerlo o no, estaba por delante la justeza de la acción [...]. Yo ingresé al MIR en un proceso, donde de repente me doy cuenta que estoy en un lugar y ahí aprendí a interpretar un poco las cosas y no me puse a discutir que el Marx aquí, que el Lenin allá, sino que había una injusticia —esto del problema de la tierra— y yo veía por instinto que había que hacer algo y ese algo estaba ahí, en las acciones directas de uno mismo, no esperar soluciones de arriba<sup>44</sup>.

Todas las experiencias y testimonios analizados hasta aquí permiten comprender la evolución social y política del movimiento mapuche, su radicalización y el hecho de que su lucha haya decantado en una forma innovadora de recuperar las tierras usurpadas: las corridas de cerco. La perspectiva histórica permite señalar que el factor mirista fue fundamental en este proceso, aunque, como se verá a continuación, no fue el único.

### 3.2 LAS PRIMERAS CORRIDAS DE CERCOS EN CAUTÍN (MAYO - SEPTIEMBRE DE 1970)

Como ya señalamos, las comunidades mapuche de la provincia de Cautín utilizaron las corridas de cercos para recuperar las tierras que los colonos chilenos y extranjeros de los fundos colindantes les habían usurpado a sus antepasados. Estos latifundistas, muchas veces con la complicidad de la policía, habían aumentado sus predios desplazando los límites que establecían los títulos de merced entregados por el Estado durante el proceso de radicación. Las corridas de cercos no tenían antecedentes directos en la historia del movimiento mapuche y surgieron como práctica política antes de la conformación orgánica del MCR. Como señala Rafael Railaf, fueron consecuencia del sentimiento de impotencia que se había traspasado de generación en generación:

El primer paso, el asunto del dolor de nuestro pueblo mapuche es por el asunto del arrebata-miento de la tierra, porque los viejos anteriores no sabían leer y hablar el español, y tenían un rechazo muy grande por la forma como a ellos le quitaban las tierras. Eso es lo que me contaba mi abuelo y mi abuela por parte de madre y padre. Yo tenía en ese tiempo como siete o nueve años y ese asunto a mí me dolía el corazón<sup>45</sup>.

Rudecindo Quinchavil también señala que esta situación se grabó en la memoria del pueblo mapuche y fue transmitida oralmente en las comunidades de padres a hijos:

<sup>44</sup>- Testimonio de Rudecindo Quinchavil, en Railaf et al., op. cit., p. 28.

<sup>45</sup>- Entrevista con Rafael Railaf, Lautaro, febrero de 2015.

Siempre me acuerdo de que mi papá me decía: «Antes el cerco pasaba por ese tronco, por ese árbol, por ese río, por ahí pasaba. Antes eso era todo de nosotros». Y yo creo que eso fue a través del sistema de préstamo de trigo, de sacos de trigo, que el rico daba a la gente y después ellos no podían pagar. Entonces el rico decía: «Nos pagamos con esto» y ponía a la policía encima. Ese era un método relativamente frecuente de todas las usurpaciones de tierras. Los ricos eran amigos de la policía y con amenazas, con todo, plantaban el cerco y decían: «Hasta aquí llegan»<sup>46</sup>.

El relato de los mayores permitió que los jóvenes mapuche fueran tomando conciencia de que la situación de pobreza en que vivían era la consecuencia histórica de una serie de abusos que habían terminado por despojarlos de sus tierras:

Había injusticia en el campo. Desde el punto de vista de la vivencia, uno ve la escasez. Uno mira al lado, a un kilómetro tiene un fundo y ves la casa distinta, tractores arando la tierra, gente trabajando, harto trigo y ves tu pedacito de terreno que no produce nada. Si abres un poco los ojos tú puedes ver la diferencia, que unos tienen más tierras y otros menos. Y, si uno sigue pensando, se da cuenta que antes teníamos un poquito más de tierra, porque las reducciones las volvieron a reducir. No sería nada que nos redujeron en la derrota del pueblo mapuche, sino que después volvieron a reducirnos porque se produjo que mucha gente mapuche, por distintas razones, dejó de ser dueña de la tierra que les habían asignado y se formaron los minifundios<sup>47</sup>.

De acuerdo con Lucy Traipe, la desigualdad, la explotación y la falta de oportunidades se transformaron en un aliciente para recuperar la dignidad de su pueblo, y el sentimiento de impotencia se tradujo en la formulación de objetivos de lucha concretos:

El objetivo era la tierra y cómo mejorar la situación económica nuestra, tener animales tan bonitos como el fundo que estaba al lado, tomar leche como lo hacía el otro niño de al lado, tener un vehículo para transportarse en forma más rápida, comerse un huevo, que todo el mundo tuviera esa posibilidad, porque la verdad es que cuando estábamos en la comunidad sufríamos hambre, miseria. Y no era porque éramos flojos, era porque el crédito estaba lejos del alcance nuestro, estábamos lejos de la posibilidad de comercializar los productos que se pudieran producir. Veíamos que era la única forma de hacer ver a quienes nos decían que éramos flojos, borrachos e ignorantes, que éramos tan capaces y que todo lo que se producía en los fundos era producto de la explotación de la gente mapuche que trabajaba en esas grandes extensiones de tierra<sup>48</sup>.

A pesar de que los viejos mapuche conocían con precisión los límites antiguos de sus tierras y sabían que estaban registrados en los títulos de merced, la experiencia que habían tenido con las instituciones había terminado por convencerlos de que ningún tribunal iba a fallar en su favor. Víctor Molfinqueo da cuenta del estado de ánimo predominante en las comunidades antes de que comenzara el movimiento de las corridas de cerco:

Los viejos sí que nos habían enseñado historia en la casa, y que al lado de abajo de la comunidad habían sido usurpadas ochenta hectáreas de tierra. Eso sí que lo sabíamos, que la comunidad contaba con un título de merced y que ese papel no estaba en la comunidad, pero seguramente estaba en la Oficina de Asuntos Indígenas en Temuco. Eso lo sabíamos más o menos, y quizá no estaba a la orden del día tampoco la recuperación de tierras. Nadie había hablado de eso, los

46- Testimonio de Rudecindo Quinchavil, en Railaf et al., op. cit., p. 29.

47- Testimonio de Rudecindo Quinchavil, en Railaf et al., op. cit., pp. 28-29.

48- Testimonio de Lucy Traipe, en Railaf et al., op. cit., p. 44.



viejos se habían resignado a vivir lo que se vivía nomás. La gente había enjuiciado, mis abuelos, mis tíos, habían enjuiciado, habían estado en estas oficinas de tierras de asuntos indígenas, juzgados de indios. Entonces, la gente se había resignado<sup>49</sup>.

**La burocracia con que los juzgados de indios tramitaban las demandas mapuche también producía un sentimiento de impotencia en los jóvenes, pero estos supieron utilizarlo para justificar la lucha de acción directa y vincularse con los miristas que se sumaron a su «despertar»:**

Había un título de merced con plano y todo y se veía claramente donde se hizo un fundo encima de la tierra mapuche. La gente juntaba platita para ir al juzgado a hablar con el juez de indios a ver cuándo nos iban a devolver la tierra. Lograban juntar la platita, iban dos o tres que sabían hablar un poco más, volvían y decían «nos fue bien, nos recibió el juez y probablemente en medio año nos van a entregar la tierra». Yo crecí oyendo eso cuando llegaron los miristas todavía no nos habían entregado la tierra. Entonces empezamos a reunirnos todos los comuneros. Supimos que en Lautaro las comunidades empezaron las recuperaciones de tierras y nos dijimos: «¿Por qué no lo podemos hacer aquí?»<sup>50</sup>.

**Así, el dolor y el sentimiento de injusticia ante el abuso de los latifundistas y la complicidad de las autoridades fueron la fuerza motriz de la gestación del MCR y su propagación por los campos de Cautín. Félix Huentelaf lo expresa con estas palabras:**

Cuando luchamos en el MCR por la tierra lo hicimos contra la injusticia. Nací con esa conciencia de luchar por la justicia. En la comunidad había mucha pobreza, mucha hambre. La familia era grande, los hermanos menores sufrimos mucha hambre, mis hermanas empezaron a trabajar para ayudarnos. Eso me llevó a luchar por la justicia. Era joven y veía el desamparo de mi gente [...]. Así me fui convenciendo de que había que luchar. La gente sabía en la comunidad que los ricos, los colonos, le habían quitado la tierra<sup>51</sup>.

**Los primeros miristas que entraron en contacto con las comunidades mapuche de Cautín reconocieron el descontento social acumulado frente a la desigualdad, la pobreza y la falta de voluntad de las autoridades políticas para resolver sus demandas, y supieron detectar que contenía un potencial movilizador:**

Ninguno de los trámites jurídicos que hicieron los mapuches a través de los tribunales de letras de indios para obtener la restitución de las tierras usurpadas tuvo éxito. En los pocos casos en que los tribunales autorizaron la restitución de las tierras, la policía no aplicó esas decisiones. Así los mapuches se fueron empobreciendo, arrinconados en las peores tierras, con familias que crecían y crecían, sin poder disponer de terrenos. Paralelamente, los grandes fundos fueron creciendo como producto de la usurpación<sup>52</sup>.

Y esa fue la chispa que logró encontrar el MIR, que había allí una resignación pero que era posible abrir el fuego otra vez hablando de la historia y de la política con la juventud que había en ese tiempo<sup>53</sup>.

49- Entrevista con Víctor Molfinqueo, Loncoche, octubre de 2015.

50- Testimonio de Félix Huentelaf, en Railaf et al., op. cit., p. 24.

51- *Ibidem*, pp. 23-24.

52- Marín, op. cit., p. 32.

53- Entrevista con Gustavo Marín, Santiago, febrero de 2015.



Desde su llegada a Loncoche, Gustavo Marín se dio cuenta de que la recuperación de la tierra era la única opción que tenían los mapuche de la zona para transformar sus condiciones de vida, un aprendizaje que también fue nutriendo la política revolucionaria del MIR:

Los que lanzaron las primeras corridas de cerco o eran pequeños propietarios muy pobres o eran hijos de pequeños propietarios muy pobres. Por eso se podían caracterizar como afuerinos, es decir, aquellos trabajadores asalariados, temporeros, que trabajaban en los fundos por temporada en función de los trabajos que había que hacer, ya sea por las cosechas o por reparaciones, pero eran literalmente desempleados que se mantenían amontonados en los grupos familiares donde los «protegían», los ayudaban a sobrevivir en las pequeñas propiedades que tenían. Víctor Molfinqueo vivía en una esquina del jardín de la casa que el papá le pasó. Entonces, esas eran las condiciones. Por lo tanto, para mí, ese grupo campesino que motorizó, inició el MCR, eran jóvenes, mapuche, campesinos, pobres, que querían luchar contra la injusticia. Y la forma que adoptó en ese momento la lucha contra la injusticia, puesto que eran mapuche, era la recuperación de la tierra<sup>54</sup>.

Los lazos de confianza permitieron que la discusión política se diera en los espacios cotidianos que los miristas compartían con las comunidades en que se habían insertado y atizaran la voluntad de actuar que estaba latente en los jóvenes mapuche.

Y ahí empezó, ese tipo de conversaciones que yo te comento de lo cotidiano, una conversación que surge tomando un mate, se hicieron decenas y decenas de conversaciones de nosotros con ellos en ese momento, y el Paine conversaba de esto, y el Víctor conversaba de esto, y eran conversaciones que en un momento aparecían. Ahí comenzó a aparecer la idea de recuperar la tierra. Es una conversación entre los dos, porque ellos estaban en una actitud de resignación, pero no definitiva, ellos decían: «Lo que pasa es que nosotros tratamos de recuperar la tierra, pero lo hicimos a través de los juzgados de indios y nunca nos resultó, por lo tanto, no vamos a poder». Una fatalidad casi asumida, siempre ha sido así, pero basta que un mirista les diga: «No, es injusto y hay que recuperar la tierra», para que ellos digan inmediatamente: «Sí, hay que recuperarla»<sup>55</sup>.

La restitución de tierras por la vía de los hechos apareció como la manera más concreta y efectiva de revertir la injusticia que la institucionalidad no había sabido resolver, y desplazar los cercos pasó a ser un método válido y legítimo para las comunidades. Solo faltaba la documentación legal que sustentara la recuperación, de manera que el primer paso fue recolectarla. Y una vez conseguidos los títulos de merced, la voluntad colectiva se comenzó a manifestar.

Nos dimos cuenta de que era posible recuperar la tierra porque la tierra estaba ahí, puesto que el usurpador estaba ahí. Después estuvimos claros de que era posible hacer una corrida de cerco y, cuando fuimos a buscar el papel a Temuco, ya estaba claro que era posible, dependía del ánimo nomás. Y, como ya no éramos los primeros acá tampoco, sino que ya se había escuchado de corridas de cerco en Lautaro, entonces eso hace que nosotros empecemos a darle cuerpo al discurso, pero también a los hechos<sup>56</sup>.

54- Entrevista con Gustavo Marín, Santiago, febrero de 2015.

55- Ídem.

56- Entrevista con Víctor Molfinqueo, Loncoche, octubre de 2015.

Para el MIR, esto suponía una agudización de la lucha de clases en el campo que derivaría en un proceso de movilizaciones ascendentes para que el campesinado mapuche luchara por todos los medios contra sus enemigos, los grandes propietarios de las tierras que antes les habían pertenecido. La conciencia histórica del problema era la condición para que los mapuche iniciaran las acciones directas que el partido aspiraba a desarrollar. La intención del MIR era innovar y crear formas distintas de intervención, idealmente antes de las elecciones de septiembre de 1970, para demostrar que ya existía una fuerza social luchando por transformar revolucionariamente la sociedad<sup>57</sup>. Roberto Moreno explica cómo se conectaron la acción directa y los objetivos estratégicos del MIR al interior de los sectores populares con la movilización colectiva que los mapuche estaban materializando en los campos de Cautín:

Nosotros traíamos la idea de la acción directa de masas, una idea que viene de la estrategia del MIR. La idea es genérica, el trabajo de masas tiene que tener esa característica: acción directa de masas, sean estudiantes, pobladores, campesinos, obreros, para todos la consigna era la misma. Estaba instalado, cuando empezamos a meternos en el campo teníamos ya la idea de que había que hacer una acción directa de masas. La idea de hacer una acción directa de masas se empalma perfectamente con la idea de corrida de cerco, pero es una idea que nosotros traemos, pero que a ellos les hace sentido porque, para hacer una corrida de cerco, se tiene que meter mucha gente, hacerlo en la noche, simultáneamente meter los postes, poner el alambre y al otro día estaba listo el cerco. Y eso son cuarenta o cincuenta personas, por lo menos, trabajando. Entonces, es una acción directa de masas<sup>58</sup>.

Si bien había coincidencia política entre los miristas y los jóvenes mapuche acerca de la acción directa, es importante señalar que los primeros no elaboraron una propuesta específica, sino que fueron los propios comuneros quienes propusieron un método de lucha para recuperar sus tierras ancestrales. Así recuerda Julián Bastías la incertidumbre que reinaba entre los militantes:

Mientras tanto, no teníamos grandes planteamientos que proponer a los mapuches, sino nuestra transparencia y entrega total. Vivir con ellos era ya para nosotros una nueva forma de hacer política [...]. Sabíamos que debíamos inscribirnos en las acciones directas como nuestra Dirección Nacional lo hacía en Santiago. Habíamos descubierto una cantidad de problemas a agitar y entre ellos el de la usurpación de tierras. Parecía ser este el predominante. Esperábamos que se decidiera en nuestro Comité Regional o Nacional, pero todo seguía en veremos<sup>59</sup>.

Los militantes del MIR tenían claro que la movilización debía desarrollarse a través de la acción directa y que dicha acción debía estar asociada con la propaganda nacional que legitimaba la vía armada para hacer la revolución. Sin embargo, la intención de evitar el enfrentamiento directo para impedir pérdidas humanas dejaba a la lucha armada en el plano del discurso. Por el momento, el MIR la utilizaba pedagógicamente para denunciar la injusticia del sistema agrario burgués, y las acciones directas tenían que proyectarse en este sentido: «Teníamos que encontrar una línea de acción que siendo semi-legal no atrajera la represión, pero a su vez se lograra algo para demostrar un camino paralelo a la legalidad burguesa»<sup>60</sup>.

57- Bastías, *Memorias de la lucha campesina. Cristiano...*, op. cit., p. 86.

58- Entrevista con Roberto Moreno, Santiago, marzo de 2015.

59- Bastías, *Memorias de la lucha campesina. Cristiano...*, op. cit., pp. 89-90.

60- *Ibíd.*, p. 99.

La discusión sobre el quehacer del movimiento mapuche en Cautín comenzó a dinamizar la relación entre los involucrados y se expandió geográficamente hacia otras localidades. Las acciones directas de masas que proponía el MIR y la histórica demanda mapuche de recuperación territorial se entrecruzaban progresivamente, pero seguían sin encontrar solución. De acuerdo con Julián Bastías:

Las opiniones iban y venían, desde Quinchavil, de Mañío Manzanal, hasta Miguel Enríquez y la Comisión Política en Santiago. Nosotros, cuadros medios y activistas, éramos correa de transmisión de tal intercambio, tratando de aportar al mismo tiempo con nuestras opiniones locales respectivas<sup>61</sup>.

Estas discusiones llegaron a su desenlace con la intervención del padre de los hermanos Luis y Rudecindo Quinchavil. Fue Chachay Quinchavil, de sesenta años, quien, en uno de los tantos encuentros que protagonizaron miristas y mapuche, propuso el procedimiento concreto para recuperar las tierras usurpadas: las corridas de cerco. La propuesta calzaba de manera perfecta con la idea de acción directa de masas que tenían los miristas, y fue justamente un campesino mapuche quien la formuló. Julián Bastías reproduce las palabras de Chachay Quinchavil:

Miren, compañeros y amigos, hace tiempo que se discute respecto a lo que debemos hacer con nuestra tierra usurpada. Pienso que hay una sola respuesta y es simple: nuestra investigación legal con auténticos planos nos demuestra que hay un error comparando con la realidad. Hay cercos que no están donde la ley los ha reconocido, hay que ponerlos en el lugar adecuado. Siguiendo los planos, tenemos el derecho, y el deber incluso, de arrancar el cerco de donde está mal puesto y llevarlo hasta el límite estipulado por la ley. Debemos correr el cerco<sup>62</sup>.

Víctor Gavilán concuerda con que la intervención de Quinchavil fue fundamental y agrega que sus razones tenían sustento legal:

El viejo Quinchavil dijo: «Hagámoslo en nuestra propia comunidad». Entonces, él nos contó, se acordaba que su tierra realmente terminaba en tal lugar. Yo recuerdo porque conseguí ese título de merced, yo vine a Temuco, hablé con la Viola Navarrete, le conté toda la historia: «Necesito este título de merced». Efectivamente, el viejo no estaba equivocado, los límites de su tierra estaban bien como él decía, era harta tierra que le habían quitado<sup>63</sup>.

Asimismo, recuerda cómo la propuesta de Quinchavil movilizó a todos los miristas que estaban implicados en la recuperación.

Paine y Tokicura habían descubierto por boca del Chachay Quinchavil, quien a la fecha ya tenía sesenta años de edad, que el método concreto para recuperar la tierra usurpada, debía ser la corrida de cercos. A partir de esa verdad, toda la organización partidaria se puso en movimiento para llevar a la práctica esa acción directa de masas<sup>64</sup>.

61- *Ibíd.*, p. 100.

62- *Ibíd.*, p. 105.

63- Entrevista con Víctor Gavilán, Lebu, marzo de 2015.

64- Gavilán, *op. cit.*, p. 139.

En definitiva, las corridas de cercos emergieron en la escena rural de Cautín como un acto de justicia, ya que, como se señaló, podían legitimarse mediante los planos que evidenciaban los límites originales de los títulos de merced. Al ser comparados con los límites reales, estos demostraban claramente que los fundos vecinos se habían ampliado sobre las tierras de las comunidades mapuche. Los miristas aportaron en gran medida a la justificación legal de las corridas de cerco, ya que a través de sus contactos lograban acceder a los archivos y documentos que contenían información sobre los títulos de propiedad de la tierra reivindicada. En este sentido, el apoyo de los miristas «se centró en acompañar a la ciudad a los comuneros, para buscar los planos originales de las mercedes de tierras que databan de comienzos de siglo» y verificar con precisión «las características y las dimensiones de las usurpaciones realizadas por los grupos terratenientes»<sup>65</sup>. Los abogados que colaboraban con el MIR de Cautín conseguían los títulos en la Oficina de Asuntos Indígenas de Temuco y se los entregaban a los miristas, quienes los llevaban a las comunidades para analizarlos con los mapuche que planeaban realizar las corridas de cerco. El propósito era, una vez efectuada la acción directa, reclamar los derechos sobre la tierra con el «documento en mano»<sup>66</sup>. Gustavo Marín participó en las reuniones de análisis de esa información:

Recuerdo con emoción que nos reuníamos para ver esos documentos. Poníamos el plano del título sobre el mapa que mostraba la propiedad de la tierra y se veía clarísimo dónde estaba el cerco antiguo, no había que ser geógrafo para darse cuenta. Además, los viejos tenían una visión clara del cerco, se les había quedado grabada, sabían que pasaba por tal riachuelo, por tal manzano, por tal quebrada. Cuando alguien te ha usurpado la tierra y tu casa, el lugar donde naciste y te criaste, no se te olvida nunca más<sup>67</sup>.

El testimonio de Gustavo Marín permite comprender que, aunque hacían justicia por sus propios medios, las comunidades mapuche actuaban dentro de un marco de absoluta legalidad. Las instituciones habían dejado en claro qué intereses cuidaban, y los juzgados de indios habían beneficiado a los terratenientes en la mayoría de los conflictos de tierras:

Cuando nos dábamos cuenta de esta historia, la corrida de cerco aparecía como una cuestión de justicia elemental. Era el medio para la recuperación de la tierra usurpada. Los mapuche ya habían llegado a la conclusión de que si seguían reclamando justicia a los tribunales o al gobernador, nunca iban a lograr nada, la única manera era recuperar la tierra, recuperarla corriendo el cerco<sup>68</sup>.

Luego de realizar su práctica profesional en Temuco, Juan Saavedra trabajó como encargado de conflictos agrarios en el Ministerio de Agricultura, lo que le permitió conocer el proceso de recuperación desde el punto de vista jurídico y legitimar tanto la naturaleza como el procedimiento de las corridas de cerco:

Todo esto tuvo forma jurídica, las recuperaciones, que era una corrida de cerco sobre territorio que no era de la comunidad, lo primero era con el plano en mano, llegaba la autoridad y le decíamos «están recuperando», y poníamos el peso de la prueba al dueño del fundo, y pedíamos

65- Cárcamo, «Juventud rebelde...», op. cit., p. 148.

66- Gavilán, op. cit., p. 139.

67- Testimonio de Gustavo Marín, en Railaf et al., op. cit., pp. 74-75.

68- *Ibidem*, p. 76.

que midieran el fundo, y medíamos un fundo que tenía seiscientas hectáreas, lo medíamos y tenía ochocientas: claramente se habían modificado los límites [...]. Las primeras acciones con fuerza fueron corridas de cerco, es cierto eso, pero es recuperación de tierras, las comunidades mapuche tenían un título de merced que le habían entregado donde fijaba límites [...], entonces los límites eran la línea que sigue el estero tanto hasta llegar al roble, límites naturales [...]. Entonces, los agricultores se dieron maña de desviar esteros, de cortar el famoso roble, y habían quitado tierras a las comunidades. Las primeras recuperaciones de terreno las hicieron con los títulos en mano y fijando más o menos cual debería ser el límite. Y se corrió de forma tal que los agricultores no tenían forma de defenderse, porque decían nosotros tenemos cien hectáreas en esta comunidad, y si ustedes la miden había ochenta, las otras veinte las tiene este fundo y este otro que nos quitó<sup>69</sup>.

Por su parte, Rudecindo Quinchavil subraya que la idea de recuperación territorial había sido una constante histórica en la conciencia colectiva del pueblo mapuche y concuerda en que, hasta las corridas de cerco, no habían encontrado un criterio para organizar el descontento social de las comunidades. La solución despejó la impotencia, y la lucidez que tenían los comuneros se desató por medio de la movilización social:

Entonces una persona tenía más terreno que toda la comunidad junta, que además antes era de nosotros. Y te enojas más todavía cuando te das cuenta de que eso era tuyo, de tu papá, de la familia. Esas son las cosas que te llevan a participar en las acciones directas que las organizaba el MIR [...]. Era histórico. Un problema del cual todo el mundo se quejaba y no veía solución y esto de las acciones directas planteó una solución y aún más cuando se hacían las acciones y resultaban. Entonces eso aprendió<sup>70</sup>.

La idea de las corridas de cercos concitó la aprobación inmediata de todos quienes estaban en la reunión donde habló Chachay Quinchavil. No hubo discusiones sobre su validez, pues todos estaban esperando el elemento que catalizara la voluntad de avanzar. El restablecimiento de los límites originales mediante la acción directa se precipitó desde el plano de las discusiones a la dimensión operativa. Para avanzar en ese sentido, los miristas se pusieron a la orden de lo que planteaban las comunidades mapuche a partir de su experiencia y el conocimiento que tenían del territorio, y estas aceptaron que los militantes organizaran las acciones y condujeran el movimiento<sup>71</sup>.

La primera corrida de cercos organizada e impulsada por el MIR en la provincia de Cautín se realizó el 15 de mayo de 1970 en Mañío Manzanal, comuna de Nueva Imperial. Chachay Quinchavil estaba convencido de comenzar las acciones en su propia comunidad, la Quinchavil-Santibáñez, para recuperar las cuarenta y cinco hectáreas usurpadas por el fundo adyacente. Rudecindo Quinchavil recuerda la adhesión que generó la propuesta de realizar la primera corrida de cercos en un fundo que era propiedad de «los Ramírez»: «Lo bueno ahí es que todos los viejos fueron a la acción, ninguno dijo “¿qué va a pasar? No lo hagamos”. Todos los padres dieron el visto bueno»<sup>72</sup>. Asimismo, se refiere a las conversaciones que se dieron durante la organización de la corrida:

69- Entrevista con Juan Saavedra, Santiago, noviembre de 2016.

70- Testimonio de Rudecindo Quinchavil, en Railaf et al., op. cit., p. 29.

71- Bastías, *Memorias de la lucha campesina. Cristiano...*, op. cit., p. 106.

72- Testimonio de Rudecindo Quinchavil, en Railaf et al., op. cit., p. 30.

En Mañío, el núcleo, las personas de confianza, un día se juntaron, planificaron, le pusieron la fecha, la hora y todo y convocaron a la comunidad horas antes. Como no es lejos, se arma una reunión y se les dice «Mira, esta noche es la corrida de cerco». Y eso significa echar al viejo que está ahí, al supuesto dueño, al que se había hecho dueño y cerrar las entradas. Esas son las dos cosas básicas<sup>73</sup>.

El 14 de mayo llegaron muchos colaboradores que se habían enterado de lo que iba a suceder. Jóvenes temuquenses, campesinos mapuche de otras localidades y comunidades vecinas acudieron a preparar la corrida del día siguiente. La reunión se realizó en el sector de Calle del Medio, en la localidad de Lautaro. El testimonio de Víctor Gavilán permite apreciar que la acción estuvo inspirada en la tradición y la lucha ancestral del pueblo mapuche:

Estamos en el día 15 de mayo de 1970. Alrededor de las siete de la tarde, la gente comenzó a congregarse en el galpón de la vivienda de los Quinchavil. Llegaron diez familias de su propia comunidad, treinta hermanos de las comunidades vecinas, ocho hermanos de Lautaro y seis estudiantes de Temuco. La reunión comenzó con una introducción del Chachay Quinchavil, quien en mapudungun hizo un llamado a su gente a confiar en Chau Dios Ngenechen. Más adelante dijo: «Aquí está el papel de la oficina de Asuntos Indígenas. No robaremos nada, solo cambiaremos el cerco que está arriba en la loma y lo llevaremos bordeando el pangal». El grito aprobatorio de todos fue como si el espíritu de antaño se hubiera posesionado de ellos. Estaban dispuestos a dar la pelea<sup>74</sup>.

Víctor Gavilán reproduce las palabras de otro de los organizadores, Miguel Cabrera. Paine fue el mirista más reconocido por la comunidad Quinchavil-Santibáñez porque su familiarización con las costumbres del pueblo mapuche lo convertían en un integrante más:

Compañeros, esta noche recuperaremos la tierra de los Quinchavil. Para eso tenemos que organizarnos en escuadras para desalambrear y remover las estacas, para llevarlas a sus lugares originarios que ustedes conocen muy bien. Pero, además, compañeros, deben saber muy bien que mañana comienza la pelea con el patrón Dawitzal y con los pacos que estarán aquí a mediodía. Debemos, entonces, estar dispuestos a defender la corrida de cerco. Todos nos iremos a vivir en aquellas tierras recuperadas. Mañana todas nuestras Pu Lamgen, Pu Pichiche, Pu Domo estarán acompañándonos en esta pelea que recién comienza<sup>75</sup>.

Las palabras de Paine grafican cómo la idea de la lucha de clases se fundió con la cultura mapuche para legitimar la necesidad de impulsar las acciones directas en el campo. Asimismo, dan cuenta del nivel de organización que tuvo la primera corrida de cerco, pues la planificación incluyó una división de funciones para llevarlas a cabo. Las consecuencias que podría acarrear la corrida exigían que las comunidades fueran capaces de demostrar que se trataba de una acción racionalmente organizada, algo que permitió que los campesinos mapuche fueran desarrollando una estrategia política organizacional sobre la base de sus tradiciones. Respecto a la forma en que esta se fue generando, Rudecindo Quinchavil entrega el siguiente relato:

Organizar una recuperación era una acción militar, en el sentido de organizar la estadía, de organizar la defensa y además de conversar los problemas. Desde ese punto de vista yo creo

73- *Ibíd.*, p. 31.

74- Gavilán, *op. cit.*, p. 140.

75- *Ídem.*

que ayudó mucho a la formación de la conciencia de la gente, porque ahí hubo que hablar del papel que juegan los pacos y explicar que hay que defenderse de ellos, de la necesidad de la propia defensa, de la fuerza propia, de que hay que observarlos, de las señales que hay que dar, qué hay que hacer si llega alguien, quién va a hablar, todas esas cositas prácticas. Y así vas aprendiendo que hay que organizarse<sup>76</sup>.

La noche del 15 de mayo de 1970, los miristas y comuneros comenzaron a desalambrar y retirar las estacas, para hacer los hoyos en los deslindes que establecía el título de merced e instalar el nuevo cerco que delimitaría el territorio recuperado. El jefe y coordinador de la acción fue el propio Chachay Quinchavil; su principal ayudante, Paine, y el encargado de las escuadras (grupos ejecutores), Luis Quinchavil. Al amanecer, los estudiantes tenían que dirigirse a la ciudad a buscar respaldo y organizar la solidaridad, las mujeres se ocuparían de asegurar la alimentación y el profesor Santibáñez-Quinchavil (dirigente de una de las comunidades implicadas) sería el encargado de las relaciones públicas con las autoridades y la policía<sup>77</sup>.

Luego de dos meses de resistencia y trámites de expropiación, las comunidades ganaron el juicio que se inició en tribunales producto de la corrida, y el territorio quedó en poder de la Reserva Quinchavil-Santibáñez por determinación de la CORA<sup>78</sup>. Es necesario mencionar que, pese al esfuerzo mancomunado de las comunidades mapuche por restablecer los deslindes originales, las tierras recuperadas fueron divididas y cercadas para delimitar las propiedades de las tres familias involucradas (Cural, Quinchavil y Santibáñez)<sup>79</sup>.

La corrida de cercos del 15 de mayo fue muy significativa para el movimiento mapuche revolucionario que se estaba gestando, ya que fue la primera acción directa de masas realizada con el MIR. Los militantes pudieron comprobar que el método propuesto por Quinchavil era un mecanismo de lucha eficaz, pues entregaba una solución inmediata a la demanda de recuperar las tierras usurpadas. Aun así, fue calificada como de experimentación por quienes la ejecutaron. La «gran corrida de cerco» o, como la denominaron en ese entonces, la «corrida histórica», estaba programada para el mes de julio y se llevaría a cabo en la comuna de Lautaro<sup>80</sup>.

Antes de esa fecha, se realizó una segunda corrida de cercos, también considerada experimental por sus organizadores. Se concretó el 3 de junio de 1970, en la comuna de Lautaro, y fue la primera de una serie de acciones que tendrían lugar en la zona. La comunidad mapuche Coliqueo-Huenchual fue la protagonista, apoyada por campesinos mapuche de Vega Redonda y Calle del Medio, quienes desplazaron los deslindes del fundo El Vergel hacia los límites originales, con lo que recuperaron entre noventa, y noventa y cinco hectáreas<sup>81</sup>. Tres meses después, la prensa local entrevistó al propietario de las tierras, el latifundista José Datwiller, y publicó lo siguiente:

Finalmente, este agricultor, nos declaró que la corrida de cercos comenzó precisamente el 3 de junio en el fundo El Vergel. Se ampliaron los indígenas ocupando 90 a 95 hectáreas. Había

76- Testimonio de Rudecindo Quinchavil, en Railaf et al., op. cit., p. 30.

77- Gavilán, op. cit., p. 140.

78- Ídem.

79- Testimonio de Rudecindo Quinchavil, en Railaf et al., op. cit., p. 31.

80- Gavilán, op. cit., p. 139.

81- *Ibíd.*, p. 141.



participado la reducción Coliqueo-Huenchual ayudado por otros aborígenes. Que a la fecha no se había tomado ninguna medida a nivel de autoridades<sup>82</sup>.

El 12 de julio de 1970, se llevó a cabo la corrida histórica. En el fundo La Rinconada, localizado en Vega Larga, comuna de Lautaro, se enfrentaron la comunidad mapuche Catrileo-Paine y el latifundista Fernando Schultz. La acción había sido preparada con más de dos semanas de antelación. Entre sus organizadores, además de los miristas Paine y Camilo Tokicura, destacó el grupo de jóvenes mapuche que había participado en la acción de Mañío Manzanal (Railaf, Colihual, Huillipan, Catalán, Coliqueo y Lucy Traipe). El 25 de junio, quedó establecido que la corrida histórica sería dirigida por el líder de una de las familias mapuche involucradas, el *lonko* Paine<sup>83</sup>. Rafael Railaf recuerda los detalles del procedimiento:

En la corrida de cerco se hacía la olla común. Ahí se armaban los grupos y cada uno tenía una tarea. Uno de tres personas iba desclavando y sacando el alambre. Otro enrollándolo y los demás sacando las estacas y el resto haciendo inmediatamente el cerco nuevo, haciendo los hoyos. Así que a las cuatro de la mañana tenía que estar partiendo y a las seis estaba todo listo. Y en la olla común comíamos y algunos descansaban y otros seguían cuidando lo recuperado<sup>84</sup>.

Aproximadamente, cuatrocientas personas participaron en la corrida de cercos del 12 de julio, desalambrando, retirando estacas, cavando hoyos y construyendo los nuevos cercos<sup>85</sup>. El movimiento mapuche causaba impacto en la sociedad rural de Cautín, y ya no solo se sentían llamados a colaborar los miristas insertos en otras localidades y las comunidades afines, sino también los militantes de otros partidos políticos (socialistas, comunistas, demócratacristianos), estudiantes universitarios y secundarios, funcionarios públicos, sacerdotes y pastores cristianos, obreros, empleados, etc. El acontecimiento contó con el apoyo de habitantes urbanos y rurales, fenómeno que se masificó y diversificó en la medida en que el movimiento mapuche se fue intensificando<sup>86</sup>. Rafael Railaf recuerda: «Había, no miento, había muchas personas, de diferentes partes, también para saber y aprender de las cosas que estábamos haciendo. Vino gente de todas partes y cuando íbamos a otro lugar, llegaban y allá estaban»<sup>87</sup>. Por su parte, Víctor Gavilán, se refiere al apoyo solidario de quienes adhirieron a la causa mapuche durante la acción del 12 de julio y menciona a varios de ellos:

82- *El Diario Austral* de Temuco, 3 de septiembre de 1970, p. 11.

83- Precisamente, este dirigente mapuche fue quien apodó Paine al mirista Miguel Cabrera, adoptado simbólicamente por la familia. Cabrera se presentó como Sergio cuando se insertó en la comunidad en el año 1968, por lo que fue conocido como Sergio Paine. El testimonio de Víctor Gavilán, que estuvo en la reunión del 12 de julio en la casa de la familia Paine, reproduce las palabras de *lonko* Paine: «Este es mi hijo Sergio Paine —que por muchos años vivió en la ciudad— y ahora que estamos en lucha de nuevo, mi hijo vuelve para ayudarnos a recuperar nuestras tierras. Él se quedará con nosotros por un tiempo, como también su amigo lafkenche el peñi Camilo Tokicura. Con ellos conversaremos mucho porque han aprendido bastante como estudiantes. El peñi Rafael organizará las escuadras de trabajo para esta noche y mañana todos estaremos como un solo hombre defendiendo nuestra tierra». En Gavilán, op. cit., p. 41.

84- Testimonio de Rafael Railaf, en Railaf et al., op. cit. pp. 57-58.

85- Gavilán, op. cit., p. 142.

86- Bastías, *Memorias de la lucha campesina. Cristiano...*, op. cit., pp. 134-136.

87- Testimonio de Rafael Railaf, en Railaf et al., op. cit. p. 57. Railaf reconoce esta corrida de cercos como la primera. Sin embargo, como ya se señaló, corresponde a la «histórica», que fue realmente la tercera. Ahora bien, probablemente Railaf la destaca como la inicial, primero, por ser la más importante y la que marcó «oficialmente» el inicio del proceso y, segundo, porque las dos anteriores fueron realizadas a modo de experimentación.



La corrida de cercos al fundo La Rinconada contó con mucha solidaridad. Incluso participaron en ella, Pepe y Óscar del MOAC (Movimiento Obrero de Acción Católica), el sacerdote católico Wilfredo Alarcón, de Piñalelun [...]. También estuvieron presentes en la «corrida esperada» el estudiante de la Universidad de Chile-Temuco, Luis Almonacid [...]. Había también entre los presentes, un grupo de militantes mapuche del Partido Comunista Revolucionario (PCR) quienes, posteriormente, crearon una organización llamada Netuaiñ Mapu (lucha por la tierra), donde se destacaron como dirigentes Guillermo Leñan y Juventino Velásquez, entre otros. También participaron militantes socialistas de la ciudad de Lautaro, gente de los Traperos de Emaús de Temuco y Santiago. También estuvo allí Julián Bastías, el estudiante de la Universidad de Concepción que se había radicado a vivir con los Mapuche de Cunco, en 1968, y muchos otros estudiantes y profesionales revolucionarios que estaban convencidos de que la acción directa de las masas era el camino victorioso para recuperar la tierra usurpada al pueblo mapuche<sup>88</sup>.

Las mujeres también tuvieron una participación activa en el acontecimiento. Rafael Railaf describe su carácter y el papel que desempeñaron:

Las mujeres eran muy bravas, discutían con los «pacos», hacían dos rondas, cuidaban a los niños, atendían a los trabajadores y a los enfermos. La que estaba era combativa, se convertía en miliciana. A la corrida de Lautaro llegó mucha gente a aprender una orientación, venían de todos lados [...]. Y después, cuando se tomó el fundo la gente se volvió loca, hasta de Santiago venían estudiantes<sup>89</sup>.

Finalmente, el 13 de julio por la mañana, pese a la presión del latifundista Fernando Schultz y los carabineros de la ciudad de Lautaro que exigían la desocupación del fundo y amenazaban con desalojar a los ocupantes, la comunidad Catrileo-Paine recuperó sus tierras. Julián Bastías describe el nivel de organización para defenderse, el estado de ánimo de sus protagonistas y la tensa atmósfera que se vivía:

Los líderes aprovechaban para explicarnos un plan mínimo de organización para la defensa del territorio recuperado. En las primeras horas de la mañana había algarabía [...], íbamos todos de un lado para otro, camionetas patronales que pasaban bocinando, y otros vehículos que se detenían provocando enfrentamientos verbales [...]. La gente corría y gritaba con sus colihues y horquetas<sup>90</sup>.

Los ocupantes legitimaron la acción frente a Schultz y las autoridades demostrando que la comunidad había recibido doscientas veinte hectáreas, de las cuales cien habían sido usurpadas por los dueños anteriores del fundo La Rinconada. El título de merced original, entregado por la Oficina de Tierras y Colonización en 1914 a la comunidad Catrileo-Paine, así lo consignaba, de manera que el latifundista no tuvo otra opción que resignarse<sup>91</sup>.

Esto tuvo dos consecuencias importantes para el desarrollo del movimiento mapuche y la formación del MCR en Cautín. Por una parte, la corrida de cercos como forma de lucha adquirió más aceptación y realce entre los mapuche de Lautaro, que confirmaron que permitía resolver demandas históricas de manera inmediata. Por otra parte, dio pie para que los militantes

88- Gavilán, op. cit., p. 142.

89- Testimonio de Rafael Railaf, en Railaf et al., op. cit., pp. 57-58.

90- Bastías, *Memorias de la lucha campesina. Tomo II*, op. cit., pp. 89-90.

91- Gavilán, op. cit., pp. 143-144.

—principalmente, Paine y Tokicura—fomentaran el discurso revolucionario al interior de las comunidades y acentuaran la necesidad de contar con una organización estructurada que permitiera proyectarlo políticamente en el plano de la lucha de clases, cuestión que establecería los cimientos del MCR. Expresión de ello fue que, luego de su participación en la corrida del 12 de julio, Rafael Railaf fue designado jefe de la base mirista de Vega Redonda, nombramiento que lo llevaría a convertirse en un destacado dirigente del MCR<sup>92</sup>.

Ahora bien, a pesar de las enormes capacidades de agitación y organización de Paine y Camilo, y del notorio liderazgo de Railaf, «la fuerza combativa fundamental provenía de una reacción a los atropellos cotidianos», debido a que «el lugar estaba dominado por una burguesía agraria prepotente y activa»<sup>93</sup>. En efecto, la comuna de Lautaro fue el lugar donde germinaron los sentimientos y las convicciones que llevarían a la formación del MCR, y el asentamiento donde los miristas diseñaron estratégicamente las primeras corridas de cercos con los jóvenes mapuche y sus comunidades. Por lo mismo, Julián Bastías define a las «comunidades lautarinas» como la «cuna del MCR»:

Fueron las comunidades de Lautaro las que gestaron y propagaron los ideales del Movimiento Campesino Revolucionario. Empezamos en Imperial, pero fue en Lautaro en donde se dieron las condiciones óptimas para extender las recuperaciones de tierras. Fue allí donde se generó una amplia fraternidad dando cabida a todo habitante pobre del campo [...]. Bastaba permanecer unos días para darse cuenta que allí mandaban la gente y sus costumbres. Toda decisión era naturalmente colectiva [...]. Atraídos por ese humanismo, valerosos estudiantes universitarios se fueron quedando en esos parajes<sup>94</sup>.

Las corridas de cercos aparecieron nuevamente en la escena rural el 11 de agosto de 1970, esta vez de manera más impactante y masiva: tres comunidades mapuche restablecieron los límites originales de sus tierras simultáneamente en tres fundos de la provincia de Cautín. Las comunas de Lautaro y Nueva Imperial fueron nuevamente el escenario de las acciones, y la prensa local contribuyó a difundir los hechos:

En tres sectores de la provincia, grupos de indígenas corrieron ayer los cercos de sus propiedades usurpando terrenos que no les corresponden. La acción fue en cadena. Primero, 80 aborígenes se hicieron de 10 hectáreas del fundo «3 Hijuelas», 15 kilómetros al interior de Lautaro. Seguidamente, desde Nueva Imperial se informó que algo similar había ocurrido en los terrenos del agricultor Merke Thiers por parte de la comunidad Huanaco-Huelchún. Finalmente, la inquietud volvió a Lautaro al darse a conocer que campesinos de la comunidad Dollinco habían corrido sus cercos hacia el interior de la propiedad de Aquiles Matus<sup>95</sup>.

La versión entregada por *El Diario Austral* de que los mapuche habían usurpado tierras que no les correspondían contradice el mensaje que la comunidad Dollinco envió al mismo medio. De acuerdo con el periódico:

92- *Ibíd.*, p. 142.

93- Bastías, *Memorias de la lucha campesina. Tomo II*, op. cit., p. 85.

94- *Ídem.*

95- *El Diario Austral* de Temuco, 12 de agosto de 1970, p. 1.

A la prensa local sin firma llegaron proclamas de la comunidad Dollinco, los que hacían ver su disconformidad por la situación actual que les afecta. Indicaban que con correr los cercos se hacía justicia a tierras que en años anteriores les habían sido usurpadas<sup>96</sup>.

La corrida de cercos del fundo Tres Hijuelas, en poder del latifundista Carlos Taladriz, fue preparada durante un año mediante reuniones clandestinas que se realizaban en un monte cercano y terminó con la ocupación de doce hectáreas por parte de unos ochenta campesinos. Además de Rafael Railaf, entre los participantes destacó un grupo de mujeres que asumió un rol protagónico. Como demuestran los testimonios del estudio de Margarita Calfio, las mujeres mapuche que participaron en las recuperaciones de tierra se organizaron por cuenta propia formando milicias de autodefensa para hacer frente a las reacciones de los latifundistas. El problema es que su papel no fue debidamente visibilizado ni valorado. Elisa Avendaño, que dirigió una milicia clandestina junto con Lucy Traipe en la corrida de cercos del fundo Tres Hijuelas, señala que existía una concepción de género en la organización de las mujeres mapuche que participaban en el proceso de lucha:

Creo que hemos hecho trabajo de género desde hace mucho tiempo: hablo del tiempo de la creación del asentamiento (en Lautaro, a principios de los 70). Ahí no solamente los hombres estaban organizados, sino que también había trabajo propio de la mujer, que se podía hacer y que se podía convocar<sup>97</sup>.

La comuna de Lautaro volvió a presenciar corridas de cercos a fines de agosto de 1970, cuando la comunidad mapuche Antonio Quidel recuperó cuarenta hectáreas que se encontraban incorporadas al fundo Santa Ana, de propiedad de Pablo Paslack:

Nuestro corresponsal en Lautaro nos comunicó anoche, asimismo, que la misma noche del martes último los indígenas de la reducción Antonio Quidel procedieron a correr el cerco del fundo «Santa Ana», de propiedad de Pablo Paslack, en una extensión de 40 hectáreas sembradas. Este fundo está ubicado a 18 kilómetros al oeste de Lautaro, en el camino a Curacautín<sup>98</sup>.

Las corridas de cercos se masificaron por los campos de Cautín con el apoyo de todos quienes consideraban justa la reivindicación indígena. Un ejemplo de esto fue la acción del 31 de agosto, que llevaron a cabo en conjunto las comunidades mapuche Pérez-Molfinqueo y Francisco Briceño de Pinchafil, de la comuna de Loncoche. Esta corrida se realizó en el fundo María Elena de propiedad de Elías Montecinos y recibió un amplio apoyo popular. La Asociación de Pequeños Agricultores de Loncoche emitió una declaración pública respaldándola:

1. La Asociación de Pequeños Agricultores de Loncoche, del departamento de Villarrica, que agrupa a más de 1.800 campesinos organizados en 37 comités, quiere comunicar a todos sus asociados y a todos los trabajadores de la zona que hemos acompañado a las comunidades mapuches de Pérez-Molfinqueo y de Francisco Briceño, en la acción de corridas de cerco para recuperación de tierras usurpadas.

96- Ídem.

97- Testimonio de Elisa Avendaño Curaqueo, 2004, en Margarita Calfio, en «Mujeres mapuche, voces y acciones en dictadura (1978-1989)». En *Nomadías*, n.º 9, Centros de Género y Cultura de América Latina, 2009. Disponible en <https://bit.ly/2kNmWDq>, p. 98.

98- *El Diario Austral* de Temuco, 25 de agosto de 1970, p. 13.

2. Las comunidades mapuches de Pérez-Molfinqueo y de Francisco Briceño son colindantes y se encuentran ubicadas en Pindapulli y Huincalicán respectivamente, y son más conocidas como Pinchafil.

3. Esta acción de corrida de cercos se ha realizado por la tramitación de más de 30 años, por parte de los Tribunales de Justicia y para recuperar más de 120 hectáreas de tierras, que a pesar de pertenecerles según consta en actas de la Comisión de Título de Merced a indígenas de fecha 5 de mayo de 1913, se encontraba en manos de particulares. Por otra parte en estas comunidades se ve claramente que existe un grupo de jóvenes cesantes y que no poseen tierras, que tienen que vivir allegados a sus parientes o emigrar de sus hogares para partir a otras ciudades o a la Argentina.

4. El principal usurpador de la tierra, después de la entrega de títulos de merced a las comunidades mapuches, fue Elías Montecinos, quien arrebató la tierra violentamente, en un hecho que resultó sangriento.

5. A través del tiempo, la tierra usurpada fue dividiéndose y quedando en manos de otros particulares<sup>99</sup>.

El apoyo popular se expresaba de manera concreta, pues muchas personas y colectividades participaban directamente en las acciones. Los campesinos chilenos apoyaron a los campesinos mapuche en su lucha por la tierra, lo que generó una convergencia dinámica del campesinado pobre de la provincia de Cautín. Esta confluencia, como también la solidaridad activa de otros sectores chilenos, contribuyó a que el movimiento se propagara rápidamente en los meses previos a la elección presidencial de 1970.

Pero, más que en las corridas de cerco, la confluencia se dio en las «ocupaciones de fundos», un método que ya utilizaba el campesinado chileno y que los mapuche asumieron para recuperar los terrenos usurpados más allá de los títulos de merced: las denominadas «tierras antiguas»:

Son las tierras que se ocupaban antes de la ocupación militar de La Araucanía, y sobre todo las tierras que se poseían y se ocupaban materialmente antes de que las familias mapuche fueran radicadas, antes de que fueran reducidas territorialmente a través de los Títulos de Merced<sup>100</sup>.

Estas tierras estaban integradas en los fundos colindantes a las comunidades que las reivindicaban, principalmente, en las comunas de Lautaro y Loncoche<sup>101</sup>. Las ocupaciones se materializaron a fines de agosto de 1970 en Lautaro, cuando las comunidades mapuche pertenecientes a las reducciones Juan de Dios Acuña, Lorenzo Curiqueo y Coche Levín se tomaron el fundo Poco a Poco, de ciento cincuenta hectáreas, que se encontraba en poder del latifundista José Datwiller. Los mapuche expulsaron del predio a ciento noventa y seis animales, pues lo que ellos reivindicaban era solo la tierra. No se registraron incidentes al momento de la ocupación<sup>102</sup>.

99- *El Diario Austral* de Temuco, 6 de septiembre de 1970, p. 11.

100- Correa y Mella, op. cit., p. 69.

101- Correa et al., op. cit., p. 128.

102- *El Diario Austral* de Temuco, 27 de agosto de 1970, p. 1.

Posteriormente, en la comuna de Loncoche, la comunidad mapuche Briceño ocupó los terrenos de la sucesión Elías Montecinos en Pinchafil. La prensa alertó sobre la presencia de «elementos extremistas» y «jóvenes barbudos», lo que indicaría que miristas y estudiantes participaron coordinadamente en la acción:

Indígenas de la comunidad Briceño, de la comuna de Loncoche, invadieron la propiedad de la Sucesión Elías Montecinos en el lugar llamado «Pinchafil». Los invasores portaban banderas nacionales y fuertemente armados se instalaron en el predio [...]. Todos estos hechos obligaron al gobernador, Roberto Catalán, a trasladarse al lugar señalado en compañía del comisario de Carabineros y fuerza policial dispuesta a cualquier emergencia [...]. La invasión se registró alrededor de las 7 horas del lunes último y la autoridad departamental se impuso a las 15 horas. Luego se tomaron las medidas de emergencia disponiéndose que parte de la fuerza policial quedara a la zaga de la autoridad y ello impidió todo asomo de violencia y choque por parte de los invasores. La participación directa de elementos extremistas como asimismo de un grupo de jóvenes barbudos fueron comprobados tres días antes de estos hechos<sup>103</sup>.

Las ocupaciones de fundos permitieron que los campesinos chilenos pobres, muchos de ellos sin tierras, se involucraran en la lucha y accedieran al recurso monopolizado por el latifundio. Los comuneros que se tomaban los predios no expulsaban a los trabajadores si estos no oponían resistencia, sino que los sumaban a los beneficios que reportaba la ocupación. Rafael Railaf se refiere a la solidaridad de los campesinos mapuche con sus pares chilenos:

La corrida de cerco era por las tierras usurpadas y era sólo mapuche. La toma de fundo y el asentamiento incluía también a los winkas. Porque tampoco podíamos echar a los trabajadores del patrón que estaban ahí, eran de nuestra clase<sup>104</sup>.

Esta práctica solidaria nació de los propios comuneros mapuche que conocían de cerca la situación de pobreza y explotación de los campesinos pobres chilenos. Ambos trabajaban en los fundos de la zona y en muchas ocasiones habían experimentado juntos la explotación laboral del régimen latifundista. Así sucedió en la comunidad Nicolás Ailío, ubicada en la costa de la provincia de Cautín, cerca de Puerto Saavedra. El nivel de pobreza que sufrían producto de la usurpación y degradación de sus tierras obligó a sus miembros «a la migración temporaria y a la necesidad de que los hombres trabajaran al día en los fundos de la región»<sup>105</sup>. Esto favoreció lo que Florencia Mallon denomina proceso de transculturación, «puesto que la sociabilidad entre trabajadores Mapuche y no Mapuche, en la zona de la costa y en las ciudades, fomentó el desarrollo de una cultura popular compartida»<sup>106</sup>. Uno de los principales dirigentes mapuche del MCR, el joven comunero Víctor Molfinqueo, había trabajado en los fundos de la zona como obrero agrícola, vendiendo su mano de obra de forma estacionaria en malas condiciones laborales y sufriendo con el resto de los trabajadores agrícolas y campesinos chilenos la explotación patronal, en muchos casos de latifundistas-colonos de ascendencia extranjera:

**103-** *El Diario Austral* de Temuco, 2 de septiembre de 1970, p. 1.

**104-** Testimonio de Rafael Railaf, en Railaf et al., op. cit., p. 58.

**105-** Florencia Mallon, *La sangre del copihue. La comunidad mapuche de Nicolás Ailío y el Estado chileno, 1906-2001*. Santiago: LOM Ediciones, 2005, p. 22.

**106-** Ídem.

En tanto que obrero agrícola, empecé a trabajar a los 14 años en un fundo cercano, de propiedad de un gringo [...]. Muchos de nosotros, jóvenes de esa época íbamos a trabajar a los fundos de esos gringos [...]. Yo tenía que salir muy temprano de la casa para llegar saliendo el sol a las casas patronales, y cuando se entraba el sol me venía a mi casa<sup>107</sup>.

Al momento de las corridas de cerco, la sociabilidad entre campesinos mapuche y chilenos se manifestó de tal forma que los propios jóvenes comuneros que dirigían las recuperaciones vieron la necesidad de avanzar hacia la toma de fundos para involucrar a los trabajadores agrícolas. No bastaba con correr los cercos, porque esto resolvía solamente el problema de las comunidades indígenas (que recuperaban una parte de los predios), sino que era necesario ampliar la acción y ocupar todo el fundo para solidarizar con el resto de los trabajadores de la tierra. Así recuerda Félix Huentelaf las conversaciones que sostuvo al respecto con Víctor Molfinqueo, en el sector Pindapulli de Loncoche:

Después, cuando recuperamos la tierra, lo primero que le escuché al Manque fue: «Con la recuperación de la tierra no se soluciona el problema. Los compañeros huincas de los fundos están sufriendo igual que nosotros, viven de un sueldo pero no les pagan». Por eso decidimos tomar los fundos. No fue porque los miristas nos empujaron, sino porque había una razón más grande para seguir la lucha<sup>108</sup>.

En concordancia con esto, Rudecindo Quinchavil señala: «En la toma de fundo participaban mapuche y no mapuche y en la corrida de cerco eran esencialmente mapuche los que recuperaban la tierra que antes les pertenecía»<sup>109</sup>. En ese sentido, desde el punto de vista histórico y cultural, existía objetivamente una diferenciación, como indica Rudecindo Quinchavil: «Los no mapuche tenían la misma necesidad que los mapuche pero desde el punto de vista histórico no eran gente “reducida”, no estaban en reducciones. En cambio nosotros sí. Además teníamos nosotros una cultura, un idioma, pero aplastado por el racismo»<sup>110</sup>.

Sin embargo, más allá de estas diferencias, a todos los campesinos les faltaba tierra: «En el campo siempre el problema fundamental es la tierra y eso afectaba a mapuche y no mapuche», señala Rudecindo Quinchavil, pues, si bien «había diferencias grandes, en las cosas prácticas no se notaban»<sup>111</sup>. De acuerdo con el dirigente, «un mapuche y un no mapuche participaban en la toma de fundo sin ponerse a discutir quién es mapuche, el problema era “tú no tienes tierra, yo tampoco, entonces vamos juntos”»<sup>112</sup>. Este tipo de conciencia social determinaría la definición política y la fundamentación orgánica del MCR poco tiempo después.

En síntesis, hacia fines de la presidencia de Eduardo Frei, el movimiento mapuche de recuperación de tierras utilizó las corridas de cercos y las ocupaciones de fundos como tácticas de lucha para conseguir sus propósitos. Estas acciones fueron organizadas y conducidas

**107-** Entrevista con Víctor Molfinqueo, Loncoche, 1 de enero de 2014. Citada en Cárcamo, «Juventud rebelde...», op. cit., p. 134.

**108-** Testimonio de Félix Huentelaf, en Railaf et al., op. cit., p. 24.

**109-** Testimonio de Rudecindo Quinchavil, en Railaf et al., op. cit., p. 38.

**110-** Ídem.

**111-** Ídem.

**112-** Ídem.

por la alianza entre indígenas de diferentes localidades, especialmente, de las comunas de Carahue, Puerto Saavedra, Nueva Imperial, Lautaro y Loncoche, y algunos militantes del MIR que se habían insertado en las comunidades por convicciones partidarias. Uno de los factores que contribuyeron a que se desarrollaran de forma expansiva fue el apoyo práctico de diferentes sujetos y colectividades (estudiantes secundarios y universitarios, obreros, funcionarios públicos, militantes de izquierda, cristianos, etc.). Las corridas de cercos se masificaron rápidamente porque solucionaban de forma inmediata la demanda territorial histórica y porque los documentos legales que exhibían los límites originales de los títulos de merced permitían que los mapuche legitimaran sus reivindicaciones frente a latifundistas y autoridades. El Gobierno de Frei no utilizó la fuerza pública contra los comuneros durante la última parte de su periodo, lo que evitó los desalojos y la represión. Es de suponer que, más que simpatizar con el movimiento, Frei quería evitar el rechazo de la población rural antes de las elecciones para que su sector no perdiera votos. Todos estos elementos influyeron directamente en la continuidad y masificación del movimiento social que el campesinado mapuche —y en menor medida chileno— estaba desarrollando en los campos de la Araucanía por la recuperación territorial. Esta situación política se vio favorecida en la provincia de Cautín por un contexto de creciente organización y participación campesina, especialmente a nivel sindical, como demuestra un informe del Instituto de Desarrollo Agropecuario (INDAP) *Realidad organizacional del movimiento sindical campesino*. El estudio «señala que la afiliación sindical campesina de la provincia prácticamente se cuadruplicó en tres años, pasando de los 1.648 trabajadores agrícolas asalariados de 1967 a los 6.474 de 1970»<sup>113</sup>. La promulgación de la Ley 16625/1967, de Sindicación Campesina, y la Ley 16640/1967, de Reforma Agraria, fueron factores determinantes en la expansión del sindicalismo campesino, pero también de las protestas y movilizaciones por la tierra<sup>114</sup>. Ejemplo de ello fueron los sindicatos Campo Licán de Cunco y El Progreso de Loncoche, fundamentales en la organización del campesinado chileno y mapuche<sup>115</sup>. La provincia de Cautín fue uno de los epicentros de los conflictos agrarios en Chile durante el periodo 1967-1973, con 323 ocupaciones (considerando tomas y corridas de cerco) de 277 fundos, el 50 % de las cuales fue producto de la acción de los mapuche<sup>116</sup>. Cabe señalar que fueron ellos, a través de las corridas de cerco, los primeros en utilizar la ocupación de terrenos como mecanismo de reivindicación entre julio y septiembre de 1970<sup>117</sup>.

Finalmente, es importante destacar que la síntesis de las experiencias intersubjetivas entre miristas y campesinos mapuche durante las corridas de cercos fue proyectada y estructurada en el plano de la organización política con la formación del Movimiento Campesino Revolucionario en el mes de septiembre de 1970. Víctor Molfinqueo ofrece un balance de las razones

**113-** ARA, *Intendencia de Cautín*, vol. 344, «Departamento Sindical INDAP. Realidad organizacional del movimiento sindical campesino», junio 1971. Citado en Jesús Ángel Redondo, «Las tomas de fundos en la provincia de Cautín (Chile), 1967-1973», *Cuadernos de Historia*, n.º 42, junio 2015, p. 157.

**114-** Ídem.

**115-** Ovidio Cárcamo, «Los orígenes de la organización indígena-campesina y el surgimiento de los discursos reaccionarios durante la Reforma Agraria en la Provincia de Cautín, Chile, 1967-1973», *Trashumante. Revista Americana de Historia Social*, n.º 5, enero-junio, 2015, p. 319.

**116-** Redondo, op. cit., p. 164.

**117-** Ibídem, p. 165. Si bien Redondo demuestra con bastante rigurosidad que esta primera oleada de tomas impulsadas por mapuche en la provincia de Cautín se dio en el periodo julio-septiembre de 1970, para efectos del presente estudio, es importante destacar que las primeras corridas de cercos se ejecutaron en mayo (Nueva Imperial) y junio (Lautaro), en lo que consideramos la fase que prefiguró al MCR.



que favorecieron la rápida y expansiva propagación de las acciones directas protagonizadas por los mapuche:

Las usurpaciones habían sido masivas, muchas. Entonces, el hecho de que hubiese prendido en alguna parte la posibilidad de recuperación de tierras, en este caso en Lautaro, de inmediato abre las posibilidades para otra gente también. Porque era algo que estaba muy cubierto, pero que se destapa y, al destaparse, las comunidades que habían sufrido usurpaciones dijeron: «Aquí está la ‘papa’, no queda otra, tenemos que organizarnos y hacer lo que hicieron la gente de otro lado». Porque después hubo corridas de cerco y las hicieron los mapuche solos. El MIR no alcanzaba a llegar, porque el MIR era pequeño. En las primeras corridas de cerco sí que tuvieron gran influencia, pero en algunas no tuvieron influencia ninguna, porque los mapuche dicen: «En tal parte recuperaron la tierra, ¿por qué nosotros no?». Entonces, había gente joven con un poco más de educación también y se dieron cuenta de que lo único que hizo esa gente fue recuperar lo que le habían usurpado [...]. Surgieron algunas corridas así, espontáneas diríamos, pero no tan espontáneas, sino que una realidad que estaba tapada nomás, eso hace que se masifique<sup>118</sup>.

En este sentido, y como bien sostiene Ovidio Cárcamo, durante la fase previa a la creación orgánica del MCR «no se puede atribuir exclusivamente la gestión, organización y ejecución de dichas “acciones de masas” al Movimiento de Izquierda Revolucionaria», pues las primeras corridas de cercos se caracterizaron principalmente por la «heterogeneidad de sus participantes, quienes más allá del discurso de la cúpula mirista, se inspiraron mayormente en la recuperación de las tierras usurpadas a las comunidades indígenas»<sup>119</sup>. El apoyo y la influencia del MIR innegablemente existieron, pero la fuerza política que orientó el proceso de recuperación territorial fue el propio movimiento social y político mapuche de acción directa. Esta situación cambió en septiembre de 1970, con la fundación del MCR. La fuerza social y política acumulada en el movimiento fue cristalizada por algunos dirigentes mapuche que habían participado en las corridas de cercos junto con los militantes del MIR. Por lo tanto, el MCR fue un movimiento político mapuche-campesino que se generó en el desarrollo mismo de las corridas de cercos, como bien describe Rafael Railaf: «Yo agarré muy rápido la onda, que había que recuperar las tierras. Sin MCR, sin nada. Después fuimos MCR, dentro de la misma corrida de cerco»<sup>120</sup>.

### 3.3 NACIMIENTO Y ORGANIZACIÓN DEL MCR EN LA PROVINCIA DE CAUTÍN (SEPTIEMBRE DE 1970)

El acto fundacional del Movimiento Campesino Revolucionario tuvo lugar el 12 de septiembre de 1970<sup>121</sup>, en el subterráneo de la Iglesia metodista de Temuco. Víctor Gavilán le solicitó el espacio al Pastor Helmuth Knatt, con el pretexto de realizar un curso de capacitación sindical durante todo un fin de semana: «El Pastor Knatt nunca supo que allí en su iglesia había nacido la organización campesina que durante dos años dirigió la lucha a muerte por la recuperación de las tierras del pueblo mapuche»<sup>122</sup>. A esta reunión asistieron cuarenta representantes

118- Entrevista con Víctor Molfinqueo, Loncoche, octubre de 2015.

119- Cárcamo, «Juventud rebelde...», op. cit., p. 137.

120- Testimonio de Rafael Railaf, en Railaf et al., op. cit., p. 56.

121- La fecha exacta fue obtenida de una entrevista hecha por el periodista estadounidense Norman Gall a Gustavo Marín en septiembre de 1972. Norman Gall, «The agrarian revolt in Cautin. Part II: Land Reform and the MIR». Disponible en [http://www.normangall.com/chile\\_art3.htm](http://www.normangall.com/chile_art3.htm).

122- Gavilán, op. cit. p. 147.



mapuche de las corridas de cercos de toda la provincia de Cautín y entre diez y quince miristas, como Víctor Molfinqueo, Félix Huentelaf, Gustavo Marín, Víctor Gavilán, Miguel Cabrera, Ambrosio Badilla y Julián Bastías<sup>123</sup>, además de veinte observadores invitados por el comité organizador. Los asistentes concordaron en la necesidad de estructurar el movimiento que se estaba propagando rápidamente por los campos de Cautín, para generar una articulación organizada con el campesinado pobre chileno y poder ampliar y encauzar políticamente la lucha de reivindicación territorial. Así lo confirma Gustavo Marín, uno de los protagonistas de aquella reunión:

A fines del 70 empezó una lógica más «orgánica». Con Gavilán, «Paine», «Titín», el «Chivo», «Horacio» y otros compañeros, hicimos una reunión en la Iglesia Metodista de Temuco. Nos reunimos con los dirigentes de las corridas. Destacaban claramente Rafael, Félix, Víctor, los Quincha. Discutíamos qué íbamos a hacer, cómo íbamos a seguir el movimiento. Para los dirigentes mapuches las cosas estaban claras. «Tenemos un objetivo: seguir ocupando las tierras». Pero para ir más allá de las corridas y ocupar los fundos, el problema fundamental era la alianza de los mapuche con los inquilinos, la mayoría chilenos. Para todos estaba claro que había que ganarse a los compañeros, no aparecer como «los indios invadiendo el territorio de los blancos». Había que hablar con ellos, explicarles que eran igual de explotados que nosotros<sup>124</sup>.

Haber contado con la presencia de los dirigentes de las corridas de cercos desde su origen dotó al MCR de legitimidad y sustento social. Sus fundadores entendían que los campesinos mapuche eran los más afectados por el latifundio y, por lo mismo, los llamados a dirigir su propio movimiento social-revolucionario. El testimonio de Víctor Molfinqueo es bastante esclarecedor:

Esta vez nos juntamos en Temuco, en el subterráneo de una iglesia por ahí, y es allí donde aparece la posibilidad de que todos los dirigentes de esas tomas que habíamos hecho, de esas recuperaciones, formaran una especie de coordinación [...]. Y ahí se ve cómo va creciendo un cuerpo que interpretaba a esta gente que hacía recuperaciones de tierras en otros sectores y nosotros participando de esta coordinación, que gustaba a todos los participantes porque le daba más fuerza a cada uno<sup>125</sup>.

Por su parte, Víctor Gavilán considera que esta convergencia definió al MCR en sus inicios, pues el movimiento se formó, precisamente, para agrupar a todos quienes habían protagonizado corridas de cerco:

El Movimiento Campesino Revolucionario pretendía agrupar inicialmente a todas aquellas comunidades mapuche que habían tenido una experiencia en corrida de cerco, esa fue la primera aproximación de qué era el MCR, era la agrupación de todas aquellas comunidades mapuche que habían tenido experiencia en una corrida de cerco, agruparse porque esa agrupación les permitía defenderse desde el punto de vista macro, amplio, defender lo que ellos habían hecho, porque como esa era la manera de recuperar la tierra mapuche a nosotros nos parecía que eso iba a permitir que otros sectores mapuche en otras provincias, en otras zonas, aprendieran y tuvieran una representación<sup>126</sup>.

123- Ídem.

124- Testimonio de Gustavo Marín, en Railaf et al., op. cit., pp. 79-80.

125- Testimonio de Víctor Molfinqueo, en Railaf et al., op. cit., p. 102.

126- Entrevista con Víctor Gavilán, Lebu, marzo de 2015.

Víctor Molfinqueo destaca el proceso de confluencia de los dirigentes de las corridas con los miristas involucrados:

La organización del MCR surge al calor de la lucha, porque las corridas de cerco ya se habían dado y el MCR es una organización que cristaliza con los dirigentes de las corridas anteriores. La reunión en esa iglesia fue antes de la elección de Allende y ya las corridas de cerco habían sido antes. La unión de los dirigentes que ya habíamos participado en las corridas de cerco más los miristas que estaban insertos en las corridas<sup>127</sup>.

La elección del nombre no estuvo exenta de disyuntivas, sobre todo, porque debía dar cuenta de la composición interna y el carácter político que definiría al movimiento. Aunque la superioridad numérica de los mapuche fuera evidente, la conciencia social —y más aún de clase— de los comuneros superó los límites del indigenismo y los llevó a incluir a sus pares chilenos bajo la denominación de campesinos. Con esto, el objetivo de promover la revolución social en el campo y acabar con el monopolio de la burguesía agraria sobre la tierra quedaba bien representado. Julián Bastías señala que «no podía llevar este movimiento un nombre mapuche, porque pretendía y estaba empezando a agrupar al campesinado pobre de Cautín, en forma más amplia»<sup>128</sup>. Este nivel de conciencia mapuche-campesino, así como el tipo de discusión sobre la identidad del movimiento en gestación, se ven graficados en los testimonios de Rafael Railaf y Víctor Molfinqueo:

Después de varias corridas de cerco había que colocar un nombre al movimiento porque si no tenía nombre era así nomás; entonces empezamos a discutir con «Chundo», el finao «Paine», el «Titín»; conversábamos en mi casa, en la montaña, donde hacíamos el trabajo clandestino en la noche. «¿Cómo ponerle a la organización?» [...]. «¿Movimiento? Bien». Mapuche no, porque era demasiado indigenista. Y salió Movimiento Campesino Revolucionario, que no significaba solamente mapuche, era también para los winka pobres y los estudiantes. Porque nosotros pensábamos que si dábamos la lucha éramos débiles, porque éramos muy pocos, no éramos millones como los winka. Eso permitiría darles un pequeño empujón para que ellos pudieran motivarse y apoyarnos. Porque si bien nosotros teníamos pocas tierras, por lo menos teníamos las ovejas, las gallinas, los huevos, pero el winka pobre no tenía nada<sup>129</sup>.

Uno de los elementos que yo recuerdo fue un temor, en la formación del MCR, que el nombre fuera Movimiento Indígena Revolucionario y nadie estuvo de acuerdo. Muchos no estábamos de acuerdo que fuera así porque no queríamos que este movimiento se transformara en un movimiento indígena. Al contrario, nosotros decíamos campesinos, porque esta palabra buscaba aliados y nosotros no queríamos que la lucha fuera particularmente indígena. Ahí muchos nos opusimos a que este movimiento tuviera el nombre de MIR, de Indígena, porque en el campo hay gente que no es indígena y que igual estaba con nosotros y por eso se le llamó Campesino, además que esto estaba engarzado en este proceso de Reforma Agraria que se vivía en el país<sup>130</sup>.

En su gran mayoría, los jóvenes comuneros que organizaron el MCR no tenían desarrollada una identidad mapuche fuerte, sino que más bien se identificaban con el campesinado pobre en general. Esto no significa que no se autorreconocieran como pueblo originario, con una

**127-** Entrevista con Víctor Molfinqueo, Loncoche, octubre de 2015.

**128-** Bastías, *Chile-Memoria Histórica...*, op. cit.

**129-** Testimonio de Rafael Railaf, en Railaf et al., op. cit., pp. 60-61.

**130-** Testimonio de Víctor Molfinqueo, en Railaf et al., op. cit., p. 109.

cultura propia y una historia distinta a la de los campesinos chilenos, pero esta dimensión no era la predominante. Como recuerda Lucy Traipe:

Pero en la época del MCR y del MIR nosotros no hablábamos como pueblo mapuche, hablábamos del campesinado en general, se generalizaba. Lo que nos hacía diferentes a los mapuche de los no mapuche radica en cómo vivir de la tierra y cómo pensar<sup>131</sup>.

Al igual que Lucy Traipe, Rudecindo Quinchavil reconoce que en ese tiempo los mapuche no tuvieron la claridad para hacer la diferenciación identitaria ni en la dirigencia ni en la base social del movimiento: «Nosotros campesinos no muy conscientes y militantes, teníamos la mentalidad que en Chile todos somos chilenos y aplicábamos los mismos métodos para mapuche y no mapuche»<sup>132</sup>. Existió, por lo tanto, una conciencia colectiva que superó a la particularidad mapuche: una conciencia de clase social que incluía a quienes, en el ejercicio de las ocupaciones de tierras, dejaban sus diferencias en segundo plano:

Uno se da cuenta después —no en ese momento— sino hubiéramos tal vez impulsado la recuperación de otra forma, acentuando el problema mapuche, acentuando los temas históricos y culturales, en la comunidad cultivando la tierra colectivamente. Quizás habría sido una buena forma de crear un nivel de conciencia o un tipo de conciencia distinto al no mapuche, pero no lo hicimos, sino que barrimos con una escoba para que quedara todo parejo<sup>133</sup>.

Como bien plantea Florencia Mallon, en la formación del MCR, se enfatizaron las dimensiones de «explotación económica y de identidad de clase que los Mapuche compartían con los campesinos no Mapuche», pues el objetivo superior era involucrar «a todos los pobres del campo en una movilización que llevaría a la transformación del sector rural en su conjunto»<sup>134</sup>. Para conseguir tal propósito, era necesario generar una alianza política y confrontar al enemigo que ambos tenían en común, los grandes propietarios de las tierras. La historiadora destaca que Heriberto Ailío, mapuche de la comunidad Nicolás Ailío y miembro fundador del MCR, recordaba que, en esos momentos, buscaron «una alternativa dentro de la reforma agraria que unificara a *wingkas* pobres y Mapuche; la idea no era expropiar al campesino pobre no-Mapuche sino que unificarse entre los dos grupos para conseguir un cambio que beneficiara a los dos»<sup>135</sup>.

Por su parte, los miristas también enfatizaron la necesidad de articularse con los campesinos pobres chilenos y, a partir de su concepción clasista —«los pobres del campo»—, proyectaron una orgánica amplia en su composición subjetiva y revolucionaria en su carácter político:

Como el objetivo era aliarnos con los compañeros inquilinos de los fundos, apareció el MCR: Movimiento Campesino Revolucionario. Los miristas resumimos toda esa enorme cuestión diciendo que como los mapuche eran campesinos y los inquilinos también, para no dividirnos pongámosle «campesino» y agregamos «revolucionario» porque nuestro objetivo era hacer la revolución<sup>136</sup>.

131- Testimonio de Lucy Traipe, en Railaf et al., op. cit., p. 47.

132- Testimonio de Rudecindo Quinchavil, en Railaf et al., op. cit., p. 38.

133- *Ibíd.*, p. 39.

134- Mallon, op. cit., p. 79.

135- *Ídem.*

136- Testimonio de Gustavo Marín, en Railaf et al., op. cit., p. 80.

Evidentemente, los miristas ejercieron mucha influencia al momento de decidir el nombre del MCR, pues interpretaban la realidad del campo en los términos de la lucha de clases. Sin embargo, no se trataba de una abstracción dogmática, sino de la lectura social y política que habían elaborado de la situación concreta e histórica de Cautín a partir de sus experiencias con las comunidades. Sin excluir el protagonismo y la importancia del resto de los participantes, Marín sostiene que el rol de los miristas fue fundamental:

En ese momento discutimos: ¿qué nombre le vamos a poner a este movimiento? Varios dijimos: «no le vamos a poner Movimiento Indígena Revolucionario», porque la palabra indígena nos sonaba mal y además aparecía como MIR [...]. Más directamente queríamos hacer calzar igual que el MIR, las palabras movimiento y revolucionario. Los mapuche dijeron de acuerdo. Era un MCR con la misma bandera roja y negro, la C era toda la diferencia<sup>37</sup>.

Finalmente, los dirigentes llegaron a acuerdo y la organización fue bautizada como Movimiento Campesino Revolucionario. Así, además de apelar a la amplitud y solidaridad de clase, el MCR aludía a los «frentes de masas» o «frentes intermedios» que estaba impulsando el MIR a lo largo y ancho del país: el Frente de Trabajadores Revolucionarios (FTR), el Frente de Estudiantes Revolucionarios (FER), el Movimiento Universitario de Izquierda (MUI) y el Movimiento de Pobladores Revolucionarios (MPR). Definido su carácter político, el MCR estableció sus planteamientos de lucha en un manifiesto fundacional:

1. El Movimiento Campesino Revolucionario es la organización de campesinos que luchan por la tierra de manera decidida y consciente.
2. Esta organización campesina surgió de la lucha. Allí está su raíz. En su origen estaba formada por mapuches que por las noches desarrollaban las corridas de cercos para recuperar las tierras usurpadas. Pero hoy día todos los campesinos sin distinción de raza, sexo, edad, religión o partido político, están presentes en las filas del Movimiento Campesino Revolucionario.
3. En consecuencia, para ser miembro del Movimiento Campesino Revolucionario se requieren dos condiciones a) ser campesino b) estar totalmente dispuesto a luchar por la tierra y a terminar con el latifundio.
4. Los pequeños colonos y asalariados agrícolas luchan en el seno de su sindicato por el aumento de sus salarios. Los pequeños propietarios luchan en el seno de los comités para obtener créditos baratos. El salario y el crédito son útiles pero insuficientes. Son solo migas. El Movimiento Campesino Revolucionario marcha a la cabeza mostrando el camino, abriendo la brecha, diciendo a todos los campesinos y obreros agrícolas: ¡HAY QUE LUCHAR POR LA TIERRA!
5. El Movimiento Campesino Revolucionario lucha para terminar con el poder de los propietarios terratenientes y de la burguesía agraria. Los campesinos organizados en el Movimiento Campesino Revolucionario luchan para terminar con todos aquellos que mantienen el monopolio de la tierra, y que son responsables del hambre, del frío, del saqueo, de la cesantía, en una palabra de la explotación.
6. Luchando por la tierra, los campesinos organizados en el Movimiento Campesino Revolucionario, se instalan al lado de los obreros, pobladores, estudiantes y soldados formando así una

alianza revolucionaria poderosa obrero-campesina que permita a las fuerzas populares pasar a la ofensiva para tomar el poder y construir el socialismo en Chile.

7. Haciendo la revolución. El Movimiento Campesino Revolucionario avanza hacia la formación del hombre nuevo, un hombre de conciencia socialista que no busca la explotación de sus compañeros. Un hombre nuevo que parte del principio que ¡La tierra es un bien que debe pertenecer a todos los trabajadores!

8. Este Manifiesto ha sido aprobado por el Primer Congreso del Movimiento Campesino Revolucionario de Cautín, que tuvo lugar en Temuco, en septiembre de 1970. ¡Tierra o muerte! ¡Nadie nos trancará el paso!

Movimiento Campesino Revolucionario (MCR)<sup>138</sup>.

La dirección del naciente movimiento quedó a cargo de un comité coordinador compuesto por siete personas. Cuatro eran jóvenes comuneros mapuche: Víctor Molfinqueo de Loncoche, Rafael Railaf de Lautaro, Pascual Catrileo de Calle del Medio y Carmelo Huilcaman de Traiguén. El resto eran tres miristas reconocidos por las comunidades indígenas, entre los cuales se encontraban Víctor Gavilán y Miguel Cabrera<sup>139</sup>. Esta composición orgánica expresaba claramente la compenetración alcanzada entre el agente revolucionario externo, representado por los militantes del MIR, y las comunidades involucradas en el proceso de recuperación territorial, representadas por los jóvenes dirigentes mapuche. Cabe recordar que esta confluencia se consolidó dinámicamente a medida que las corridas de cercos avanzaban por los fundos de la región, por lo que la prefiguración del MCR se dio en el desarrollo mismo de los hechos y no en una anticipación ajena a ellos<sup>140</sup>.

Sobre esta convergencia también es necesario precisar que, si bien las corridas de cercos —en tanto herramientas directas de recuperación territorial— fueron propuestas y emprendidas por las propias comunidades y reivindicadas por la dirección del partido, fue el grupo mirista de Cautín, con varios de los jóvenes mapuche como militantes, el factor determinante en la estructuración orgánica del MCR.

El MCR es creado por el MIR de Cautín. No es creado ni por la Comisión Política del MIR en Santiago, ni por los campesinos mismos de Cautín. Es el Comité Regional del MIR en Cautín que inventó el MCR. Lo cual no significa que la creación del MCR, sea totalmente artificial, y que no haya correspondido a una realidad de lucha existente. En efecto las estructuras superiores del MIR de Cautín no hacen sino que bautizar y formalizar un movimiento que existía desde algunos meses en las comunidades mapuches de algunas localidades de Cautín<sup>141</sup>.

**138-** Gavilán, op. cit. pp. 147-148. El documento que incluye el *Manifiesto fundacional* del MCR fue proporcionado al autor por Malú Donoso, quien trabajó en Cautín con el Flaco Ariel, encargado de finanzas del Secretariado Regional del MIR entre 1970 y 1973. De acuerdo con Gavilán, Donoso tuvo que salir al exilio y hasta 1992 se encontraba viviendo en Canadá.

**139-** *Ibidem*, p. 148. No hay registro de la identidad del otro mirista. Gavilán señala en su libro que era José Gregorio Liendo (Comandante Pepe), pero reconoce actualmente que es un error.

**140-** Bastías, *Chile-Memoria Histórica...*, op. cit.

**141-** *Ibidem*.

Para precisar la historicidad del MCR, diremos que la «vanguardia» joven del movimiento indígena se incorporó orgánicamente al MIR de Cautín, lo cual «significaba que buena parte de los agitadores y conductores de acciones y asambleas de ese movimiento eran miristas mapuches y chilenos»<sup>142</sup>. Con esto cobra sentido la interpretación que hemos hecho en este capítulo de la formación del MCR: el resultado de «dos cauces que se juntan», expresión del dirigente mapuche Víctor Molfinqueo:

Porque nuestra actitud de lucha y de recuperación de tierras aparece también porque en el mundo soplaban vientos de lucha y de libertad y de posibilidades de socialismo. Y el MIR nace porque soplaban estos vientos y logra hacer llegar, a las comunidades indígenas en este caso, estos vientos de cambio y de justicia. Gracias a eso se masifica este movimiento. Son dos ríos que avanzaban y que llega un momento en que los dos cauces se juntan. No es solamente que a los miristas se les ocurrió ir al campo o que sólo a los mapuche y campesinos se les ocurrió tomarse la tierra<sup>143</sup>.

---

**142-** Ídem.

**143-** Testimonio de Víctor Molfinqueo, en Railaf et al., op. cit., p. 107.

## **CAPÍTULO 4**

---

# **DESARROLLO POLÍTICO DEL MCR EN LA PROVINCIA DE CAUTÍN**

DESDE EL TRIUNFO ELECTORAL DE  
SALVADOR ALLENDE HASTA EL GOLPE MILITAR

---





#### 4.1 EL MCR DURANTE LOS PRIMEROS MESES DEL GOBIERNO DE LA UNIDAD POPULAR (SEPTIEMBRE DE 1970 - MARZO DE 1971)

La movilización social por la tierra que avanzó en Cautín desde fines del gobierno de Eduardo Frei se masificó a partir del triunfo electoral de la Unidad Popular. Las condiciones históricas creadas por el proceso de construcción socialista dieron pie a una concepción antilatifundista de la reforma agraria<sup>1</sup>, y la actitud no represiva de Salvador Allende sobre los movimientos populares favoreció la proliferación de las acciones colectivas. El liderazgo que asumió el MCR mediante las corridas de cercos y la fuerte presencia del MIR en las zonas rurales sirvieron como catalizadores de la lucha mapuche-campesina, que se radicalizó para acelerar la aplicación de la reforma agraria. Producto de esto, en la provincia se generó un «clima político que desde el principio del nuevo periodo afirmaría su diferencia con el resto del país»<sup>2</sup>, principalmente, por el carácter violento que adquirieron los conflictos (enfrentamientos) y la progresiva polarización de los grupos sociales antagónicos (mapuche-campesinos y latifundistas) que se disputaban la propiedad de la tierra:

La firme voluntad de algunos sectores de la Unidad Popular y del MIR de avanzar rápidamente hacia las transformaciones revolucionarias que se pensó podrían cuajar en Chile, llevó a una serie de jóvenes a trabajar codo a codo con dirigentes mapuche en un proceso de concientización y tomas de fundos que agitó a La Araucanía<sup>3</sup>.

Desde que Salvador Allende asumió la presidencia, la Unidad Popular se propuso profundizar y extender el proceso de reforma agraria para transformar la estructura social, política y económica del campo, como parte del proceso de cambio de toda la sociedad chilena. En este sentido, el programa de gobierno señalaba:

La Reforma Agraria es concebida como un proceso simultáneo y complementario con las transformaciones generales que se desea promover en la estructura social, política y económica del país, de manera que su realización es inseparable del resto de la política general. La experiencia ya existente en esta materia y los vacíos o inconsecuencias que de ella se desprenden, conducen a reformular la política de distribución y organización de la propiedad de la tierra<sup>4</sup>.

Para concretar este objetivo, el Gobierno se comprometió a acelerar el proceso de reforma agraria mediante la expropiación de los predios que excedían la extensión máxima establecida (ochenta hectáreas de riego básico) y la incorporación inmediata al cultivo agrícola de las tierras abandonadas y mal explotadas de propiedad estatal. Asimismo, promovió el cooperativismo como forma de organización de la propiedad rural, pero resguardando la propiedad familiar de los campesinos, que tendrían un título de dominio sobre la casa y el huerto asignado, y también sobre los derechos correspondientes en el predio indivisible de la cooperativa. Con esto, la Unidad Popular preparaba las condiciones en el agro para transitar

1- Pinto, «Colonos, ocupantes nacionales, campesinos y obreros de La Araucanía, 1900-1973», en Pinto, *Conflictos étnicos...*, op. cit., p. 128.

2- Bastías, *Memorias de la lucha campesina. Tomo II.*, op. cit., p. 98.

3- Pinto, «Los orígenes...», op. cit., p. 89.

4- «Programa básico de Gobierno de la Unidad Popular, aprobado por los Partidos Comunista, Socialista, Radical y Social Demócrata, el Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU) y la Acción Popular Independiente, el 17 de diciembre de 1969 en Santiago de Chile», p. 21. Disponible en [http://www.memoriachilena.cl/temas/documento\\_detalle.asp?id=MC000544](http://www.memoriachilena.cl/temas/documento_detalle.asp?id=MC000544)

hacia el socialismo mediante la colectivización, controlada por el Estado, del trabajo agrícola y la propiedad territorial<sup>5</sup>.

De los siete puntos establecidos por el programa de gobierno sobre la reforma agraria, el último hacía alusión a la problemática territorial mapuche y consignaba la importancia de mantener las propiedades hasta ese momento constituidas para evitar que continuara el despojo. Además, proponía utilizar los mecanismos expropiatorios que contenía la Ley 16640/1967 para responder a la demanda del pueblo mapuche y fomentar el desarrollo socioeconómico de las comunidades mediante el apoyo crediticio y la asistencia técnica. Así decía el punto 7: «Defensa de la integridad y ampliación y asegurar la dirección democrática de las comunidades indígenas, amenazadas por la usurpación, y que al pueblo mapuche y demás indígenas se les asegure tierras suficientes y asistencia técnica y crediticia apropiadas»<sup>6</sup>. La intención del Gobierno de la Unidad Popular era incorporar al pueblo mapuche en los esfuerzos por avanzar en las transformaciones más radicales<sup>7</sup>, como la eliminación del latifundio a través de la aplicación de la reforma agraria. Se trató de un «integracionismo revolucionario», una política indigenista de carácter desarrollista que planteaba «que la solución de los problemas indígenas, como las del resto de la sociedad chilena, pasaba por la revolución y el cambio radical de estructuras socio-económicas»<sup>8</sup>.

En este sentido, cabe señalar que, si bien el Gobierno de la Unidad Popular reconoció por primera vez la dimensión cultural de los mapuche, no consideró la raíz estructural de su problema, esto es, el despojo histórico de su territorio. La Unidad Popular trató de resolver la cuestión mapuche dentro de los parámetros legales, lo cual impedía incorporar la restitución de las tierras antiguas. Por eso, el problema mapuche fue asimilado al problema general del campesino pobre —la falta de tierras—, algo que la reforma agraria podía resolver. De ahí que Albizú señale que el Gobierno de la Unidad Popular no le otorgó «ninguna especificidad mayor al problema indígena, el cual es ampliado al problema de todos los pobres de la sociedad nacional»<sup>9</sup>. Pese a ello, la identidad cultural del pueblo mapuche sí fue reconocida y, por primera vez, se definió «la condición de indígena, más allá de su relación con la tierra, recurriendo a parámetros culturales: idioma, sistemas de vida, costumbres, religión»<sup>10</sup>. La máxima expresión de este reconocimiento fue la promulgación de la Ley 17729/1972, que «Establece Normas Sobre Indígenas y Tierras Indígenas», resultado del compromiso adquirido por el presidente Salvador Allende en el acto de clausura del Segundo Congreso Nacional Mapuche, celebrado en diciembre de 1970 en Temuco. En la instancia, los representantes de las comunidades le entregaron el borrador del proyecto de ley que sería enviado al Parlamento en mayo de 1971<sup>11</sup>.

5- *Ibidem*, p. 22.

6- *Ibidem*, p. 23.

7- Pinto, «Los orígenes ...», *op. cit.*, p. 76.

8- Francisco Albizú, «El indigenismo de la Unidad Popular (Chile 1970-1973). Estado y nación entre reformismo y realidad», en *Amérique Latine Histoire et Mémoire. Les Cahiers ALHIM*, n.º 28, 2014. Disponible en <http://alhim.revues.org/5116>

9- *Ídem*.

10- Arauco Chihuailaf, «Los mapuches y el gobierno de Salvador Allende (1970-1973)», en *Sociedad y Discurso*, n.º 5, Departamento de Español y Estudios Internacionales, Universidad de Aalborg, 2004. Disponible en [https://journals.aau.dk/index.php/sd/chihuailaf\\_maj%2004.pdf](https://journals.aau.dk/index.php/sd/chihuailaf_maj%2004.pdf), pp. 2-3.

11- *Ídem*. Para conocer más sobre la ley indígena impulsada por Allende, véase Carlos Ruiz, «El pueblo mapuche y el gobierno de Salvador Allende y la Unidad Popular», Universidad de Santiago de Chile, Proyecto DICYT 03-0051 SM,

Hubo efectivo protagonismo de parte de organizaciones mapuche comprometidas con el programa de cambios integrales propuestos por la UP, que participaron en la preparación y redacción de la nueva ley indígena, medida en que se habían puesto las esperanzas de brindar una efectiva protección a la cultura, a la administración local con respeto por lo ancestral y al régimen de propiedad comunitaria de las tierras<sup>12</sup>.

Desde un principio, la intención de Salvador Allende fue llevar a cabo «una política tendiente a hacer de la población mapuche actores de su desarrollo», lo que tuvo una expresión simbólica en el discurso que pronunció el 5 de noviembre de 1970 en el Estadio Nacional: «Aquí estamos hoy, compañeros, para conmemorar el comienzo de nuestro triunfo. Pero alguien más vence hoy con nosotros. Están aquí Lautaro y Caupolicán, hermanos en la distancia de Cuauhtémoc y Túpac Amaru»<sup>13</sup>.

Ahora bien, en el plano de las movilizaciones rurales, el Gobierno de Allende estuvo marcado por contradicciones que hicieron de su accionar político una tarea bastante compleja. Las disposiciones legales emanadas desde el Estado respecto a la cuestión agraria e indígena se vieron sobrepasadas por el protagonismo que adquirirían las organizaciones campesinas y las comunidades mapuche. Por un lado, estaba la conducción política que debía ejercer la institucionalidad para eliminar el latifundio —el objetivo central de la Unidad Popular en el agro— y acelerar el proceso de reforma agraria mediante las expropiaciones, y, por el otro, el ritmo que imponía el movimiento social campesino-indígena para acabar con el monopolio de la tierra. El MCR tuvo un rol protagónico en esta dinámica y, aunque muchas veces utilizó la ley a su favor, la acción directa revolucionaria tendió constantemente a sobrepasarla. Así lo expresa Julián Bastías:

Asumíamos con dificultad ciertas contradicciones en la lucha por la tierra. En el presente, impulsábamos acciones directas en el límite de la ley pero respetando el sistema legal establecido, y al mismo tiempo, para un futuro indeterminado propagábamos la revolución armada para cambiar de raíz ese mismo sistema [...]. Avanzábamos y frenábamos, era un ritmo permanente que había que preservar<sup>14</sup>.

La contradicción del Gobierno popular frente a la cuestión agraria e indígena giraba en torno al fenómeno de las recuperaciones de tierra, especialmente, las corridas de cerco, que permitían a las comunidades mapuche hacer justicia con sus propias manos:

Esta contradicción atravesó el accionar del gobierno popular frente a la problemática del pueblo mapuche, y su crisis se acentuó precisa y particularmente a causa de la cuestión de las recuperaciones de tierras, dentro del proceso general de aceleración de la Reforma Agraria y de constitución de formas de poder desde la base campesina e indígena<sup>15</sup>.

*La cuestión mapuche: Chile, 1964-1973. Discursos y prácticas desde el Estado y la sociedad civil hacia las minorías étnicas*, 2005. Disponible en <http://www2.educarchile.cl/personas/indigena/gfx/Allende%20y%20el%20pueblo%20Mapuche.pdf>, pp. 5-9.

**12-** Ruiz, «El pueblo mapuche...», op. cit., p. 3.

**13-** Salvador Allende, *Discursos*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1975, p. 31. Citado en Chihuailaf, op. cit., p. 1.

**14-** Bastías, *Memorias de la lucha campesina. Tomo II.*, op. cit., p. 115.

**15-** Ruiz, «El pueblo mapuche...», op. cit., p. 2.

Aunque el Gobierno buscó acelerar la reforma agraria y favorecer al pueblo mapuche, el MCR aceleró el ritmo del proceso para conseguir la restitución de las tierras usurpadas. En este sentido, el movimiento radicalizó la aplicación de la reforma en la provincia de Cautín sin esperar la intervención de los organismos estatales. Así, la acción directa fue el método para llegar a la raíz histórica del problema y solucionarlo de inmediato, tendencia que el movimiento mapuche-campesino precursor del MCR venía desarrollando expansivamente por los campos de Cautín antes de la elección de Allende. En consecuencia, «la problemática agraria, y concomitante con ella, las movilizaciones campesinas se situaron en el centro y eje de la coyuntura política del primer año y medio del Gobierno Popular»<sup>16</sup>.

Esta situación también se debió a que la Unidad Popular utilizó las disposiciones legales democratacristianas para cumplir sus objetivos programáticos, y la política agraria de Allende no superó el proyecto anterior, lo que agudizó aún más las contradicciones con el movimiento campesino-mapuche que crecía y se enfrentaba cada vez más a la institucionalidad. La descripción que entrega Julián Bastías explica un aspecto importante del problema:

El gobierno de Allende había programado continuar el proceso de reforma agraria demócrata cristiana, no obstante, en sus inicios no estaba definido el papel que podrían jugar los mapuches en este proceso. Fue la presión de la lucha campesina lo que aceleró la decisión del gobierno, de tal modo que la inauguración de la reforma agraria en los campos de Cautín tuvo que adelantarse a la fecha prevista en el plan gubernamental<sup>17</sup>.

En este contexto, el MCR comenzó a superar y desbordar el programa agrario de la Unidad Popular, promoviendo, mediante las acciones directas, una reforma agraria alternativa y revolucionaria. Víctor Molfinqueo expone la visión crítica que tenía el movimiento sobre la reutilización de las disposiciones del Gobierno de Frei, principalmente, en relación con el límite territorial de las expropiaciones:

El MIR y el MCR comenzamos a tejer una política diferente a la que se estaba aplicando en cuanto a reforma agraria, porque, de hecho, en estos años ya venía aplicándose una ley que fue promulgada durante el gobierno de Frei Montalva. Entonces, el MCR trata de engarzar su política con la política que estaba aplicando el Gobierno de Allende y logramos injertarnos en esa gran política de reforma agraria. De eso surgía el planteamiento de por qué 80 HRB [hectáreas de riego básico], puesto que eso es lo que contemplaba la Ley de Reforma Agraria. Entonces, nosotros dijimos que hay que bajarla a 40 HRB, puesto que con 80 HRB se tocaba a una gran burguesía agraria que tenía muchas tierras que estaban mal explotadas. Pero, al mismo tiempo, había una burguesía no despreciable que tenía una cantidad de tierra enorme igual, porque las 40 HRB en la práctica se manifestaban como en 300, 400 hectáreas. Eso depende mucho de cómo es el campo, si es plano, si hay cerros, si hay montañas, en fin. A veces, había fundos de 500 hectáreas o más que aún no tenían 40 HRB. Entonces, un poco se dio en esos términos la discusión<sup>18</sup>.

**16-** Hugo Cancino, *Chile: La problemática del poder popular en el proceso de la vía chilena al socialismo 1970-1973*. Aarhus: Aarhus University Press, 1988, p. 145.

**17-** Bastías, *Memorias de la lucha campesina. Tomo II*, op. cit., p. 98.

**18-** Entrevista con Víctor Molfinqueo, Loncoche, octubre de 2015.

El dirigente mapuche agrega que las diferencias políticas con la Unidad Popular tenían que ver directamente con que las aspiraciones revolucionarias del MCR se veían obstaculizadas por la política reformista del Gobierno de Allende:

En general, siempre buscamos diferenciarnos de la política de la UP, porque decíamos, en esa época, y de todas maneras es más o menos evidente, que la UP no tenía una política definida de reforma agraria, porque la reforma agraria que se aplicaba era la de Frei. Entonces, nosotros galopábamos sobre esa ley, con nuestras diferencias con la UP, y trabajamos más bien en la perspectiva de una salida revolucionaria para Chile. No así la UP. La UP lo que buscaba eran reformas sobre todo al Estado capitalista chileno<sup>19</sup>.

En relación con esta contradicción, Víctor Gavilán señala que fue un acierto del MIR y el MCR proponer nuevos límites para la expropiación de fundos y que, con justa razón, exigieron que el programa de gobierno incluyera medidas revolucionarias para erradicar el latifundio y distribuir las tierras productivas entre quienes más la necesitaban:

Una de las cosas de que nos dimos cuenta es que en la Ley de Reforma Agraria solamente se expropiaban los fundos que estaban sobre 80 HRB, y nosotros descubrimos que, en la gran mayoría de los fundos de la zona, la cantidad de tierra incluida en el riego básico eran de 40 a 80, vale decir, prácticamente las mejores tierras no estaban siendo expropiadas. Entonces, ahí hubo un cambio y, al final, eso se empezó a poner en práctica por la exigencia de los campesinos, los trabajadores, los mapuche del MCR. Se expropiaron una buena cantidad de fundos de más de 40 HRB<sup>20</sup>.

Gustavo Marín entrega una visión similar sobre las diferencias que el MIR y el MCR tenían con la Unidad Popular en torno a la aplicación de la Ley de Reforma Agraria, el límite de expropiación y el ritmo para conseguir los cambios que demandaban las comunidades mapuche. Estos «obstáculos» sirvieron de sustento político para las consignas que identificaron posteriormente al MCR:

La Ley de Reforma Agraria dejaba a los patrones una reserva de 80 hectáreas. Nosotros la bajamos a 40 lo que en varios fundos era mucho. Además de la reserva, el patrón se quedaba con las maquinarias y con las indemnizaciones por la expropiación. Era evidente que esas eran concesiones que iba dando el gobierno dentro de la Ley de Reforma Agraria. Aparecían claramente como obstáculos. Así surgió de las propias palabras de los mapuche la consigna: «nadie nos trancará el paso». Al decirlo, afirmábamos que nadie, ni el gobierno, ni la Ley de Reforma Agraria, ni la CORA, debían impedirnos seguir avanzando en la lucha por la tierra. Así también lanzamos la consigna: «Hay que hacer una sola corrida de cerco de la cordillera al mar»<sup>21</sup>.

Si bien el triunfo electoral de la Unidad Popular trajo condiciones favorables para la lucha revolucionaria en los campos de Cautín —como impedir que la policía reprimiera las tomas, algo que Frei solo había hecho al final de su gobierno para evitar el rechazo de la masa electoral campesina—, las directrices gubernamentales sobre la forma de llevar a cabo las transformaciones socialistas en el espacio rural de la provincia no limitaron las acciones del MCR:

19- Ídem.

20- Entrevista con Víctor Gavilán, Lebu, marzo de 2015.

21- Testimonio de Gustavo Marín, en Railaf et al., op. cit., p. 80.

Las tomas de fundos y las corridas de cerco siguieron después de la victoria de Allende, porque el MIR es una fuerza independiente del gobierno. Ha ganado Allende y nos parece bien, pero nosotros no estamos subordinados a lo que haga la Unidad Popular ni Allende, y seguimos con nuestro proceso<sup>22</sup>.

Pocos días después del triunfo de Allende, la prensa local ya advertía sobre la tensa situación que se vivía en Cautín, particularmente, en la agitada comuna de Lautaro. Por ejemplo, *El Diario Austral* de Temuco solicitaba que el Juzgado de Letras de la localidad emitiera un fallo referente a los problemas que generaban los indígenas con sus corridas de cerco, gracias a las cuales ya habían recuperado aproximadamente mil hectáreas en varios fundos de la zona<sup>23</sup>.

A comienzos de noviembre, la prensa denunció que las acciones de los mapuche habían afectado las propiedades de Emilio Haury (sesenta hectáreas), Benjamín Truan (quince hectáreas) e Isidora García (dieciocho hectáreas)<sup>24</sup>. Días después, José Salgado Castro, administrador del fundo Brasil de propiedad de Luis Fabres Silva, señaló que alrededor de sesenta personas habían corrido cercos y se habían apropiado de treinta y siete hectáreas en Meuco, cerca de Lautaro<sup>25</sup>. Esta tendencia continuaría a lo largo de todo el mes de noviembre con una serie de tomas en la provincia de Cautín: primero, en las hijuelas del fundo Los Laureles (Galvarino), pertenecientes a los latifundistas Enrique Luchsinger, John Affeld y Nelson Affeld<sup>26</sup>; posteriormente, en los terrenos que tenía Enrique Luchsinger en el mismo fundo<sup>27</sup>; después, en el fundo Cherquenco (Loncoche), donde cuarenta familias mapuche ocuparon el predio de la forestal BIMA, que se encontraba abandonado<sup>28</sup>; luego, en el fundo Huerqueco (Lautaro), propiedad del latifundista Guillermo Fauré Silva<sup>29</sup>. Aunque la prensa no consignó la presencia del MCR en estos hechos, la mediática toma de diciembre de 1970 dejaría en evidencia que estaba involucrado.

Las tomas de fundos comenzaron a ser ejecutadas más frecuentemente y adquirieron una gran masividad. Con ello, «se extendió el proceso de recuperación a la ampliación de la escasa superficie que poseían las comunidades, reivindicando en el proceso de ocupación la totalidad de los fundos colindantes»<sup>30</sup>. El MCR presionó para que se aplicara la Ley de Reforma Agraria en todos los fundos tomados, exigiendo su expropiación para recuperar las tierras ancestrales y avanzar en la liquidación del latifundio. Además de sumar a los campesinos chilenos, con la transición de las corridas de cercos a las tomas de fundo, los mapuche podían restablecer los límites territoriales que existían antes del proceso de reducción y recuperar más que las tierras usurpadas dentro de los títulos de merced. Los miristas que participaban en el movimiento político mapuche en ese entonces recuerdan este fenómeno:

22- Pérez y Berástegui, op. cit., p. 137.

23- *El Diario Austral* de Temuco, 7 de septiembre de 1970, p. 11.

24- *El Diario Austral* de Temuco, 4 de noviembre de 1970, p. 11.

25- *El Diario Austral* de Temuco, 13 de noviembre de 1970, p. 8.

26- *El Diario Austral* de Temuco, 17 de noviembre de 1970, p. 9.

27- *El Diario Austral* de Temuco, 18 de noviembre de 1970, p. 10.

28- *El Diario Austral* de Temuco, 20 de noviembre de 1970, p. 9.

29- *El Diario Austral* de Temuco, 22 de noviembre de 1970, p. 8.

30- Correa et al., op. cit., p. 140.

La transición de las corridas de cercos a las tomas de fundos no se acordó en solemnes reuniones de nuestros dirigentes miristas, el proceso decisional provino una vez más del terreno mismo. La tierra recuperada por las comunidades no era suficiente para hacer volver a sus hijos emigrados desde las ciudades<sup>31</sup>.

Porque después nos tomamos los fundos, entendieron que las corridas de cercos y la recuperación de la tierra usurpada era un tema, pero que con la toma del fundo nosotros volvíamos la situación a como estaba antes de la reducción, entonces vieron que ese era el camino, y en los primeros meses del gobierno de Allende seguimos por el mismo camino<sup>32</sup>.

La meta que nos propusimos fue la recuperación de tierras usurpadas. Para ello debíamos continuar con las ocupaciones de fundos porque éstos se habían constituido en buena medida gracias a la usurpación de tierras mapuches. Nuestra consigna fue: «Tenemos que hacer una sola gran corrida de cercos, de la cordillera al mar». Y afirmamos: «Nadie nos trancará el paso, ni los patrones, ni el gobierno de Salvador Allende», que ya había comenzado a frenar el proceso de reforma agraria<sup>33</sup>.

La dirigencia mapuche del MCR también veía las ocupaciones de fundos como el paso siguiente. Desde una perspectiva colectivista, buscaban ampliar la lucha por la tierra e incorporar a la mayor cantidad de campesinos pobres —chilenos y mapuche— al proceso:

Luego la discusión se llevó a que no era suficiente la recuperación de las tierras que habían sido usurpadas y que estaban estipuladas en el Título de Merced, si no que era importante ir más allá y había que plantearse la posibilidad de ocupaciones de fundos. Comienza la discusión de que no bastaba con hacer pequeñas cositas si lo que había que hacer era algo más grande, algo más colectivo, y se habló de la posibilidad de hacer grandes espacios de Reforma Agraria y que a todos los campesinos debiera asegurárseles un trabajo en esas grandes extensiones de tierras que nosotros les decíamos «*grandes paños de trabajo colectivo*»<sup>34</sup>.

Como ya se indicó, a pesar de que la Unidad Popular representaba la situación política ideal para legitimar la reivindicación territorial mapuche-campesina, esta corría el riesgo de ser controlada burocráticamente por la institucionalidad agraria. El MCR aprovechó esta contradicción y recorrió decididamente los campos de Cautín, persiguiendo la unidad de todos «los pobres del campo». Julián Bastías sostiene que «la llegada del gobierno popular de Allende [...] legitimó las luchas emprendidas, tratando al mismo tiempo de institucionalizarlas. Sin embargo, este proceso de justicia social corrió por el campo chileno como el galope de un caballo desbocado»<sup>35</sup>.

El MCR apareció nuevamente en la escena política en diciembre de 1970 en el fundo Tres Hijuelas (Lautaro), cuyo propietario era Carlos Taladriz. Se debe recordar que doce hectáreas de este fundo habían sido ocupadas por aproximadamente ochenta campesinos mapuche días antes de la elección presidencial. Taladriz había iniciado acciones judiciales y solicitado

31- Bastías, *Memorias de la lucha campesina. Tomo II*, op. cit., p. 98.

32- Pérez y Berástegui, op. cit., p. 124.

33- Marín, op. cit., p. 35.

34- Testimonio de Víctor Molfinqueo, en Railaf et al., op. cit., pp. 102-103.

35- Bastías, *Memorias de la lucha campesina. Cristiano...*, op. cit., p. 135.



el desalojo, pero ni Frei ni Allende habían accedido. *El Diario Austral* obtuvo una versión de los hechos entrevistando a Ricardo Henzl, miembro de la familia involucrada:

Sabedora la gente de eso, hoy (ayer) en la mañana se tomaron el fundo completo. Si no me equivoco son aproximadamente 600 hectáreas el fundo «Tres Hijuelas», haciendo barricadas, haciéndola por gran parte de gente extraña de la zona, de un campamento Lautaro que lo nombran ellos. En estos momentos tengo en mi mano una foto que entregaré al periodista para que ojalá se publique donde sale: «Tierra o Muerte. Venceremos. Movimiento Campesino Revolucionario», y después otros motes un poco groseros. Ojalá se publicara esto en nuestro diario regional «El Diario Austral»<sup>36</sup>.

El lunes 30 de noviembre, el MCR condujo la expansión de la toma a todo el predio y levantó el Campamento Lautaro con consignas revolucionarias y pancartas donde aparecía la figura del Che Guevara. El movimiento comenzó a trabajar el fundo, y los ocupantes se hicieron cargo de algunas faenas, como rastrear la tierra con un tractor para la siembra<sup>37</sup>, mientras esperaban que se concretara la expropiación. Lucy Traipe estuvo presente en el proceso y recuerda las tareas de organización y liderazgo que realizó con su madre:

Yo participé activamente en la toma del fundo Tres Hijuelas. Ahí organizamos el campamento Lautaro. Yo me preparé, estuve en toda la organización con mi madre y éramos las dos, porque los hombres que estaban en la casa, que eran los hermanos de mi madre, trabajaban en el fundo y no les quedaba el tiempo para participar. Pero nosotras éramos las voceras, las que llevábamos los mensajes. Cuando llegaban el día domingo por ejemplo, nosotras les entregábamos la información, les decíamos que teníamos que preparar alimentos y todas las cosas, pero jamás se habló de cuota de plata [...]. Eso fue en el 70<sup>38</sup>.

El impacto que produjo esta toma hizo que el intendente de Cautín, Gastón Lobos, viajara a Lautaro apenas supo que la justicia había fallado a favor de Carlos Taladriz. Los ciento diez campesinos que estaban en el Campamento Lautaro (veintitrés jefes de hogar con sus familias, de los cuales solo tres eran chilenos) decidieron mantener su postura hasta que la CORA expropiara el fundo y les entregara las tierras que antes les habían pertenecido. Asimismo, indicaron que solo conversarían con Gastón Lobos y el gobernador del departamento de Lautaro, Fernando Teillier, las únicas autoridades que podrían ingresar al fundo, y se comprometieron a mantener una actitud pasiva siempre y cuando no fueran provocados por terceros<sup>39</sup>.

En este ambiente de tensión, el Gobierno de la Unidad Popular buscó encauzar la reivindicación territorial mapuche del MCR dentro de la Ley de Reforma Agraria. A través de sus representantes en Cautín, promovió el diálogo y no autorizó el empleo de la fuerza policial para evitar el enfrentamiento directo y amortiguar la conflictividad entre los grupos con intereses antagónicos. El Gobierno comprendía la situación de las comunidades y legitimaba sus aspiraciones territoriales, pero no aceptaba que aplicaran la reforma por cuenta propia, pues era el Estado el encargado de conducir el proceso<sup>40</sup>. Por su parte, los latifundistas alertaban acerca

36- *El Diario Austral* de Temuco, 1 de diciembre de 1970, p. 1.

37- *El Diario Austral* de Temuco, 5 de diciembre de 1970, p. 1.

38- Testimonio de Lucy Traipe, en Railaf et al., op. cit., p. 44.

39- *El Diario Austral* de Temuco, 1 de diciembre de 1970, p. 1; *El Diario Austral* de Temuco, 2 de diciembre de 1970, p. 1.

40- *El Diario Austral* de Temuco, 13 de diciembre de 1970, p. 10; Correa et al., op. cit., p. 142.



del avance del movimiento mapuche en Cautín, principalmente, en Lautaro. El presidente del Sindicato de Empleadores Agrícolas de esa localidad, el abogado Alfonso Podlech, informó en *El Mercurio* que «en el Departamento de Lautaro permanecen en poder de los campesinos y elementos agitadores políticos 25 predios»<sup>41</sup>.

Para orientar la política agraria y demostrar su convicción de implementar transformaciones sociales profundas en el agro, la Unidad Popular realizó una campaña masiva durante quince días en la provincia de Cautín. El objetivo era frenar las convulsiones que generaban las acciones directas del campesinado chileno y mapuche en los fundos de la zona. La campaña consistió en dar a conocer el proyecto de reforma agraria que el Gobierno aplicaría en la provincia, recorriendo sus dieciséis comunas para comunicarlo tanto a las organizaciones campesinas e indígenas como a las de empleadores agrícolas (principalmente latifundistas). El programa señalaba: «El Gobierno Popular está al lado de los campesinos y luchará junto a ellos para que alcancen la justicia que en otros gobiernos han reclamado», pero se opondrá tajantemente a que «se proceda a crear un clima que en ningún caso favorece a la realización de una Reforma Agraria ordenada»<sup>42</sup>. Asimismo, llamaba a los empleadores agrícolas (patrones) a frenar la violencia y dejar las amenazas de lado, pues era atribución del Gobierno solucionar las situaciones conflictivas.

Mientras la Unidad Popular desarrollaba su campaña y trataba de concretar las expropiaciones que la ley permitía antes de que los fundos fuesen ocupados, el MCR seguía en su dinámica de recuperación territorial. El 17 de diciembre, aproximadamente ochenta campesinos mapuche afiliados al MCR se tomaron el fundo Huerqueco Alto en Lautaro, de propiedad de Alberto Schwalm. Argumentaron que el lugar era una tierra antigua y denunciaron que, mientras ellos padecían la falta de terrenos, el predio estaba abandonado. Una hora después, alrededor de sesenta mapuche también pertenecientes al MCR se tomaron el fundo Las Vertientes, de propiedad del mismo latifundista y ubicado en la misma localidad<sup>43</sup>. Ahí, el MCR organizó el Campamento Galvarino, que junto con el Campamento Lautaro dieron origen a espacios cuyo funcionamiento social y económico se fundamentaba en principios políticos colectivistas que permitían prefigurar el socialismo en el campo. Un artículo publicado en enero de 1971 en la revista *Punto Final* abordaba esta faceta de la lucha del movimiento mapuche-campesino y la política de campamentos impulsada desde fines de 1970:

El ideal de los campamentos mapuches de Lautaro, organizados por el Movimiento Campesino Revolucionario, MCR, es convertir esa comuna en un solo gran paño triguero, en que los mapuches trabajarán en forma socialista. En los campamentos Lautaro, Galvarino y Caupolicán, se están llevando a la práctica formas socialistas de vida y trabajo, lo que ya representa un gran vuelco ideológico del mapuche<sup>44</sup>.

La tendencia política asumida por el MCR se manifestó rápidamente en varios de los fundos tomados en la provincia de Cautín, y los campamentos sirvieron para que convergieran quienes participaban del proceso de movilización asociado al movimiento. «Así fue pasando el

41- *El Mercurio*, Santiago, 12 de diciembre de 1970, p. 9.

42- *El Diario Austral* de Temuco, 14 de diciembre de 1970, p. 1.

43- *El Diario Austral* de Temuco, 18 de diciembre de 1970, p. 1.

44- Osvaldo Rivera, «La derecha conspira para detener la Reforma Agraria», en *Punto Final*, Santiago, año V, n.º 122, suplemento «Documentos», 19 de enero de 1971, p. 3.

tiempo y empezamos a ir a grandes encuentros en los campamentos que se organizaron en los fundos tomados», recuerda Lucy Traipe, quien identifica algunos de ellos: «Camilo Torres, Che Guevara, Galvarino, Caupolicán, Inca Atahualpa, Colo Colo»<sup>45</sup>. Posteriormente, producto de la intervención de la CORA, estos campamentos se convirtieron en asentamientos (predios reformados). Rafael Railaf recuerda la sociabilidad que se daba al interior del Campamento Lautaro antes y después de transformarse en asentamiento:

Ese asentamiento era la gente que se había tomado el fundo, hartos jóvenes, que se iban a vivir ahí y tenían su casa. Habían niños viviendo. Y nosotros controlábamos eso, éramos 16 compañeros que eran consejeros de cada sector, de las comunidades y eran segunda autoridad en las comunidades y el asentamiento, para resolver problemas. Nosotros teníamos tres en nuestro sector: el finao Varito, yo y el señor Domingo Mariluan. También teníamos cuidado de que no se perdiera la plata con que íbamos a trabajar, éramos muy estrictos en eso [...]. Hicimos la olla común después de la toma de fundo, pero se destruyó cuando ya se legalizó y se transformó en un Centro Reformado (CERA) el fundo. Y era extraño porque estábamos acostumbrados a vivir juntos. No queríamos que se disolviera la olla común [...]. Porque la olla común mantiene tu vida social<sup>46</sup>.

El principio colectivista regía la vida interna de los asentamientos, y la aplicación de la reforma agraria favoreció su desarrollo económico y ayudó a mejorar el nivel de vida de sus miembros, así como también la productividad de las actividades económicas asociadas a la tierra:

El asentamiento era un Centro Reformado donde todos tenían un trabajo, la agricultura, sembrar, sacar leche, ganadería, fruta, chanchería, hortaliza, todo eso, frutillas también habían, total que habían varias cosas. Entonces cada grupo tenía su trabajo. Y después estaba el técnico y el tractor. Pero todos ganaban lo mismo, nadie podía decir «Yo voy a ganar más». Una línea recta y punto<sup>47</sup>.

En Loncoche también se implementó la política de levantar campamentos. Por ejemplo, la corrida de cercos que llevaron a cabo las comunidades mapuche Pérez-Molfinqueo y Francisco Briceño sobre las tierras que estaban en poder del latifundista Elías Montecinos, en agosto de 1970, dieron origen al Comité Caupolicán<sup>48</sup> y, una vez que el fundo estuvo organizado, al Campamento del mismo nombre. Gustavo Marín participó en este proceso y recuerda: «Al campamento le pusimos “Caupolicán” y entre todos se organizó el territorio, dijimos “ahora hay que trabajar la tierra”»<sup>49</sup>.

El 20 de diciembre de 1970, tres días después de la ocupación del fundo Las Vertientes, que dio origen al Campamento Galvarino, las acciones se trasladaron a la localidad de Carahue, específicamente, al fundo Rucalán, de la familia Landarretche. Según los datos del INDAP, el predio, de ochocientas hectáreas, estaba mal explotado y solo tenía cultivadas ciento sesenta y siete. Motivados por esta situación, y por el impulso revolucionario que experimentaba el movimiento social en Cautín, campesinos chilenos y mapuche de las comunidades de Nicolás

45- Testimonio de Lucy Traipe, en Railaf et al., op. cit., p. 45.

46- Testimonio de Rafael Railaf, en Railaf et al., op. cit., p. 59.

47- *Ibíd.*, p. 60.

48- Testimonio de Víctor Molfinqueo, en Railaf et al., op. cit., p. 98.

49- Testimonio de Gustavo Marín, en Railaf et al., op. cit., p. 78.

Ailío y Pichingual, y el pueblo de Nehuentúe (localidad de Tranapunte), ocuparon el fundo sin utilizar la violencia y establecieron un campamento<sup>50</sup>. Los campesinos estaban organizados en el Comité Ailío, y la ocupación fue dirigida por su presidente, Ricardo Mora, y su secretario, Heriberto Ailío, miembro fundador del MCR<sup>51</sup>, además de un mirista conocido como Aquiles o Miguel, que actuó como asesor de la toma. Campesinos y dirigentes provenían de la zona costera de Cautín: Pedro Fuentes Pilquinao y José Segundo Pilquinao Ailío vivían en la comunidad de Pichingual, al igual que Ricardo Mora, que era originario de Nehuentúe, donde trabajaba al día como obrero en el fundo de Mario Álvarez. Humberto Venegas Riquelme también vivía en Pichingual, gracias a una porción de terreno que la comunidad le había cedido, pues era un campesino sin tierra<sup>52</sup>.

La tranquilidad del campamento fue interrumpida cuatro días después, el 24 de diciembre, cuando el latifundista Juan Landarretche junto con familiares y agricultores de la zona retomaron el fundo armados con metralletas. Pese a los intentos de los funcionarios del INDAP, y a sabiendas de la Intendencia, que no hizo nada por detenerlos, los agresores dispararon trescientas balas contra los campesinos e hirieron a tres de ellos. Dos días después, el intendente de Cautín llevó el caso a la Corte de Apelaciones de Temuco, que inició un proceso en contra de Juan Bautista Landarretche por violación a la Ley de Seguridad Interior del Estado. Si bien no se comprobaron los cargos, la aplicación de la reforma agraria hizo que la familia Landarretche perdiera las tierras de los fundos Rucalán y Butalón<sup>53</sup>. La revista *Punto Final* registró los hechos de la siguiente manera:

A las 18:30 horas, los agricultores lanzaron la ofensiva final. Colocaron como barrera protectora a un grupo de campesinos que se mantenían leales a sus patrones y de esa manera neutralizaron a los que se habían atrincherado en Rucalán. De atrás, los latifundistas lanzaban ráfagas de metralleta y las casas del fondo quedaron acribilladas por los impactos de bala. Los campesinos del MCR, ante la inferioridad de condiciones, finalmente se replegaron, llevando dos heridos<sup>54</sup>.

Producto de la gravedad del conflicto, el Gobierno intervino el fundo Rucalán a comienzos de enero de 1971 e inició un proceso de expropiación que se concretó aproximadamente un mes después. El interventor a cargo de la gestión decidió contratar a los mismos campesinos que habían protagonizado la toma como personal del fundo, de manera que estos permanecieron en él durante todo el proceso. La CORA decretó formalmente la expropiación el 3 de febrero de 1971, fundamentando su decisión en la mala explotación del terreno y la necesidad de mantener

50- Rivera, op. cit., p. 5.

51- Como miembro fundador, Heriberto Ailío desempeñó un papel importante en la llegada del MCR a la zona de la costa (Carahue, Puerto Saavedra, Nehuentúe). Florencia Mallon en sus conversaciones con este dirigente destaca que además de su participación en la toma del fundo Rucalán, Heriberto Ailío estuvo presente en la toma del fundo Chesque de los Taladriz junto a Moisés Huentelaf, también dirigente mapuche del MCR (Loncoche), quien fue asesinado por latifundistas en la toma del fundo el 22 de octubre de 1971. Asimismo, recuerda su participación en las tomas de los fundos Moncul, Lobería y Esperanza Norte en Puerto Saavedra, y Mañío Manzanal en Nueva Imperial. Mallon, op. cit., p. 108.

52- *Ibíd.*, pp. 104-105. La autora dedica un capítulo exclusivamente a la toma del fundo Rucalán, la presencia del MCR y el levantamiento del Asentamiento Arnoldo Ríos, pp. 89-132.

53- *Ibíd.*, p. 94. Véase también *Ercilla*, n.º 1858, semana del 23 al 29 de diciembre de 1970, p. 11.

54- Rivera, op. cit., p. 5. En realidad, resultaron tres personas heridas, porque uno de ellos, el mirista Aquiles o Miguel escapó del sector al recibir un disparo, razón por la cual quedó el registro de dos heridos en este artículo de *Punto Final*. El caso de esta toma también se encuentra registrado en *El Mercurio*, Santiago, 23 de diciembre de 1970, p. 27.

el orden social y la gobernabilidad<sup>55</sup>. Una vez instalados en el fundo, los campesinos mapuche y chilenos, junto con los miristas, formaron el Asentamiento Arnoldo Ríos, que se caracterizó por levantar una de las consignas típicas del MCR: «Pan, tierra y socialismo»<sup>56</sup>.

Esta fue la naturaleza de los acontecimientos que se desarrollaron en Cautín desde fines de 1970, entre los cuales la retoma del fundo Rucalán fue una suerte de anticipo de lo que ocurriría en 1971, cuando el MCR aumentó las ocupaciones y los patronos intensificaron sus respuestas. Frente a la crítica situación que se vivía en el agro, el Gobierno intentó resolver los conflictos y satisfacer la demanda de los campesinos mapuche y chilenos profundizando la aplicación de la reforma agraria. En concreto, a partir de enero de 1971, implementó el Cautinazo, una estrategia de expropiación masiva de los fundos que cumplían con los requisitos que establecía la ley. Por orden de Allende, el Ministerio de Agricultura y la CORA se instalaron en Temuco para trabajar durante cuarenta y cinco días en la resolución de las demandas mapuche y apaciguar el ímpetu revolucionario del MCR y la reacción violenta de los latifundistas. El ministro de Agricultura, Jacques Chonchol, subrayó que las expropiaciones se agudizarían y extenderían a partir de ese momento, pues, gracias a la aplicación de la Ley 16640/1967, los fundos que sobrepasaran las ochenta hectáreas de riego básico o que se encontraran abandonados o mal explotados serían intervenidos, así como también aquellos donde no se cumplieran las leyes laborales. El establecimiento del Ministerio de Agricultura en Cautín inició formalmente el proceso de reforma agraria en la Araucanía<sup>57</sup>. El 4 de febrero, la entidad anunció que se expropiarían treinta y seis fundos en la provincia de Cautín, entre los cuales estaban los predios que Juan Landarretche poseía en la comuna de Carahue<sup>58</sup>.

Fue así como, durante el verano de 1971, se llevó a cabo un proceso masivo de expropiaciones en las distintas comunas de Cautín a favor de comunidades mapuche. Entre el 21 de enero y el 17 de febrero, en las localidades de Galvarino, Lautaro, Perquenco, Carahue, Freire, Loncoche y Temuco fueron expropiados catorce predios que sumaban 13.416,2 hectáreas físicas, equivalentes a 1.468,79 hectáreas de riego básico. Las comunidades mapuche y los campesinos chilenos formaron asentamientos en todos los fundos, cinco de los cuales fueron expropiados en las comunas de Carahue, Lautaro y Galvarino, como Rucalán, Santa Ana y Las Vertientes<sup>59</sup>. Para implementar el Cautinazo, los funcionarios del Gobierno instalados en Cautín se reunieron con los agentes políticos locales, incluyendo a los representantes del MIR, como Juan Saavedra. Además de registrar los temas que discutieron en los encuentros, el abogado entrega un balance del estado de las cosas en ese momento:

Hacia el fin de febrero, se acercaba también el fin de los 45 días que se habían fijado para el Plan de Emergencia de Cautín. Se hacían muchas reuniones del aparato de gobierno con los actores

55- Mallon, op. cit., p. 109.

56- Correa et al., op. cit., p. 145. El nombre del Campamento Arnoldo Ríos es un homenaje al estudiante mirista muerto en un enfrentamiento armado con integrantes del Partido Comunista en Concepción, en diciembre de 1970. Una vez transformado en asentamiento producto de la intervención de la CORA, entre 1971 y 1973 recibió ayuda material del Estado para asegurar condiciones óptimas de vida para los asentados (construcción de casas, fertilizantes, semillas, cultivos, maquinaria agrícola, construcción de canales, animales, etc.). Mallon, op. cit., p. 111.

57- Correa, et al., op. cit., pp. 143-144.

58- *El Diario Austral* de Temuco, 8 de enero de 1971, p. 7; *El Mercurio*, Santiago, 4 de febrero de 1971, p. 1; *El Diario Austral* de Temuco, 4 de febrero de 1971, p. 1.

59- Correa et al., op. cit., pp. 145-146.

locales, y los dirigentes regionales del MIR me pidieron que me integrara a ellas. Lo principal en estas reuniones era analizar y monitorear lo que ya se había hecho y discutir cómo se abordarían los temas que quedaban pendientes. Los campesinos y los mapuches habían vivido muchos años de miseria; siempre habían anhelado la tierra propia, y ahora habían encontrado, en el MIR y el MCR, esperanza; siempre habían sido objeto de represión inmisericorde, y ahora el gobierno de Salvador Allende no sólo no los reprimía, sino que, además, actuaba con mano dura contra algunos dueños de fundos que quisieron intentar acciones violentas y hacer justicia por propia mano. Bajo estas circunstancias, todo hacía pensar que las reivindicaciones centenarias continuarían e irían en aumento<sup>60</sup>.

Paralelamente al Cautinazo, apareció en la escena política otro elemento que relacionó al MCR con el Gobierno de la Unidad Popular: los consejos comunales campesinos. La participación campesina en el proceso que reformaba el agro constituyó una de las diferencias centrales entre las propuestas institucionales y las demandas del movimiento social rural. En un documento anexo a su *Programa básico*, la Unidad Popular proponía crear el Consejo Nacional Campesino, cuya función sería asesorar a los entes políticos encargados de la reforma agraria. Este organismo debía ser escogido democráticamente por las instancias organizativas de base, y la misma dinámica deberían seguir los consejos campesinos, que serían establecidos por decreto gubernamental a nivel nacional, provincial y comunal. La principal función de estos últimos sería determinar las medidas sociales, políticas y económicas para ejecutar la reforma. Salvador Allende procedió «a firmar el 21 de Diciembre de 1970, el Decreto N° 481 de constitución del Consejo Nacional Campesino y de organización de los Consejos Campesinos a escala provincial y comunal»<sup>61</sup>. Más tarde, el 15 de enero de 1971, el ministro Jacques Chonchol inauguró por decreto gubernamental el Consejo Provincial Campesino de Temuco. Cada una de las confederaciones campesinas reconocidas por el Estado a nivel nacional contó con dos representantes: Ranquil, Triunfo Campesino, Libertad y Nacional de Cooperativas, así como las confederaciones de Asentamientos, Cooperativas Agrícolas y Pequeños Propietarios. El presidente designado fue el democratacristiano Manuel Inzunza<sup>62</sup>, y los campesinos y trabajadores afuerinos no organizados en sindicatos quedaron excluidos, entre ellos, los del MCR<sup>63</sup>.

No obstante el estímulo a la participación social, en la práctica, los consejos gubernamentales funcionaban simplemente como órganos consultivos para que el Gobierno recogiera las opiniones de los campesinos en materias de desarrollo rural, producción agropecuaria, reforma agraria, política de precios, administración del sector agrícola, etc. La exclusión de los campesinos no sindicalizados fue duramente criticada por el MCR, pues el movimiento no estaba de acuerdo con que sus representantes fueran elegidos arbitrariamente ni compartía el sentido verticalista que guiaba la constitución de los consejos.

Producto de lo anterior, comenzaron a surgir los consejos comunales campesinos elegidos directamente por las bases y concebidos como órganos de poder popular para luchar contra los patrones<sup>64</sup>. Estos entraron en conflicto con los consejos establecidos por decreto, con lo

60- Saavedra, *Te cuento otra vez...* op. cit., p. 90.

61- Cancino, op. cit., p. 150.

62- Claudio Llanos, «1971-1972: Sublevación en el campo. Poder Popular por decreto versus Poder Popular por las bases», en *Cuadernos de Historia*, n.° 30, 2009, p. 71.

63- Cancino, op. cit., p. 150.

64- Chihuailaf, op. cit., pp. 4-5.

que cambió la naturaleza de las movilizaciones del MCR: la etapa de reivindicaciones para que se aplicara la reforma agraria dio lugar a una fase de fortalecimiento de la organización política y construcción del poder campesino-mapuche<sup>65</sup>.

Las localidades donde primero surgieron estos consejos fueron Lautaro y Cunco, precisamente donde el MCR había liderado las tomas de tierras. Para el movimiento, era de suma importancia transformar los consejos comunales campesinos en instancias de control de las políticas estatales frente a la cuestión agraria, campesina y mapuche, y en espacios para ejercer la «democracia directa» a la hora de resolver los problemas específicos de cada localidad. Los consejos comenzaron a funcionar en enero de 1971, con la participación del MCR, el MIR y el PS, que «inmersos en las ocupaciones de predios y otras movilizaciones, agitaron la consigna de la necesidad de construir el Poder Popular en el campo y contribuyeron decisivamente a organizar e implementar su formación y a elaborar su programa de acción»<sup>66</sup>.

Los consejos comunales campesinos de base fueron parte de la estrategia política de lucha revolucionaria diseñada por el MCR en su Segundo Congreso, que tuvo lugar entre el 13 y el 16 de enero de 1971 en Temuco. Víctor Gavilán señala que la instancia contó con «delegados de corridas de cerco, tomas de fundo, sindicatos campesinos, comités organizadores de consejos locales campesinos y representantes de las comunidades mapuche de Bío-Bío, Malleco, Arauco, Cautín y Valdivia»<sup>67</sup>. Los participantes criticaron el carácter burgués de la Ley 16640/1967 y exigieron una nueva legislación para el agro. Además, plantearon la necesidad de enfrentar a la burguesía agraria que monopolizaba la tierra y causaba atraso, hambre y miseria, y de presionar para que los grandes fundos fueran expropiados lo más rápido posible en beneficio de los «pobres del campo».

El Gobierno pretende mejorar el atraso del campo chileno usando una ley de Reforma Agraria que fue hecha por los ricos. El gobierno cree que se puede mejorar la situación de los campesinos usando una ley que fue hecha por la burguesía para explotar mejor a los pobres del campo. Por eso los campesinos no podemos aceptar que una ley burguesa nos señale el camino que debemos seguir en nuestra lucha. Si los campesinos tomamos los fundos, por ejemplo, es porque la ley no nos sirve para solucionar los problemas que hay en el campo; y si la ley no sirve, los campesinos unidos y organizados buscamos nosotros mismos el camino para solucionar nuestros problemas y defender nuestros intereses. Para nosotros lo más importante es la iniciativa revolucionaria de las masas, y la ley debe ser su resultado. Si ustedes esperan a que la ley se escriba y no despliegan personalmente ninguna energía revolucionaria, no tendrán ni ley ni tierra<sup>68</sup>.

El camino propuesto por el MCR para acabar con el monopolio burgués de la tierra era levantar, por medio de la lucha organizada, una nueva ley de reforma agraria hecha por el mismo campesinado para servir a los intereses de clase de la gran mayoría rural. Una de las conclusiones emanadas del congreso del MCR señalaba: «La nueva [ley] tiene que ser una herramienta de

65- «La movilización campesina en Cautín», en *Punto Final*, Santiago, año V, n.º 127, 30 de marzo de 1971, p. 5.

66- Cancino, op. cit., p. 163.

67- Gavilán, op. cit., p. 200.

68- El *Diario Austral* de Temuco, 18 de febrero de 1971, p. 9. Citado en Ángelo Linfati, *Resultados, efectos y alcances de la Reforma Agraria: Lumaco, Traiguén, Victoria (1969-1973). Análisis del proceso histórico desde la ocupación de la Araucanía hasta el Gobierno de la Unidad Popular*. Tesis para optar al grado de Licenciado en Educación mención Historia y Geografía, Universidad de Concepción, 2010, p. 273. Véase también «Piden una nueva Ley de Reforma Agraria», en *Punto Final*, Santiago, año V, n.º 125, 2 de marzo de 1971, p. 10.

la lucha de clases, que nos permita destruir el poder de la burguesía agraria e ir creando en el campo un poder obrero-campesino»<sup>69</sup>.

A partir de la propuesta de un «poder obrero-campesino», la función de los consejos comunales campesinos de base sería construir una contrahegemonía en el espacio rural, utilizando como herramienta la nueva reforma agraria de carácter revolucionario. Además, los consejos serían el primer paso para proyectar políticamente las conclusiones del Segundo Congreso del MCR. Estas fueron sistematizadas en un documento que se transformaría en la plataforma de lucha del movimiento, cuyos puntos principales se resumen a continuación:

1. Expropiación de todos los fundos con más de 40 hectáreas de riego básico.
2. Expropiación de animales y maquinarias junto con la tierra.
3. No derecho de reserva a los patrones.
4. No pago por la tierra expropiada.
5. Apoyo crediticio a los medianos propietarios.
6. Elección democrática de los Consejos Comunales Campesinos.
7. Una nueva ley de Reforma Agraria de carácter revolucionaria<sup>70</sup>.

Durante el congreso fueron elegidos voceros oficiales Víctor Molfinqueo y Félix Huentelaf, ambos de Loncoche, y confirmados los cinco integrantes del ente coordinador, a los que se sumaron representantes mapuche de distintas localidades como Traiguén, Puerto Saavedra, Villarrica, Imperial y Nehuentúe<sup>71</sup>.

Evidentemente, la plataforma de lucha no resolvía los problemas que denunciaba el MCR, pero permitía orientar al movimiento social de Cautín para que expresara políticamente sus demandas. La dinámica siguieron siendo las acciones directas de masas, pues la movilización rural fortalecía la conciencia de clase del campesinado pobre y mejoraba los niveles de organización, en este caso, de los consejos comunales campesinos. El 16 de enero de 1971 —el mismo día que finalizaba el Segundo Congreso en Temuco—, se erigió en la comuna de Lautaro el primer consejo comunal campesino nacido desde las bases, «sin la espera de reconocimiento legal o la firma de ministros» y desafiando «la constitución del Poder Popular oficial en el campo»<sup>72</sup>. Este consejo fue elegido mediante votación directa por los campesinos chilenos y mapuche de la comuna, quienes inmediatamente realizaron una marcha multitudinaria por las calles:

En Lautaro, el sábado 16 de enero, el MCR entró al pueblo con sus fuerzas comunales desplegadas, una columna de campesinos pobres en líneas de cuatro en fondo, organizadas por comités de base según la zona de procedencia, cargando sus respectivos cartelones de identificación y sus consignas precedidos por una gran imagen del Che Guevara y flanqueados por tres destacamentos milicianos armados con simbólicos bastones de madera, los que cuando adoptaban el paso regular eran llevados como si fueran fusiles. Los milicianos provenían de los fundos

69- *Ibídem*, p. 11.

70- Gavilán, *op. cit.*, pp. 200-201.

71- *Ibídem*, p. 201.

72- Llanos, *op. cit.*, p. 72.



tomados por el MCR. Las personas que formaban esta gigantesca columna de casi 1 kilómetro de largo y que estaba integrada por lo menos por 1.300 campesinos, provenían de las bases del MCR en toda la comuna<sup>73</sup>.

Los manifestantes se dirigieron a la plaza de Armas y luego al liceo, donde realizaron el acto inaugural del primer consejo comunal campesino. Los asistentes se distribuyeron en grupos de ochenta a cien personas con el objetivo de conversar y debatir acerca de los problemas que los aquejaban. Democráticamente, eligieron a una directiva de quince integrantes, principalmente campesinos mapuche, y a su presidente, el militante del Partido Socialista Francisco Campo. Durante los siguientes días, se fueron conformando consejos comunales en otras localidades de la provincia de Cautín<sup>74</sup>. En relación con la restitución de las tierras reivindicadas por el MCR, es importante mencionar que, luego de que terminara el Cautinazo, la CORA siguió con el proceso de expropiación del latifundio y los predios mal explotados o abandonados para beneficiar a las comunidades mapuche y resolver sus demandas. En marzo de 1971, expropió tres fundos, uno de los cuales, Pinchafil en Loncoche, era reivindicado por el MCR<sup>75</sup>. El poder que se había acumulado en torno a los consejos comunales campesinos creados «desde abajo» quedó de manifiesto en el Primer Congreso Provincial de Cautín, realizado entre el 26 y el 27 de marzo de ese año, justo cuando Salvador Allende visitaba la zona. La mayoría de los delegados convocados al congreso «impugnaron la legitimidad del Consejo Provincial (creado por decreto) al que asistían debido a la forma de su constitución y por obstruir la gestión de los Consejos Comunales Campesinos nacidos desde la base»<sup>76</sup>. Como resultado de esta contradicción, «el Congreso resolvió mayoritariamente la disolución del organismo en cuestión y su reemplazo por un Consejo Campesino Provincial, formado sobre la base de dos representantes por cada Consejo Comunal»<sup>77</sup>.

Todos estos factores agudizaron las contradicciones entre el MCR y la Unidad Popular durante los primeros meses de gobierno, pues ambas fuerzas se vieron directamente involucradas en la situación política del agro en Cautín. Las corridas de cerco, las tomas de fundos y las retomas patronales tensionaron las relaciones entre ambos sectores, principalmente porque la violencia política y la superación del orden legal afectaban la estabilidad del Gobierno. Aun así, existieron espacios de diálogo y participación que fomentaron los acuerdos, como los consejos comunales y provinciales campesinos, e iniciativas institucionales de expropiación del latifundio, como las restituciones de tierras mapuche dentro de la campaña del Cautinazo.

El MCR disminuyó sus movilizaciones producto del proceso de expropiación iniciado por la CORA en enero de 1971, pero las retomó a mediados de ese año, cuando revitalizó sus acciones directas, especialmente, las tomas de fundo. La reacción patronal se hizo sentir desde abril de 1971 con retomas violentas que agudizaron aún más la conflictividad en torno a la propiedad de la tierra en Cautín. En palabras de Florencia Mallon, para la zona costera de la provincia, esta contradicción significó «la batalla de la costa entre un campesinado hambriento de tierras y prosperidad, y una clase terrateniente innovadora que no se consideraba expropiable bajo su

73- «La movilización campesina en Cautín», op. cit., p. 6.

74- Llanos, op. cit., p. 72.

75- Correa et al., op. cit., p. 161.

76- Llanos, op. cit., p. 73.

77- Ídem.



propia interpretación de la ley»<sup>78</sup>. De acuerdo con la autora, esta situación continuó a lo largo de 1971 y 1972 y se reprodujo en el resto de los campos de Cautín<sup>79</sup>.

#### **4.2 EL MCR DURANTE 1971: AGUDIZACIÓN DE LA LUCHA DE CLASES EN CAUTÍN. DESDE EL REPLIEGUE DE LAS MOVILIZACIONES HASTA LA REORGANIZACIÓN PATRONAL (ABRIL - DICIEMBRE DE 1971)**

La acción política del MCR durante los primeros meses del gobierno de la Unidad Popular logró resultados favorables para las comunidades mapuche adscritas a los métodos de acción directa colectiva. La aceleración de las expropiaciones por parte del Gobierno en la provincia de Cautín respondió, en cierta medida, a la presión política ejercida por el MCR. De hecho, muchas «de las expropiaciones realizadas en 1971 a favor de mapuche incluyeron predios que habían sido reivindicados por el MCR a fines de 1970 y a principios de 1971»<sup>80</sup>. Producto de este fenómeno, las relaciones entre el movimiento campesino y la Unidad Popular tendieron a estrecharse, aunque las contradicciones políticas se mantuvieron vigentes. Las expropiaciones en beneficio de las comunidades vinculadas al MCR contribuyeron a disminuir el ritmo de las tomas de fundo, y el afecto que gran parte del campesinado pobre de Cautín sentía por Salvador Allende tranquilizó en cierta medida el ambiente de la zona. Allende era el primer presidente que se había propuesto resolver efectivamente de sus demandas y, en febrero de 1971, se comprometió a reconocer oficialmente los consejos comunales campesinos frente a representantes del MCR<sup>81</sup>.

Aun así, aunque de manera mucho más esporádica, las acciones directas continuaron. El 2 de marzo, a pesar de la vigilancia de carabineros y propietarios, campesinos mapuche del MCR apoyados por estudiantes de la Universidad de Concepción se tomaron el fundo Moncul en las cercanías de Nehuentúe, cuyo propietario era Domingo Durán Neumann. A los pocos días, el estudiante mirista Jorge Fernández murió producto de que se activó un artefacto explosivo que llevaba mientras cabalgaba al interior del fundo. Este hecho aumentó los rumores sobre la violencia armada que estaba implementado el MIR en la zona costera de la provincia de Cautín<sup>82</sup>.

En abril de 1971, el MCR ocupó el fundo Boldo de Temuco para presionar a las autoridades con el objetivo de que aceleraran las expropiaciones:

Un grupo de doce personas pertenecientes al Movimiento Campesino Revolucionario, ocuparon el fundo «Boldo» de dos mil doscientas hectáreas, ubicado en Temuco. El predio es de propiedad

78- Mallon, op. cit., p. 129.

79- Ídem.

80- Correa et al., op. cit., p. 151.

81- Cancino, op. cit., p. 182.

82- La toma del fundo Moncul se encuentra en los registros de la Intendencia de Cautín, correspondencia recibida, oficio n.º 300: «Capitán de Carabineros Sergio Acevedo Oyarce a la Prefectura de Carabineros de Cautín», Nueva Imperial, 11 de marzo de 1971. La muerte accidental del mirista Jorge Fernández está registrada en la Corte de Apelaciones de Temuco, Causa Criminal n.º 242: «Carlos Cerda Medina, Fiscal Titular de la I. Corte, solicita reapertura del sumario y la práctica de las diligencias que indica», Temuco, 1 de abril de 1971, f. 477. Fuentes citadas en Mallon, op. cit., p. 128. Juan Saavedra fue llamado por el intendente de Cautín para constatar en terreno lo ocurrido en su calidad de abogado. Véase Saavedra, *Te cuento otra vez...* op. cit., pp. 90-92.

de Laura Etchebarz viuda de Tolosa. Los ocupantes piden que se acelere la expropiación por parte de CORA, dichas personas portaban armas de fuego, sin embargo no hubo incidentes<sup>83</sup>.

El 18 de abril, se produjeron tres tomas en distintos fundos de Cautín, todas sin incidentes. La primera se llevó a cabo a las cinco de la madrugada, cuando veinticinco integrantes del MCR, dirigidos por el mapuche Tiburcio Catripán Curipe se tomaron la hijuela Carén, de noventa hectáreas. Tres horas antes, en la comuna de Lautaro, un grupo de cuarenta y seis mapuche liderados por Manuel Segundo Pascual Millaleo se tomaron el fundo La Peña, de mil hectáreas, cuyos propietarios eran Alberto López Pérez, Rodolfo Velásquez Cruz, Moisés Velasco Cruz y Enrique Loyola Francoise. La cantidad de ocupantes aumentó a ciento cincuenta y, dos horas más tarde, nuevamente en Lautaro, dieciséis indígenas, liderados por José Miguel Colicheo Melipán, se instalaron en el fundo El Carmen, del latifundista Larraguibel Recart, cuya superficie alcanzaba las cuatrocientas cincuenta hectáreas. La cantidad de ocupantes llegó rápidamente a los cien<sup>84</sup>.

Paralelamente, se produjo un hecho de violencia que marcó el inicio de una etapa de conflictividad entre el MCR y los latifundistas de la zona que se prolongó, con diferente frecuencia e intensidad, hasta el golpe militar de septiembre de 1973.

En la madrugada del 17 de abril de 1971, elementos del MCR y el MIR se enfrentaron con latifundistas militantes y simpatizantes del Partido Nacional que intentaron retomar el fundo La Palma en la comuna de Curarrehue. Su propietario, Otto Grunner Friedly, encabezó el grupo formado por Pradino Soto Vásquez, Hernán Quezada Ansorena, Víctor Amar Langemann, Manuel Ulloa Salazar, Peter Compton Peddar, y los hermanos Erwin y Raimundo Krausse Saleswky, entre otros. En el bando mapuche, destacaban José Curipe Catripán, Ernestina Curipe Catripán, Juan Segundo Curipe Catripán, Florinda Curipe Cariqueo, Herminda Catripán Curipe y José Salvador Villa Pinto, todos miembros del MCR. Producto del enfrentamiento, Juan Segundo Curipe hirió de bala al agricultor Rolando Matus Castillo, quien murió dos días después<sup>85</sup>. El hecho tuvo un impacto mediático a nivel nacional. El diario *El Mercurio* se refirió a la muerte del agricultor y a la demanda territorial de los comuneros mapuche: «Muere agricultor Rolando Matus, en enfrentamiento entre agricultores y mapuches. Los mapuches alegan usurpación de dichas tierras y derechos ancestrales sobre ellas, en cambio los agricultores intentan repeler la ocupación»<sup>86</sup>. Por su parte, la revista *Punto Final* enfatizó que los agricultores estaban armados al momento de la retoma:

Un grupo de indígenas de la reducción «Juan Curipe Pichún», ocupó el predio «Carén», de propiedad de Otto Grunner Friedly, ubicado en el lugar denominado Curarrehue, con el objeto de recuperar tierras que habían sido usurpadas a la comunidad. La toma había sido pacífica. Los mapuches levantaron un ruco a la entrada del fundo y desde allí vigilaban la posible entrada de personas extrañas. Al fondo se encontraba la casa patronal donde permanecía Grunner, sin estar, sin embargo, detenido o apresado. Esa noche más de diez amigos del patrón llegaron hasta la

**83-** *El Diario Austral* de Temuco, 18 de abril de 1971, p. 7.

**84-** *El Diario Austral* de Temuco, 19 de abril de 1971, p. 1.

**85-** *El Diario Austral* de Temuco, 18 de abril de 1971, p. 8; *El Diario Austral* de Temuco, 20 de abril de 1971, p. 1; «Por qué los campesinos se toman la tierra», en *Punto Final*, Santiago, año V, n.º 132, 8 de junio de 1971, pp. 30-31; «Cautín: la región del fascismo devoto», en *Punto Final*, Santiago, año VII, n.º 187, 3 de julio de 1973, p. 22.

**86-** *El Mercurio*, Santiago, 19 de abril de 1971, p. 17.

casa —según ellos «porque allí se celebraba una fiesta». Allí estaban: Rolando Matus, Hernán Quezada, Erwin y Rolando Krausse, Manuel Ulloa, Peter Compton, Pradino Soto, Armando Reyes y otros agricultores. A las cinco de la madrugada y cuando los mapuches dormían, los agricultores encabezados por Grunner procedieron a retomar el fundo. Para ello hicieron uso de escopetas, revólveres, pistolas y palos, que posteriormente escondieron, pero que fueron encontrados por Investigaciones días después de ocurridos los hechos<sup>87</sup>.

El caso fue llevado al Juzgado de Villarrica, que realizó una reconstrucción de escena. La revista *Punto Final* describió así la actuación de los agricultores: «Avanzaron en un movimiento envolvente hacia donde se encontraban los campesinos, cerrándose sobre el ruco con actitudes y desplazamientos propios de una patrulla militar de infantería de asalto en posición enemiga»<sup>88</sup>. Gracias al procedimiento, quedó establecido que los agricultores agredieron físicamente a los mapuche, cuestión que gatilló la muerte de Rolando Matus, pues Juan Segundo Curipe disparó para defender a su padre, José Curipe, de las patadas, garrotazos y golpes de culata que estaba recibiendo.

El médico legista constató las lesiones que los propietarios le provocaron a José Curipe: «Traumatismo encefalocraneano; herida contusa parietal derecho; herida contusa parietal izquierdo; herida contusa pabellón auricular, herida contusa temporal izquierdo; herida contusa supramaxilar derecho; herida contusa maxilar derecho; herida contusa lumbar derecho; herida contusa antebrazo izquierdo; herida contusa mano derecha»<sup>89</sup>.

El proceso judicial terminó con dieciocho acusados, diez mapuche y ocho agricultores. Los primeros fueron Juan Segundo Curipe Catripán, como autor de los delitos de homicidio de Rolando Matus y usurpación de la propiedad de Otto Grunner; José Curipe Catripán, como autor del delito de daños, usurpación y lesiones a Otto Grunner y cómplice en el delito de homicidio de Rolando Matus; y José Curipe Catripán, Domingo Lefiñanco Chiguay, Herminda Catripán, Florinda Curipe, Salvador Villa, Juan Loncopán Malluranca y Segundo Loncopán Caniuqueo, como autores del delito de usurpación de propiedad a Otto Grunner. De los agricultores que participaron en la retoma, fueron acusados Otto Grunner, como autor de los delitos de lesiones a Ernestina Curipe y José Curipe, y lesiones en riña a Herminda Catripán y Florinda Curipe; Pradino Soto, como autor de los delitos de lesiones a Salvador Villa y lesiones en riña a Herminda Catripán y Florinda Curipe; Hernán Quezada, Edwin Krausse, Raimundo Krausse y Víctor Raúl Amar, como autores del delito de lesiones en riña a Herminda Catripán y Florinda Curipe, y Manuel Ulloa y Peter Compton, como autores de los delitos de lesiones en riña a Florinda Curipe y José Curipe.

De los dieciocho acusados, solo Juan Segundo Curipe fue a la cárcel, pues, aunque el Juzgado de Villarrica le había concedido la libertad provisional bajo fianza, la Corte de Apelaciones de Temuco se la negó. El Sindicato de Empleadores Agrícolas, representado por el abogado de derecha Alfonso Podlech (hermano de uno de los latifundistas expropiados por la CORA) puso la querrela en contra del comunero<sup>90</sup>, mientras que su defensa fue asumida por Juan

87- «¿Qué vale más: un campesino o un mercenario?», en *Punto Final*, Santiago, año VII, n.º 182, 24 de abril de 1973, p. 24.

88- *Ibidem*, p. 25.

89- *Ídem*.

90- *Ibidem*, pp. 24-25.

Saavedra. Este señaló que había una serie de irregularidades en el otorgamiento de la libertad provisional, pues mientras que el tribunal se la daba a Otto Grunner a pesar de que existían diligencias pendientes (como encontrar a dos agricultores que habían participado en la retoma), se las negaba a los mapuche por el mismo motivo. Además, el abogado alegó que cuando Grunner recibió el beneficio, el plazo para que la investigación tuviera el carácter de procesal aún no se cumplía, y que Roberto Ulloa lo había obtenido a pesar de haber estado más de veinte días prófugo. Su defendido, en cambio, reunía todos los requisitos para recibirla, pues había actuado en legítima defensa de su padre (por lo que no existía premeditación), tenía buenos antecedentes, irreprochable conducta anterior, y aun así se le negaba. Pero la Corte de Apelaciones desestimó los argumentos y Juan Segundo Curipe tuvo que pasar dos años en la cárcel de Loncoche<sup>91</sup>.

En sus memorias, Juan Saavedra recuerda la experiencia de haber participado en este proceso político-judicial:

Asumí la defensa de Juan Segundo Curipe, alegando legítima defensa. Yo ya tenía cierta experiencia como abogado, e hice una alegación que yo mismo consideré brillante y de la que me sentí orgulloso. Después de mi exposición, quedó para el día siguiente el alegato de Alfonso Podlech, en representación de los agricultores. Al presentarme a la Corte de Apelaciones de Temuco, el 19 de abril de 1971, una treintena de jóvenes, premunidos de cascos y linchacos con la leyenda de Rolando Matus, me impidieron el acceso. Así es que hube de entrar por la acción de la fuerza pública. La situación en Temuco subía de tono a cada momento<sup>92</sup>.

En efecto, como señala Saavedra, la intensidad de los incidentes entre campesinos mapuche y dueños de fundos comenzó a multiplicarse y la conflictividad rural se agudizó cada vez más. Los latifundistas amenazaron con reaccionar de manera violenta para repeler el avance del movimiento campesino-mapuche y la reforma agraria en Cautín. Así lo expresó en *El Mercurio* el máximo dirigente de los grandes agricultores organizados en la Confederación de Empleadores Agrícolas, Miguel Fuchslocher: «De no ser escuchadas nuestras peticiones sobre mayor protección y de continuar la toma de predios, nos defenderemos con todos los medios a nuestro alcance, incluyendo las armas»<sup>93</sup>.

En Lautaro, el 20 de mayo, un grupo mapuche de la reducción Burgos adscrito al MCR intentó tomarse el fundo Brasil Sur, a cargo del administrador Javier Maldonado. Junto con un par de inquilinos, Maldonado los recibió con disparos que provocaron la muerte del joven Juan Huilipan, de diecinueve años, oriundo de Vega Larga. Rafael Railaf recuerda el hecho y señala que ellos no portaban armas, siguiendo el principio político del MCR de no asesinar latifundistas, aunque fueran sus «enemigos»:

En las tomas de fundo hubo enfrentamientos, en el fundo de Palma hubo enfrentamiento, en Calle Brasil, que va para Vega Redonda. Él organizó a sus trabajadores para defender el fundo, para que no fuera expropiado. Entonces, cuando nosotros entramos en la noche, ahí estaban los inquilinos defendiendo el fundo. En la balacera murió Juan Huilipan, que era un estudiante mapuche que nos ayudaba. Nosotros no teníamos armas. En eso hay que ser claros. Peleábamos

91- *Ibíd.*, pp. 25-26.

92- Saavedra, *Te cuento otra vez...*, op. cit., p. 98.

93- *El Mercurio*, Santiago, 22 de abril de 1971, p. 17.

sin armas, tampoco era correcto asesinar al enemigo. Entonces nos tomamos el fundo y ellos pensaban que teníamos armas, pero no pillaron nada, pensaban que el MCR estaba con armas, pero no era verdad. Y uno de esos mató a Juan, era jovencito. Además hubo como dos heridos<sup>94</sup>.

El dirigente mirista Víctor Gavilán también recuerda la muerte del joven, a quien se había acercado durante las acciones que realizaba el MCR junto con las comunidades de Lautaro:

Allí hubo una resistencia patronal organizada por el administrador y un par de inquilinos que comenzaron a disparar con fusiles y rifles contra el grupo Mapuche, causando la muerte de Juan Huillipán. Los resistentes se rindieron y el fundo fue tomado. Los campesinos bautizaron este fundo como el Campamento Juan Huillipán. El fundo fue expropiado más tarde y pasado también al área social de producción<sup>95</sup>.

Al día siguiente, el dueño del fundo, Alfredo Palma, entregó voluntariamente Brasil Sur a la CORA. Paradójicamente, antes del incidente, el fundo ni siquiera aparecía en los registros de la corporación para ser expropiado, situación que había motivado que los campesinos mapuche del MCR insistieran en tomárselo<sup>96</sup>. En el lugar se levantó el Campamento Juan Huillipán.

El Gobierno, que intentaba ordenar el caos reinante en Cautín mediante el diálogo, trató de resolver la demanda mapuche dentro de los marcos legales y preparar el escenario político para continuar con las expropiaciones<sup>97</sup>. En abril de 1971, el MCR había conseguido la restitución de los fundos Tres Hijueltas y Brasil en beneficio de comunidades mapuche de Lautaro, los que habían sido reivindicados en la campaña masiva de acciones directas lanzada en agosto de 1970<sup>98</sup>. El MCR se comprometió a devolver el fundo La Peña, ocupado desde el 18 de abril de 1971. La noticia fue difundida por la prensa local:

En el curso de la próxima semana quedará solucionado el problema del fundo «La Peña» de Lautaro que permanece ocupado desde el 18 de abril último por el Movimiento Campesino Revolucionario. Así lo informó ayer el intendente Gastón Lobos al ser consultado sobre la materia. Rodolfo Velasco Cruz, uno de los propietarios manifestó que se había consultado al intendente Gastón Lobos sobre esta ocupación manifestando que sería devuelto rápidamente<sup>99</sup>.

En medio de esta tensa situación política, el presidente Salvador Allende manifestó públicamente su rechazo a la estrategia utilizada por el MCR para conseguir sus objetivos, principalmente, porque retardaba el ritmo de las acciones del Gobierno y generaba enfrentamientos violentos que contribuían a desestabilizar su legitimidad. Así lo declaró en una conferencia de prensa con corresponsales extranjeros el 25 de mayo de 1971:

Yo puedo respetar las convicciones revolucionarias de los integrantes del Movimiento Campesino Revolucionario, pero no puedo aceptar sus tácticas y sus métodos. ¿Por qué las usan precisamente

94- Testimonio de Rafael Railaf, en Railaf et al., op. cit., p. 63.

95- Gavilán, op. cit., p. 207.

96- *El Diario Austral* de Temuco, 21 de mayo de 1971, p. 1; *El Diario Austral* de Temuco, 25 de mayo de 1971, p. 7; «Por qué los campesinos se toman la tierra», op. cit., p. 32.

97- Correa et al., op. cit., p. 153.

98- *Ibidem*, p. 162.

99- *El Diario Austral* de Temuco, 29 de mayo de 1971, p. 9.

ahora que hay un gobierno popular? ¿Por qué no las usaron antes? ¡Las usan ahora porque saben que tenemos las manos atadas, no por la tolerancia, sino por la convicción! Actuar en la impunidad es muy fácil [...]. Hice un llamado a los grupos y movimientos que no integran la UP, para que entiendan que hay responsables frente al ritmo con que deben hacerse las cosas. Entendemos el anhelo justo de miles y miles de campesinos que piensan que la solución está en tomar las tierras. Pero el proceso no es tan simple como lo conciben algunos trabajadores. Ellos tienen que entender que nos movemos dentro del respeto a disposiciones legales [...]. Propiciar enfrentamientos de ese tipo, es distorsionar y dificultar la acción del Gobierno [...]. Los compañeros del MCR tendrán que entender que no pueden proceder anárquicamente. Poner en marcha los predios expropiados, significa semillas, abonos, maquinarias, técnicas [...]. Lejos de acelerar el proceso revolucionario, se puede caer en acciones que lo retarden y en enfrentamientos violentos<sup>100</sup>.

Las devoluciones continuaron a comienzos de julio en Lautaro, cuando el MCR entregó el fundo Muco Bajo a su dueña, Tomasa Rivas. Según los parámetros de la Comisión de Conflictos (conformada por miembros de la Intendencia, la CORA y el INDAP), el fundo no era expropiable porque no cumplía con las ochenta de hectáreas de riego básico<sup>101</sup>. Hacia fines de mes, el MCR devolvió el fundo La Montaña Recortada a Martín Schneider, a través del intendente Gastón Lobos. Así lo dio a conocer *El Diario Austral* de Temuco:

«Movimiento Campesino Revolucionario» entregó al intendente del fundo «La Montaña Recortada». Sin violencia fueron desalojados a las 15.30 horas de ayer los mapuches del «Movimiento Campesino Revolucionario» que ocupaban el fundo «Montaña Recortada» de Martín Schneider. En el predio quedó vigilancia policial para evitar una eventual retoma [...]. Los indígenas miristas escucharon al intendente que les dijo que no se iban a permitir más las tomas. Que Allende estaba velando por ellos y que en este Gobierno Popular no venían al caso este tipo de presiones. Los mapuches no estaban armados más que de garrotes y se retiraron pacíficamente deponiendo la actitud beligerante que tuvieron para con David Palavecino de la Comisión de Conflictos. El propietario Martín Schneider manifestó su conformidad al recibir el predio devuelto por el Movimiento Campesino Revolucionario<sup>102</sup>.

Días antes, campesinos mapuche de las comunidades Ñirripil y Blanco Lepín se habían tomado el fundo Muco, propiedad de Tomasa Rivas, pero, luego de conversar con el intendente de Cautín y el gobernador de Malleco, aceptaron devolverlo. Las autoridades se comprometieron a integrarlo en los planes de expropiación para 1972. El dirigente mapuche José Ñirripil explicó a la prensa las razones de la toma: «Hemos tomado el fundo por la miseria que nos encubre a los mapuche aquí. Cuando salió Allende nos despidieron a más del 50 % de los trabajadores»<sup>103</sup>.

Si bien el MCR entraba en una fase de calma con la política de las devoluciones, también conseguía objetivos concretos. En agosto de 1971, la CORA expropió el fundo El Vergel y una hijuela adyacente de cuarenta hectáreas que había sido usurpada a la comunidad mapuche Coliqueo-Huenchual en Lautaro. Se debe recordar que este territorio fue el escenario de la primera corrida de cercos en la localidad, el 3 de junio de 1970, uno de los hechos que dio nacimiento al MCR

100- *El Siglo*, 26 de mayo de 1971, p. 7.

101- *El Diario Austral* de Temuco, 1 de julio de 1971, p. 8.

102- *El Diario Austral* de Temuco, 29 de julio de 1971, p. 1.

103- *El Diario Austral* de Temuco, 31 de julio de 1971, p. 9.

pocos meses después<sup>104</sup>. Hacia fines del mismo mes, siguiendo la política de diálogo directo con las organizaciones y comunidades mapuche, el gobierno regional consiguió, mediante un acuerdo de expropiación, que el MCR devolviera voluntariamente los fundos Normandía, Santa Eliana y San Pedro, pertenecientes al latifundista Lorenzo Taladriz. Estos habían sido tomados días antes «por un grupo de mapuches al parecer del Movimiento Campesino Revolucionario»<sup>105</sup>, como notificó *El Mercurio* de Santiago. El periódico agregó: «Según los ocupantes estos terrenos no están bien explotados y deben, por lo tanto, ser expropiados»<sup>106</sup>. El acuerdo de restitución de los fundos fue registrado en detalle por *El Diario Austral* de Temuco:

Los ocupantes, mapuches de reducciones cercanas, hicieron entrega al propietario de las llaves de los predios, de 224 vacunos y un caballo, procediendo también a sacar las banderas, candados y barreras. Todo se realizó en forma pacífica, sin incidentes [y] como condición de la entrega, los campesinos exigieron que la CORA los expropiara (fundos Normandía y Santa Eliana), si no ahora, al menos en algún momento, y que entonces ellos fueran integrados en el asentamiento. Este fue un acuerdo suscrito por el jefe zonal de la CORA, José Antonio Valenzuela<sup>107</sup>.

En septiembre de 1971, el MCR retomó las acciones directas. En la comuna de Cholchol, los militantes Juan y Luis Huenchuén Coñuepán lideraron la ocupación de treinta hectáreas usurpadas por el fundo Los Aromos, que correspondían a tierras ancestrales y estaban en poder de la agricultora Ruth Kinderley Parker:

La agricultora dijo que el pasado martes, los hermanos Juan y Luis Huenchuén Coñuepán se habían apropiado de 30 hectáreas [...]. La policía interrogó a los ocupantes, los que manifestaron que esas tierras pertenecían antiguamente a sus familiares y habían sido usurpadas. Del problema registrado se hizo cargo la Dirección de Asuntos Indígenas, organismo que deberá estudiar los títulos de dominio y ver la factibilidad de la denuncia de Ruth Kinderley. Como es habitual en estos casos se mantiene discreta vigilancia policial<sup>108</sup>.

Lo mismo ocurrió a fines de octubre en la comuna de Lautaro, donde comunidades mapuche asociadas al MCR se tomaron los predios San José de Ballona, San José Chico, Las Quinientas y Frederina, argumentando que estaban abandonados y debían ser expropiados<sup>109</sup>.

Octubre estuvo marcado por un hecho trágico para el MCR, cuyo impacto nacional agudizó el antagonismo entre la burguesía agraria y el campesinado mapuche de Cautín. La noche del 22 de octubre, alrededor de sesenta personas (cuarenta mapuche y veinte chilenos)<sup>110</sup> se tomaron el fundo Chesque en la comuna de Loncoche. El predio tenía ochocientos treinta hectáreas y cerca de ochenta de riego básico, y su propietario, el latifundista Martín Doyharzábal, lo tenía prácticamente abandonado. Ante la nula respuesta de la CORA, los campesinos del

**104-** Correa, et al., op. cit., p. 166.

**105-** *El Mercurio*, Santiago, 28 de agosto de 1971, en «Cronología de la Reforma Agraria en la Araucanía. Anexo n.º 2», en Correa et al., op. cit., p. 368.

**106-** Ídem.

**107-** *El Diario Austral* de Temuco, 26 de septiembre de 1971, p. 1.

**108-** Ídem.

**109-** Correa, et al., op. cit., p. 152.

**110-** Gavilán, op. cit. p. 207.



Asentamiento Michimalonco del MCR decidieron apoderarse del predio. Los hechos fueron registrados en un reportaje de la revista *Punto Final*:

El dueño de «Chesque», Martín Doyharcabal [sic], pidió auxilio de inmediato a los grupos que los terratenientes de Cautín, como en otras provincias del país, han armado y entrenado para hacer frente a los campesinos. Acompañados de tres carabineros de Loncoche, el grupo de latifundistas consiguió llegar hasta las casas del fundo, donde se atrincheraron y abrieron fuego con armas que escondían en ese lugar. Los carabineros se retiraron a Loncoche, pero regresaron más tarde y los campesinos aseguran que los policías también participaron en la lucha en que cayó muerto Huentelaf y en la que resultaron varios heridos. El gobernador de Loncoche, Eduardo Brito, militante del Partido Social Demócrata, fue avisado en tres oportunidades de lo que ocurría en el fundo «Chesque», pero se negó a abandonar una reunión para acudir al lugar del incidente<sup>111</sup>.

La reacción patronal volvió a causar la muerte de un campesino mapuche del MCR, Moisés Huentelaf, quien fue atacado por la espalda la misma noche de la ocupación. Un grupo liderado por Martín Doyharzábal llegó usando armas de fuego y le disparó al joven en el cráneo. La prensa dio cuenta de estos hechos del siguiente modo:

Doyharcabal [sic] se hizo acompañar más tarde por algunos amigos y su sobrino Hernán Muñoz y debidamente armados trataron de recuperar el predio, produciéndose un baleo que dejó en el campo un indígena muerto en forma instantánea. Luego, tanto el propietario como sus amigos fueron detenidos por Carabineros pasando a disposición de la Justicia del Crimen ayer a primera hora. El fundo mientras tanto sigue en poder de los ocupantes mapuches<sup>112</sup>.

Posteriormente, fueron detenidos los agricultores Martín Doyharzábal, Sergio Contreras y Enrique Andrews, además de doce mapuche y trabajadores agrícolas militantes del MCR, entre los que se encontraba el hermano de Moisés, Félix Huentelaf. La cantidad de detenidos aumentó a veinticinco<sup>113</sup>.

Víctor Molfinqueo señala que la muerte de Moisés Huentelaf se produjo dentro de un proceso creciente de ocupaciones en los campos de Loncoche durante 1971, año en que el MCR se tomó el fundo Casas Viejas y luego el colindante Ancahual. Estas acciones estuvieron guiadas por «la perspectiva de hacer un solo gran paño en esa zona»<sup>114</sup>, proyecto que había sido bien recibido y posteriormente aceptado por los funcionarios de la CORA y el INDAP. Molfinqueo, que presenció el crimen de Huentelaf, recuerda el hecho de esta manera:

Los grupos patronales de la zona nos matan a un compañero, Moisés Huentelaf, un cabro que había participado en nuestras recuperaciones. Resulta que nos tomamos este fundo y luego aparecen los patrones arriba en el cerro y comenzaron a disparar desde lejos, con carabinas seguramente porque los balazos silbaban por nuestras orejas, a pesar que estaban bastante lejos, por lo menos a 500 metros y nosotros nos arrancamos hacia un bajo. A este cabro lo alcanzó un balazo por detrás. Sin saber lo que iba a pasar, pero con la represión encima, algunos nos

**111-** «Lucha campesina: un polvorín bajo tierra», en *Punto Final*, Santiago, año VI, n.º 143, 9 de noviembre de 1971, p. 2.

**112-** *El Diario Austral* de Temuco, 24 de octubre de 1971, p. 1.

**113-** *El Diario Austral* de Temuco, 25 de octubre de 1971, p. 1; *El Diario Austral* de Temuco, 27 de octubre de 1971, p. 1; *El Diario Austral* de Temuco, 28 de octubre de 1971, p. 1.

**114-** Testimonio de Víctor Molfinqueo, en Railaf et al., p. 104.



alcanzamos a esconder y otros se quedaron porque dijeron «*mataron a uno de nuestros hermanos de la comunidad*». Y la represión llegó y los metieron a todos en cana. Y se tiraron unos siete en la cárcel, como treinta personas aproximadamente y unos diez nos arrancamos<sup>115</sup>.

Curiosamente, por orden de la Corte de Apelaciones de Temuco y el Juzgado de Loncoche, quedaron detenidos veintiún campesinos mapuche, mientras que los tres agricultores fueron rápidamente liberados. Félix Huentelaf, dirigente del MCR y hermano del comunero asesinado, estuvo siete meses encarcelado al igual que el resto de los detenidos. Un reportaje realizado por el periódico *El Rebelde*, órgano oficial del MIR, recogió las declaraciones de Félix Huentelaf durante su reclusión, las que expresan una clara conciencia de clase:

Ayer nosotros teníamos seguridad de que íbamos a conseguir la libertad. En realidad los abogados habían dicho que antes de los seis meses no podíamos hacer nada, pero que después de seis meses teníamos la libertad. Pero no fue así. La Corte de Apelaciones no dio la libertad. Eso lo tenemos muy claro todos los compañeros del Chesque [...], no nos dio la libertad, bueno, porque no hay un compañero, por último, en la Corte de Apelaciones. Por último, un trabajador no es ministro. Por último, un trabajador no es juez. No es un abogado. Entonces, por eso no tuvimos libertad [...]. Sabemos que la ley que existe en Chile es una ley clasista, dominante, que favorece a una clase y derroca a la clase trabajadora [...] y aquellos ministros momios que estaban allí defendiendo a sus compadres, los compadres terratenientes, los compadres monopolistas, los compadres dueños de fábricas, digamos, esos ministros son compadres con todos esos momios [...]. Pero nosotros tenemos claro que la mayoría en Chile, los otros trabajadores están a favor de nosotros, diciendo los trabajadores del Chesque están allí por las leyes, porque la justicia es clasista y porque si no fuera la justicia clasista, bueno, estarían los momios que los desalojaron y que mataron al compañero Moisés Huentelaf [...]. Y aquellos gallos que están allá en el Congreso, en el Parlamento, en el Senado, todos son gallos momios que son hijos de momios, de terratenientes, hijos de latifundistas<sup>116</sup>.

El MCR decidió realizar el funeral de Moisés Huentelaf de forma masiva, pero las autoridades no lo permitieron porque la situación política en la zona estaba sumamente tensa y cualquier incidente podía perjudicar la gobernabilidad<sup>117</sup>. El MIR y el MCR reaccionaron organizando un acto político multitudinario en el Teatro Municipal de Temuco en homenaje a Huentelaf, el 1 de noviembre de 1971. El secretario general del MIR, Miguel Enríquez, se hizo presente a nombre de la Dirección Nacional del partido para «rendir un homenaje a Moisés Huentelaf: campesino, mapuche, revolucionario y militante de nuestro movimiento»<sup>118</sup>. Enríquez señaló que el asesinato había sido una expresión política de lo que ocurría en Chile en esos momentos y debía servir como ejemplo para seguir impulsando con más fuerza la acción revolucionaria contra las clases dominantes y el Estado capitalista:

115- Ídem.

116- «Chesque: Patronos libres, campesinos presos porque la ley es momia. Reportaje a Félix Huentelaf», *El Rebelde*, Santiago, n.º 33, 6 de junio de 1972, pp. 6-7. Para conocer de manera más profunda los análisis y repercusiones de la muerte de Moisés Huentelaf y el injusto encarcelamiento por 7 meses de los 21 mapuche, véase *El Rebelde*, Santiago, n.º 33, 6 de junio de 1972, p. 5; *El Rebelde*, Santiago, n.º 35, 20 de junio de 1972, p. 2; *El Rebelde*, Santiago, n.º 49, 26 de septiembre de 1972, p. 7.

117- Saavedra, *Te cuento otra vez...* op. cit., p. 99.

118- «Discurso del secretario general del MIR a nombre de la Dirección Nacional, en Cautín el lunes 1 de noviembre de 1971 en homenaje a Moisés Huentelaf, héroe de la lucha campesina», en *Punto Final*, suplemento de la edición n.º 143, martes 9 de noviembre de 1971, p. 3.

Así perdió la vida Moisés Huentelaf, campesino, mapuche y revolucionario. A los 24 años de edad, después de tres años de militancia en el MIR, deja una compañera y dos hijos. Tenía tierra, la había conquistado poco tiempo antes, pero había dedicado su vida a luchar por conquistar la tierra para todos los trabajadores y a combatir a los terratenientes. Moisés Huentelaf, héroe de la lucha de los campesinos [...]. El mejor homenaje que podemos rendirle es a partir de su muerte explicar a los campesinos y al pueblo qué ocurre hoy en Chile, en qué consiste este proceso lleno de avances y retrocesos. Lo haremos no erigiéndonos en jueces, no como observadores ajenos al proceso, sino como partes de él, comprometidos como estamos en su resultado y destino<sup>119</sup>.

Juan Saavedra fue el responsable de las gestiones, infraestructura y logística para realizar la actividad (arriendo del teatro, recursos, propaganda radial, movilización de campesinos-mapuche en microbuses, preparativos, etc.) y recibir Miguel Enríquez en Temuco. En su testimonio, describe la importancia que tuvo el evento para el MCR y el MIR, sobre todo, por la presencia de su máximo dirigente. La actividad terminó en una masiva marcha por las calles de la ciudad:

Miguel Enríquez ya era un líder nacional indiscutido. El MIR irrumpía con fuerza en la escena social y política, y en los medios de comunicación había un interés por conocer al líder de estos estudiantes que, en poco tiempo, habían penetrado todos los estratos de la sociedad chilena, en especial los más pobres. En este contexto, y en plena agitación campesina en la región de Cautín, se preparó la venida de Miguel a Temuco. El acto central sería una masiva concentración en el Teatro Municipal, con una capacidad de hasta unas tres o cuatro mil personas. Desde Santiago llegaron los recursos para financiar un acto que tenía que ser promovido con avisos en las radios, y que también implicaba movilizar en micros a campesinos que tenían que venir de sus tierras, además de otros preparativos acordes [...]. La actividad resultó todo un éxito. El teatro, abarrotado de campesinos y de trabajadores de Temuco, fue el marco para un encendido discurso de Miguel. Terminada la concentración, se salió en marcha por las calles del centro de Temuco. Todo un éxito para el MIR<sup>120</sup>.

Un mes y medio después del crimen Moisés Huentelaf, el fundo Chesque fue expropiado por la CORA en favor de los mapuche demandantes, que lo bautizaron Asentamiento Michimalonco<sup>121</sup>. Los veintiún campesinos ya habían sido liberados, y *El Rebelde* registró el procedimiento que se llevó a cabo para aplicar la reforma agraria en el fundo y organizar su nuevo funcionamiento, así como el papel desempeñado por el Consejo Provincial Campesino de Cautín. También destacó los planteamientos del secretario del Consejo, Félix Huentelaf, frente a la coyuntura política que se vivía en ese momento:

Ahora la CORA les entregó sus tierras. Félix Huentelaf, Secretario General del Consejo Provincial Campesino de Cautín, planteó durante la entrega del predio las nuevas tareas de los campesinos del Chesque. El fundo funcionará como CERA junto al predio Michimalongo. Como el propietario de Chesque lo dejó desmantelado, los trabajadores de Michimalongo pondrán las herramientas y maquinarias para empezar a trabajar inmediatamente el CERA. En la toma de posesión del predio participaron los 21 campesinos que estuvieron presos, el jefe de Área de CORA en Villarrica, Mario Ríos, y Félix Huentelaf por el Consejo Campesino. Las hectáreas entregadas a los campesinos son 430. La lucha que los trabajadores de Chesque iniciaron hace ocho meses aún no ha terminado. Y ellos así lo entienden. Desde el Consejo Comunal están exigiendo una nueva

119- Ídem.

120- Saavedra, *Te cuento otra vez...* op. cit., p. 99.

121- Correa, et al., op. cit., p. 167.

ley de Reforma Agraria para los campesinos, que los trabajadores decidan en sus organismos de base y que se les dé cárcel a los patronos, a los asesinos de Moisés Huentelaf<sup>122</sup>.

Lejos de detener el impulso del MCR, la muerte de Moisés Huentelaf sirvió de estímulo para continuar con las movilizaciones y conseguir una reforma agraria revolucionaria. La conquista del fundo Chesque también fue un aliciente y el movimiento realizó una concentración en la plaza Pinto de Temuco el 19 de noviembre de 1971, a la que asistieron aproximadamente quinientas personas, entre comuneros mapuche y campesinos provenientes de Lautaro y Loncoche. Los manifestantes exigieron públicamente una «Reforma Agraria Revolucionaria a cambio de la Reforma Agraria de los ricos» y propusieron que las expropiaciones no consideraran las cabidas de los fundos ni indemnizaciones ni reservas para sus propietarios, e incorporaran las maquinarias e instalaciones de los predios para asegurar la producción<sup>123</sup>. A fines de noviembre, el Comité de Cesantes Moisés Huentelaf, de Choroico, ocupó el fundo Los Retazos, de trescientas ochenta hectáreas, propiedad del latifundista Hernán Urrutia. El grupo de quince personas que ejecutó la acción contaba con la colaboración de cinco campesinos del Asentamiento Fidel Castro, quienes unas semanas antes se habían tomado la reserva legal del exfundo Caracas, propiedad de Félix García<sup>124</sup>.

Durante los últimos meses de 1971, las expropiaciones en beneficio de comunidades mapuche fueron escasas. Sin embargo, el 3 de diciembre, la CORA decidió expropiar los fundos de las comunas de Loncoche y Carahue tomados por el MCR y el Movimiento Netuaiñ Mapu<sup>125</sup>, que eran demandados por diversas comunidades.

De esta manera, culminaba el año para el MCR en Cautín. Las expropiaciones de fundos, la conformación de órganos de poder campesino (consejos comunales de base) y, sobre todo, la agudización de la conflictividad rural habían marcado el primer año del gobierno de la Unidad Popular. Las muertes que se produjeron en ambos bandos<sup>126</sup> constituyeron un precedente para lo que sucedió en 1972, cuando las diferencias entre los sectores antagónicos y la violencia política se intensificaron, y los latifundistas comenzaron a reaccionar de manera más organizada

**122-** *El Rebelde*, Santiago, n.º 45, 28 de agosto de 1972, p. 7.

**123-** *El Diario Austral* de Temuco, 19 de noviembre de 1971, p. 11; *El Diario Austral* de Temuco, 20 de noviembre de 1971, p. 11. Citados en Correa et al., op. cit., p. 153.

**124-** *El Diario Austral* de Temuco, 1 de diciembre de 1971, p. 1.

**125-** El Movimiento Netuaiñ Mapu fue una organización política mapuche creada bajo el alero del Partido Comunista Revolucionario (PCR) de inspiración político-ideológica maoísta. Fue un actor político importante en las movilizaciones mapuche de recuperación de tierras que también utilizó las corridas de cercos y tomas de fundos para acelerar la aplicación de la reforma agraria en Cautín. Sus acciones se concentraron principalmente en las comunas de Cunco, Nueva Imperial y Carahue. En cuanto a su conformación orgánica, estuvo integrado fundamentalmente por estudiantes mapuche afiliados al PCR. Si bien generó un impacto significativo, su fuerza política no alcanzó la masividad del MCR. Apareció en la escena rural a mediados de 1971 y se sumó a la presencia del MCR en el ámbito de las reivindicaciones mapuche dentro del contexto de la reforma agraria. Para conocer en profundidad la movilización del Netuaiñ Mapu y su impacto en la sociedad rural de Cautín, véase Correa et al., op. cit., pp. 149-157.

**126-** A las muertes del agricultor Rolando Matus, de los mapuche del MCR Juan Huilipan y Moisés Huentelaf, y del estudiante mirista Jorge Fernández, se sumaron las muertes de los hermanos Francisco y Ramón Cheuquelen, vinculados al Movimiento Netuaiñ Mapu, que formaban parte del grupo de comuneros que se habían tomado el fundo Huilio en la comuna de Nueva Imperial el 22 de noviembre de 1971. Los propietarios del fundo ingresaron disparando contra los mapuche para retomar el predio, lo que produjo la muerte de los dos jóvenes. Para conocer en detalle estos hechos, véase Correa et al., op. cit., pp. 156-157.

y permanente. Estos fenómenos encontraron su clímax en septiembre de 1973, con el golpe civil-militar liderado por Augusto Pinochet.

### 4.3 EL MCR, LA INSURRECCIÓN DE LA BURGUESÍA AGRARIA Y EL GOLPE MILITAR (1972 - 1973)

Las acciones que lideró el MCR no lograron masificarse durante 1972, y la tendencia siguió siendo el repliegue. De hecho, gran parte de las recuperaciones de ese año fueron producto de los compromisos que habían establecido las comunidades mapuche y el Gobierno durante las movilizaciones del año anterior. Un factor que incidió en esta situación fue la violenta reacción patronal que se organizó en 1972 para detener el avance de la reforma agraria, defender la propiedad particular de la tierra y contrarrestar el poder que el MCR había acumulado al interior del movimiento mapuche-campesino. En este contexto, comenzaron a actuar los comités de retoma, organizaciones paramilitares constituidas por los dueños de los fundos para detener y reprimir por la vía armada las ocupaciones, adelantándose a la intervención del Gobierno. Fue así como el MCR y el movimiento campesino en general se vieron enfrentados a «la violencia organizada por la derecha política y las organizaciones de agricultores, que implementaron como respuesta a las ocupaciones de fundos propiciadas por las comunidades y sus organizaciones la “retoma” armada de los predios»<sup>127</sup>. Para el sector patronal y el Partido Nacional, la aplicación de la reforma agraria y el accionar del MCR los obligaban defender violentamente el sistema latifundista, argumento que movilizó a muchos patronos a repeler las ocupaciones por medio de las armas<sup>128</sup>.

No obstante la crítica atmósfera que envolvió al agro de Cautín durante todo el año 1972, el Gobierno de Salvador Allende se mostró dispuesto a seguir devolviendo las tierras usurpadas al pueblo mapuche, voluntad que se materializó principalmente en agosto, cuando varios predios fueron expropiados a favor de comunidades adscritas al MCR<sup>129</sup>.

En febrero de ese año, el MCR había reimpulsado el alicaído movimiento mapuche con una corrida de cercos en la comuna de Lautaro para recuperar las tierras de las comunidades Pedro Huilcal e Ignacio Huilquilao. La acción tuvo lugar en los fundos Santa Ana y Las Piñas, de los propietarios Lorenzo Taladriz y Alfredo González, respectivamente:

Los hechos se produjeron a las 7,30 horas de la mañana de ayer cuando alrededor de 50 mapuches pertenecientes a las comunidades de Pedro Huilcal e Ignacio Hueiquilao, integrados en el Movimiento Campesino Revolucionario (MCR), procedieron a ocupar 67 hectáreas sembradas de trigo pertenecientes al fundo «Santa Ana» de Lautaro, propiedad de Lorenzo Taladriz Alvarez, y 6 hectáreas del fundo «Las Piñas» de Alfredo González Taladriz<sup>130</sup>.

*El Diario Austral* de Temuco recogió los testimonios de los comuneros, que reivindicaban la acción como un acto de justicia y estaban decididos a defender las tierras que los colonos les habían usurpado a sus abuelos:

127- *Ibíd.*, p. 171.

128- Cárcamo, «Los orígenes...», *op. cit.*, p. 325.

129- Correa et al., *op. cit.*, p. 171.

130- *El Diario Austral* de Temuco, 2 de febrero de 1972, p. 1.

Estamos reclamando el derecho de los viejos, dijeron. Y no nos salimos mientras no nos den solución. Lo que queremos es el terreno y la cosecha. Harto ya se aprovechó el caballero de nosotros y se enriqueció, así que nos quedamos también con el trigo, con la cosecha. Vino el gobernador y nos propuso entregar la siembra. Pero no le aguantamos. Es bastante lo que se han aprovechado estos caballeros con la tierra de nosotros. Y si nos vienen a sacar a balazos, aquí estamos nosotros para defendernos. Aunque no tenemos más armas que estos palos<sup>131</sup>.

El gobernador del departamento de Lautaro, Alonso Neira, consideró que la demanda era legítima y señaló que la acción formaba parte de una disputa de tierras no resuelta entre el latifundista Lorenzo Taladriz y las comunidades demandantes. La autoridad señaló: «Los terrenos correspondían a esta comunidad y fueron usurpados legalmente con engaños, tradicionalmente usados, pasando de esta forma a manos de extraños»<sup>132</sup>.

A comienzos de 1972, los latifundistas estaban bien organizados para defender sus intereses. Ya en octubre del año anterior, la Federación de Sindicatos de Empleadores Agrícolas de Cautín (su expresión gremialista) había decidido constituir y articular una red de grupos armados con el objeto de proteger los fundos de sus socios<sup>133</sup>. La clase patronal de Cautín comenzó a utilizar su poder armado cada vez que las comunidades ocupaban los fundos, y los mapuche, a pesar de su superioridad numérica, solo contaban con palos y garrotes para defenderse. Hugo Cancino refrenda esta afirmación cuando señala que las «armas simbólicas de los milicianos del MCR de Lautaro y de otras localidades, no pudieron defender las posiciones conquistadas frente a las metralletas y rifles de los patrones»<sup>134</sup>.

El mismo día que los comuneros corrieron los cercos en Las Piñas y Santa Ana, los patrones comenzaron a organizar la retoma y, al día siguiente, a las 20:30 horas, una caravana de cincuenta vehículos y aproximadamente ciento veinte personas llegaron hasta las casas del primer fundo. La Federación de Sindicatos de Empleadores Agrícolas de Cautín y el Sindicato de Empleadores Agrícolas de Lautaro, presidido por Carlos Podlech, habían organizado previamente un comité de retoma de setenta latifundistas. Entre los que actuaron en Las Piñas, estaban Lorenzo Taladriz, Carlos Barba, Miguel Fuchslocher y Luis Eguiguren<sup>135</sup>, quienes retomaron el fundo a balazos, aunque sin provocar heridos. El comité de retoma logró su objetivo y los predios fueron restituidos a los latifundistas. Cinco indígenas (cuatro hombres y una mujer) fueron detenidos y liberados más tarde por falta de pruebas. Según la prensa, los mapuche habían disparado contra la caravana que se aproximaba al fundo, lo que había provocado una balacera rápidamente contenida por Carabineros, que había decomisado un rifle calibre 22 «sin disparar que yacía oculto entre los trigales»<sup>136</sup>. Es necesario mencionar que el diputado del Partido Nacional Óscar Schleyer había acudido a la Gobernación acompañado de Miguel Fuchslocher y Gonzalo Taladriz para notificarle directamente al gobernador que iban a desalojar por la fuerza a los mapuche que mantenían ocupado el fundo bajo la dirección del MCR. La prensa recogió el testimonio de Alonso Neira sobre este hecho:

**131-** *El Diario Austral* de Temuco, 2 de febrero de 1972, p. 6.

**132-** *El Diario Austral* de Temuco, 2 de febrero de 1972, p. 1. Citado en Correa et al., op. cit., p. 172.

**133-** Cancino, op. cit., p. 186.

**134-** Ídem.

**135-** «Cautín: la región del fascismo devoto», op. cit., p. 23.

**136-** Correa et al., op. cit., p. 172.

A las 19.30 horas llegó a conversar conmigo el diputado del Partido Nacional Oscar Schleyer, junto al señor Fuschlocher y al señor González Taladriz, propietario del fundo «Las Piñas», y me manifestaron que los agricultores iban a hacer la retoma, pero pedían que el gobernador actuara. Les dije que tenía instrucciones del Ministro del Interior en el sentido de que se procedería a agilizar la solución de este problema. Me dijeron, entonces, que iban a detener a los agricultores, sin embargo, se agregaron a la caravana que estaba lista para partir, pasado el puente a Curacautín. El Mayor de Carabineros que venía de dejar el relevo, se encontró con ellos, les dijo que se atuviera a lo legal, y continuó hacia Lautaro. Me fui a la Comisaría, donde encontré al Mayor, y nos dirigimos de inmediato al sitio del suceso. Allí, encontramos a los agricultores como a 200 metros de donde estaban los mapuches. Me rodearon los agricultores y fui increpado en forma matonesca por don Pablo Goebbels y un señor García. Me dijeron que habían sido blanco de unos disparos de los indígenas, les dije que eran culpables por su actitud matonesca. Estaban también allí Carlos Massman y Domingo Durán [...]. Tengo la certeza de que iban preparados y que ellos empezaron los disparos. En el día de hoy, el gobierno iba a desalojar a los mapuches. Tomamos las patentes de los vehículos para hacer la denuncia correspondiente. Lo grave es que estuvieran encabezados por dos parlamentarios: don Oscar Schleyer y René García. La forma de operar fue tipo comando [...]. A los mapuches se les detuvo por la orden dictada por el juez el día anterior y habían ido a buscar refugio a los Carabineros, huyendo de los disparos a los agricultores. Estuvo a punto de ocurrir una masacre. Había cinco carabineros efectuando vigilancia policial, que fueron testigos oculares de los hechos. Entre los agricultores había gente que no tenía nada que ver con los agricultores [...], entre ellos Carlos Barba, elemento aventurero, procesado por varios delitos<sup>137</sup>.

El grupo patronal cumplió su objetivo político al desalojar directamente a las comunidades del fundo en disputa. La solidaridad de clase y la defensa colectiva de los intereses comunes también se daba al interior del sector latifundista, y la correlación de fuerzas sociales estaba cada vez más a favor de la clase gremial representada por la Federación de Sindicatos de Empleadores Agrícolas de Cautín y el Partido Nacional. En su sesión del 7 de febrero de 1972, la Federación de Sindicatos de Empleadores Agrícolas de Yungay destacó el exitoso desalojo de las comunidades mapuche del fundo Las Piñas y llamó a fortalecer el apoyo y converger en espacios ampliados con el objetivo de «demostrar [...] la solidaridad de los agricultores de la provincia para con el afectado, su familia y sus colaboradores»<sup>138</sup>.

En este contexto, «una segunda ola de tomas se concentró entre marzo y junio de 1972»<sup>139</sup>. El 23 de marzo, el MCR apareció al sur de Carahue, en la localidad de Nehuentúe. Cincuenta y un campesinos de los fundos Nehuentúe y San Antonio, de propiedad de Mario y Sergio Álvarez, respectivamente, ocuparon los predios de aproximadamente quinientas hectáreas cada uno, junto con sus familias y colaboradores de asentamientos cercanos, que sumaron en total unas quinientas personas. Los fundos fueron transformados en el Campamento Jorge Fernández, en homenaje al estudiante mirista fallecido un año antes en el fundo Moncul<sup>140</sup>. Este campamento estaba compuesto por «obreros de los fundos en colaboración con afuerinos del sector, Mapuche y no-Mapuche» y se estableció, según los ocupantes, para evitar «la

137- *El Diario Austral* de Temuco, 8 de febrero de 1972, p. 1. Citado en Correa et al., op. cit., pp. 172-173.

138- Ídem.

139- Mallon, op. cit., p. 129.

140- *El Diario Austral* de Temuco, 24 de marzo de 1972, pp. 1 y 6.

descapitalización y el sabotaje de parte de los ex-dueños entre el decreto de expropiación de 24 de marzo y la toma en posesión por CORA el 31 de marzo»<sup>141</sup>.

A mediados de año, en el contexto de un nuevo modelo de administración agraria impulsado por el Gobierno y el ejercicio del poder popular a nivel local, se creó el Centro de Producción (CEPRO) Jorge Fernández en el exfundo Nehuentúe. El Estado prestó apoyo financiero y asistencia técnica para fomentar la producción de la vasta extensión territorial que pasó a depender del CEPRO, lo que significó la profundización y radicalización del proceso de reforma, con varios asentamientos y CERA funcionando de forma eficaz. El MIR y el MCR desempeñaron un papel fundamental en la puesta en marcha y articulación de esta iniciativa:

Finalmente, con la ayuda del MIR y el MCR, una coalición de asentamientos, CERAs y CEPROs se extendió de Arnoldo Ríos a Lobería y Jorge Fernández, estableciendo conexiones también del otro lado del río Imperial, no solo con el CEPRO ya mencionado, sino que también con los asentamientos creados en las otras hijuelas sureñas del ex-fundo Esperanza. Esta coalición emergente tenía como meta radicalizar el proceso del poder popular, educarse políticamente, y preparar una respuesta a la violencia terrateniente<sup>142</sup>.

A medida que avanzaba 1972, continuaron las ocupaciones de fundo lideradas por el MCR y las respuestas armadas de los comités de retoma. A mediados de abril, veinticinco integrantes del MCR ocuparon el fundo Los Pinos en la comuna de Toltén, cuyo propietario era Abelardo Mora, y exigieron la expropiación de sus mil doscientas hectáreas<sup>143</sup>. El Consejo Comunal Campesino de Toltén expuso las razones en una carta dirigida a la opinión pública:

Con fecha 17 de abril del pte., se llevó a efecto la toma de dicho predio por un grupo de campesinos para exigir la expropiación del campo, cansados de trámites y promesas que gobiernos anteriores le han hecho y con la imposibilidad del actuar por existir trabas legales herencia de las administraciones anteriores y el régimen viciado de sociedad capitalista<sup>144</sup>.

Al día siguiente, los comités de retoma hirieron de bala a los mapuche Ignacio Antileo Calmunil, Pascual Landeros Curilaf y Antonio Landeros Antileo, además de una menor de seis años que se encontraba a mil metros de distancia del fundo. Los latifundistas volvieron a lograr sus objetivos y el predio fue restituido a su propietario<sup>145</sup>. El Gobierno tomó cartas en el asunto y pidió aplicar la Ley de Seguridad Interior del Estado tanto a los ocupantes como a los retomadores, hecho que ponía de manifiesto la intranquilidad que le generaba la conflictiva situación política del agro de Cautín. Las autoridades se oponían a la acción directa, independientemente de si provenía del MCR o de los agricultores. El intendente de Cautín expresó claramente la postura del Gobierno en la denuncia que presentó ante la Corte de Apelaciones de Temuco:

**141-** El caso de la toma de los fundos Nehuentúe y San Antonio y el Campamento Jorge Fernández se encuentra registrado en Intendencia de Cautín, correspondencia recibida, 1972, «Copia del Oficio del gobernador de Imperial Audito Gavilán Tapia al subsecretario del Interior, Santiago, remitiendo Declaración del Campamento Jorge Fernández de Nehuentúe», Imperial, 3 de abril de 1972. Fuente citada en Mallon, op. cit., p. 130.

**142-** Mallon, op. cit., p. 131.

**143-** *El Diario Austral* de Temuco, 18 de abril de 1972, p. 6.

**144-** «Carta a la opinión pública enviada por el Consejo Comunal Campesino de Toltén», ARA, Temuco, FIC, Tomo 454, s/f. Citado en Cárcamo, «Los orígenes...», op. cit., p. 316.

**145-** *El Diario Austral* de Temuco, 19 de abril de 1972, p. 1.



Los ocupantes no han sido sino incitados a esa actitud por el «MOVIMIENTO CAMPESINO REVOLUCIONARIO» (MCR), por lo que los elementos de este movimiento que hubieren efectivamente llevado a los campesinos a esa conducta ilegal son los que deben, realmente, responder ante la ley penal por los o el delito que se denunciara<sup>146</sup>.

La violencia política volvió a manifestarse el domingo 14 de mayo de 1972 en la comuna de Puerto Saavedra, donde comunidades mapuche dirigidas por el MCR se tomaron los fundos La Esperanza, de los hermanos Landarretche, y San Pablo, de Pablo Lüer. Siguiendo la tónica de su comportamiento anterior, los latifundistas organizaron a unos cuarenta agricultores y realizaron la retoma al día siguiente premunidos con escopetas. Los disparos hicieron que los comuneros abandonaran el fundo, y los propietarios recuperaron los terrenos<sup>147</sup>.

La reacción de los terratenientes se repitió en la comuna de Lautaro el 16 de mayo. Treinta agricultores armados con rifles, carabinas, revólveres y metralletas, que se movilizaban en siete vehículos, retomaron el fundo Muco, que había sido recuperado por comunidades mapuche ligadas al MCR, e hirieron a cinco militantes. Igual que en el resto de las retomas, los ocupantes no estaban armados y no opusieron mayor resistencia<sup>148</sup>. El hecho fue detalladamente registrado por la prensa local:

5 heridos del MCR: Retoma en Lautaro: Con cinco militantes del MCR heridos, cuatro a balas y tres de ellos graves, regresó ayer la violencia y la sangre a Lautaro, cuando aproximadamente a las 15 horas un grupo de empresarios agrícolas, movilizados en 20 vehículos, se «retomaron» el fundo Muco, propiedad de Tomasa Rivas. El Gobernador Alonso Neira manifestó que «Los agricultores llegaron en 20 vehículos, comenzando a disparar contra los campesinos desde unos 100 metros de la entrada del fundo. No fue enfrentamiento, los campesinos no dispararon. Las cápsulas encontradas en el lugar del asalto por la policía son de diferentes tipos, muchas de arma larga». En el Hospital de Lautaro se encuentran tres heridos graves y dos menos graves. Los graves son Juan Trancal, Marín Mila Ñiripil, y otro aún no identificado; menos grave se encuentran Segundo Antipe y Segundo Trancal. El Gobernador expresó que según los campesinos hay otros heridos que huyeron a los potreros, como el caso del último en llegar y no identificado aún<sup>149</sup>.

Los conflictos que se produjeron durante el primer semestre de 1972 evidenciaron que la resistencia patronal no solo buscaba proteger gremialmente sus propiedades de las acciones del MCR y el movimiento indígena en general, sino impedir la materialización de la reforma agraria impulsada por el Gobierno de la Unidad Popular. En estricto rigor, los comités de grandes propietarios también realizaron acciones directas en la Araucanía, pero utilizaron tal cantidad de armamento que alcanzaron un nivel de organización paramilitar. Ya a mediados de 1971, los campesinos mapuche habían señalado a la prensa: «Göebel [sic] con Taladriz y Carlos Podlech tenían metralletas y nos corrían balas»<sup>150</sup>, pero esta violencia se fue incrementando

**146-** «Denuncia del intendente Gastón Lobos Barrientos ante la Corte de Apelaciones de Temuco por infracción a la Ley de Seguridad Interior del Estado, Temuco, 21 de abril de 1972. ARA, Temuco, FIC, Tomo 376, s/f. Citado en Cárcamo, «Los orígenes...», op. cit., p. 326. (Mayúsculas en el original).

**147-** *El Diario Austral* de Temuco, 17 de mayo de 1972, p. 1. Citado en Correa et al., op. cit., p. 174.

**148-** «Cautín: la región del fascismo devoto», op. cit., p. 23; *El Diario Austral* de Temuco, 17 de mayo de 1972, p. 1.

**149-** *El Diario Austral* de Temuco, 17 de mayo de 1972, p. 1.

**150-** *El Diario Austral* de Temuco, 31 de julio de 1971. Citado en Correa et al., op. cit., p. 176.



cada vez más hasta alcanzar su grado máximo durante el primer semestre de 1972. El subsecretario de Tierras y Colonización, Lautaro Ojeda, también había advertido en noviembre de 1971: «Los elementos de la derecha nacional, los dueños de fundos afectados por las medidas de la Reforma Agraria, han estado actuando y organizándose y acumulando armas y realizando algunas acciones»<sup>151</sup>. Efectivamente, reconocidos militantes del Partido Nacional eran latifundistas de la zona afectados por las tomas de fundos y las expropiaciones, y su filial de Temuco encaró públicamente al Gobierno el 12 de febrero de 1972 e incluso expresó su voluntad de poner término a la Unidad Popular: «Marxistas ¡Sus días están contados! ¡Viva Chile!»<sup>152</sup>.

Además del Partido Nacional, los comités de retoma de la provincia de Cautín estaban compuestos por algunos militantes del Partido Demócrata Cristiano, como el grupo de empresarios que controlaban la cadena SOPEPUR (Sociedad Periodística del Sur), dueña del diario *El Austral* de Temuco, que se transformó en la tribuna de los latifundistas de la región y la derecha política local. A través de sus páginas, estos se oponían sin disimulo al proceso de reforma agraria y la movilización campesina-mapuche del MCR y el Netuaiñ Mapu.

En general, los grandes propietarios y sus organizaciones se agruparon política e ideológicamente en los partidos y movimientos de oposición y estuvieron representados gremialmente por la Sociedad Nacional de Agricultura (SNA), el Consorcio Agrícola del Sur (CAS) y la Federación Provincial de Sindicatos de Empleadores Agrícolas de Malleco y Cautín<sup>153</sup>.

Los principales protagonistas de la reacción patronal en la provincia de Cautín fueron grandes latifundistas, como los hermanos Carlos y Alfonso Podlech, Pablo Goebbels, Carlos Taladriz, Miguel Fuchslocher, Adolfo Werner, Guillermo Coulon y Luis Eguiguren. Asimismo, hubo senadores y diputados comprometidos orgánicamente con el Partido Nacional, como Víctor Carmine, Carlos Schlager, René García, Hardy Monberg y Óscar Schleyer, quienes, en su mayoría, poseían grandes latifundios en la Araucanía<sup>154</sup>.

Como consecuencia de la reacción de los comités de retoma, las acciones del MCR y la movilización de las comunidades mapuche se redujeron durante el primer semestre de 1972. Las expropiaciones realizadas por la CORA entre enero y agosto de ese año también influyeron en el repliegue del movimiento, que vio restituidas varias de las tierras que se había tomado mientras esperaba la intervención de los organismos del agro. El 25 de mayo fue expropiado el fundo Muco Bajo en la comuna de Lautaro (635,9 hectáreas), propiedad de Tomasa Rivas, que dio origen al Asentamiento Los Encinos. Luego, el 23 de junio fue expropiado el fundo Santa Ana (671,2 hectáreas; 97,3 de riego básico), también en la comuna de Lautaro, de Pablo Paslack Weber, y restituido a la comunidad mapuche Casimiro Cayumil, donde se formó el Asentamiento La Espiga. Posteriormente, el 20 de julio fue expropiado el fundo Nehuentúe (563,4 hectáreas; 36,4 hectáreas de riego básico), de propiedad de Mario Antonio Álvarez Lara, en la comuna de Carahue. El mismo día, fue restituida la Hijueta n.º 1 del título de merced perteneciente a la comunidad mapuche María Dolores Chavarría, la que se encontraba en poder del latifundista José Datwiller Weibel, en la comuna de Lautaro. Finalmente, el 11 de agosto la CORA intervino el fundo Muco Bajo en la misma comuna y restituyó las tierras a las

**151-** *El Diario Austral* de Temuco, 21 de noviembre de 1971. Citado en Correa et al., op. cit., p. 176.

**152-** Correa et al., op. cit., p. 176.

**153-** *Ibidem*, p. 175.

**154-** Rivera, op. cit. pp. 6-7; Correa et al., op. cit., p. 175.

comunidades Ñirripil y Blanco Lepín que, luego de habérselo tomado en julio del año anterior, lo habían devuelto bajo el compromiso de que sería incorporado en los planes de expropiación que la CORA había establecido para 1972<sup>155</sup>.

Gran parte de los predios expropiados por la CORA en la Araucanía durante este periodo tenían menos de cuarenta hectáreas de riego básico, medida que generó el rotundo rechazo de la oposición política, que argumentó que la medida contravenía el criterio de inexpropiabilidad consignado en la Ley de Reforma Agraria. Parlamentarios de la Democracia Cristiana presentaron un proyecto a mediados de junio de 1972 para frenar estas expropiaciones y modificar la Ley 16640/1967 estableciendo la inexpropiabilidad de estos predios incluso cuando concurrieran otras causales como la mala explotación o el abandono. El proyecto no fue aprobado por el Senado y el Gobierno continuó expropiándolos y restituyéndolos directamente a las comunidades mapuche, siempre y cuando estuvieran sujetos a las causales que establecía la ley<sup>156</sup>.

Por todas estas razones, durante el segundo semestre de 1972, no hubo conflictos comparables con los de la primera mitad del año. Sin embargo, la tensión política seguía latente debido al descontento que acumulaban los sectores patronales y de oposición producto de la campaña de expropiaciones realizada por el Gobierno entre enero y agosto de 1972. Por su parte, el MCR, que había reducido su actividad a la espera de las restituciones de tierras usurpadas dentro y fuera de los títulos de merced, emergió con nuevas reivindicaciones. A comienzos de septiembre, familias mapuche asociadas al movimiento ocuparon el fundo Casablanca en la comuna de Lautaro, cuya toma de posesión para ser entregado a la Dirección de Asuntos Indígenas no se había concretado, a pesar de haber sido expropiado por la CORA. En este caso, los mapuche fueron desalojados por Carabineros<sup>157</sup>.

Finalmente, en octubre de 1972, el MCR consiguió recuperar 1.053 hectáreas reivindicadas que estaban integradas al fundo Los Boldos en la comuna de Toltén gracias a dos expropiaciones de la CORA<sup>158</sup>. Con esto, se terminó el proceso institucional de restitución de tierras usurpadas a las comunidades mapuche afiliadas al MCR durante 1972 y se resolvieron varias de las demandas territoriales del movimiento político. Aun así, quedaron numerosos conflictos por resolver que debieron ser abordados al año siguiente por las autoridades del agro.

Durante los primeros meses de 1973, el campesinado mapuche no realizó acciones directas en la provincia de Cautín. Las movilizaciones recién se reactivaron a mediados de año, cuando la CORA reinició las expropiaciones. Sin embargo, el MCR no estuvo involucrado en estas tomas y solo reapareció en el escenario político-rural de Cautín un mes antes del golpe civil-militar que acabaría con su existencia. El 7 de agosto, comunidades mapuche del MCR se tomaron dos fundos en la comuna de Lautaro de forma pacífica, tal como señaló la prensa regional:

A las 11.30 horas de ayer fueron «tomados» por 40 mapuches del Movimiento Campesino Revolucionario, MCR, los fundos «San Ramón» y «Tres Esquinas», de 550 y 480 hectáreas, pertenecientes a Sergio Madrid y a Carlos San Martín. El parte policial, junto con señalar que

155- Correa et al., op. cit., pp. 179-181.

156- *Ibidem*, pp. 177-189.

157- *El Diario Austral* de Temuco, 6 de septiembre de 1972, p. 7. Citado en Correa et al., op. cit., p. 189.

158- Correa et al., op. cit., p. 203.

los autores de la toma pertenecen al MCR, agrega que no portaban armas, que no secuestraron personas ni levantaron barricadas, limitándose a cerrar los accesos con palos y alambres<sup>159</sup>.

El Gobierno rechazó las acciones y el intendente de la provincia de Cautín, Sergio Fonseca, condenó al MCR por utilizar métodos extralegales y contribuir al empeoramiento de la coyuntura política que se vivía en el país y, particularmente, en la Araucanía. Con ello, dejaba ver su preocupación por la reacción de la derecha y el latifundio: «Cualquier acción de esta naturaleza es absolutamente inconveniente dadas las actuales circunstancias por las que atraviesa el país, aparte de quebrar la normal línea de acción que el Gobierno tiene sobre esta materia»<sup>160</sup>.

A esas alturas, las organizaciones patronales y sus grupos armados se habían fortalecido y, de la táctica política de la retoma de fundos, avanzaron derechamente hacia las operaciones de sabotaje. Un ejemplo significativo fue lo que sucedió en abril de 1973 en la comuna de Traiguén, provincia de Malleco, cuando el Frente Nacionalista Patria y Libertad hizo su estreno en el campo a cargo de un comando de retoma que desalojó el fundo Tricauco, que estaba ocupado por campesinos mapuche de la reducción Contreras Quino. Esta agrupación paramilitar de extrema derecha e inspiración fascista agrupó a numerosos dueños de fundos organizados y realizó acciones cada vez más reaccionarias a medida que avanzaba 1973. Patria y Libertad se adjudicó gran parte de las operaciones y atentados cometidos en las provincias de Cautín y Malleco contra la Unidad Popular y su intento por seguir implementando la reforma agraria y resolver los problemas de tierras de las comunidades que aún no recibían respuestas<sup>161</sup>. La situación política que se vivía en la provincia de Cautín era sumamente delicada, tal como señala Hugo Cancino:

Hacia los inicios de 1973, el campo chileno y especialmente la provincia de Cautín que había sido el escenario de un movimiento social en ascenso en 1971, ha llegado a ser uno de los bastiones de la contrarrevolución burguesa, uno de los centros de articulación de plurales sectores sociales rurales, desde pequeños propietarios a la burguesía agraria, implicados en un movimiento social anti-socialista<sup>162</sup>.

A esas alturas, el Gobierno no era capaz de revertir la inestabilidad que existía en los campos. Las movilizaciones de acción directa escapaban a los cauces legales y perjudicaban la implementación institucional de las transformaciones sociales que perseguía la reforma agraria, mientras la oposición llamaba directamente al enfrentamiento abierto y armado. En este contexto, en abril de 1973, el intendente Sergio Fonseca decidió reunirse con los consejos comunales campesinos de Cautín, con el objetivo de canalizar la demanda mapuche que seguía manifestándose:

En estos días se están suscitando en Cautín algunos hechos que no están de acuerdo con la política general del gobierno sobre Reforma Agraria; persiguen, indudablemente, objetivos quizá parecidos, pero por lo menos en la línea gruesa se está perjudicando el proceso de Reforma Agraria, y me refiero concretamente a los problemas de tomas de predio que hemos estado viviendo en los últimos días [...] (en Lautaro, Galvarino y Traiguén). Creo que el Consejo

**159-** *El Diario Austral* de Temuco, 7 de agosto de 1973, p. 7.

**160-** *El Diario Austral* de Temuco, 7 de agosto de 1973, p. 7. Citado en Correa et al., op. cit., p. 205.

**161-** Correa et al., op. cit., pp. 202-206.

**162-** Cancino, op. cit., p. 187.

Comunal Campesino es una herramienta fundamental para adecuar la conducta de la masa a esta política general de Gobierno que es profundizar al máximo el proceso de Reforma Agraria, hasta la desaparición del latifundio, modificando la actual Ley de Reforma Agraria para rebajar el mínimo de hectáreas básicas, reorganizando el minifundio<sup>163</sup>.

Durante los primeros días de septiembre, *El Diario Austral* de Temuco contribuyó a crear la imagen de que el ambiente político en la zona requería la intervención de las fuerzas militares. Por ejemplo, publicó que existían armas al interior del campamento y CEPRO Jorge Fernández en la localidad de Nehuentúe, donde el MCR y el MIR tenían una fuerte presencia política. El medio llegó a asegurar que en el exfundo funcionaba una escuela de guerrillas y una fábrica de granadas y bombas<sup>164</sup>. La noticia comenzó a ser difundida unos días después del allanamiento con tropas y helicópteros que realizaron militares de Temuco, la mañana del 29 de agosto:

Veinte detenidos en calidad de incomunicados, algunas armas, granadas, bombas, dinamitas y elementos de construcción de artefactos explosivos, es el resultado de un allanamiento que se practicó al Asentamiento Jorge Fernández, ex fundo de Miguel Larroulet a 2 kilómetros de Nehuentúe en la comuna de Puerto Saavedra y que estuvo a cargo de los efectivos militares del Regimiento Tucapel<sup>165</sup>.

Gracias a esta campaña mediática de desinformación, los diarios locales y de alcance nacional inmediatamente asociaron tanto al MCR como al MIR a una supuesta guerrilla que se estaba preparando al interior del campamento Jorge Fernández. Entre el 1 y el 4 de septiembre, publicaron noticias acerca del «arresto de muchos “guerrilleros” y el hallazgo de un gran arsenal de armamentos»<sup>166</sup>. Días antes del Golpe, la ofensiva buscaba justificar públicamente la necesidad de que las Fuerzas Armadas intervinieran los campos de Cautín para acabar con el movimiento social que estaba a favor de la reforma agraria.

Como se dijo, *El Diario Austral* de Temuco era propiedad de personeros del Partido Demócrata Cristiano que llamaban a frenar la «vía chilena al socialismo» y destruir toda tentativa de transformación agraria que buscara acabar con el latifundio. Otros medios de comunicación que se oponían al régimen popular (revista *Ercilla*, *El Mercurio*, *Las Últimas Noticias*, entre otros) se posicionaron tras los intereses de los grandes propietarios de tierras y justificaron y legitimaron a través de sus páginas la necesidad de una intervención militar. De este modo, se sumaba «otro frente de ataque al proceso de Reforma Agraria y las movilizaciones campesinas y mapuches», mediante el cual se «creaba un clima de inseguridad y se propagaban una multiplicidad de rumores a través de titulares de diarios»<sup>167</sup>.

La revista *Ercilla* contribuyó a configurar un imaginario bélico y guerrillero en la zona de Nehuentúe, denunciando la existencia de una escuela guerrillera en la zona con un poderoso aparato armado, y llamando solapadamente a intervenir militarmente el predio:

**163-** *El Diario Austral* de Temuco, 18 de abril de 1973, p. 7. Citado en Correa et al., op. cit., p. 203.

**164-** *El Diario Austral* de Temuco, 3 de septiembre de 1973, p. 1.

**165-** *El Diario Austral* de Temuco, 2 de septiembre de 1973, p. 1.

**166-** Mallon, op. cit., p. 139.

**167-** Correa et al., op. cit., p. 243.

Hacía referencia a la detección de los planes extremistas que culminaron con el descubrimiento del arsenal y escuela de guerrillas en Nehuentúe, en la zona costera de la provincia de Cautín. Allí se incautaron rudimentarias, aunque poderosas armas, entre ellas bombas antitanques hechas con tarros y accionadas por un ingenioso sistema de detonantes fabricados con carretillas de hilo y trozos de cajas de fósforos<sup>168</sup>.

Por su parte, el diario *Las Últimas Noticias* divulgó un rumor que se había difundido en la zona costera de Cautín a fines de 1972 sobre la presencia de «embarcaciones desconocidas» que transportaban «extraños bultos» desde las costas de Tirúa hasta la zona ubicada entre Trovolhue, Nehuentúe y Puerto Saavedra. El periódico reprodujo las palabras del regidor de la comuna de Puerto Saavedra, el demócratacristiano Rodolfo Riquelme Montecinos, quien, cinco días antes del allanamiento militar, había asegurado «que tenían antecedentes concretos de que existía una actividad desconocida de cabotaje en la zona costera de Cautín, con terminales en los pueblos mencionados hacia donde afluían misteriosos bultos, presumiblemente conteniendo armas y elementos explosivos»<sup>169</sup>. De acuerdo con el regidor, «esta actividad ilícita se vinculaba con un movimiento inusitado de campesinos del MCR desde los asentamientos del sector costero hacia las localidades de la vía longitudinal»<sup>170</sup>.

La misma política comunicacional sobre el allanamiento militar en la zona costera de Cautín fue promovida por *El Mercurio*, principal medio de oposición, que publicó diariamente a partir del 4 de septiembre una serie de acusaciones y cargos no confirmados contra el MIR, asegurando que el CEPRO Jorge Fernández ocultaba un cuartel general:

«Una verdadera fortaleza de tres pisos con muros de concreto de medio metro de espesor» donde habían guardado «36 cajas de explosivos y gran cantidad de armas, entre ellas granadas antitanques y bazookas». Se dijo también que todas las propiedades de la región habían dejado de producir al ser ocupadas por los «extremistas»; que «una pandilla de bandidos» con bigotes copiados a los «de los mandarines chinos» se habían apoderado de Puerto Saavedra transformándolo en «un pueblo del far west norteamericano»<sup>171</sup>.

En contraposición a las versiones mediáticamente tergiversadas de la prensa de oposición, Víctor Gavilán aclara que en el fundo Nehuentúe no existía una fábrica de armamento ni menos una escuela de guerrillas, pues lo que el MIR y el MCR habían creado en el lugar era un centro de educación y formación política destinado a campesinos mapuche y chilenos:

Era efectivo que allí existía una escuela de capacitación campesina, de formación política y sindical, pero no un «centro guerrillero» como el *Diario Austral* de Temuco divulgó en una publicación de aquella época. El fundo Nehuentúe había sido expropiado y se creó allí el más grande de los complejos de producción agrícola de la provincia de Cautín [...]. Las fuerzas combinadas del regimiento Tucapel de Temuco y de la Fuerza Aérea crearon el terror en Nehuentúe antes del golpe militar<sup>172</sup>.

**168-** «Cautín, la máquina desmontada», en *Ercilla*, n.º 1991, semana del 26 de septiembre al 2 de octubre de 1973, p. 33.

**169-** *Las Últimas Noticias*, 3 de septiembre de 1973, primera y última página. Véase también *Las Últimas Noticias*, 1 de septiembre de 1973 y 4 de septiembre de 1973. Citas extraídas de Mallon, op. cit., pp. 139-140.

**170-** Ídem.

**171-** *El Mercurio*, 4 de septiembre de 1973, pp. 1 y 10. Cita extraída de Mallon, op. cit., p. 140.

**172-** Gavilán, op. cit., p. 211.

Esta versión es reafirmada por la historiadora Florencia Mallon, que sostiene que el operativo militar a cargo del coronel Pablo Iturriaga, comandante del Regimiento Tucapel, constituyó un montaje político-militar para que se divulgaran acusaciones que fueron publicadas por *El Mercurio* el mismo día del Golpe. En efecto, este fue el medio que hizo el trabajo más acabado de desinformación en torno al operativo militar de Nehuentúe:

Solamente los explosivos contenidos en bolsas plásticas o en bombas ya preparadas, se calculan como suficientes para hacer volar una ciudad bastante más grande que Temuco. Pero aparte de estos explosivos de variadas clases y procedencia, se encontraron también armas de fuego, cortas y automáticas, botellas con líquidos incendiarios y granadas de mano, además de numerosas municiones. Las Fuerzas Armadas se incautaron, asimismo, de elementos inflamables destinados a aumentar la expansión y gravedad de los incendios, así como de sopletes al oxígeno para soldar granadas, radio transmisoras de gran alcance, literatura extremista, géneros, vendajes y fármacos para curaciones, etc. Otra importante cantidad de elementos encontrados en Nehuentúe no han sido dados a conocer por las Fuerzas Armadas que, al parecer, mantienen en reserva su descubrimiento pues revelarían «sorprendentes» fuentes de abastecimiento<sup>173</sup>.

A partir de una rigurosa evaluación de la operación de Nehuentúe, Florencia Mallon demuestra que «muy pocos de estos cargos pueden corroborarse con las evidencias existentes», ni siquiera con las supuestas armas y municiones requisadas en el operativo militar y exhibidas por el coronel Iturriaga en la conferencia de prensa del 5 de septiembre. Sin embargo, en las fotos del «arsenal» publicadas por *El Diario Austral* «vemos poco más que algunas escopetas, garrotes, revólveres y cócteles molotov» y, aun las más notorias, «las bombas anti-tanque conocidas como “vietnamitas” que, según Iturriaga, serían capaces de destruir cada una el equivalente de una cuadra urbana, resultan ser de manufactura casera, hechas en ollas y cacerolas». Coincidiendo con Víctor Gavilán, Mallon señala que no ha «logrado encontrar evidencias, sean directas o indirectas, de que existiera en el lugar una escuela de guerrillas» y que varios de sus entrevistados «hacen referencia a un centro de educación política que funcionaba en Nehuentúe, pero no a una escuela de guerrillas». De acuerdo con los testimonios recogidos por la historiadora, es cierto que había armas en los asentamientos, CERA y CEPRO, pero eran para uso defensivo frente a la creciente amenaza armada de las organizaciones patronales y los enfrentamientos que se daban en la zona<sup>174</sup>.

El montaje político-militar y la campaña mediática de desinformación encubrieron el violento procedimiento represivo utilizado para detener a los campesinos mapuche del fundo Nehuentúe, quienes fueron torturados como antesala de las violaciones a los derechos humanos que ocurrieron después del 11 de septiembre:

<sup>173</sup>- *El Mercurio*, 11 de septiembre de 1973, p. 21. Cita extraída de Mallon, op. cit., p. 141.

<sup>174</sup>- Todas las citas del párrafo fueron extraídas de Mallon, op. cit., p. 141. Las fuentes utilizadas por la autora son (i) Intendencia de Cautín, correspondencia recibida, 1973: «Informe de Nepomuceno Paillalef Lefinao, director zonal de Agricultura subrogante, al intendente de Cautín don Sergio Fonseca», Temuco, 31 de agosto de 1973; «Declaración pública de los obreros y campesinos de Puerto Saavedra y Carahue», provincia de Cautín, 2 de septiembre de 1973; correspondencia despachada, 1973: «Boletines de Prensa»; *El Diario Austral*, 3 de septiembre de 1973, p. 1, y 5 de septiembre de 1973 (donde aparecen las fotos del «arsenal») y el reportaje sobre la conferencia de prensa, pp. 1-2; (ii) entrevistas con Heriberto Ailío, Comunidad de Ailío-Tranapunte, 18 de enero de 1997, y Temuco, 18 de abril de 1997; Enrique Pérez, Temuco, 14 de abril de 1997; Francisco Sepúlveda (nombre cambiado), Santiago, 9 de mayo de 1997; Mario Castro, Temuco, 15 de abril de 1997; Luis Ernesto Quijón, comunidad de Ailío-Tranapunte, 30 de noviembre de 1996, y Hugo Ailío, Concepción, 12 de agosto de 1999. En Mallon, op. cit., p. 141.



Detuvieron a cerca de cien mapuche del área. Fueron interrogados a golpes y simulacros de fusilamientos, sumergimiento forzado en las aguas del río Trovolhue y picanazos en el cuerpo [...]. Algunos mapuche fueron colgados de la cintura, amarrados a los helicópteros, levantados y paseados por entre los árboles para obtener información, amedrentar al resto y obligarlos a hablar. Nadie dijo nada. Todos sufrieron estoicamente la represión [...]. Allí no había escuela de guerrilleros, sólo mapuche en pie de lucha, defendiendo su tierra y su cultura<sup>175</sup>.

Los miristas también fueron perseguidos por los servicios militares, específicamente por los aparatos del Servicio de Inteligencia del Ejército de Temuco, cuyo máximo agente era el teniente coronel Nelson Ubilla, jefe del Departamento II de Inteligencia del Regimiento de Infantería de Montaña n.º 8 Tucapel y máximo encargado de la represión del MIR en la zona. Utilizando la tribuna de *El Diario Austral* de Temuco, Ubilla también esgrimió el pretexto de que el MIR estaba preparando una guerrilla.

Estábamos ya en medio de la vorágine social, política y militar que preludiaba el golpe de Estado que se avecinaba. Hasta que en septiembre de 1973 —los primeros días, el dos, tres, cuatro de septiembre— empezamos a ser perseguidos por los militares. El Servicio de Inteligencia del ejército en Temuco ya había empezado a perseguirnos y, en particular, los boinas verdes habían hecho una operación militar en las regiones de la costa, tomando como prisioneros a varios campesinos. Según los militares había focos guerrilleros y campesinos armados [...]. A través del *Diario Austral* de Temuco, los militares dijeron que el MIR estaba preparando una guerrilla<sup>176</sup>.

Gustavo Marín también recuerda los días previos al Golpe en las zonas rurales de la provincia de Cautín, particularmente, el operativo militar realizado en el fundo Nehuentúe. Marín da cuenta de los métodos utilizados para amedrentar y torturar a los campesinos mapuche y la persecución selectiva de los dirigentes del MIR:

En Cautín vivimos con anticipación el proceso del golpe. Los militares se desplazaron a las zonas rurales. A los mapuche que habían recuperado las tierras en Nehuentúe, cerca de Puerto Saavedra, tres semanas antes del golpe, los subían a los helicópteros y los colgaban. Empezaron a perseguir a dirigentes del MIR. Fuimos a hablar con el obispo Bernardino Piñera para organizar un comité de defensa de los derechos humanos porque era inadmisibles las torturas a los mapuche. Ahí se vino el golpe y comenzó otra historia<sup>177</sup>.

El abogado Juan Saavedra defendió a los campesinos mapuche que habían sido detenidos por los militares del Regimiento Tucapel producto de los acontecimientos del fundo Nehuentúe y consiguió que la mayoría fueran liberados:

Estando ya en Santiago, y preparando mi radicación, se me comunicó desde Temuco que el Ejército había descubierto un centro de entrenamiento para acciones directas dirigido a campesinos y mapuches. Éste estaba situado en la cercanía de Nehuentúe, zona ubicada entre Temuco y la costa. Ahí había una cincuenta de presos en la cárcel de Temuco, a los cuales se les había maltratado. La prensa de Temuco hizo un largo reportaje y tituló: «Escuela de Guerrillas en Nehuentúe». Después reproducía el «parte militar» que hablaba de «prisioneros». Abogados de Temuco presentaron un recurso de amparo ante la Corte Marcial de Santiago. Se

175- Gavilán, op. cit., p. 211.

176- Marín, op. cit., p. 17.

177- Testimonio de Gustavo Marín. En Railaf et al., op. cit., p. 87.

me indicó que fuera a ese Alto Tribunal y que alegara la causa por los campesinos. Procedí de la forma en que se me solicitaba y el lunes 10 de septiembre, en la víspera del Golpe de Estado, alegué la libertad de estos campesinos invocando su inocencia y expresando que los militares del Regimiento Tucapele estaban simulando una guerra, por lo que hablaban de «parte militar» en vez de «acta de allanamiento», y de «prisioneros» en lugar de «detenidos». Lo curioso fue que otorgaron la libertad de la gran mayoría, unos 35 de los 50, y que esta orden de libertad fue cumplida después del golpe. Cosas raras de la vida<sup>178</sup>.

El 11 de septiembre de 1973, el coronel Hernán Ramírez asumió el cargo de intendente de la provincia de Cautín por orden de la Junta Militar. Temprano por la mañana, funcionarios del agro avisaron que el presidente Salvador Allende había sido derrocado y las Fuerzas Armadas habían realizado un golpe de Estado. Rápidamente, la represión se hizo sentir en la gran mayoría de los predios donde la reforma agraria había beneficiado a campesinos mapuche y chilenos. Para los militares golpistas, las comunidades mapuche y el bloque MCR-MIR representaban el «nido de la revolución», argumento que aumentó el ensañamiento y la brutalidad:

Y vino el golpe militar. Llegaron la gente de INDAP de Lautaro y dijeron: «compañeros, nos ha pillado el golpe y el golpe consiste en esto: los militares se tomaron el poder. A Salvador Allende lo van a matar». Nosotros nos quedamos impresionados. Imagínate, nadie se fijó en la hora, eran como las ocho y media de la mañana, ya estábamos en el tercer bando. Como a las diez de la mañana llegaron 25 camiones de los militares a patear, a barrer. Era aterradorante la situación: disparaban, iban con la maquinita, le hacían hacer hoyos a la gente para encontrar armas y figúrate que era el arado que estaban detectando. Sufrió tanto la gente, tanta represión psicológica tan fuerte en el asentamiento de Lautaro, por la sencilla razón que nosotros éramos considerados el nido de la revolución. Castigaron tanto a la gente<sup>179</sup>.

El golpe civil-militar acabó con la existencia del MCR. Los miristas y campesinos que habían formado parte de él fueron perseguidos y reprimidos con una violencia inusitada, y varios fueron torturados y ejecutados. Lo mismo sucedió con la gran mayoría de quienes se habían comprometido con la reforma agraria en las provincias de Cautín y Malleco. Pero la represión de los agentes del Estado chileno recayó de manera especialmente brutal sobre los campesinos y obreros agrícolas de origen mapuche, producto del histórico racismo arraigado en ciertos sectores de las Fuerzas Armadas. El testimonio de Víctor Gavilán permite dimensionar el alcance de esta situación:

El pueblo mapuche fue el que mayores atrocidades sufrió durante el golpe militar. Muchos cuerpos, ya en descomposición, aparecían flotando en el río Toltén. El hospital regional de Temuco informó, alrededor del 20 de septiembre, que cerca de 40 cadáveres mapuche habían llegado a la morgue del hospital. Todos habían sido muertos por balas<sup>180</sup>.

En la masacre participaron agrupaciones de la derecha patronal organizadas en los comités de retoma, el Partido Nacional y el Frente Nacionalista Patria y Libertad que operaron en conjunto con los agentes del Estado. El grupo paramilitar fascista Patria y Libertad estableció su principal centro de operaciones en las provincias de Cautín y Malleco, «agregándole a la

**178-** Saavedra, *Te cuento otra vez...* op. cit., pp. 103-104.

**179-** Testimonio de Lucy Traipe, en Railaf et al., op. cit., p. 46.

**180-** *Ibidem*, pp. 213-214.



persecución política un componente altamente racista y de características particularmente virulentas»<sup>181</sup>. En consecuencia, el móvil político-militar para reprimir al pueblo mapuche no fue solo su participación en la Unidad Popular, sino el histórico colonialismo chileno hacia sus miembros y su territorio. En este sentido, la represión racista respondería a «las características conflictivas de la relación entre mapuche y sectores de poder en la sociedad chilena», a partir de la cual, colonos chilenos y extranjeros de la clase dominante construyeron la representación de «un pueblo guerrero e indómito que fue derrotado por el ejército chileno; que han sido una amenaza para la propiedad agraria y para el desarrollo urbano; y que han sido embaucados por los políticos de izquierda y los “extremistas”»<sup>182</sup>. Estos extremistas aluden a los militantes del MIR con quienes los mapuche generaron lazos de confianza e impulsaron una política de acciones directas en el campo para recuperar las tierras que chilenos y extranjeros les habían usurpado, lo que aumentó la brutalidad con que fueron reprimidos.

El golpe de Estado y la reacción patronal acabaron abruptamente con todas las conquistas sociales que el MCR había alcanzado en el marco de la reforma agraria. La represión golpeó a los campesinos y comunidades mapuche que habían estado involucrados en las recuperaciones de tierras, campamentos, consejos comunales campesinos, asentamientos, cooperativas, centros de reforma agraria y centros de producción. Todos los allanamientos de la provincia de Cautín estuvieron a cargo del Grupo n.º 3 de Helicópteros de la Fuerza Aérea de Chile y el Regimiento Tucapel, ambos con base en Temuco, y del Regimiento Andino de Lautaro, con el respaldo del Cuerpo de Carabineros. Tras el golpe militar, fueron intervenidas las instituciones agrarias del Estado, que pasaron a ser dirigidas por los propios militares y, a los pocos días, se constituyó el Comité Ejecutivo Agrario (CEA), que inició un proceso de devolución de tierras a los antiguos propietarios. Junto con inaugurar la represión, el golpe de Estado dio inicio a la contrarreforma agraria, que revocó la mayoría de las expropiaciones realizadas durante el gobierno de la Unidad Popular, con lo que las comunidades mapuche perdieron las tierras que habían recuperado mediante la organización política y la lucha de acción directa.

**181-** Correa y Mella, op. cit., p. 190.

**182-** Roberto Morales, «Cultura Mapuche y Represión en Dictadura», en *Revista Austral de Ciencias Sociales*, n.º 3, enero-agosto, 1999, Universidad Austral de Chile, Valdivia, p. 82.



---

## **CONCLUSIONES**

---



La constitución del MCR como fuerza social en movimiento (movimiento sociopolítico) y su intervención protagónica y radical en la dinámica de las relaciones de fuerza que existían en los campos de Cautín son componentes fundamentales para explicar la esencia política de su historicidad. El entramado de relaciones sociales desde el cual emergió —y en el cual se manifestó históricamente— representó un campo de fuerzas sociales en disputa en torno al problema de la propiedad de la tierra, un espacio de poder, conflicto y antagonismo que hizo del MCR un fenómeno histórico esencialmente político y cuya expresión concreta fue la lucha de acción directa contra el sistema de tenencia de la tierra hegemónico en el sector rural de la región: el latifundio.

La gran mayoría de los comuneros y campesinos mapuche se encontraban sumidos en la miseria debido a la escasez de tierras que había dejado el proceso histórico de usurpación del territorio ancestral, y muchos de ellos se veían obligados a vender su fuerza de trabajo en los fundos y parcelas colindantes para subsistir, lo mismo que una cantidad considerable de trabajadores agrícolas y campesinos chilenos pobres sin tierras. Pobreza y explotación, sumadas al racismo de colonos chilenos y extranjeros, influyeron en el levantamiento popular de los mapuche encabezados por el MCR en contra del poder rural acaparado por los grandes y medianos propietarios de la zona, quienes de forma organizada se constituyeron como fuerza social para defender sus intereses históricos asociados a la propiedad de la tierra.

Las prácticas hegemónicas en la sociedad rural de Cautín estaban determinadas por un orden que impedía cualquier intento de transformación del agro en perjuicio del latifundio y, para perpetuar esta situación, los grandes propietarios necesitaban seguir dominando a los sectores explotados, marginados y oprimidos que pudiesen involucrarse en procesos políticos que removieran los pilares fundamentales del régimen, justamente, lo que el MCR comenzó a hacer desde fines de la década de 1960 y más profundamente desde septiembre de 1970, aprovechando las posibilidades de cambio que se abrieron con la aplicación de la reforma agraria durante la Unidad Popular.

Por estas razones, el estudio del MCR requirió un análisis riguroso y sistémico acerca de la conformación histórica del latifundio en la zona y su reproducción social, los mecanismos y operaciones particulares a través de los cuales se articuló y ejerció la hegemonía, y las condiciones subjetivas que posibilitaron la emergencia del conflicto en torno al problema de la tierra.

La consideración del componente subjetivo fue determinante para comprender la singularidad política del MCR y la especificidad de sus integrantes, porque fue la articulación de diversos y distintos grupos humanos —comunidades mapuche, campesinos chilenos pobres, trabajadores agrícolas, militantes de la izquierda revolucionaria, entre otros— la fuerza real que agitó el sistema de relaciones sociales en los campos de Cautín, incidió directamente en la agudización de las contradicciones, involucró a otros sectores del campo y la ciudad, y removió mediante la lucha directa los pilares estructurales de la dominación. Fue concretamente en el ámbito de la intersubjetividad donde la politización se hizo efectiva y donde los aspectos particulares (identidades, relaciones interpersonales, conciencia de lucha, convicciones, sentido común, cotidianidad, etc.) dieron forma al tejido social desde el cual emergió el MCR.

Cabe señalar que la generación del MCR como agente político resultó de un proceso gradual y acelerado de acumulación de fuerza social que maduró en la medida que avanzaba la lucha por la tierra en los fundos de la zona. Esta fuerza fue su aspecto constitutivo y esencial: las comunidades mapuche, principal actor de este movimiento, mantuvieron viva la memoria histórica de resistencia colectiva de sus ancestros frente al despojo de tierras, experiencia social acumulada que sirvió para empujar y dar continuidad a la lucha histórica del pueblo por la recuperación territorial. Además, el involucramiento estratégico del MCR en el proceso de reforma agraria permitió sumar a sectores del campesinado chileno que se encontraban sumidos en la pobreza por la falta de tierras, una diversificación que ensanchó su campo político de acción contra el latifundio. Por lo tanto, la fortaleza política del MCR respondió precisamente a esta asociación autónoma de actores sociales diversos, pertenecientes a distintas localidades de la provincia de Cautín, que se autopercebieron como sujetos de acción colectiva capaces de transformar radicalmente sus condiciones de vida.

También es importante destacar que el sentimiento y la conciencia de pertenecer a un pueblo originario fuertemente identificado con su historia y su memoria, el reconocimiento colectivo de una lucha en común por la tierra, y la determinación conjunta de su propia forma de organizarse y movilizar su fuerza social, entre otros fenómenos relacionados (resistencia, racismo, colonialismo interno, cosmovisión, marginación, etc.), dieron vida a la identidad colectiva —étnica mapuche— que sustentó, activó y catalizó la movilización de las comunidades indígenas asociadas al MCR. La conciencia y el sentimiento de pertenencia contienen, a su vez, aspectos específicos —como mentalidades, expectativas, emociones, valores y afectividades—, que fueron reconocidos y abordados al momento de justificar el proceso de construcción, adaptación y mantenimiento de la identidad colectiva y, por consiguiente, de la movilización social. Fue desde esta concepción de la identidad colectiva, que se abordó el desafío de identificar los fundamentos emocionales y cognoscitivos que influyeron en la construcción interactiva y comunicativa del MCR, cuestión que las investigaciones que se enfrentan a las dimensiones colectivas de la acción social y, fundamentalmente, a las condiciones subjetivas de la organización de un movimiento, no deberían evitar.

El levantamiento social impulsado por el MCR en la Araucanía contra el latifundismo y la hegemonía rural implicó una participación activa en la dinámica de las relaciones de poder. Su misma constitución en un movimiento sociopolítico, es decir, en una fuerza social en movimiento, fue la expresión embrionaria de una particular construcción de poder que desafió —y por un tiempo contrarrestó— la dominación en la zona. La rebelión del MCR fue un hecho político que se desarrolló fuera del ámbito institucional, pues su campo de acción fue el mundo rural y sus espacios de sociabilidad-conflictividad (comunidades, fundos, asentamientos, campamentos, tomas, etc.), mientras que su acción política fue la vía revolucionaria, antiautoritaria y extrainstitucional contra el sistema latifundista, legislativo y judicial.

La movilización social impulsada por el MCR utilizó la acción directa para conseguir sus objetivos estratégicos (históricos), sobrepasando los límites establecidos por el poder institucional, aunque también usando sus mecanismos cuando la situación lo requería. Para los mapuche que se sumaron al proceso de recuperación territorial orientado por el MCR, la movilización social representó la manera más viable y eficaz de practicar la política, no al estilo tradicional, sino presionando por fuera de la legalidad para conseguir la aplicación de la reforma agraria y

recuperar el territorio usurpado. Las instituciones no habían generado respuestas satisfactorias a sus reivindicaciones, pues, cuando las sentencias no habían favorecido a los latifundistas y medianos propietarios (colonos chilenos y extranjeros), las trabas burocráticas de los juzgados y tribunales habían estancado sus demandas. Esta situación provocó que el MCR asumiera una postura crítica frente al Estado de Chile y el régimen latifundista en general, actitud que influyó de manera notable en la definición de su identidad colectiva. En ese momento, la alternativa más convincente para los mapuche organizados fue la vía revolucionaria propuesta por el MCR (y el MIR), porque demostró que podía solucionar sus demandas territoriales en la práctica. Así, para canalizar el descontento y el sentimiento de injusticia, el desafío colectivo del MCR fue la acción directa disruptiva, una forma de movilización social revolucionaria que ofreció una respuesta inmediata a las necesidades e intereses de sus protagonistas.

Definir al MCR como un movimiento social implica asumir su condición de movimiento político. Esta es una aclaración necesaria para evitar cualquier tipo de disociación entre lo social y lo político que perjudique una concepción integral y precisa del movimiento. La política en un sentido amplio abarca el campo social y sus contradicciones, y repercute mucho más allá de la actividad estatal y los procesos electorales. Esto significa que el fenómeno de los movimientos sociales también representa una forma de participación política, pues su misma configuración es un acto político. El poder institucional del Estado no es, por lo tanto, el único lugar de disputa, pues la lucha directa y abierta en el campo social entre grupos con intereses antagónicos también representa un ámbito de conflicto político, sobre todo si se reconoce que las relaciones de un sistema de intereses contradictorios, como el sistema de tenencia de la tierra (latifundismo) predominante en Cautín, son siempre relaciones de poder.

Además de esto, reconocer al MCR como un movimiento político permite dar cuenta de su politicidad a nivel de la identidad colectiva, es decir, de su identidad política. En el MCR de Cautín, confluyeron principalmente mapuche-campesinos de distintas comunidades, pero también miembros del campesinado pobre chileno que se sumaron a sus filas y se incorporaron a las movilizaciones buscando que la reforma agraria se tradujera en mejores condiciones de vida para ellos. El MCR canalizó y expresó la síntesis de una identidad política que estratégicamente buscó acumular una fuerza social amplia, tanto en los comuneros y campesinos mapuche como en los campesinos pobres chilenos, es decir, en lo que el MIR y el MCR identificaron como «los pobres del campo», categoría política que abarcaba al campesinado pobre en general como clase social. Identificarse como campesinos pobres no significaba que los mapuche excluyeran su condición indígena, sino que reforzaran su reconocimiento colectivo como campesinado mapuche. Así, ya que el proceso de identificación política en el MCR se fue construyendo al mismo tiempo que se desarrollaba el movimiento social —tanto a nivel orgánico como en cada uno de sus miembros—, el estudio de su identidad política se situó al interior de esa dinámica, esto es, en el desarrollo de las corridas de cercos y las ocupaciones de fundos.

Es importante reconocer en el MCR la presencia de un proyecto político revolucionario con demandas y reivindicaciones históricas, ejercicio que implicó tratar una serie de elementos determinantes para entender y definir con precisión su quehacer político, como el componente propiamente orgánico (formas de organización y administración de la fuerza), los medios utilizados para conseguir sus propósitos en el corto, mediano y largo plazo (la estrategia y táctica), la plataforma de lucha y el programa de la organización, y el área de la propaganda

política (discursos, manifiestos, consignas, proclamas, etc.). En este sentido, el estudio del proyecto político asociado al MCR favoreció la comprensión de su carácter de movimiento sociopolítico.

Por último, cabe agregar que el MCR surgió a partir de la acción colectiva de un sector específico de la sociedad rural de Cautín, desde los espacios de vida, trabajo y sociabilidad en general (comunidades, fundos, hogares, etc.), y representó los intereses y aspiraciones de un sector con gran presencia en la zona, socialmente amplio, diverso y popular que transformó el descontento acumulado históricamente en una movilización social potente. Por esto, se trata de un fenómeno innegablemente político. La emergencia del MCR (origen, composición, escenario, etc.) explica su condición de movimiento social, pero, al mismo tiempo, el carácter de su proyección —particularmente de su accionar colectivo— determina su definición como movimiento político.

El periodo de la Unidad Popular representó para las comunidades mapuche la oportunidad histórica de recuperar las tierras usurpadas por el Estado chileno y los latifundistas, cuestión que no tenía precedentes en la historia de su pueblo. Fue precisamente el avance de esta proyección lo que los latifundistas se propusieron impedir, utilizando todos los medios a su alcance con tal de no perder su mayor privilegio: la gran propiedad privada de la tierra. En torno a ella, la lucha se agudizó a niveles superiores, al punto de que el poder militar decidió intervenir para terminar a sangre y fuego con el proceso de reforma agraria y, en consecuencia, con la existencia del MCR, que a su vez eran parte de un proceso mayor de transformaciones en la sociedad chilena.



---

## **ANEXOS**

---





Campamento Lautaro, Lautaro, 1971. Autor: Armino Cardoso. Fuente: Fondo Cardoso.



Campamento Lautaro, Lautaro, 1971. Fuente: *Punto Final*, año V, n.º 130.



Familias del Campamento Arnoldo Ríos, Carahue, 1971. Fuente: *Punto Final*, año V, n.º 130.



Asentamiento Arnoldo Ríos, Carahue, 1971. Autor: Raymond Depardon. Fuente: Magnum Fotos.



Campamento Arnoldo Ríos, Carahue, 1971. Autor: Raymond Depardon. Fuente: Artvalue.



Campamento Arnoldo Ríos, Carahue, 1971. Fuente: Símbolos Patrios.





Campamento Arnoldo Ríos, Carahue, 1971. Autor: Armindo Cardoso. Fuente: Fondo Cardoso.



Campamento Camilo Torres, Lautaro, 1971. Fuente: *Anatomía de un fracaso. La experiencia socialista chilena*, de Hernán Millas y Emilio Filippi.





Campamento Camilo Torres, Lautaro, 1971. Fuente: Revista *Ercilla*, n.º 1954.



Campamento Galvarino, Lautaro, febrero de 1971. Fuente: Getty Images.



Campamento Galvarino, Lautaro, 1971. Fuente: *El Rebelde*, n.º 9.



Marcha del MCR por la creación del Consejo Comunal Campesino de Lautaro, Lautaro, 16 de enero de 1971. Fuente: *Punto Final*, año V, n.º 127.

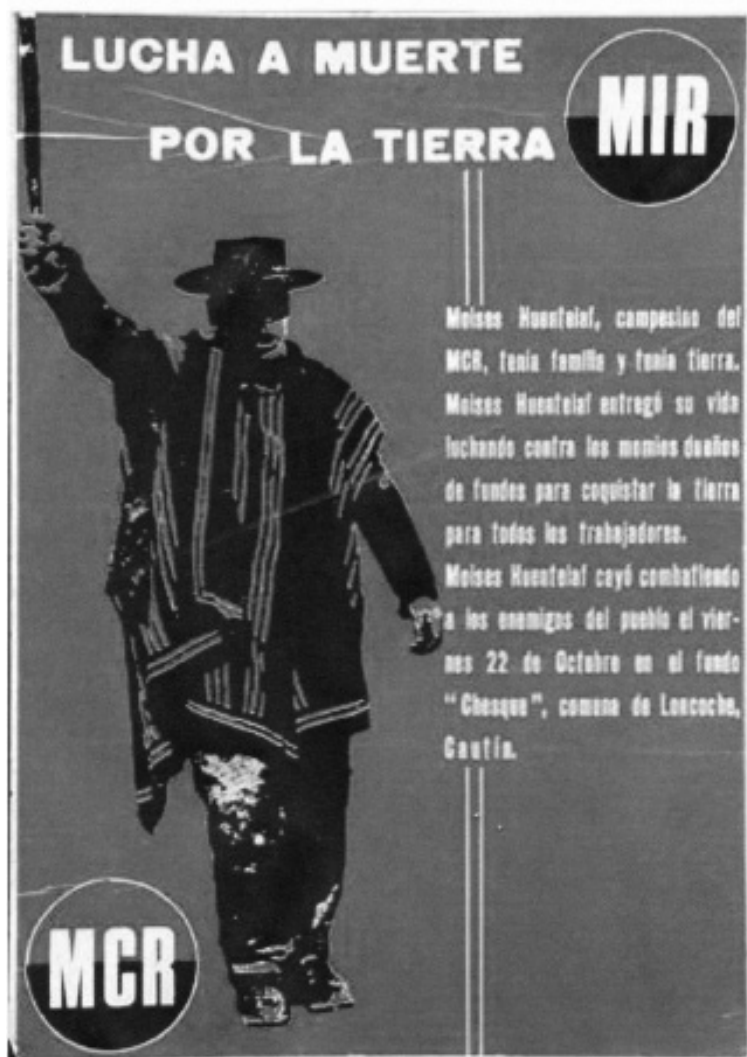


Afiche de propaganda del 1.er Congreso Nacional del MCR realizado en Temuco los días 12, 13 y 14 de febrero de 1971. Entrada del Campamento Arnoldo Ríos, Carahue. Autor: Armindo Cardoso. Fuente: Fondo Cardoso.



Entrada de la Escuela N.º 4 de Temuco durante el 1.er Congreso Nacional del MCR. Fuente: Ovidio Cárcamo, *Desacatos*, n.º 52.





Afiche en homenaje al campesino mapuche del MCR Moisés Huentelef.  
Fuente: Center for the Study of Political Graphics.



Miguel Enríquez en el acto de homenaje a Moisés Huentelaf, Temuco, 1 de noviembre de 1971.  
Fuente: *Punto Final*, n.º 143.



Alejandro Manque en el acto de homenaje a Moisés Huentelaf, Temuco, 1 de noviembre de 1971.  
Fuente: *Prensa Latinoamericana*, 23 de noviembre de 1971.



Marcha en homenaje a Moisés Huentelaf, Temuco, 1 de noviembre de 1971.  
Fuente: *Prensa Latinoamericana*, 23 de noviembre de 1971.



Lienzo con la consigna del MCR «Nadie nos trancará el paso», Curacautín, 1972. Fuente: Símbolos Patrios.





Campamento Jorge Fernández, Nehuentúe, 1972. Autor: Norman Gall. Fuente: Norman Gall.



Montaje de allanamiento en el Campamento Jorge Fernández, Nehuentúe, 1973. Fuente: Revista *Ercilla*, n.º 1991.



## Referencias de las imágenes por orden de aparición

- Campamento Lautaro, Lautaro, 1971. Fuente: Archivo Histórico de L'Unitá.
- Archivo histórico de L'Unitá. Disponible en <https://unitaqqvhnjzhmg.onion.link>
- Fondo Cardoso, Colección Digital, Archivo NBNB-2573, Biblioteca Nacional de Chile.
- *Punto Final*, año V, n.° 130, 11 de mayo de 1971, p. 31.
- *Punto Final*, año V, n.° 130, 11 de mayo de 1971, p. 3.
- Magnum Fotos. Disponible en [http://pro.magnumphotos.com/C.aspx?VP3=CMS3&VF=MAGO31\\_10\\_VForm&ERID=24KL535T16&POPUPIID=2TYRYDX7WBI4&POPUPPN=51#/CMS3&VF=MAGO31\\_10\\_VForm&ERID=24KL535T16&POPUPIID=2S5RYDIXZI39&POPUPPN=50](http://pro.magnumphotos.com/C.aspx?VP3=CMS3&VF=MAGO31_10_VForm&ERID=24KL535T16&POPUPIID=2TYRYDX7WBI4&POPUPPN=51#/CMS3&VF=MAGO31_10_VForm&ERID=24KL535T16&POPUPIID=2S5RYDIXZI39&POPUPPN=50)
- Artvalue. Disponible en <http://www.artvalue.com/auctionresult--deparдон-raymond-1942-entrata-dell-asentamiento-arno-4787949.htm>
- Símbolos Patrios. Disponible en <http://simbolospatrios.cl/displayimage.php?pid=319>
- Fondo Cardoso, Colección Digital, Archivo NBNB-2573, Biblioteca Nacional de Chile.
- Fondo Cardoso, Colección Digital, Archivo NBNB-2573, Biblioteca Nacional de Chile.
- Hernán Millas y Emilio Filippi, *Anatomía de un fracaso. La experiencia socialista chilena*. Santiago: Editorial Zig-Zag, 1973. Disponible en <http://l.exam-10.com/law/3508/index.html?page=3>
- *Revista Ercilla*, n.° 1954, semana del 27 de diciembre de 1972 al 2 de enero de 1973, p. 10.
- Getty Images. Disponible en <https://www.gettyimages.fr/detail/photo-d'actualité/poster-of-the-mapuche-claims-in-chile-in-february-photo-d'actualité/537570919#poster-of-the-mapuche-claims-in-chile-in-february-1971-demanding-the-picture-id537570919>
- *El Rebelde*, n.° 9, diciembre de 1971, p. 15.
- *Punto Final*, año V, n.° 127, 30 de marzo de 1971, p. 5.
- Ovidio Cárcamo, «Movimiento Campesino Revolucionario y consejos comunales campesinos de base. Una experiencia de poder popular en Chile», *Desacatos*, n.° 52, septiembre-diciembre, 2016, p. 108.
- Center for the Study of Political Graphics. Disponible en <http://collection-politicalgraphics.org/detail.php?type=browse&id=1&term=Chile+%28Latin+America%3A+South+America%29&page=1&kv=5710&record=3&module=objects>
- *Punto Final*, suplemento de la edición n.° 143, martes 9 de noviembre de 1971, p. 1.
- *Prensa Latinoamericana*, 23 de noviembre de 1971, «A conquistar el poder revolucionario de obreros y campesinos», p. 4. Disponible en <http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-86170.html>
- *Prensa Latinoamericana*, 23 de noviembre de 1971, «A conquistar el poder revolucionario de obreros y campesinos», p. 1. Disponible en <http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-86173.html>
- *Prensa Latinoamericana*, 23 de noviembre de 1971, «A conquistar el poder revolucionario de obreros y campesinos», p. 5. Disponible en <http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-86173.html>
- Símbolos Patrios. Disponible en <http://simbolospatrios.cl/displayimage.php?pid=323>
- Norman Gall. Disponible en [http://www.normangall.com/images\\_large/chile\\_image2.jpg](http://www.normangall.com/images_large/chile_image2.jpg)
- *Revista Ercilla*, n.° 1991, semana del 26 de septiembre al 2 de octubre de 1973, p. 33.



---

## **BIBLIOGRAFÍA**

---

## LIBROS

- Alaluf, David. *Reforma Agraria: Seis ensayos de interpretación*. Santiago: ICIRA, 1970.
- Astorga, Enrique. *Consejos campesinos y revolución*. Santiago: ICIRA, 1973.
- Barraclough, Solon y José Fernández. *Diagnóstico de la Reforma Agraria chilena*. México DF: Siglo XXI Editores, 1974.
- Basso, Lelio (editor). *Transición al socialismo y experiencia chilena*. Santiago: CESO-CEREN, 1972.
- Bastías, Julián. *Memorias de la lucha campesina. Cristiano, mestizo y tomador de fundo*. Santiago: LOM Ediciones, 2009.
- . *Memorias de la lucha campesina. Tomo II. Mapuches, mestizos y estudiantes*. Santiago: LOM Ediciones, 2016.
- Bengoá, José. *Historia del pueblo mapuche (siglo XIX-XX)*. Santiago: LOM Ediciones, 2000.
- . *Historia de un conflicto: el Estado y los mapuches en el siglo XX*. Santiago: Editorial Planeta Chilena, 2002.
- Cancino, Hugo. *Chile: La problemática del poder popular en el proceso de la vía chilena al socialismo 1970-1973*. Aarhus: Aarhus University Press, 1988.
- Casals, Marcelo. *El alba de una revolución. La izquierda y el proceso de construcción estratégica de la «vía chilena al socialismo» 1965-1970*. Santiago: LOM Ediciones, 2010.
- Correa, Martín, Nancy Yáñez y Raúl Molina. *La Reforma Agraria y las tierras mapuches. Chile 1962-1975*. Santiago: LOM Ediciones, 2005.
- Correa, Martín y Eduardo Mella. *Las razones del illkun/enojo. Memoria, despojo y criminalización en el territorio mapuche de Malleco*. Santiago: LOM Ediciones, 2010.
- Foerster, Rolf y Sonia Montecinos. *Organizaciones, líderes y contiendas mapuches (1900-1970)*. Santiago: Ediciones del Centro de Estudios de la Mujer, 1988.
- Gavilán, Víctor. *La Nación Mapuche. Puelmapu ka gulumapu*. Santiago: Editorial AYUN, 2007.
- Goicovic, Igor. *Movimiento de Izquierda Revolucionaria*. Concepción: Ediciones Escapate, 2012.
- Instituto de Economía y Planificación. *La economía chilena en 1971*. Santiago: Universidad de Chile, 1972.
- Leiva, Sebastián. *Revolución socialista y poder popular. Los casos del MIR y PRT-ERP 1970-1976*. Concepción: Ediciones Escapate, 2010.

- Mallon, Florencia. *La sangre del copihue: La comunidad Mapuche de Nicolás Ailío y el Estado chileno 1906-2001*. Santiago: LOM Ediciones, 2004.
- Marimán, Pablo, Sergio Caniuqueo, José Millalén y Rodrigo Levil. *¡...Escucha, winka...! Cuatro ensayos de historia nacional mapuche y un epílogo sobre el futuro*. Santiago: LOM Ediciones, 2006.
- Marín, Gustavo. *Relatos de José Peralta*. Santiago: Editorial Tiempo Nuevo, 2003.
- Naranjo, Pedro, Mauricio Ahumada, Mario Garcés y Julio Pinto. *Miguel Enríquez y el proyecto revolucionario en Chile. Discursos y documentos del Movimiento de Izquierda Revolucionaria*. Santiago: LOM Ediciones, 2004.
- Pairican, Fernando. *Malon. La rebelión del movimiento mapuche. 1990-2013*. Santiago: Pehuén Editores, 2016.
- Palieraki, Eugenia. *¡La revolución ya viene!: El MIR chileno en los años sesenta*. Santiago: LOM Ediciones, 2014.
- Pérez, Cristián y Rafael Berástegui. *Memorias militantes. La historia de Roberto Moreno y el MIR*. Santiago: Ventana Abierta Editores, 2015.
- Pinto, Jorge. *La formación del estado y la nación, y el pueblo mapuche: de la inclusión a la exclusión*. Santiago: Ediciones de la DIBAM, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2003.
- Pinto, Jorge (editor). *Conflictos étnicos, sociales y económicos: Araucanía. 1900-2014*. Santiago: Pehuén Editores, 2015.
- Pinto, Julio (coordinador-editor). *Cuando hicimos historia. La experiencia de la Unidad Popular*. Santiago: LOM Ediciones, 2005.
- Pozzi, Pablo y Claudio Pérez (editores). *Historia oral e historia política. Izquierda y lucha armada en América Latina, 1960-1990*. Santiago: LOM Ediciones, 2012.
- Railaf, Rafael et al. *A desalambarrar. Historias de mapuches y chilenos en la lucha por la tierra*. Santiago: Editorial AYUN, 2010.
- Saavedra, Alejandro. *Los Mapuche en la sociedad chilena actual*. Santiago: LOM Ediciones-Universidad Austral, 2002.
- Saavedra, Juan. *Te cuento otra vez esa historia tan bonita*. Santiago: Editorial Forja, 2010.
- Vitale, Luis. *Contribución a la historia del MIR (1965-1970)*. Santiago: Ediciones del Instituto de Investigación de Movimientos Sociales Pedro Vuskovic, 1999. [http://mazingner.sisib.uchile.cl/repositorio/lb/filosofia\\_y\\_humanidades/vitale/obras/sys/bchi/h.pdf](http://mazingner.sisib.uchile.cl/repositorio/lb/filosofia_y_humanidades/vitale/obras/sys/bchi/h.pdf)

## TESIS

Campos, Jorge y Camilo Farías. *De ojos negros y sangre roja: Aproximación a la identidad étnica mapuche dentro del Movimiento Campesino Revolucionario*. Memoria de título para optar al título de antropólogo con mención en Antropología Sociocultural, Universidad de Concepción, 2013.

Linfatí, Ángelo. *Resultados, efectos y alcances de la Reforma Agraria: Lumaco, Traiguén, Victoria (1969-1973). Análisis del proceso histórico desde la ocupación de la Araucanía hasta el Gobierno de la Unidad Popular*. Tesis para optar al grado de licenciado en Educación con mención en Historia y Geografía, Universidad de Concepción, 2010.

Sanzana, Carlos. *Movimiento Campesino Revolucionario (MCR-MIR). Una aproximación al estudio del movimiento campesino en Cautín*. Tesis de grado para optar al título de profesor de Estado en Historia, Geografía y Educación Cívica, Universidad de la Frontera, Temuco, 2005.

## ARTÍCULOS

Albizú, Francisco. «El indigenismo de la Unidad Popular (Chile 1970-1973). Estado y nación entre reformismo y realidad». En *Amérique Latine Histoire et Mémoire. Les Cahiers ALHIM*, n.º 28, 2014. Disponible en <http://alhim.revues.org/5116>

Bastías, Julián. *Chile-Memoria Histórica: MCR (Movimiento Campesino Revolucionario)*. Disponible en [http://red-latina-sin-fronteras.lacoctelera.net/post/2010/01/09/chile\\_memoria-historica-mcr-movimiento-campesino](http://red-latina-sin-fronteras.lacoctelera.net/post/2010/01/09/chile_memoria-historica-mcr-movimiento-campesino)

Calfío, Margarita. «Mujeres mapuche, voces y acciones en dictadura (1978-1989)». En *Nomadías*, n.º 9, Centro de Estudios de Género y Cultura de América Latina, 2009. Disponible en <http://www.nomadias.uchile.cl/index.php/NO/article/viewFile/12299/12623>

Cárcamo, Ovidio. «Juventud rebelde, campesinado indígena y la instalación del discurso de clases en los campos de Cautín. Movimiento Campesino Revolucionario (Chile 1967-1973)». En *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, volumen 19, n.º 1, 2015. Disponible en <http://www.revistas.usach.cl/ojs/index.php/historiasocial/article/viewFile/2137/1991>

Cárcamo, Ovidio. «Los orígenes de la organización indígena-campesina y el surgimiento de los discursos reaccionarios durante la Reforma Agraria en la Provincia de Cautín, Chile, 1967-1973». En *Trashumante. Revista Americana de Historia Social*, n.º 5, enero-junio, 2015. Disponible en [http://trashumante\\_rahs.cua.uam.mx/wp-content/uploads/2015/04/17carcamo\\_ovidio.pdf](http://trashumante_rahs.cua.uam.mx/wp-content/uploads/2015/04/17carcamo_ovidio.pdf)

———. «Movimiento Campesino Revolucionario y consejos comunales campesinos de base. Una experiencia de poder popular en Chile». En *Desacatos*, n.º 52, septiembre-diciembre, 2016. Disponible en <http://desacatos.ciesas.edu.mx/index.php/Desacatos/article/view/1636/1305>

- Chihuailaf, Arauco. «Los mapuches y el gobierno de Salvador Allende (1970-1973)». En *Sociedad y Discurso*, n.º 5, Departamento de Español y Estudios Internacionales, Universidad de Aalborg, 2004. Disponible en [https://journals.aau.dk/index.php/sd/chihuailaf\\_maj%2004.pdf](https://journals.aau.dk/index.php/sd/chihuailaf_maj%2004.pdf)
- Gall, Norman. «The agrarian revolt in Cautin. Part II: Land Reform and the MIR». Disponible en [http://www.normangall.com/chile\\_art3.htm](http://www.normangall.com/chile_art3.htm)
- Garcés, Mario y Sebastián Leiva. «Perspectivas de análisis de la Unidad Popular: Opciones y omisiones». En *Centro de Estudios Miguel Enríquez*. Disponible en [http://www.archivochile.com/Ideas\\_Autores/leivas/leivas0006.pdf](http://www.archivochile.com/Ideas_Autores/leivas/leivas0006.pdf)
- Llanos, Claudio. «1971-1972: Sublevación en el campo. Poder Popular por decreto versus Poder Popular por las bases». En *Cuadernos de Historia*, n.º 30, 2009.
- Morales, Roberto. «Cultura Mapuche y Represión en Dictadura». En *Revista Austral de Ciencias Sociales*, n.º 3, enero-agosto, 1999, Universidad Austral de Chile, Valdivia.
- Nahuelpan, Héctor. «Formación colonial del Estado y desposesión en Ngulumapu». En *Ta ñ fijke xipa rakizameluwün. Historia, colonialismo y resistencia desde el país Mapuche*. Temuco: Ediciones Comunidad de Historia Mapuche, 2012.
- Ortiz, Matías. «El tercer congreso del MIR: Giro generacional, reestructuración orgánica y cambios en la militancia, 1967-1969». En *Tiempo Histórico*, n.º 6, Universidad Academia de Humanismo Cristiano.
- Pérez, Cristián. «Historia del MIR. «Si quieren guerra, guerra tendrán»». En *Estudios Públicos*, n.º 91, 2003. Disponible en [http://www.cepchile.cl/1\\_3208/doc/historia\\_del\\_mir\\_si\\_quieren\\_guerra\\_guerra\\_tendran.html#.UU-y5xwm3lc](http://www.cepchile.cl/1_3208/doc/historia_del_mir_si_quieren_guerra_guerra_tendran.html#.UU-y5xwm3lc)
- Quinchavil, Rudecindo. «En memoria a Luis Quinchavil», 19 de febrero del 2016. Disponible en [www.wallmapu.nl/documentos/En%20Memoria%20a%20Luis%20Quinchavil.docx](http://www.wallmapu.nl/documentos/En%20Memoria%20a%20Luis%20Quinchavil.docx)
- Redondo, Jesús Ángel. «Las tomas de fundos en la provincia de Cautín (Chile), 1967-1973». En *Cuadernos de Historia*, n.º 42, junio de 2015.
- Rivera, Osvaldo. «La derecha conspira para detener la Reforma Agraria». En *Punto Final*, Santiago, año V, n.º 122, suplemento «Documentos», 19 de enero de 1971.
- Ruiz, Carlos y Augusto Samaniego. «Gobierno de Eduardo Frei Montalva. Cuestión mapuche entre 1967-1970». En *CEME*. Disponible en [http://www.archivochile.com/Ideas\\_Autores/samaniegoa/samaniego0005.pdf](http://www.archivochile.com/Ideas_Autores/samaniegoa/samaniego0005.pdf)
- Ruiz, Carlos. «Síntesis histórica del pueblo mapuche (siglos XVI-XX)». Disponible en <http://www.rebellion.org/docs/74335.pdf>
- . «El pueblo mapuche y el gobierno de Salvador Allende y la Unidad Popular», Universidad de Santiago de Chile, Proyecto DICYT 03-0051 SM, *La cuestión mapuche: Chile*,

1964-1973. *Discursos y prácticas desde el Estado y la sociedad civil hacia las minorías étnicas*, 2005. Disponible en <http://ww2.educarchile.cl/personas/indigena/gfx/Allende%20y%20el%20pueblo%20Mapuche.pdf>

Saavedra, Alejandro. «La cuestión mapuche». En *Cuadernos de la Realidad Nacional*, n.º 5, septiembre de 1970, Centro de Estudios de la Realidad Nacional, Universidad Católica de Chile.

Unidad Popular. *Programa básico de Gobierno de la Unidad Popular*, aprobado por los Partidos Comunista, Socialista, Radical y Social Demócrata, el Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU) y la Acción Popular Independiente, el 17 de diciembre de 1969 en Santiago de Chile, p. 21. Disponible en [http://www.memoriachilena.cl/temas/documento\\_detalle.asp?id=MC0000544](http://www.memoriachilena.cl/temas/documento_detalle.asp?id=MC0000544)

Vitale, Luis. «América Latina: ¿feudal o capitalista?». En Michael Löwy, *El marxismo en América Latina*. Santiago: LOM Ediciones, 2007.

## **DIARIOS, PERIÓDICOS, REVISTAS**

*El Austral de Temuco*, 1970-1973.

*El Mercurio*, 1970-1973.

*El Rebelde (MIR)*, 1970-1973.

*El Siglo*, 1970-1973.

*Ercilla*, 1970-1973.

*Punto Final*, 1970-1973.

## **ENTREVISTAS**

Rafael Railaf, dirigente mapuche del MCR en Lautaro. Entrevista realizada por el autor, Lautaro, febrero de 2015.

Víctor Molfinqueo, dirigente mapuche del MCR en Loncoche. Entrevista realizada por el autor, Loncoche, octubre de 2015.

Gustavo Marín, dirigente del MIR en Temuco, miembro del comité regional Cautín-Malleco y del Comité Central del partido. Entrevista realizada por el autor, Santiago, febrero de 2015.

Víctor Gavilán, dirigente del MIR en Temuco, y miembro del comité regional Cautín-Malleco. Entrevista realizada por el autor, Lebu, marzo de 2015.



Roberto Moreno, dirigente del MIR en Temuco, miembro del comité regional Cautín-Malleco, del Comité Central y de la Comisión Política. Entrevista realizada por el autor, Santiago, marzo de 2016.

Juan Saavedra, abogado ayudista del MIR en Temuco. Entrevista realizada por el autor, Santiago, noviembre de 2016.

### **AUDIOVISUALES**

Carlos Flores, Guillermo Cahn, Luis Araneda, Samuel Carvajal, Antonio Campi. «Nutuayin Mapu. Recuperaremos nuestra tierra». Chile, 1971.

Guillermo Cahn y Héctor Ríos. «No nos trancarán el paso». Chile, 1971.

Armand Mattelart, Jacqueline Mieppiel y Valerie Mayoux. «La Spirale». Francia, 1976.

**¡Nadie nos trancará el paso! Contribución a la historia del Movimiento Campesino Revolucionario (MCR) en la provincia de Cautín, 1967-1973** de Cristian Suazo es la tercera publicación de Londres 38, espacio de memorias en el marco de los concursos de investigación convocados con el objetivo de aportar a la reflexión y el debate sobre nuestro pasado reciente a través de la generación de conocimiento sobre la historia reciente, y en particular, sobre el período comprendido entre 1960 y la actualidad en Chile.

En este esfuerzo de análisis y difusión de experiencias de poder popular, organización política y militancia revolucionaria –que enfrentan variados obstáculos para ser conocidas–, hemos querido destacar el trabajo del historiador Cristian Suazo que contribuye a comprender mejor el rol jugado por los distintos actores y, en especial el Movimiento Campesino Revolucionario, en el proceso de reforma agraria desde fines de los sesenta hasta el golpe civil militar del 11 de septiembre de 1973.

Como señala el historiador Igor Goicovic en el prólogo, la conflictividad campesina e indígena de la zona de la Araucanía durante el período 1967-1973 cuenta con un importante volumen de investigaciones académicas, sin embargo, el rol del MCR en dicho proceso carecía, hasta el momento, de un trabajo de conjunto, constituyéndose este en el principal aporte que hace Cristian Suazo. “Por todos los antecedentes recopilados y rigurosamente analizados, este libro se convierte en lectura necesaria. Es más, en una lectura obligatoria, tanto para aquellos que cultivan la disciplina de la historia como para los que desde las diferentes trincheras sociales y políticas se plantean, hoy día, la reconstrucción del proyecto revolucionario en Chile”.

**Londres 38**  
espacio de memorias

ISBN: 978-956-9209-09-3



9 789569 209093